

El gran salto

A*

Jonathan Lee

El gran salto

Traducción de Zulema Couso

Primera edición, 2017
Título original: *High Dive*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Jonathan Lee, 2015

© de la traducción, Zulema Couso, 2017
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Dave Thompson Illustration

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-05-8
Depósito legal: B.12.540-2017
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Alfreda May Lee (1915-1996)

qué difícil es seguir siendo una sola persona,
ya está abierta nuestra casa, no tiene llaves,
y huéspedes invisibles entran y salen a su antojo.

CZESŁAW MIŁOSZ, «Ars Poetica?»

Índice

Iniciación	13
Primera parte: Hombres desguarnecidos	33
Segunda parte: La trayectoria de un salto	111
Tercera parte: Departamento de corazones	173
Cuarta parte: El Grand	259

INICIACIÓN
1978

Cuando Dan tenía dieciocho años, un hombre al que no conocía lo llevó al otro lado de la frontera. Era 1978, la última semana de junio, seis días después de que el ejército británico matara a tiros a tres católicos en Ballysillan Road. El coche olía a vinagre de *fish and chips* y el hombre tenía la calva llena de marcas y se sabía dos chistes, uno sobre los británicos y otro sobre curas. Al parecer, llevaba a Dan a algún sitio cerca de Clones. Sus grandes dedos cuadrados repiqueteaban sobre el volante y sus ojos mostraban sorpresa de vez en cuando a medida que el camino iba inventando su recorrido. Tenía una oreja de púgil rematadamente fea. Se la tocaba de vez en cuando mientras conducía. Las casas grises y apiñadas del Úlster protestante fueron dando paso a la luz, al color. Aquí se podía sentir el viento, oler la hierba. Había autobuses de Derry plagados de bufandas blancas y rojas, árboles con ramas envueltas en banderas verdes, blancas y doradas.

El hombre calvo lanzó un eructo glorioso al desviarse por un camino de tierra. El camino de tierra llevaba a un claro rodeado de olmos. Dan vio margaritas, fardos de heno, el destello de una botella de Coca-Cola entre la hierba. Detrás de la botella, bajo una zona de sombra, había aparcado un Land Rover.

—No te preocupes por el vehículo —dijo el hombre calvo—.

Nadie lo para. Seguro que está pensando en que le van a traer un Saracen* por Navidad.

Dan intentó sonreír.

—Entonces, ¿es...?

—¿Sí?

—Es el señor McCartland, ¿verdad?

—Diría que sí —dijo el hombre calvo.

Con el cinturón de seguridad aún abrochado, se toqueteó el bolsillo de los vaqueros en busca de algo mientras su cuerpo se retorció como si estuviera atrapado en un potro de tortura. Lo único que pescó su mano fue un paquete de chicles aplastado. Miró a Dan y se rio.

—Debería haberte traído una lata para el viaje, ¿eh? Una Guinness te habría venido bien.

Era una mañana de cuento: un enorme sol amarillo, el cielo azul despejado, una única nube blanca como dibujada por un niño. Un día de esos en los que parece que no puede ocurrir nada grave. Un día para tomarte ocho pintas y quemarte al sol. No amanecían muchos días así en Irlanda a lo largo de un año: invitaba a ser recordado. Caminó junto al hombre calvo hacia el Land Rover, aplastando la hierba firme bajo sus botas. Había casas de campo esparcidas por aquella zona, construcciones independientes con cercas inclinadas, las puertas bajas abiertas y las contraventanas colgadas, con desgana, de las bisagras, propiedades que fomentaban la idea de intimidad sin la necesidad de comprometerse. Él también se sintió expuesto, al descubierto; y en absoluto preparado. No tenía ni idea de que el coche vendría a buscarlo. El sudor empezaba a acumularse en la parte baja de su espalda. Su chaqueta de cuero era fresca aunque gruesa. Había oído muchas historias sobre aquellas iniciaciones, sobre las cosas por las que te hacían pasar antes de

* Vehículo blindado utilizado por el ejército británico en Irlanda del Norte.
(N. de la T.)

aceptarte, pero también sabía que en Belfast los cuentos chinos eran marca de la casa, y las mentiras a menudo servían para realzar la verdad.

Un tipo delgado bajó del Land Rover. Llevaba gafas, una camisa elegante y pantalones del color de la arena. ¿De verdad era Dawson McCartland? Más bien parecía un contable. Sacó del todoterreno dos perros grandes atados a una larga correa doble. Uno era color dorado, el otro, marrón.

—Buenos días —dijo con voz monótona y nasal, acompañando las palabras de un movimiento de cabeza, como para afianzarlas.

Dan fue a estrecharle la mano, pero en su lugar recibió la correa de los perros.

—Soy Dan.

—Pues qué alivio —dijo Dawson, y se quitó las gafas. Sus pobladas cejas estaban unidas, y Dawson miraba fijamente bajo el toldo que formaban. Cierta brillo en los ojos. Las comisuras de los labios curvadas hacia arriba. Limpió los cristales de las gafas con un pañuelo. Los perros ladraban y tiraban de la correa. Parecía un hombre tratando de reprimir la enorme y misteriosa sensación de diversión que le provocaba el mundo; miró a los perros y suspiró.

—Están mal de la cabeza, Dan. Quiero a estos animales más que a mi mujer. ¿Está mal que los prefiera a ellos?

—Un amante de los perros —dijo Dan.

—¿Hay más?

—¿Más?

—En Irlanda, más gente que también quiera a sus perros. Lo has dicho como si fuera una categoría.

Dan esperó un momento.

—Es un decir, nada más —respondió.

—En general, pienso que nosotros somos más de gatos, Dan. Independientes. Los lealistas son más de perros. ¿Tienes mascotas?

—¿Yo?

—Tú.

—No.

—¿Ni un conejo ni nada?

—No.

—¿Una chinchilla, tal vez? ¿Un periquito? Será difícil dejar que te unas a nosotros si no tienes nada. Todos los combatientes necesitan una mascota.

Hubo una larga pausa.

—Me estoy quedando contigo, Dan. Estás entre amigos. Esta entrevista va a ser totalmente informal.

El hombre calvo bostezó felizmente mientras miraba los árboles, y los nervios que Dan sentía en el estómago empezaron a relajarse.

—No es de muchas palabras, Dawson.

—Ya veo —respondió Dawson—. Tal vez sea más de acciones, ¿eh? —Se sacó un paquete de Newport del bolsillo—. ¿Quieres uno, Dan? Soy muy partidario del silencio.

—No, gracias.

—¿Y tú?

El hombre calvo masticaba chicle.

—Ya no me va.

—¿La vida?

—El tabaco.

Dawson se encendió un cigarro y dio una calada.

—Lo mismo da.

Se quedó ahí plantado, fumando, regodeándose en su peculiar carisma, con el tipo de confianza en sí mismo que Dan hacía poco había aprendido a fingir. Cada movimiento con el cigarro era correcto, experto, medurado y preciso, como si estuviera diseñado para contrarrestar los rumores que decían que era capaz de convertirse en alguien salvaje y despiadado. Con gran delicadeza, mientras Dan disfrutaba de la brisa, Dawson dejó caer la ceniza y a continuación exhaló el humo con una sonrisa.

—Bueno, al tema —le dijo al hombre calvo—. Háblame del joven Dan. ¿Qué tiene para ofrecernos aparte de su aspecto y su altura? ¿Quién lo recomienda?

—Mad Dog —respondió el hombre calvo.

—Cuál de todos.

El hombre calvo soltó una risita al escuchar sus palabras. Paddy era callado, diminuto, siempre complaciente. Llevaba un cuidado bigote y sus pequeños ojos azules tenían tendencia a permanecer fijos. Era diez años mayor que Dan, y si le conocían como «Mad Dog» debía ser a modo de broma, pensó. Como llamar «Big Tony» a un hombre bajito. O «Gay Sam» a un mujeriego.

—Perdónanos, Dan —dijo Dawson—. Los mejores alias se usan demasiado. Pasa lo mismo en todos los ejércitos. Se nos olvida la razón por la que los pusimos, y a eso, claro, hay que sumar nuestra enorme falta de imaginación. Es una carencia que afecta a todo el mundo. ¿De qué conoces a Paddy Magee?

—De recoger balas —les dijo Dan.

—¿En serio?

—En serio.

Tenía unos primos que vivían cerca de la finca Ballymurphy. Cuando el RUC* se enfrentó a los republicanos acudieron hasta allí equipos de reporteros de todo el mundo. Los italianos que se alojaban en el Europa pagaban cinco dólares por cada bala de plástico. A veces intentaban pagarte con liras, pero te reías en su cara y les decías que no tenías bolsas lo suficientemente grandes para cargarlas; disfrutaban con el descaro del intercambio. Los estadounidenses pagaban hasta diez dólares. Si las balas aún estaban calientes se podía grabar un nombre en ellas, y a los japoneses eso les encantaba, lo de llevarse un *souvenir* de un viaje peligroso, el entusiasmo de un espectador ante la violencia. Una bala personalizada encargada por un asiático y grabada por

* Royal Ulster Constabulary: cuerpo de policía de Irlanda del Norte entre 1922 y 2001. (*N. de la T.*)

encargo podía subir hasta los quince dólares. Lo malo era que el que te la encargaba podía desaparecer fácilmente, y entonces te quedabas con algo que no podías vender. Cal, el amigo de Dan, se había pasado media adolescencia buscando a un segundo Haruto. Desde Ballymurphy se veía Black Mountain, mil tonos de verde oscurecidos por tanta lluvia.

—No era un mal negocio, imagino.

—No estaba mal. Ahora ya no lo hago tanto.

—¿No?

—Me dedico a otras cosas, chapuzas aquí y allá y trabajos de electricista.

—Eso me han contado. Tú y un colega, ¿no? ¿Uno de esos con los que recogías balas?

—Sí.

—¿Alguien a quien conozca, tal vez?

—Se llama Cal.

Dawson inclinó la cabeza.

—¿Tiene apellido el tal Cal o le van las mariconadas esas estilo Cher?

Dan se rio.

—Nada que ver con Cher, señor McCartland.

—Dawson.

—Se llama Cal Doherty.

Dawson miró al cielo.

—No me suena —dijo—. Lo que pasa es que tengo la cabeza llena de imágenes impuras de ángeles terrenales cantando.

—Sufre de...

—Ah, sí, conozco a Cal. Un buen tío. Tiene la cara que parece un culo lleno de almorranas, pero es buen tío a pesar de eso, ¿verdad? Te tengo que confesar que suelo desconfiar de los tíos guapos, Dan. El problema de un tío o una tía guapos es que tienen algo que les preocupa estropear, ¿me sigues? Mi mujer está bastante bien, tendrías suerte de disfrutar de su compañía, Dan, pero el tema es que solo tiene un ojo.

Se agachó para apagar el cigarro contra el suelo. Envolvió la colilla con cuidado en un pañuelo, se la metió en el bolsillo y se encendió otro Newport.

—Lleva un parche. Escocesa de nacimiento. Yo tengo algo de sangre inglesa y un toque de sangre galesa, ¿sabes? Hay quien dice que eso me inhabilita para hacer este trabajo, pero ese es el tipo de pensamiento malintencionado que es capaz de provocar guerras. La falta de fe en la empatía. Dime una cosa, ¿tú eres partidario de ella?

—¿De la empatía?

—Sí.

—No lo sé, supongo.

Dawson apretó los labios, como resistiéndose a sonreír de nuevo, y dio la sensación de que sus ojos volvían a brillar.

—Merece la pena sopesarlo. Si no tienes ni un poco, no te puedes poner en el lugar de otra persona. Y en consecuencia tampoco puedes permitir que yo, por ejemplo, me ponga en el tuyo con convicción. —Se agachó para acariciar a los perros, miró con detenimiento las botas de Dan y se irguió—. No —dijo—, la falta de empatía es un defecto trágico. ¿Has leído a Shakespeare, Danny?

—¿Por qué? ¿Inventó los defectos?

—Ja. Ya me caes bien. Estás entrando en calor. Pero no. Ni siquiera Dios, ese viejo cabrón, podría reclamar la autoría de algo tan asombroso. —Inhaló y dejó escapar un aro de humo—. A veces me pregunto dónde se va de vacaciones, ¿tú no? El viejo no pasa demasiado tiempo en Irlanda, eso seguro.

—Debe tener un montón de cosas entre manos.

—Estará deprimido o borracho, como todo el mundo. Pero no, me gusta Shakespeare, Danny. Eso es todo. Ya no lo leo, pero forma parte de mí, como la jerga irlandesa. *Seirbhís. Slán*. Bueno, Mick. ¿Puedes traer las bolsas del Rover, por favor? Las que tienen las herramientas. Estaría de lujo.

Mick. Herramientas.

Dan observó a Mick, que dio media vuelta y volvió con las bolsas. Las posó sobre la hierba y, al hacerlo, dejó a la vista su muñeca evasiva y parte de un tatuaje azul. Tal vez la lengua de una serpiente, o la cola de una sirena.

—¿Nos haces un favor, Dan? —preguntó Dawson—. Juega un rato con los perros. Son como el viejo Mick aquí presente, no salen demasiado. Mick y yo tenemos cosas importantes de las que hablar.

Siguiendo las instrucciones de Dawson, Dan abrió la bolsa verde. Contenía tres pelotas de tenis, un bate de béisbol y seis cervezas calientes. Avanzó hacia los árboles con la pelota que parecía menos mordida.

Ramas que se doblaban y volvían a su lugar. La resistencia susurrada de las hojas. Pensar: la primera parte de la entrevista debe de haber terminado. Había hecho lo que le habían dicho.

Lanzó la pelota bien alto y después se la quitó al perro de entre los dientes. Era increíble lo mucho que babeaban. El perro marrón tenía manchas amarillas en la lengua, pero en general se movía más rápido que su amigo dorado. Competían para atrapar la pelota en el aire, cortándose el paso: a la cola, adelantamiento; a la cola, adelantamiento, sin chocar, aunque siempre parecían estar a punto.

¿Debería hacer más preguntas? ¿Mostrar más iniciativa? Cal le había aconsejado que guardara silencio a menos que se dirigieran a él. Probablemente eso fuera lo mejor.

Miraba hacia atrás cada pocos minutos. Dawson y Mick no le prestaban ninguna atención, eso debía ser buena señal. En su época de lector de novelas baratas nunca había anhelado el poder de volar o de escalar edificios. Para él el superpoder más valioso siempre había sido la invisibilidad.

Se cansó de la pelota de tenis mojada y la cambió por un trozo de corteza seca. Los perros la fueron a buscar y la trajeron

de vuelta. Dan corría con ellos, con la corteza en una mano, se paraba y volvía a echar a correr, la levantaba y la bajaba, tentándolos. Al poco rato le quemaba la garganta al respirar. Se arrodilló para rascarles las orejas a los perros y observar el movimiento de sus lenguas. Hay quien dice que los perros son estúpidos, pura necesidad absurda y pura gratitud igual de absurda, pero en el brillo de sus ojos él veía una inteligencia especial. Futbolistas calculando ángulos, movimientos precisos, indubitados.

—Venga —gritó Dawson—. Tráelos.

Dan ató a los perros de la correa y echó a correr. Los dos hombres asentían y sonreían, con los ojos entrecerrados por el sol.

—Acabo de contarle una anécdota que me contó un tipo llamado Clinkie —dijo Dawson—. Clinkie está recién salido de la prisión de Maze. ¿Quieres que te la cuente?

—Sí —dijo Dan.

—Según Clinkie, cuando crucificaron a Jesús, los tipos que tenía a cada lado no eran ladrones. ¿Qué eran, entonces?

Dan negó con la cabeza.

—Dan, si conocieras a Clinkie, seguro que tu primer instinto sería decir que eran gais. Pero no. Según Clinkie eran activistas políticos que trabajaban contra las autoridades romanas. Así que Jesús tenía a un par de republicanos a cada lado, crucificados. Y Clinkie dice...

—Conozco la historia.

Dawson levantó su enorme ceja.

—¿Cómo dices, Dan?

—Conozco la historia —respondió Dan—. Me la han contado un par de veces. Ahora me acuerdo. Los romanos son los británicos. Los samaritanos, los católicos, y los judíos, los protestantes. La primera persona en entrar en el cielo a día de hoy sería un paramilitar... Jesús hablando con Dimas el ladrón... «Hoy estarás conmigo en el paraíso», y todo eso.

Silencio.

—Vaya —dijo Dawson—. Qué manera de estropear una historia.

Se escuchó el vago sonido de un abejorro. Mick se pasó un buen rato rascándose la cara.

—He disfrutado mucho observándote con ellos —dijo Dawson mientras Dan clavaba la vista en la hierba—. Con mis perros. Son unos animales preciosos, ¿verdad?

—Sí.

—Yo no soy muy deportista. Me quedo sin aliento en seguida, ¿sabes? Necesito mi botellita de aire especial. —Se sacó un inhalador de asma del bolsillo y le dio vueltas en la mano. Durante un momento, pareció totalmente perdido—. Bueno, será mejor que me ponga en marcha. Por desgracia, tengo una cita con un tipo que ha vivido demasiado. —Esperó un momento, agitó el inhalador, aspiró y retuvo el aire en la boca—. Fiesta de cumpleaños. Cuarenta. El tío está más loco que una cabra, ¿sabes?, pero le hemos comprado una mesa de pimpón.

—¿Y ya está?

Dawson se rio.

—Bueno, seguro que alguien le lleva también un par de palas y una pelota.

—No, me refería...

—¿Sí?

—Yo solo... Bueno, esperaré a tener noticias, ¿no? A saber si me habéis aceptado o no. Tengo muchas ganas, señor McCartland. Trabajaré mucho. Quiero... Quiero ayudar a la causa...

Podía sentir cómo su futuro se iba volviendo cada vez más negro.

Dawson alzó la barbilla y parpadeó.

—Escucha, Dan. Me han dicho... —Uno de los perros ladró y el otro gimió—. Me han dicho que eres útil. ¿Es cierto? La gente del Matt Talbot Youth Club me ha dicho, y Patrick también, que eres un tío útil.

—Seguramente se referían al billar —respondió Dan.

—Venga ya, nada de juegos. Irlanda lleva demasiado tiempo siendo modesta. ¿Qué otras cosas se te dan bien, aparte de estropear historias? Te pongo un ejemplo. Déjame pensar. Sí, mi mujer, la tuerta, es una auténtica maestra en la cocina. Ahí lo tienes.

¿De verdad le habían llevado hasta allí para hablar de aficiones? Se mordió el labio, reunió algunos pensamientos.

No había sido el mejor estudiante del mundo, pero se le daban bien algunas cosas, cosas pequeñas. Tenía talento para recordar cosas. Estaba seguro de que sería capaz de recitar los pasajes adecuados del Libro Verde* si aquello terminaba bien y pasaba a la fase del juramento. También podía recitarles pasajes enteros de la Biblia. Las frases pronunciadas desde el púlpito parecían grabarse en su mente; le gustaba la interpretación y el sonido de las lenguas antiguas. Podía trazar un mapa de memoria, cambiar una rueda sin gato, correr cien metros y levantar un peso decente. Podía masturbarse tres veces al día y darse una cuarta pasada antes de dormir. Se le daba bien la jardinería, clasificar las medicinas de su madre, apostar y ganar la mitad de las veces. Hacía algún que otro trabajo para la comunidad: fontanería, arreglo de canalones, apaños eléctricos, las mismas cosas que solía hacer su padre después de perder el trabajo en Gallaher. Se sentía orgulloso de su país y creía que estaba bien sentirse orgulloso.

—No estoy siendo modesto —respondió—. Solo soy tímido con la gente que no conozco.

Decidieron tomárselo como una broma. Uno de los perros mordió juguetón los pliegues del cuello del otro.

—¿Sabes cómo usar una automática, Dan?

Se dio cuenta de que antes de contestar se había quedado mirando a Mick en busca de una respuesta.

* «Manual» de introducción a la organización que se les daba a los nuevos miembros del IRA. (N. de la T.)

—No —respondió.

Armas. Muchos de los chicos a los que conocía querían unirse al IRA para poder jugar con armas, pero sus razones para unirse eran... ¿Cuáles eran sus razones? Hacer algo importante, a largo plazo. Acabar con la ocupación, cambiar las ideas de la gente. Ayudar a arreglar negocios destrozados y proteger las tiendas católicas de barrio. Hacer justicia a su padre y también a los dos amigos de su hermano, James Joseph Wray y Gerry McKinney, que habían sido asesinados por el ejército británico durante el Domingo Sangriento. Gerry, desarmado, al que dispararon en el pecho mientras, con las manos levantadas, decía «no disparéis, no disparéis». James Joseph, que fue incapaz de moverse.

—Tenemos una en casa —dijo—. Para protegernos. Pero no es automática y nunca la he disparado.

—Interesante. ¿Has oído, Mick? Prefiere recoger balas que dispararlas. Apuesto lo que quieras a que Danny es el típico tío de la fiesta que no bebe más que H₂O.

Con una risa disimulada que parecía sacada directamente de la televisión, Mick cerró la cremallera de la bolsa que contenía las pelotas de tenis. Abrió la otra y sacó una escopeta y un revólver. Le pasó el revólver a Dan.

—Siéntelo —le dijo Dawson—. ¿No te encanta el peso? El único problema de las automáticas es que se atascan con frecuencia. Y ahora, si no te importa, pégale un tiro a los perros.

Dan se rio. Ninguno de los otros dos lo hizo. Tenían la cara congestionada, estaban atentos, pero en sus expresiones no había ni rastro de jocosidad.

—O puedes cargarte solo a uno —añadió Dawson—. Cincuenta por ciento. Pareces zurdo, ¿eres zurdo, Dan? Seguramente podría cuidar de un perro, pero no tengo tiempo para cuidar de los dos, ¿sabes? Y es cruel tenerlos así.

Sus expresiones seguían sin traslucir nada. Dawson se sonó la nariz.

—Si fuera tú, sujetaría bien la correa con la otra mano —dijo

Dawson—. Cuando dispaes, quiero decir. De lo contrario, el perro al que no te cargues saldrá corriendo cubierto de trozos del otro y eso es un verdadero follón. Una escena muy desagradable.

Mick abrió la escopeta. Miró dentro y volvió a cerrarla. Fijó la mirada en el suelo y le brilló la calva.

—¿Es una broma? —preguntó Dan.

Dawson se encogió de hombros.

—Te estoy pidiendo que te cargues a dos perros por mí, amigo. Podría hacerlo yo, pero son mis perros, los he tenido conmigo durante un año exacto. Así que, hazme un favor, no me obligues a tener que ser yo el que los mate.

—¿Está cargada?

Dawson sonrió de nuevo.

—Me habían dicho que eras un tipo útil, Dan. ¿Me han informado mal?

—Ya te he dicho que nunca he usado una automática.

—Son todas iguales. Automática. Manual. Lo que tienen en común es que apuntas a algún sitio, aprietas el gatillo y algo deja de ser un problema.

—Estos perros no son ningún problema.

—Son un problema para mí, Dan, ¿sabes? —Su voz, ahora, era dura y seria. Grave—. Me estoy empezando a cuestionar tu capacidad para trabajar en equipo, te falta un poco de habilidad social.

Dan miró a los perros y los perros le miraron a él. Ojos húmedos. Narices húmedas. Emocionados.

—Podría llevarme a uno conmigo. O a los dos. Tengo tiempo para cuidarlos, señor McCartland, y dinero para comida.

—Me gusta ponerme duro, Dan, pero eso no significa que disfrute matando de hambre a mis perros.

—No, claro que no.

—Acabas de unirme a un ejército. Es hora de dejar de preocuparse por las cosas que no tienen importancia, Dan.

—Solo quería decir que...

—¿Quieres tener que cuidar de alguien más? ¿No te basta con tu madre y con tu hermano, el que está en la residencia?

—Dawson negó con la cabeza—. ¿Crees que el ejército británico duda cuando dispara a perros en nuestras calles y deja los cadáveres en Falls para que no nos olvidemos de que nos vigilan? Los hombres sensibles y delicados nunca han cambiado nada, Dan. Puede que la historia limpie la sangre y registre solo los resultados, pero eso no significa que la sangre no se haya derramado. Una Irlanda ocupada por los británicos nunca será libre. Mientras Irlanda no sea libre nunca estará en paz. ¿O es que tú crees algo diferente? ¿Prefieres mantenerte al margen y observar? ¿Eres un espectador, Dan, es eso, te gusta mirar?

Mick ahora parecía inquieto, como si se avergonzase de estar allí. Volvió a tocarse la oreja destrozada. Había algo nuevo y bondadoso en el gesto caído y relajado de su boca. Cierta vulnerabilidad. De los dos, era Dawson el que ofrecía un aspecto más embrutecido. Su delgado cuello se había teñido de rojo, sus finos labios se habían separado, su lengua de plata lanzaba más palabras.

«Quizá el marrón, el de las manchas en la lengua. Quizá esté enfermo. Quiere que mate al perro enfermo. Después me dirá que estaba enfermo, que tenía leucemia o algo así, y habré pasado la prueba.»

Dan levantó el arma con la mano izquierda, firme, y apuntó a la cabeza del perro marrón. Ser una persona de actos en lugar de solo palabras. Sujetó con fuerza la correa con la mano derecha. Adelante.

Pensó: «Todo esto sería más fácil si el perro fuera feo, si el perro fuera una rata, si el perro pareciera furioso o arisco», y esos pensamientos le confirmaron que estaba siendo débil.

Si le disparaba entre los ojos —profundos, ansiosos, húmedos—, el perro moriría rápidamente. Pero si le disparaba al cuerpo las posibilidades de fallar se reducían. ¿Un disparo

al cuerpo seguido de otro? Es lo que solía hacer el RUC con las personas a las que podían tachar de terroristas. Pero el otro perro se pondría a tirar de la correa intentando soltarse, ¿tal vez cubierto de sangre? Asustado.

El perro marrón miró a Dan, expectante, respirando por la boca. El otro se había tumbado, con el hocico entre la hierba. Mick parecía — ¿era cierto lo que veían sus ojos? — estar metiéndose trozos de papel higiénico en la boca. Después se tapó los oídos con el papel que previamente había humedecido.

—Un incentivo —dijo Dawson—. Si no te cargas a uno de mis perros, Mick, aquí presente, te disparará amablemente.

—¿Amablemente?

—No es una persona desagradable. Solo hay que verlo por los bares de Belfast. Ha besado a todo tipo de monstruos.

—No hablas en serio.

—¿Eso crees?

—¿Por qué me ibais a disparar? ¡Quiero unirme! —Aquello no podía ser verdad. No. Bajó el arma—. No voy a dispararle a ningún perro.

—Es tu decisión —dijo Dawson—. Te he dejado muy claras las tres opciones.

—¿Tres?

—Le disparas a un perro, una. Te disparamos a ti, dos. Nos disparas tú a nosotros, tres. Aunque, para la tercera opción, tendrás que ser muy rápido.

—Esto es una estupidez.

—Te damos tres segundos para que te lo pienses y tomes una decisión, Dan.

—¿Qué sentido tiene todo esto?

—Tres.

—Venga ya.

—Dos.

—Por favor.

—Uno.

Mick levantó la escopeta. Apuntó al pecho de Dan y disparó. El impacto. La sacudida de su cuerpo lanzado hacia atrás. Un sonido que le llevó hasta un lugar profundo de su interior.

Al golpear el suelo, sus sentidos dejaron de funcionar. Se hizo la oscuridad, el silencio. Solo veía una débil luz en el mundo sombrío, floja como la leche que le ponía su madre al café.

No paraba de manosear el lugar donde debía estar la herida. La herida. Detener la sangre. Debería haber matado a los perros.

Sintió el cuero de su chaqueta, suave. Nada húmedo. Nada rasgado. Entrada. ¿Dónde estaba el agujero de entrada? Poco a poco ciertos elementos se fueron enfocando: árboles agitándose al viento, un pájaro contra el cielo azul.

Rodó y se apoyó sobre un codo. El Land Rover se alejaba, las ruedas levantaban polvo. Vio a Mick inclinado sobre él, tendiéndole una mano enorme. Había arena y algo blanco en el suelo. ¿Granos de arroz? También tenía unos pocos en los pantalones. Arroz blanco seco.

La sombra de Mick. Por el gesto de su cara parecía que estuviera gritando; un músculo se le marcaba en la mandíbula. «Serrucho aplanado» le pareció entender que decía. El zumbido en los oídos de Dan cambió de tono. Le dolía el pecho, le dolía la cabeza.

—Es un cartucho manipulado. Lo llenamos de arroz basmati.

—¿Qué?

—El arroz se está cargando el mercado de hidratos local, así que se lo robamos a los importadores indios. Ralentiza el impacto. Siento que te hayas dado un golpe en la cabeza.

Dan escupió.

—Sí, vale. Pero también podía haberle disparado al perro.

Mick se rio.

—Sí, pero la iniciación tampoco ha ido tan mal. La próxima vez que alguien te apunte con un arma, lo darás todo.

No tenía ni idea de dónde estaba el arma. No la tenía en la mano ni la veía a su alrededor. Los perros correteaban como locos, a toda velocidad, la correa serpenteando sobre la hierba.

—Además, esto le va bien para confirmar sus primeras impresiones —dijo Mick—. Cree que eres más bien un hombre de distancias largas. Un manitas, alguien a quien se le da bien montar artefactos. Tiene la vista puesta cada vez más en la isla grande. Eres el primero que le ha dicho que no.

Levantó a Dan envolviéndolo en un cálido abrazo.

Dan parpadeó e intentó ocultar el temblor de sus manos.

—Se acabó —dijo Mick.

—¿El qué?

—Bienvenido a tu nueva vida.

PRIMERA PARTE

Hombres desguarnecidos

1984

Después de su sesión de natación de los miércoles por la mañana, Freya se topó con el señor Easemoth, su antiguo profesor de historia en Blatchington Mill. El señor Easemoth, el dictador benevolente de la clase 2D, era un hombre siempre dado a ir en pos de los hechos. Uno tenía la impresión de que para él era muy importante sentirse incomprendido.

Intercambiaron algunas palabras sobre el hotel. Él le dedicó una sonrisa pálida bajo el sol y le dijo que su futuro era brillante. También mencionó con cierta incomodidad que su padre lo había llamado. Habían comentado las diversas opciones universitarias.

—Está muy orgulloso de ti —dijo el señor Easemoth—. Bueno, como debe ser.

—Gracias, señor Easemoth.

—Estoy seguro de que algunas de tus notas están entre las mejores de Brighton.

Ella sonrió.

—Gracias, se lo agradezco.

—No —contestó él.

—¿Cómo?

—Gracias a ti. Ha sido un placer darte clase.

Por encima de ellos, una gaviota chilló y voló en círculos.

—Bueno, creo que debería...

—Claro, claro.

—Es solo que...

—No, no. No quiero entretenerme.

La naturaleza de su sonrisa la entristeció.

—Nos vemos, señor Easemoth.

—Dale recuerdos a tu padre.

Caminar. La brisa en sus piernas. Salmuera en el aire. Llevaba una minifalda nueva, de color azul eléctrico. ¿Volvería a ver al señor Easemoth alguna vez? Lo que le había restado autoridad en los pasillos del colegio no había sido su sinusitis, ni las manchas en el tejido de su corbata, ni siquiera su falta de carisma. Había sido el desafortunado rumor de que tenía un micropene, algo que probablemente no era cierto.

En los raros días de septiembre en los que hacía bueno, como aquel, los habitantes de Brighton no perdían el tiempo. Se quitaban sus chubasqueros salpicados y revolvían los cajones en busca de *shorts* llamativos. Se tostaban tumbados sobre las toallas y se mecían en las olas. Las gaviotas recorrían, bamboleantes, las rocas, bajaban la cabeza y levantaban las patas bien alto, con un movimiento similar al de un niño que mira si se le ha pegado un chicle en la suela. Los ancianos observaban el agua a través de las barandas de hierro y las mujeres mayores tomaban té en las terrazas de las cafeterías.

El cartel morado y rosa del salón de belleza quedaba algo más adelante. También el hombre de los helados. Se moría por zamparse un helado de noventa y nueve peniques con doble chocolatina Flake, pero la cola que se extendía a lo largo de la parte izquierda de la furgoneta era muy larga.

Wendy Hoyt era la segunda estilista más barata de Curl Up & Dye, una hipocondriaca con curvas cuyos mechones decolora-

dos —un anuncio, una advertencia— ocupaban una enorme cantidad de espacio. Para Wendy, los dolores de cabeza a menudo eran posibles tumores. El dolor de espalda significaba osteoporosis. Sospechaba que le habían fallado todos los órganos principales, y lucía un sarpullido en el cuello provocado por la laca pero que ella prefería atribuir a la brisa marina. Freya no le prestaba mucha atención al catálogo de catástrofes imaginarias de Wendy pero, al mismo tiempo, sentía una compasión instintiva hacia las personas cuyas catástrofes no recibían demasiada atención, y era esa compasión la que hacía que volviera a la peluquería una y otra vez.

—¿Te lo has pensado? —le preguntó Wendy mientras le ataba la capa alrededor del cuello. Ya habían comentado el motivo por el que Freya llevaba el pelo «mojado antes del lavado», lo que había dado lugar a una advertencia sobre los efectos del cloro, que dejaba el pelo áspero, y a un consejo adicional formulado a partir de la historia de una chica que se había quedado embarazada mientras nadaba porque un tío se había masturbado en la zona poco profunda de la piscina. Los secadores llevaban un rato encendidos. Wendy jadeaba. Las cuentas de neón de su collar se movían a medida que su pecho se hinchaba y deshinchaba. De las dos esquinas superiores del espejo colgaban dos trozos de espumillón plateado que habían sobrevivido los nueve meses transcurridos desde Navidad.

—Creo que mejor no —respondió Freya.

—Nos lo pasamos mejor —dijo Wendy con un guiño—. En las discotecas, tiene el mismo efecto que la hierba gatera.

—¿Eh?

—Se podría decir que prácticamente me acosan. Con tu tono de piel, a ti también te quedaría muy bien el pelo rubio.

—Puede.

—Creía que buscabas algo diferente. Pero si prefieres quedarte con ese moreno aburrido, siempre podemos hacerte una coleta a un lado o dejarte flequillo. A tu amiga Sarah (está en la uni

ahora, ¿no?) le hice un Cyndi Lauper muy chulo.

Wendy dio un trago a su zumo de arándanos, una bebida que, según ella, servía para mantener a raya a las infecciones. La pared de la que colgaba el espejo era de color lima. Había otra rosa; y una tercera, morada. Una chica barría el pelo del suelo mientras tarareaba el estribillo de «Borderline» de Madonna, una canción sin duda increíble. Llevaba una camiseta con la frase «All the Way to Wembley» estampada bajo una gaviota en pleno vuelo. Freya cerró los ojos y se imaginó por un momento sentada allí a la edad del señor Easemoth, teniendo la misma conversación, contando las mismas cuentas de neón alrededor del cuello de Wendy: tres cordones superpuestos, veinte cuentas abajo, dieciocho en el medio, dieciséis arriba.

Pasó mucho tiempo. Al menos medio minuto.

—Vale —dijo. Su piel mostraba un acaloramiento nuevo. Vive peligrosamente, dicen, ¿no?—. Córtamelo todo, Wendy, y tíñeme de rubio.

Wendy levantó una de sus cejas profusamente perfiladas. Entró una cliente de Hove. Existen varios rasgos que delatan que alguien es de Hove. En este caso, se trataba de la explosión de bufandas de seda anudadas al cuello.

—¿Estás segura? —preguntó Wendy.

—Sí.

—¿Todo?

—¡No! Hasta aquí, y después decolóramelo. O hazme reflejos. Sí, reflejos. Pero nada que me haga parecer pelirroja.

Wendy torció la cara con un gesto de preocupación. Era experta en eso.

—Una chica delgada y pequeña como tú... —dijo—. Una chica guapa pero en plan niña abandonada... —Dio otro trago al zumo. Colocó el vaso en la repisa con sumo cuidado—. Esto es lo que pienso, esto es lo que se me pasa por la cabeza. No estoy segura de que tengas el cuello adecuado para ese estilo, Freya. Porque, como tu asesora, te tengo que decir que te va a dar mu-

cho la luz en el cuello, ese es el tema, y, con esos rasgos tuyos tan monos, si te lo cortas tanto vas a parecer... Cómo decirlo...

—¿Un chico?

—Un huérfano etíope —respondió Wendy.

Freya levantó la barbilla y se estudió. ¿Qué cualidades de niño huérfano destacaría un corte de pelo tipo *bob*? Era pálida, de pelo castaño, los ojos marrones, una chica normal, pero ahora el espejo le devolvía la mirada de un niño etíope famélico. Cruzó las piernas y las volvió a cruzar. Los comentarios hirientes eran la seña de identidad de la amistad de Wendy, pero también podían resultar contagiosos. Al final salías de allí preocupándote por problemas que no tenías.

Pensó en el Grand, en la inminente jornada laboral que le esperaba tras el mostrador de recepción. Su padre, el subdirector general, normalmente se las arreglaba para que los miércoles ella solo tuviera que trabajar por la tarde. Él también era cliente de Wendy Hoyt. Cada tres meses se cortaba el pelo y se arreglaba las cejas y las orejas, una oferta tres por uno que el barbero se negaba a hacerle.

—¿Sabes qué? —dijo Freya—. Córtamelo como siempre.

—¿Sí?

—Sí.

La decisión funcionó como un hechizo sobre ella, y el latido de su corazón se ralentizó. Sintió que volvía a relajarse en la cómoda decepción que era su vida desde que había dejado el instituto.

—Más vale prevenir, ¿eh?

—Probablemente —respondió Freya.

—Vamos a lavarte el pelo, entonces. Con el producto ese de fresa que te gusta, y mientras me cuentas tus planes para Maggie Thatcher.

Philip Finch, conocido por todos excepto por su anciana madre como «Moose»,* conducía hacia el hotel en su infalible Škoda 120, un coche del color del chocolate pasado y tirando a blanquecino. Tenía la ventanilla bajada para poder echar la ceniza fuera y expulsar el humo del cigarrillo por un lado de la boca. Era importante que su hija no se viera forzada a inhalar sus errores. Iba sentada en el asiento del copiloto vestida con su habitual conjunto matutino, falda negra y camisa blanca: un cadáver elegante e inexpresivo. Se había cortado el pelo el día anterior. Él no había notado ninguna diferencia, pero le había dicho que le quedaba muy bien.

Pasaron junto a Dyke Road Park y el museo Booth. Freya rebuscó en la guantera, entre el pequeño alud de casetes. Había un orden y ella lo estaba destrozando.

—¿Qué buscas?

—Música.

—Estamos a cinco minutos, Frey.

Bostezó. Parpadeó. Observó el cristal.

—Hace calor —dijo.

* «Alce», en inglés. (*N. de la T.*)

—Hay alguna cinta de Wayne Fontana y los Mindbenders ahí dentro. La que te puse en... ¿dónde fue?

Ella suspiró.

—Estás suspirando.

—Nadie llamado Wayne ha hecho nunca nada bueno, papá.

—No es verdad —respondió él, y acto seguido entró en un oscuro estado de trance del que surgió con el nombre de Wayne Sleep en los labios.

—¿Quién?

—O... —¿Dónde se habían metido todos los Waynes famosos? — John Wayne.

—En ese caso es un apellido —dijo ella.

—Lo que significa una forma más profunda de Wayne. Lleva su waynidad en la sangre.

—Seguro que es su nombre artístico —respondió ella.

Pues ahora que lo pensaba...

Redujo la velocidad —apreciaba mucho esas conversaciones— y le dijo a su hija que no debía descartar algo hasta que no lo probara.

—Como viajar, quieres decir.

—Como la universidad —le respondió—. Viajar no tiene nada de especial, Frey. Ahora mismo estamos viajando. ¿Vas a volver a colocar todo eso? Puedes encontrarte y perderte sin salir de este coche, ahora mismo, en esta ciudad.

—Superemocionante —replicó ella, pero creyó ver un atisbo de sonrisa en su cara.

Tenía dieciocho años recién cumplidos. A él le daba la impresión de que había sido ayer cuando su hija había salido de una torpe adolescencia con gafas, una fase durante la que había perdido temporalmente la capacidad de mostrarse agradecida, considerada y comprensiva, al tiempo que a él le ofrecía cantidad de oportunidades en las que mostrar dichas cualidades. Últimamente, había notado un incremento considerable en el número de miradas masculinas que se pegaban a su ropa, y también en

la cantidad de cosas para las que ya no lo necesitaba. Ya apenas le pedía consejos. Sabía cómo tratar con clientes difíciles. Pronto le dejaría atrás, de una forma u otra. Sus cambios de humor habían terminado por cuajar en una indiferencia seca, en una gama emocional mucho más limitada. En ocasiones sentía nostalgia de sus antiguos enfados, y entonces se daba cuenta de que la provocaba sin necesidad. ¡Universidad! ¡Carreras! «¿Cuándo aprenderás a cerrar la puerta?»

Con su piel pálida, sus ojos oscuros y su naricita, con esa forma letal que tenía de levantar la ceja izquierda durante sus discusiones, Freya era una copia cada vez más exacta de Viv en la época en que empezaron a salir. Había ciertos rasgos inquietantes en todo aquello: tu hija perfecta convirtiéndose en tu mujer perfecta de entonces, caminando de manera provocativa hacia un futuro en el que pasará a ser presa de cierto tipo de individuos con iniciativa y gran apetito sexual, versiones mejoradas de tu yo más joven. A veces escuchaba de pasada al personal de verano del Grand y los oía hablar con un lenguaje moderno de sus aventuras sexuales, mientras discutían las que suponía que eran las nuevas posturas o técnicas. El trombón camboyano. El pintor arriesgado. Cono doble del sureste de Inglaterra. ¿La gente seguía haciendo el misionero? El futuro se reía de él tras mostrarle los pechos, como si estuviera en una feria de pueblo chabacana.

La verdad era que Moose llevaba una temporada sin acostarse con nadie. La gran dificultad de su trabajo residía en el hecho de estar rodeado a todas horas de gente en un acto de comunión sexual. Los huéspedes follaban contra las paredes y sobre las moquetas silenciosas, en los armarios de la limpieza y en los balcones con vistas al mar, en las bañeras independientes con grifos de cuello de cisne y en las duchas, y probablemente de vez en cuando también en la cama. Cuarenta y cinco años. Sin duda demasiado joven para retirarse de los escarceos amorosos. Aunque su situación era más bien la de un despido, ¿no? Con indemnización. La lujuria fluía por su cuerpo sin encontrar

oportunidad; era algo así como un pollo sin cabeza. La gente aún hacía comentarios sobre su aspecto —comentarios que se podían interpretar como cumplidos— pero a menudo estaba demasiado ocupado para seguir el juego. Podía contar con los dedos de la mano las aventuras que había tenido desde que Viv le había dejado por un tipo llamado Bob; Freya tenía entonces trece años. Probablemente lo razonable sería reconsiderar su norma de no acostarse con huéspedes —siempre había alguien que se sentía más solo que tú—. A veces le costaba dejar a un lado la idea de que sus años jóvenes habían transcurrido entre un exceso de sexo y una sensación de potencial contenido, y que todo eso, según el habitual sentido del humor que caracteriza a la vida, había sido reemplazado por una ausencia total de sexo y una sensación de potencial desperdiciado.

—Falda nueva —le dijo.

—No.

—Pero el corte de pelo sí es nuevo.

—Ya lo hemos hablado —le respondió ella.

Puso el intermitente. Se recordó que tenía que impermeabilizar la ventana del copiloto con cinta protectora antes de que llegara el otoño de verdad. Adelantaron a un labrador paseando a una mujer delgada.

Frey murmuró algo.

—Últimamente no paras de murmurar —le dijo.

—Wendy te manda recuerdos.

—¿En serio? Qué simpática. ¿Cómo está? ¿Sigue muriéndose?

—Sí, un poco más cada vez.

—Pero es un buen corte.

—Mmm.

—Me tropecé con ella en Woolworths hace unas semanas. Se me olvidó contártelo. Se quejó de una uña encarnada. Pensé que aquello iba a empezar una época más realista.

—Pues no —dijo Freya—. No me ha dicho nada de los dedos de los pies. Ha vuelto a los tumores cerebrales y la cirugía.

—Qué pena.

Avanzaron por las rectas calles de Brighton, de aire seguro y despreocupado, con las farolas separadas y las líneas de los tejados diseñadas para rimar. Chicas con vaqueros blancos, las coletas moviéndose de un lado a otro a cada paso. Mujeres con chaquetas oscuras y elegantes, estrechas en la cintura y más anchas en los hombros. Camisetas enormes que ofrecían escondite a muchachos larguiruchos. El verano no había terminado todavía. Ese zumbido especial del verano aún en el aire. La primera ministra visitaría la ciudad en unas semanas, y él sabía que su visita podría marcar el camino hacia un ascenso. Futuro director general en Oxford o Bristol o Durham, dondequiera que Freya acabara estudiando. Y eso también significaría dinero. Sus catorce mil libras anuales no daban para mucho. Necesitaba proveer y proveer. Un portero o un botones ganaba más (ellos construían casas a base de monedas de una libra), pero los porteros y los botones lo eran de por vida, con su afición a las propinas y su falta total de ansias de progresar. Lo había visto en numerosas ocasiones. Un puesto asalariado tenía un futuro. Bueno, al menos esa era la idea.

Giraron a la izquierda, hacia King's Road, y una modesta furgoneta lechera los adelantó con dificultad. A su derecha se veía la vasta y brillante extensión del mar. Los últimos veraneantes de la temporada, con las toallas colgadas al hombro, cruzaban la calle para alcanzar la calidez de la costa. Piedras grises y piedras beige, algunas resbaladizas y otras secas. La actitud británica ante las quemaduras solares era simple: salir ahí fuera y volver las quemaduras dispersas en algo de una gravedad más uniforme. La imprudencia de sus compatriotas en busca del calor hizo que Moose se sintiera extrañamente orgulloso. La pintura de las casetas de la playa estaba descascarillada; glamur costero venido a menos.

El Grand, uno de los amores de su vida, apareció ante ellos. El edificio parecía una tarta de boda blanca y gigante dispuesta

frente al canal de la Mancha. Los aleros amplios, las cornisas, los elaborados refuerzos de ladrillo. La bandera británica ondeando bien alta. Le encantaban los detalles recargados y sus nombres especiales y secretos. Ciento veinte años de llovizna hiriente, de luz solar corrosiva, de temporales salados y mierda ácida de pájaro eran la cruz que debían soportar las localidades costeras.

Lo que más le gustaba era entrar en el Grand con su hija a su lado. «Sí, yo creé a esta persona, mirad.» Una pequeña concesión al ego en un negocio basado en el servicio a los demás. Su portero favorito, George, les saludó cuando bajaron del coche. George, quien siempre tenía un paraguas en la mano, preparado en todo momento para la lluvia, quien siempre tocaba cada pieza de equipaje en cuanto se abría el maletero porque, una vez la mano aferraba el asa, la propina estaba casi asegurada. Después apareció Dave, el conserje, con su cara amable y su aliento a anís, una estrategia adoptada para ocultar su afición al whisky escocés. Le hizo una reverencia a Freya en un falso estilo teatral, algo que a ella siempre le arrancaba una sonrisa. Derek, el botones, se limitó a asentir con la cabeza. Se decía que tenía una foto de Bernard Sadow, el inventor de la maleta con ruedas, pegada en una diana en casa.

Entre aquellas paredes victorianas, el estilo de Moose era excesivo. El Grand era todo excesos. Vivía en tiempos excesivos. Moose no tenía el dinero ni las ganas de llevar trajes caros, de comprar gomina de marca para darle un toque de sofisticación a su pelo canoso y, aunque tenía buena cabeza para las matemáticas, le faltaba la frialdad interior que imaginaba que se requería para tener éxito en el mundo de la banca. Así que vestía su traje Burton azul marino —un traje para un hombre ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo— y montaba pequeñas actuaciones de la nada, con palabras y gestos que conseguían que sus huéspedes se sintieran especiales, el pin con su nombre en la solapa y la corbata

siempre colgando sobre la primera palabra de su cargo, ocultando la parte que decía SUB y dejando solo a la vista DIRECTOR GENERAL, un ascenso sin el consiguiente aumento de salario ni el sentimiento de orgullo del título. Su escenario era la alfombra persa del vestíbulo. Le gustaban las gruesas volutas color crema del techo, el brillo en las esquinas redondeadas del portaequipajes, los paneles decorativos que le parecían hechos de galletas, la suave potencia de las elegantes lámparas. Le gustaban las cortinas de color merlot que mantenían la calma en recepción. El corazón de la casa estaba compuesto de pasillos deslucidos y montones de ropa sucia, pero la parte pública, las zonas que los huéspedes veían tras pasar por los brillantes paneles de la puerta giratoria, estaban llenas de la calidez de la opulencia, del aire añejo de las antigüedades, del aroma de las flores frescas. Lo primero que sentías al entrar —mientras la puerta giratoria se iba deteniendo— era el silencio de los muebles antiguos. Duetos de taburetes y sillones orejeros. El Gainsborough acurrucado bajo el primer arco espectacular de la escalera, tapizado con tela a cuadros de Oban de Colefax & Fowler.

«Señor Barley, ¿qué tal le va a su sobrino el presentador? Muy buen reportaje en *Argus*.»

«¿Qué tal estaba el champán, señora Harding? ¿Es verdad que no da resaca?»

«Haré que cambien la consola, señora Mathis. Una mujer de su estatura no debería tener que encorvarse.»

«¿Una suite con vistas al mar?»

«¿Aspirinas?»

«¿Un médico?»

«¿Un florista?»

El aroma a café recién hecho por la mañana. Té y pastas por la tarde. Cepillos y pasta de dientes detrás del mostrador de recepción. Cientos y cientos de condones. Decenas de gemelos de nudo. Los huéspedes eran bastante constantes en cuanto a las cosas que olvidaban traer, y también en cuanto a lo que dejaban

atrás: pijamas, esposas, una pierna ortopédica en una ocasión. Moose era un hombre laico. Le hubiera encantado poder eliminar las Biblias de las habitaciones, o añadir copias del Corán, pero los ejemplares eran muy populares entre los veraneantes —al parecer las finas páginas iban muy bien para liar porros— y, si algo te hace sentir mejor y lo practicas con discreción, ¿acaso tiene alguien derecho a oponerse?

En los días en los que la ambición y los remordimientos podían con él, cuando las oportunidades perdidas se le pegaban a la suela del zapato como un chicle y formaban tiras pegajosas que detenían su progreso, se decía a sí mismo que la vida de verdad tenía lugar entre las paredes del hotel. Las aventuras extraconyugales, sí, las cosas sobre las que todo el mundo le preguntaba siempre, eso sin duda. Pero también otras: había gente que se casaba o se prometía allí; gente que recibía llamadas que informaban de que uno de sus progenitores había muerto. Gente que concebía bebés. Que soplaban velas.

Su mayor felicidad consistía en charlar con los huéspedes. De no ser por la influencia de conceptos como las fechas límite y las listas de cosas por hacer, hubiera podido pasarse fácilmente días enteros charlando con los huéspedes sobre cómo pensaban hacerse más ricos, sus muy lamentados achaques o el ideal platónico que representaba una almohada, con su consumada suavidad y contorno. Le gustaba saber el nombre de todos sus huéspedes e ir rellenando poco a poco los huecos en la historia de sus vidas. Cuando eran de los que disfrutaban al saludar, también solía aprenderse los nombres de sus hijos. Cuando preferían pasar sus días conservando su intimidad y espacio, se limitaba a asentir con la cabeza y sonreír, como un mero reflejo mudo de su reticencia. La hospitalidad requería cierta adulación superficial, pero también una profunda familiaridad. Era una combinación peculiar de intensidad y delicadeza. Se pasaba el tiempo leyendo a la gente, leyendo y leyendo y leyendo, y solo en contadas ocasiones su aparente amabilidad era falsa. Una

sonrisa impostada a algún ejecutivo vestido con traje de raya diplomática que en realidad no era más que un pez resbaladizo en el mar de sus posesiones. El elogio ocasional a la mujer cuyos pechos operados resultaban sin duda incluso más falsos que sus ojos; ojos como pantallas en blanco que únicamente mostraban breves destellos de la experiencia vivida. En general, la gente se mostraba amable si eras amable con ella. Solo querían pasar unos días agradables. Les dabas lo mejor y lo peor de ti. La gran mentira de que transmitirías su queja a la oficina central. La honesta afirmación, la mayoría de las veces, de que les deseabas una estupenda estancia.

En ese momento, la señora Harrington, de la habitación 122, cruzaba el vestíbulo con tenacidad, balanceando el bastón que apenas parecía necesitar. La vieja señora H era una de las habituales más fiables del Grand y solo se alojaba en habitaciones cuyos números sumaran cinco. Muchos recepcionistas habían aprendido sus preferencias a las malas: «La habitación 240 es muy bonita, señora Harrington». «Preferiría otra, cariño.» «¿Qué le parece la 301?» «Preferiría otra.»

—Puntual como siempre, señora Harrington —la saludó.

—¿Todavía se encuentra mal? —le preguntó ella con una mueca amable.

—¿Mal?

—Pálido.

—¿Yo?

—Montaña rusa —respondió, y dibujó una línea ondulada en el aire con el bastón.

Moose intentó reírse, pero solo consiguió mantener la sonrisa que ya lucía.

—Dolor de brazo —dijo ella.

Sintió que se le borraba la sonrisa.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo contó.

—¿Sí?

Los ojos de la señora H se desplazaron lateralmente un segundo a otra de las habituales, la señorita Mullan. Durante el resto del año era el *señor* Mullan, presidente de una empresa de productos de aseo personal que cotizaba en bolsa.

—Ya estoy recuperado, gracias, señora H. Solo fue un pequeño esguince. Aún sigo vivo.

—Eso mismo dijo Geoffrey, mi Geoffrey, antes de morir.

—Lo siento —dijo Moose—. Ha sido un comentario poco acertado por mi parte.

La señora H no podía mover mucho los hombros, así que, para indicar que hacía el gesto de encogerlos, se limitó a girar la palma de la mano derecha hacia el cielo.

—Su muerte es la segunda cosa mejor que me ha pasado nunca —dijo.

—¿Cuál fue la primera?

—Una moto —respondió, y continuó su avance hacia el restaurante. Los huéspedes que se habían congregado en el comedor para el desayuno se apartaban a medida que ella balanceaba su bastón de lado a lado, como si en realidad estuviera ciega, golpeando a su paso rodillas y espinillas y abriéndose camino hacia la mejor mesa.

Con Freya a buen recaudo tras el mostrador de recepción —la barbilla apoyada en la palma de las manos (todavía se le daba fatal esconder el aburrimiento)—, realizó su comprobación habitual del restaurante (ordenado) y de los lavabos (relucientes). Subió al almacén de la primera planta, donde guardaban el equipaje de los clientes de larga estancia y también otros objetos como cunas y sillas de ruedas. La noche anterior el personal del hotel había montado una fiesta espontánea y, cómo no, encontró unos cuantos minibotellines de alcohol en un rincón polvoriento. También el envoltorio de un condón. Joder. Y una chocolatina intacta. Interesante. Se comió la chocolatina y después se encontró a Mimi, del equipo de limpieza. Le pidió que devolviera las botellas que estaban sin abrir al armario del mini-

bar y que se asegurara de cerrarlo con llave. Nada de candados con la combinación 1-1-1-1, por favor. A continuación bajó por la escalera cubierta de gruesa moqueta, con cuidado de no tocar la barandilla y dejar manchas innecesarias, y pasó junto a Barbara, la gata atigrada y con mal carácter del chef Harry. Por lo general le pedía comida, pero últimamente parecía deprimida. La gata le dedicó una mirada fulminante con los bigotes caídos, como diciendo: «¿Qué sentido tiene?».

—Esto es lo que hay, Barb.

El animal echó las orejas hacia atrás y bostezó.

Le preguntó a Marina, la directora de atención al cliente, si habían recibido más solicitudes de prensa para el congreso, o si había algún cambio en la reserva de grupo realizada por la secretaria de la secretaria de la primera ministra. No había ninguna novedad, así que, tras maravillarse con la asombrosa forma que tenía ella de soplarle el flequillo entre frase y frase, haciendo ondear los suaves mechones, se llevó su decepción y su excitación al armario que llamaba su despacho. Un memorándum que terminar. Información sobre huéspedes importantes. Documentos para autorizar la instalación de más medidas de seguridad y videovigilancia: nueve cámaras, doce, los requisitos no paraban de sufrir modificaciones. El papel brotaba de su máquina de escribir IBM Wheelwriter. No había luz natural allí dentro. Suponiendo que el director general dejara realmente el cargo en unos meses como estaba previsto, y suponiendo que la visita de la primera ministra fuera todo un éxito; suponiendo todo eso y suponiendo que el comité ejecutivo del grupo cumpliera su palabra, Moose pronto se trasladaría unas plantas más arriba, a una oficina con una placa de «Director General» colgando en la puerta. Control total. Salario decente. Sol y vistas al mar. Deseaba no depender tanto del reconocimiento externo, pero ese pensamiento le daba el empujoncito necesario para superar cada semana de setenta horas.

Párrafos cogiendo forma. Teclas que a veces se trababan. Tac

tac tac y solo cuatro errores. La dislexia como una comezón permanente en sus pensamientos que irritaba sus intentos de ser elocuente. El calendario en la pared que mostraba campos bañados por el sol y septiembre engalanado con hojas caídas e indiferentes. Había adoptado la costumbre de marcar con una X cada día trascurrido, recuadros de vida tachados con lápiz, no con bolígrafo, como si en algún momento fuera a reinstaurar un martes pasado. El mueble archivador exhibía unas pequeñas estatuillas doradas en lo alto, hombres con torsos como triángulos bocabajo. Estaban colocados al borde de trampolines. Junto con el colgador para sombreros, eran sus objetos preferidos de la oficina.

¿Tenía algún sombrero? No, técnicamente no. Pero últimamente en su sistema de creencias se habían instalado varias convicciones —no coger nunca un taxi, no tener miedo a la hora de combinar carbohidratos—, y una de ellas era que un colgador de sombreros era algo que todos los hombres debían poseer. Uno nunca sabía cuándo iba a empezar a llevar sombrero. Freya le había dicho: «¿Por qué no cuelgas abrigos hasta que tengas alguno?». Pero su hija no lo entendía. Reservaba el colgador de sombreros para un sombrero. Se lo imaginaba perfectamente: ese delicioso instante inaugural en el que, con cuidado disimulo, lanzaría a uno de sus encantadores brazos serpenteantes una gorra Gatsby, un balmoral, una boina, un canotier, un fez o un fedora. Era un pequeño momento mágico que se reservaba para el futuro.

Cogió una carpeta con el membrete «Visita del Partido Conservador» y se dispuso a refinar sus estrategias, haciendo una pausa solo para llamar a varias universidades y pedirles que enviaran más folletos.

Por la tarde, había programada una reunión con la siguiente agenda:

1. Reparto de los despertadores. 201 + repuestos. Comité de prueba. Características. ¿Luces LED? Servicio para los hipermétropes, para los que se levantan más tarde, etc. (PF)

2. Servilletas para las actividades durante la conferencia. Proveedor escocés. ¿Problema? ¿Azul conferencia? (PF)

3. Peticiones imprevistas de Cameron House. (PF)

4. Programa de formación para el personal temporal extra. (PF)

5. Elección canapés. (PF)

6. Instalación de faxes. (PF)

7. ¿Reducir las molestias de la videovigilancia para los huéspedes ajenos al congreso? (MV)

8. Las toallas no están lo suficientemente suaves. ¿Qué sentido tiene escatimar en suavizante? (DN)

9. Disturbios. (PF)

10. Manifestantes irlandeses. (PF)

11. Amenazas de seguridad. (PF)

12. Otros asuntos.

En la sección «otros asuntos» —que rara vez se utilizaba para otra cosa que no fueran anuncios de cumpleaños— se comentó que no se había desbordado ninguna bañera en el hotel en los últimos nueve meses, lo que se consideraba un récord. Una limpiadora, por su parte, se quejó de la aparición de nuevas manchas de semen en las cortinas de estampado floral. ¿Quiénes eran los fornicadores de las cortinas? ¿Qué plan tenían?

Una vez solucionado el punto 12, el siempre sórdido Peter Samuels le hizo a Fran una pregunta malintencionada. Fran era la jefa de limpieza de la tarde, una mujer negra de ojos impresionantes. Limpieza, compras, programación. Treinta y dos personas a su cargo.

Fran le respondió a Peter:

—Nah, no, no. Eso no es lo que pasó. Te cuento, ¿vale? La mujer sale del baño, ¿sí? Mojada y desnuda. —Fran se detuvo en una pausa efectista. Se hizo el silencio a su alrededor. Solo Marina sonrió. Quizá ya se sabía la historia—. La mujer no lle-

vaba puesto nada excepto una pequeña toalla blanca con la que se había recogido el pelo. Yo estaba cubriendo el turno a una de esas empleadas vagas que se contratan en verano, Veronica la Vomitona, ¿sabes quién, no? —Una risita nerviosa del personal allí reunido, dos de las asistentes habían recomendado personalmente a Veronica para el puesto—. Y la mujer esta me dice, con las tetas y el culo al aire, todo al aire, me sonrío y me dice, totalmente relajada: «Continúa, encanto, pero cierra las cortinas, por favor. No quiero que los vecinos me vean desnuda».

Silencio alrededor de la mesa. Los hombres, anhelantes, se acercaron un poco más.

—¿Y qué hiciste, Fran?

—Pues seguí haciendo la cama —respondió Fran—, ¿qué iba a hacer? Y después le dije, con mucha educación, que si los vecinos la veían desnuda, serían ellos los que cerrarían sus putas cortinas.

La sala explotó. Fran llevaba trabajando en hoteles casi tres décadas. Su principal queja sobre el Grand era que no proporcionaban medias con el uniforme.

Mientras el cielo sobre el canal se teñía de un morado oscuro manchado solo por unos pocos remolinos frágiles color coral, Moose se sentó en el bar para tomarse su cerveza de antes de la cena, que acompañaba siempre de un cigarrillo. Su Zippo tenía grabadas las palabras «Para Viv, con cariño, Phil». Su exmujer no había mantenido un compromiso firme con su adicción al tabaco. Marina se colocó junto a él con un paquete de mentolados. Moose le acercó la llama. Lo mejor de fumar era que a veces mujeres como Marina te pedían fuego.

Dejó una moneda de veinte peniques en la caja, abrió una bolsa de patatas y acercó una silla para ella. Fotos de huéspedes famosos decoraban la pared: Napoleón III, John F. Kennedy, Harold Wilson.

—Necesitas unas vacaciones, Moose —le dijo Marina—. Por un par de días no va a pasar nada, ¿no?

Levantó los brazos. Un pequeño bostezo rosa al estirarse. Él se fijó una vez más en la milagrosa mundanidad de sus codos, pequeñas criaturas enfadadas con un aspecto demasiado extraño para formar parte de su cuerpo.

Técnicamente, sobre el papel, era el jefe de Marina. Pero el choque de continentes que sugería su voz dotaba a la directora de atención al cliente del Grand de una sofisticación que él no podía ignorar. Además, aún sufría ligeramente los efectos del deseo. Se tomaba en serio todo lo que ella decía y también respetaba el hecho de que no contara demasiado sobre su pasado. Viv solía decir que en la vida había dos tipos de personas: las personas en tiempo pasado y las personas en tiempo presente. Ella se consideraba una persona en tiempo presente, lo que le daba la excusa perfecta para no hablar nunca de cómo se sentía sobre algo que ya había sucedido. En vez de eso, se obsesionaba con el tema en silencio. Marina, por su parte, era una persona en tiempo presente de verdad. Habitaba en él. Era suyo. Los miembros masculinos de la plantilla del Grand chapoteaban en el mar de mitos que la rodeaba, y se regodeaban en la sensación de estar atrapados en él. La historia de que había estado casada con el presentador adúltero de un concurso televisivo en Argentina. Que había sido modelo y animadora infantil. Que, recientemente, en su trigésimo octavo cumpleaños, una mujer de pelo corto y rubio se le había declarado en una cafetería en Lanes. Nadie sabía cuántas de esas historias eran ciertas.

—¿Quieres una? —le preguntó.

Marina negó con la cabeza.

Las primeras tres patatas se las comió de una en una, poniendo a prueba cuánto tiempo podía sostenerlas sobre la lengua antes de ceder al crujido. Las demás las engulló rápidamente.

Freya sacó un bolígrafo nuevo de un cajón, se inclinó sobre un folleto turístico de cuarenta y dos páginas y comenzó a rellenar con tinta negra todos los espacios interiores de las letras «b», «g», «e» y «o». En el extremo izquierdo del mostrador de recepción descansaban diez clips, listos para una tarea aún sin determinar. En el extremo derecho, bajo las sombras, el libro de registro de huéspedes: un grueso volumen que contenía la información sobre las tarifas de las habitaciones y las fechas de llegada, pero también varios garabatos ambiciosos de pingüinos atrapados en una tormenta y una lista actualizada a diario y titulada «TOP CINCO DE MENTIRAS DE HOY».

«En realidad, señor, todas las habitaciones individuales tienen el mismo tamaño.»

«Señora, lo siento mucho. Si fuera posible proporcionarle una habitación mejor, lo haría sin dudar.»

«Ha sido un placer, de verdad.»

«El director general está encantado de haberle conocido.»

«Claro que me acuerdo de usted, señor Norton. Me alegro mucho de volver a verlo.»

Un huésped se acercó a recoger su llave. Sobre el sudado labio superior asomaba un delgado bigote, estilo dictador, que parecía

haberse arrastrado hasta allí en busca de un lugar cálido donde morir. A veces Freya cerraba los ojos y se imaginaba el hotel ardiendo, cambiando de forma como si fuera una estructura formada con las hojas rosas que utilizaban para anotar las reservas, con todas las palabras cuidadosamente escritas amontonándose como ceniza en el suelo pero palpitando ligeramente.

Aquel día su turno acababa a las siete y media de la tarde. Su principal función durante ese tiempo era permanecer sentada tras el mostrador de recepción sin quedarse dormida ni matar a nadie, especialmente a sí misma o a un cliente. Jugueteaba con el pelo, retorciéndoselo alrededor de un dedo, igual que había hecho durante innumerables veranos previos. Había algunos huéspedes charlando en el vestíbulo. Otro en las escaleras haciendo algún tipo de estiramiento de espalda. En la zona del bar, dos hombres, sentados uno frente al otro, jugaban al ajedrez y bebían gin-tonics envueltos en un ambiente de fanfarronería anticuada. Jorge, el barman, leía las páginas extendidas de un periódico con un horizonte de botellas de whisky detrás de él. Era guapo, un poco a la antigua usanza.

Reconoció a uno de los jugadores de ajedrez; lo había visto el día anterior. Mientras su padre estaba en una reunión, ese huésped la había calificado de «completa inútil» por no saber el nombre de una tienda de East Street. El siguiente huésped de la cola, que lo había escuchado, se había mostrado superamable con ella para compensarlo. Las colas frente al mostrador de recepción normalmente se repartían así: maleducado, amable, maleducado, amable. Cuando un huésped era maleducado de manera audible, tus opciones se ampliaban. Podías asignarle al siguiente la habitación-zulo y no escuchar ni una queja.

Los relojes del vestíbulo hacían tictac, con las manecillas apuntando a horas diferentes. El ambiente estaba impregnado del delicioso aroma de los pasteles y los *scones*, y el olor se mezclaba con la dulzura de las flores recién cortadas. La gente paseaba relajadamente sobre alfombras orientales y se detenía

a admirar las obras de arte en sus marcos antiguos. Naturalezas muertas y paisajes. Marinas al óleo. Mujeres lustrosas con perros falderos. Caballos dibujados sin proporción alguna. Un montón de reyes con sus capas.

«Puntas abiertas»: la definición no resultaba suficiente para describir su pelo aquella semana; su pelo más bien parecía recién salido de la licuadora. El corte le había costado ocho libras. Teniendo en cuenta que cobraba una libra sesenta por cada hora que pasaba sentada tras ese mostrador observando cómo la gente iba y venía, con la vida pasando literalmente por delante de sus narices, el precio era prácticamente un crimen. Normalmente, si alguien te atracaba no tenías que pagar, era gratis.

Perdida en las curvas y en las pendientes de sus dibujos de pingüinos, se frotó los ojos secos, escuchó el zumbido familiar de la puerta giratoria e hizo ademán de enderezarse. El hombre que entró en el hotel era anormalmente joven: veinteañero, supuso. Para ser un huésped del mes de septiembre, también era extrañamente atractivo y alto. Nadie dudaría en referirse a él como «ese tío», cuando, una vez pasada la temporada alta, la mayoría de hombres que se alojaban en el Grand podrían describirse como «caballero» o «socio», o de cualquier otra manera propia de la clase media alta, apelativos que, si eras una persona de pelo plateado y procedente de un entorno similar y aterciopelado, podías sentir la tentación de preceder de un «divino» o «bárbaro». Pero el recién llegado no tenía esa sonrisa adormilada. No tenía la cara suave y obsoleta. No llevaba una mujer delgada y tensa colgada del brazo, y ni siquiera blandía un paraguas.

Avanzó desde la puerta hacia el mostrador. Llevaba dos bolsas de deporte, una colgada de cada hombro. Vestía una chaqueta de cuero cara que parecía un poco gruesa para el tiempo que hacía. Barbara —con una pata suspendida en el aire y la lengua en el trasero— levantó la cabeza con desgana. El chef Harry la había adoptado en el invierno del setenta y nueve, y desde entonces había desarrollado una generosa figura, además

de ciertos problemas irresolubles con la autoridad. No tenía por costumbre realizar movimientos innecesarios. Freya tuvo tiempo de preguntarse si Barbara había notado lo mismo que ella: el aire competente del tipo, el hecho de que probablemente sería hábil con un abrelatas. Le dio tiempo a pensar que seguramente había entrado a preguntar por algún sitio. Tiempo a convenirse de que no pensaba alojarse en el Grand, con su enorme mostrador de recepción, ese refugio de roble para montones de polvo, pantanos de chicles, varias milagrosas telarañas, la colección de mocos resecos de Snogger Dave, pegatinas destrozadas en las que se leía «¡Toma!» y «¡Pam!» y, hasta que Freya compró un spray letal en Woolworths, hacía ahora un semana, también una enorme araña satisfecha cuya muerte lamentó inmediatamente. A nadie le importaban las zonas que los huéspedes no podían ver.

Ahora estaba justo delante de ella. Freya se colocó un rizo sobre la clavícula para señalar el lugar que, en un día en el que se sintiera más segura, habría llamado escote. Observó cómo él también se tocaba el pelo, oscuro y dividido por una raya precisa. Vestía una camisa blanca y elegante bajo la chaqueta, remetida en el pantalón. La barba de varios días se espesaba en el hoyuelo.

—Bienvenido al Grand —le dijo.

—Muchas gracias —respondió él.

Su cara era una de esas caras que todavía tienen mejor aspecto cuando están en movimiento. Sus ojos eran de un color entre marrón y verde.

—¿Te alojas con nosotros?

—Sí, por favor.

—¿Tienes reserva?

—Sí —respondió él—. Roy Walsh.

Freya echó un vistazo al libro de registro y preparó el cuaderno rosa.

—¿Has pagado ya algún depósito?

—No, ninguno. Pero puedo pagar por adelantado y en metálico, no hay problema. —Abrió una cartera de cuero que dejó escapar un olor a coche nuevo.

Comentaron algo sobre el tiempo. Su tono era neutro, vacío, como la voz agotada de un profesor. Pero a diferencia del señor Pickford o del señor Easemoth, no tenía una expresión cansada, su comportamiento no era el de una persona rota. No venía de un mundo de pana y novelas prestadas. Tenía la espalda recta. Parecía vigoroso y despierto.

—Solo una noche, ¿verdad? Es lo que dice aquí.

Una sonrisa se empezó a dibujar en su cara.

—Bueno, si no es demasiado tarde, me gustaría extender mi estancia: tres noches.

—¿Tres noches?

—Si es posible.

—Déjame ver. Creo que es tu día de suerte.

Suerte. No parecía necesitarla. Probablemente era de los que se forjaban la suya. Según le habían dicho, eso era lo que todo el mundo debía hacer en la vida, aunque quienes decían eso nunca continuaban hablando para explicarte cómo se suponía que debías forjarte tu suerte, y, a menudo, en el momento en el que daban el consejo de la suerte, calzaban unos zapatos muy pasados de moda.

Se había puesto de pie. Si volvía a sentarse en seguida daría la impresión de ser uno de esos bichos raros y distraídos de los vídeos de aeróbic.

—¿Media pensión?

—Sí, venga.

—Vale, son sesenta libras la noche. En total, serán ciento ochenta.

—Estupendo.

—¿Quieres pagar ahora la primera noche?

—Prefiero pagarlo todo.

—¿Por adelantado? No es necesario.

—Da igual... ¿Sabes en qué número me vas a poner?

—¿Perdona?

—El número de la habitación.

Echó un vistazo rápido al libro de registro.

—La 629 está libre. Es bonita, con vistas al mar.

—629, estupendo. Gracias.

—¿Te gustaría verla primero?

—No, no, está bien así. No hay problema.

¿Lo decía en serio? ¿Estaba siendo demasiado educado? Sesenta la noche era mucho dinero. Este hombre, Roy Walsh, le daba buena espina. Uno sabía en seguida si alguien era amable, y él lo era. Los huéspedes amables solían serlo en exceso y no pedían lo que querían de verdad. Con esa idea en mente, le hizo un gesto a su padre para que se acercara.

—¿Vienes de lejos? —le preguntó—. ¿Ha ido bien el viaje?

—El viaje en tren, lo normal —respondió Roy.

—¿Es un viaje de negocios?

—Y un poco de placer, espero. Puede que un colega se pase un rato. Imagino que la habitación tiene escritorio, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder que sí, llegó su padre y le estrechó la mano a Roy Walsh.

—Bienvenido, bienvenido —le dijo.

—Papá, ¿podrías enseñarle al señor Walsh la habitación 629?

Se produjo una pequeña pantomima de formalidades. No quería ver la habitación. Dijo que tenía un poco de prisa. Todo el mundo pidió disculpas y sus palabras se solaparon, y Freya sintió que empezaba a ruborizarse.

Su padre se marchó. Freya apuntó el nombre de Roy Walsh en la casilla correspondiente. Había acrónimos impresos junto al número de las habitaciones. (SB) sin baño. SM (suelos de madera). BP (baño pequeño). CA (cerca del ascensor). Las únicas letras junto al número 629 eran BVM, balcón con vistas al mar. Había hecho por él todo lo que estaba en su mano.

—¿Es tu trabajo de verano? —le preguntó él.

—¿Esto? Sí, más o menos.

—¿Más menos que más?

—Sí, bueno, el verano es interminable.

—Te entiendo.

—¿Sí?

Él parpadeó.

—Mi padre me tenía haciendo chapuzas en casa cada verano, y después, por la noche, me hacía jugar al billar con él. Esas semanas podían hacerse eternas, allí encerrado todo el tiempo, aunque cuando uno lo recuerda no parece tan horrible.

Freya abrió un paquete nuevo de tarjetas de registro.

—Estoy ayudando a mi padre. Aún no he enviado ninguna solicitud a ninguna universidad, y Moose (ese hombre es mi padre y por desgracia se llama Moose) tiene mucho trabajo. Van a venir unos huéspedes importantes en unas semanas. Bueno, con eso no quiero decir que el resto de huéspedes no sean importantes, obviamente.

—Obviamente —dijo él, sonriendo.

—Parte de la plantilla de verano se quedará unas semanas más.

—¿Se quedan muchos a dormir aquí?

—¿Cómo dices?

—Me refiero a si el personal vive aquí.

—Algunos sí.

—Deberías viajar.

—¿Perdón?

—Ver mundo —le dijo, sonriendo de nuevo.

Últimamente, ella había estado pensando en eso. Marbella o algún otro sitio, si ahorra dinero.

—Marbella. —Roy parecía a punto de echarse a reír—. Buen plan. He oído que está bien.

—¿Has estado en España?

—¿Yo? Nunca. Pero de vez en cuando... De vez en cuando pienso que debería ir.

—Hace mejor tiempo —dijo ella.

—Entre otras cosas, supongo, sí.

Pensó en contarle que había sacado unas notas excelentes, mejor de las esperadas. Pensó en contarle que no estaba segura de que la universidad fuera para ella. Pensó en admitir que hasta el mes pasado había creído que Oxbridge era un lugar real, y no la combinación de dos palabras, Oxford y Cambridge, unidas para formar una sola como si fuera la broma de un estudiante de un colegio pijo, el tipo de broma para las que no estaba segura de tener tiempo. Pensó en contarle que tenía amigos que pronto disfrutarían de los actos y las fiestas de la semana de bienvenida, y que la universidad era en realidad un juego de beber ininterrumpido (seguramente él habría ido y podría confirmarlo), pero ¿no eran las experiencias del mundo real más importantes? Parpadeó dos veces antes de contarle todo esto, pero al final decidió no contarle nada.

¿Le cambiaba el acento entre frase y frase? No era capaz de distinguirlo. De Escocia, solo conocía Edimburgo, y de Gales, Cardiff. Nunca había estado en Irlanda y nunca había explorado el norte. El ambiente era lúgubre allí arriba, según solía decir su madre, pero según Vivienne Finch había un montón de cosas lúgubres. La vida. Inglaterra. Estados Unidos. El amor. La gente que comía carne o utilizaba «irónico» de forma incorrecta.

—Así que esas personas importantes van a venir pronto —dijo Roy—. Bueno, esas otras personas importantes aparte de mí, como ya hemos comentado antes.

—Sí. JFK también se alojó aquí. Y Napoleón III. Pero, actualmente, aunque no debería decirlo, la verdad es que ya no alojamos a tanta gente famosa. Cuando viene alguien así, se convierte en todo un acontecimiento. Supongo que los famosos van cada vez más a islas exóticas y lugares así.

—O a Marbella.

—Exacto —dijo ella, y se rio.

—¿Nada de estrellas de cine, entonces?

—No. Solo la Thatcher y los suyos. Es el congreso del Partido Conservador. La última vez que vino a Brighton se alojó en el Metropole... Y el año pasado se celebró en Blackpool. —Era algo de dominio público, pero bajó la voz de todas formas. Quería que él tuviera la sensación de que le estaba confesando un secreto. Señor Walsh, si no te importa, ¿puedes firmarme aquí?

Miró la tarjeta de registro con un bolígrafo en la mano izquierda. La firmó despacio.

—¿En qué habitación crees que se alojará? Espero que no sea mejor que la mía. —Volvió a sonreírle.

—Ja. Bueno. No puedo decirlo.

Él asintió. Su mirada se apagó educadamente. Ella le dedicó una sonrisa de disculpa. Roy cogió sus dos bolsas de deporte.

—De acuerdo, gracias —dijo al meterse la llave en el bolsillo. Fue un «gracias» frío. Un «de acuerdo» vacío.

—Mi compañero Derek puede...

—No, no —dijo—. No es necesario molestar al botones con mi equipaje. Nos vemos.

Se dirigió hacia el ascensor, pero no pulsó el botón. En vez de eso, se desvió a la izquierda y pasó por las puertas dobles, quizá en busca del baño de la planta baja. Era algo raro, por lo general la gente casi siempre prefería utilizar el baño de su habitación. Intimidación ante todo.

¿Qué había hecho mal? Le había dado la impresión de que se entendían, pero de repente ese entendimiento se había esfumado. Lo escribió en una página del libro de registro, «entendimiento», y le pareció que algo no iba bien.

Derek se acercó, negando con la cabeza. Se le daba increíblemente bien hacer que los huéspedes se sintieran cómodos, jugar con sus hijos y dedicarles cumplidos a las abuelas, después apagar esa calidez como si nada y fijar una mirada gélida en ellos, una mirada que significaba: «Sí, cabrones, ha llegado el momento de darme la propina, ¿os pensabais que todo esto era gratis?». Esa estrategia le había dado para comprarse dos coches.

—Qué bonito —dijo Derek—. Pero qué bonito.

—Déjame en paz —le respondió Freya—. Lo he intentado.

—Demasiada indecisión. Si lo vas a decir así, de esa forma tan poco firme, «Quizá mi amigo podría llevarle su equipaje si no le importa, por favor», al menos no te desvíes de la frase habitual «¿Quiere que llame al botones para que le ayude?». No, no, no, no. Lo que tienes que hacer es afirmar, Freya Finch. Tienes que decir «Mi buen amigo Derek llevará su...».

—Equipaje, sí, ya lo sé.

—Tienes que ayudarme a mantener mi tren de vida —le dijo—. Esta tía con la que salgo ahora es supercara, en serio. —Hizo una pausa—. Si te apetece, puedes salir con nosotros algún día.

—Derek, no eres normal —le respondió ella.

Derek se encogió de hombros.

—Pensaba que iba a ser uno de esos que te salen con lo del equilibrio, con una bolsa en cada hombro. «¡No necesito ayuda, llevo el peso bien distribuido!».

—Te mandaré al siguiente —le prometió Freya, y Derek se alejó tranquilamente.

Abrió el folleto y continuó rellenando de tinta negra las letras «b», «g», «e» y «o», pero el proyecto había perdido gran parte de su encanto.

Era feliz. En general, lo era, sí. Pero —jugó con la llave maestra amarilla de la habitación de Roy Walsh— últimamente también había estado pensando que sufría una falta de algo, un sentimiento de ligereza, de insignificancia, incluso cierto atrofiaamiento, como si hubiera un plano superior de la existencia que no consiguiera alcanzar. Su obvio fracaso a la hora de impresionar a Roy Walsh parecía confirmarlo de algún modo. Rajarse y no atreverse a cortarse el pelo resultaba igual de concluyente. Visualizó el plano superior de la existencia como una de las estanterías difíciles de alcanzar de la herboristería de East Street, pero el tema con los planos superiores era que, presuntamente, eran inimaginables. Como la cara de Dios. Como la rutina de

entrenamiento de Tessa Sanderson. Como un chico que no intenta empujarte la cabeza hacia abajo en la primera cita y que no te retuerce los pezones como un dial de la radio. ¿Qué emisora esperaba que reprodujeran las tetas?

Pensó en darse una vuelta por el almacén de la última planta, donde normalmente alguien siempre escondía vino. Después pensó: ¿y si me colara en la habitación de Roy Walsh, me acercara a él y tomara la iniciativa? Últimamente se había dado cuenta de que la lujuria y el aburrimiento compartían cama.

Cuando llegó su último descanso del día, dio un pequeño paseo por King's Road y se dio la vuelta casi al final de sus quince minutos. Un hombre recogía donativos para una organización benéfica. Le dio veinte peniques. No miró para quién recaudaba dinero. Frente a ella, el hotel parecía un gesto, un enorme símbolo blanco de algo, pero sin duda no era habitual que los símbolos aparecieran tan completamente cubiertos de mierda de pájaro. Había tres gaviotas descansando sobre la entrada principal, sin mirarse. Al acercarse Freya, alzaron el vuelo, y cuando volvieron a posarse cambiaron de posición: la gaviota de un extremo ahora ocupaba el centro. Sus alas no se tocaron y no intercambiaron ningún graznido, pero no cabía duda de que formaban un equipo.

A las cinco y cuarto de la tarde, una mujer extraña se acercó a la recepción.

—Me gustaría hacer una reserva en el restaurante, por favor —dijo—. Una mesa íntima con vistas, si es posible, para seis, hoy. —Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre el mostrador, y se tocó la boca con los dedos—. Íntima —repitió.

—Ningún problema —dijo Freya—. Aunque, bueno, también puede reservar la mesa directamente en el restaurante. Pero yo también puedo ayudarla.

La mujer parpadeó.

—Puedo reservarle una mesa, no hay problema.

—Eso es lo que esperaba —dijo la mujer—. Bien, bien.

Llevaba un zorro muerto alrededor del cuello. El animal parecía algo sorprendido de estar allí. La mujer lo tocaba mientras su cuerpo se mecía ligeramente de lado a lado con cada frase. Tenía pintalabios en los dientes. Sus ojos escudriñaron diversas zonas de la cara de Freya con cierta desesperación sombría y feliz.

—Así que le gustaría reservar una mesa para hoy a las seis.

—¿Para las seis? No, no. Para seis personas. —La mujer se rio como un desagüe, o como las aguas residuales en movimiento—. Una cena íntima —dijo. Jugaba con su bolso del color amarillo de los chalecos de emergencia, ciclista en la oscuridad.

—No hay problema. ¿A qué hora prefiere, señora...?

—Cooke —respondió la mujer—. Puedes llamarme señora Cooke.

—¿A qué hora quiere reservar su mesa para seis, señora Cooke?

—A las ocho.

—Perfecto.

—Aunque igual llegamos un poco más tarde. Pero no más de una hora, diría yo.

—¿Una hora más tarde de las ocho?

—Posiblemente.

—Entonces, digamos, ¿mejor a las nueve?

La sonrisa de la señora Cooke se tensó.

—Quizá es mejor que nos traigan los menús a las nueve, sí. A menos que trabajen por turnos. Aunque nadie lo hace. ¿Nos servirás tú?

—¿Yo? No.

—Hay mucha gente, ¿verdad?

Se pasó la lengua por los dientes y difuminó la mancha de pintalabios. Freya miró a Derek para ver si también la miraba, pero el botones estaba echándose una siesta de pie, como tenía por costumbre. Solo se despertaba con el sonido de las monedas.

—¿Qué tipo de cocina dirías que es? —preguntó la señora

Cooke con un movimiento ondulante de la mano.

—Cocina británica moderna, con un toque innovador.

—¿Innovador? —La señora Cooke se tomó su tiempo para capear aquel revés—. ¿No es cocina francesa?

—No, lo siento. No es francesa.

Abrazó a su zorro y frunció el ceño. Un hombre con una pajarita granate y fajín a juego cruzó la compleja alfombra del vestíbulo. La lámpara de araña vertía luz sobre su mujer. Saludó con la mano a la señora Cooke y ella le devolvió un saludo cariñoso.

—No tienen postura política alguna —susurró la señora Cooke cuando la pareja entró en la zona del bar—. ¿Te lo puedes creer? Ni siquiera a nivel local. Se comportan casi como un limpiaparabrisas. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Barbara, mientras tanto, estaba disfrutando de la tercera siesta del día, que había sucedido rápidamente a la segunda y a la primera. Como zona de descanso había elegido el centro del vestíbulo. Cuando el marido de la señora Cooke llegó a la planta baja con la mueca de dolor desconcertada de un bebé y se inclinó para rascar a Barbara en la barriga diciendo «Gatito, gatito», las gafas le resbalaron por la nariz y la gata le mordió con fuerza la mano.

IV

El chef Harry había sido jugador profesional de dardos. Era rubicundo, sarcástico y maníaco-depresivo. Según había notado Moose, a menudo llegaba al trabajo tras uno de sus extenuantes encierros en su pub favorito, vestido con una camisa en la que se leía «HIGH-TON HARRY»* en la espalda y de la que se habían desprendido varias lentejuelas. Recientemente había añadido a su repertorio de comidas ligeras del menú de verano del Grand un risotto de fresas con *jus* de champán. Era un plato que solía rematar con lo que él llamaba, con su voz de animador, infantil y chillona, «rocío de parmesano». Aquella noche, en casa, Freya había adaptado la receta y la había convertido en algo menos complicado y ostentoso pero mucho más delicioso, sustituyendo las fresas por trozos de beicon, el champán por caldo de pollo y el rocío por pequeñas bolas de mozzarella. Moose se estaba sirviendo una segunda ración en un plato decorado con pequeñas flores azules.

Freya se aclaró la garganta.

—¿Qué? —preguntó él.

* Mote que hace referencia a la capacidad de Harry como anotador. (N. de la T.)

—Estaba pensando.

—¿El qué?

—Nada.

Poco probable, pensó él al tragar. Una de las mayores y más sencillas tragedias de la humanidad era que la gente siempre estaba pensando en algo.

Al final consiguió que su hija le contara lo siguiente: tenía que vigilar lo que comía si no quería engordar. Como respuesta, él comentó que su estómago era prácticamente todo músculo.

—¿Tienes pruebas de lo que dices?

—Estoy comiendo —respondió él.

Siguió un pequeño discurso. Ella le dijo que debía volver a comer sano, que fumaba demasiado y que había estado tosiendo mucho. Él respondió que estaba en buena forma pero que agradecía su preocupación. Ella le dijo que no creía que estuviera en forma, al menos, no en la forma que debería. Él le dijo que se equivocaba. Ella respondió que no. Él le dijo que sí, que estaba equivocada, y que estaba equivocada al pensar que no lo estaba. Ella dijo «¿qué?».

Pero todo esto ocurrió en mal momento, justo cuando un ataque de tos provocó que él escupiera un bocado de risotto. Los granos aterrizaron sobre lo que ella describió como su «sudadera favorita». Siguió una discusión sobre cómo podía ser eso cierto. La había visto hacía pocos días cortándole las mangas y dibujando una línea con una regla en el cuello, que después también cortó. No le parecía manera de tratar su sudadera favorita. De hecho, ya ni siquiera parecía una sudadera. La llevaba suelta, con la curva tersa de un hombro al aire.

—Vale —dijo él. Se encendió un cigarrillo y empujó su plato hacia ella. En ese momento, cada fibra de su humanidad estaba concentrada en no volver a toser—. Mañana por la mañana podríamos ir a nadar.

Freya relajó la cara.

—Pero no demasiado temprano.

—Tiene que ser temprano.

Ella suspiró y frotó tristemente la pequeña mancha beige.

Permanecieron sentados y en silencio. Moose había aprendido con los años que, en mitad del silencio, el pasado tenía tendencia a resurgir. Su memoria parecía florecer en momentos de quietud, como un monje o un cubo de palomitas; ahora empezaba a recordar un día crucial de hacía cuatro meses, cuando había destrozado una bonita camisa blanca con una mancha parecida a la que acababa de dejar en la sudadera de Freya. La culpa había sido de un pepinillo resbaladizo. Se había escapado de un bocadillo de pastrami que había llenado demasiado de manera imprudente. Estaba sentado en un banco, mirando al mar.

Recordó también el artículo del *Times*. La noticia, una columna delgada junto a un anuncio de aceite para los bates de cricket, de que el congreso aquel año se celebraría en Brighton. Según el artículo, los conservadores pensaban continuar con su costumbre de alternar entre Brighton y Blackpool y, tras llamar a la sede central del partido aquella tarde, le facilitaron más información: la reserva aún no estaba adjudicada. Al parecer, el Metropole había estropeado su oportunidad de alcanzar la perfección en 1982 al no disponer de existencias suficientes del «agua especial» de Denis. El marido de la primera ministra era un hombre agradable, pero la escasez de ginebra ponía a prueba su paciencia.

Tres semanas después, Moose dio un salto de alegría al recibir una llamada de la oficina de la primera ministra: como respuesta a su «impresionante carta», querían echar un vistazo al hotel. Se preparó a conciencia, de manera impecable, y llegado el día —a pesar de la mancha de mostaza—, al principio todo salió según lo previsto.

Llegaron cuatro hombres vestidos con trajes grises. También una mujer con zapatos de tacón brillantes. Dos marcas oscuras y alargadas que podían interpretarse como signos de soledad rodeaban la parte inferior de sus ojos. Le gustó mucho nada

más verla, y la emoción empezó a revolverse en su estómago. Recorrieron el hotel asintiendo y tomando notas. Los llevó a la habitación 122, la suite en la que la personalidad ilustre (puesto que insistían en hablar en código) seguramente desearía alojarse. Los llevó al restaurante y al bar. Los llevó a la suite Emperatriz, que era un salón de actos con una sofisticación de cinco estrellas, impresionantes vistas al mar, equipamiento audiovisual de alta gama y marisco por cuenta de la casa para las fiestas de Navidad que se reservaran antes del 5 de noviembre. Los llevó al aparcamiento, y dos de los hombres midieron con precisión la inclinación de las rampas. Después, en lugar de volver a sus enormes Jaguar, dijeron que les gustaría caminar por el paseo marítimo. Los acompañó más allá de la puerta principal y les contó brevemente la historia del muelle oeste. Los hombres de traje gris le estrecharon la mano uno a uno, y la mujer con tacones le dedicó una sonrisa de dos segundos. Bocadillos, pensó. Seguramente querrían comer algo. Estuvo a punto de advertirles sobre la gran cantidad de mostaza del bocadillo de pastrami del Tony's Café, pero después pensó «no no no no lo hagas no lo hagas» y entonces, como cabía esperar, cuando levantó la vista y se encendió un cigarrillo, los vio girar a la derecha y entrar en el Metropole.

Estalló una pequeña guerra entre los hoteles. Escribió una propuesta de veinte páginas. La plastificó y la encuadernó, pagando el coste de su propio bolsillo. En la propuesta se explicaba con todo lujo de detalles las características de las instalaciones del Grand, los protocolos de seguridad y la disposición de la dirección para, llegado el caso, reforzar la plantilla si era necesario. La videovigilancia no era ningún problema. Gestión de eventos incluida en el precio. Dos libras y media por el descorche si preferían poner ellos el vino. No criticó al Metropole. Se decidió por un tono sobrio despojado de exclamaciones, aderezado con el ocasional guiño de un punto y coma, como si en realidad no tuvieran rival. Releyó y editó. Incorporó los comentarios de Ma-

rina. El fantasma de Vivienne, también presente, merodeando alrededor de la lámpara de su mesa, sugiriendo pequeños cambios en la puntuación y diminutas modificaciones en la sintaxis.

Esperó.

Llegó una carta.

«Por el momento, nos gustaría reservar ciento cincuenta habitaciones.»

¡Había ganado!

(El Grand había ganado.)

Aquella noche corrió el vino espumoso en el bar. Incluso apareció aquel tipo extraño pero entrañable al que todo el mundo llamaba «el Capitán»: se pulió dos vasos en diez minutos y desapareció en la noche plagada de estrellas demasiado brillantes, como aquellas que Moose había pegado meticulosamente una vez en un trozo grande de cartulina negra, un proyecto de arte de Freya por el que había recibido una mención especial. Jeremy Garner, de la sede central, le pasó un brazo por el hombro y le dijo:

—Si todo va bien, Moose, creo que te veo en lo alto de este árbol.

—¿Árbol?

—Buen trabajo. Muy buen trabajo. Director general, a eso me refiero. Sabes que Nipster va a dejar el puesto, ¿verdad?

Hasta ese momento no lo sabía, pero a partir de ese instante lo supo con toda su alma.

Empezó a imaginarse los siguientes dos o tres años como director general del Grand, seguido de un puesto en un hotel de una ciudad universitaria de ladrillo rojo, y después uno de los grandes hoteles del mundo. Se imaginó que el Grand pasaba a ser el hotel favorito de la Dama —hasta el punto de mencionarlo en entrevistas—, se imaginó que empezaban a referirse a él como el Hotel de la Dama. Después empezó a pensar que igual eso no era buena idea, que «el Hotel de la Dama» sonaba más bien como un burdel barato de King's Cross. En la hostelería,

había que tener mucho cuidado con los nombres y los números. Una vez, charlando con el director de recepción del Ritz en una conferencia celebrada en Sevenoaks, el hombre le confesó que en tiempos habían tenido una suite llamada «George IV», pero que, en una ocasión, uno de sus mejores clientes, un magnate extranjero del petróleo, se negó a alojarse en ella porque pensaba que no era la primera sino la cuarta mejor suite «George». Si aquella suite no era lo suficientemente buena para él, cabía esperar que tampoco lo fuera para el próximo millonario que se alojara con ellos. Una habitación vacía costaba dinero. Dinero dinero dinero. El Ritz acabó cambiándole el nombre y pasó a ser la suite «King George»; después de eso, los beneficios volvieron a los números habituales.

La mujer de ojos cansados y bonitas tarjetas de visita le había pedido que la llamara si, en las semanas anteriores a la visita de la personalidad ilustre, algún huésped del hotel actuaba de «manera poco habitual». ¿Lo había dicho medio en broma? ¿Jugaba con la idea, un tanto idealizada, de que una visita de la primera ministra entrañaba riesgos inherentes? Recientemente habían recibido a algunos huéspedes que encajaban con el perfil que había descrito: clientes no habituales de sexo masculino y edad inferior al perfil demográfico habitual del Grand. El señor O'Connor. El señor Smith. El señor Walsh. El señor Danson. Pero todos eran educados, todos parecían relajados y todos habían reservado una habitación para unos pocos días. Quienes se alojaran en el hotel hasta la llegada de la primera ministra serían sin duda quienes presentaran algún riesgo. La mujer le había dicho que dichas personas serían investigadas.

Lo único sospechoso sobre el señor Smith era su mujer de mirada furtiva; sobre el señor Walsh, la cantidad de servicio de habitaciones que pedía (nunca una Coca-Cola, siempre dos), y lo único que levantaba sospechas del señor Danson era su enorme peluquín. En cuanto a O'Connor, sin duda había viajado hasta allí para disfrutar de la vida nocturna. Quedaba muy

poco espacio en los apretados pantalones de cuero que se enfundaba después de la cena cada noche como para esconder en ellos planes siniestros.

«Poco habitual.» El concepto era relativo. ¿Debía advertir a las autoridades sobre el hombre que hacía seis semanas se había ofrecido a pagar extra por unas sábanas amarillas? ¿Sobre la mujer del magnate estadounidense del acero que le había pedido a Moose si por favor podía «bajar el ruido del océano»? Cuando uno observaba a la gente con detenimiento, se daba cuenta de que la mayoría de las personas actuaba de forma poco habitual la mayor parte del tiempo. Eso era lo que hacía que la vida en el hotel fuese interesante, eso y la cuidada coreografía de las experiencias de los huéspedes, el orden perfecto de las habitaciones y la atractiva simetría de las comidas; el mundo reducido a una escala manejable, un decorado inmutable que se negaba a cambiar.

Siete de la mañana en la piscina pública, cumpliendo su promesa. ¡Ejercicio, ejercicio! Bueno, estaba haciendo ejercicio, como su hija le había aconsejado. A su alrededor, salpicones, gritos. El torpe sonido de succión de los pies mojados sobre el suelo. Sumergido hasta la altura de los hombros, un pensamiento surcó su mente: ¿Y si intentaba saltar del trampolín?

Su época de saltador de trampolín quedaba muy lejos. La confianza es algo que se desvanece con el tiempo. No era capaz de imaginarse haciendo los mismos saltos mortales de antes, pero tampoco sentía que su lugar estuviera en la zona poco profunda, con los ancianos de piel flácida que discutían sobre Terry Connor y el cáncer. Aquellos hombres parecían el resultado del trabajo de un taxidermista poco entusiasta; la edad los había vaciado. Había intentado mantener el ritmo de su hija durante cinco largos, pero le faltaba el aire. Verse jadeando tras solo cinco largos hundía su autoestima. Se arrastró fuera de la piscina

y se unió a la cola del trampolín, colocándose detrás de una fila de chicos esbeltos que esperaban para saltar.

Equipado con un bañador que había comprado cuando tenía treinta años, se convirtió en el foco de sus miradas de superioridad. No los culpaba. Y no estaba mal ser el foco de atención por algo. Tiempo atrás los músculos de su estómago habían sido un objeto de precisión. Abdominales, ejercicios con las pesas rusas, planchas. ¿Le creería alguno de esos chicos si se lo contaba? ¿Y qué hacían despiertos a esas horas? Pensó que la mujer que estaba en el otro extremo de la piscina debía de ser una profesora. Por encima de ellos, un cuerpo surcó el aire.

La plataforma del trampolín era una larga lengua gris que se extendía desde lo alto de la torre. Diez metros. Tres pisos de altura. La única manera de subir era una escalera de metal prácticamente vertical. Se colocó en la fila e intentó parecer aburrido. Freya, la preciosa criatura que había creado, nadó hasta el borde de la piscina y se quedó allí para observarle, moviendo la cabeza. Como respuesta, Moose enderezó la columna, sacó pecho, adoptó su actitud de padre. Ella retomó sus largos. Tocó la pared, se giró, siguió nadando; en total libertad, sin pensar. La cerveza de la noche anterior martilleaba en su cabeza, aplastando los buenos recuerdos de la *mozzarella*.

Cuando llegó su turno, sintió cada peldaño frío y duro bajo sus pies. Se detuvo dos veces para descansar y toser cual fumador. Sobre el sucio techo de cristal, las nubes de septiembre; sobre las baldosas, la luz del sol, inquieta. Antes había una segunda piscina a la que iban las mujeres. La habían cubierto hacía unos años para montar una pista de bádminton. Desde allí arriba, se podía escuchar el aburrido pop pop del volante, el chirrido de las zapatillas moviéndose con rapidez sobre el suelo de goma. Parpadeó, trepó el último escalón y se puso de pie en la plataforma.

El primer vistazo a su alrededor: una imagen de belleza inquietante que le transportó directo a su pasado. Allí arriba, el cloro

le daba al aire una cualidad brumosa difícil de explicar, todo tenía un tono azulado y químico. La única criatura situada a mayor altura que él era una gaviota posada tranquilamente en las vigas. Atrapada y relajada: a Moose le parecía que aquella combinación no tenía ningún sentido.

El muchacho que estaba delante de él tenía los brazos y las piernas muy largos, esa postura encorvada que hace que la juventud parezca un secreto. Cuando llegó al borde del trampolín, se deslizó un par de gafas rojas sobre el pelo oscuro, se giró y le dijo:

—¿Crees que mi reloj aguantará? Se supone que resiste hasta diez metros.

—No le pasará nada.

—¿Sí?

—Sí.

Mientras Gafas Rojas se ataba los cordones del bañador, Moose sucumbió al impulso de mirar hacia abajo. Se sorprendió al notar que empezaba a vacilar. Extendió las manos para mantener el equilibrio, respiró hondo. Despacio, con cuidado, volvió a mirar. Vio diversos flotadores y manguitos de colores; al dueño del pub Cricketers flirteando con una mujer corpulenta. A Freya, de pie junto al borde de la piscina, con los brazos cruzados. Aquel era un lugar de ecos y de logros privados. Si alguien te rozaba, te pedían disculpas una y otra vez.

En teoría, en el trampolín solo podía haber dos personas al mismo tiempo, pero Gafas Rojas dudaba y temblaba, así que apareció una tercera. Era un hombre achaparrado, con el cuerpo con la forma de una lata de Coca-Cola, y llevaba puesto un gorro de natación estirado hasta niveles insospechados. Lo primero que hizo fue explicar que no tenía todo el día. Después miró a su alrededor, le flaquearon las rodillas, y con un estremecimiento murmuró «joder» antes de volver a bajar. A Moose se le borró la sonrisa y pensó en hacer lo mismo. El orgullo que precede a la caída.

Gafas Rojas por fin estaba preparado para saltar.

—¡No existe el miedo! —gritó, y con ese anuncio desapareció de su vista como un torpedo.

Gritó mientras caía, y el impacto, cuando se produjo, sonó más parecido al choque de un coche que a una salpicadura. Saltaron gotas de agua. Luego la superficie se calmó.

La manera en que el cálido trampolín devora las pruebas de tu presencia. Cómo se encogían las huellas de los pies al tamaño de las de un niño, primero, luego de un animal, después, nada. El agua era una pequeña plancha azul que en aquellos momentos parecía dispuesta a romperle hasta los huesos más pequeños. El corazón le latía con rapidez. El paso de una nube sumió media piscina en las sombras.

En el borde del trampolín había dos marcas ovaladas y oscuras causadas por el desgaste de todos los pies que habían pasado por allí antes. Colocó las plantas de sus pies sobre las muescas y parpadeó para intentar que las paredes dejaran de moverse. Había saltado del trampolín por primera vez con doce años. En aquella ocasión se había mirado las rodillas torpes y se había frotado las palmas de las manos sudorosas contra el estómago mientras su padre le animaba desde abajo. Su padre, que parecía cobrar vida cuando observaba a su hijo tener éxito en algo. Un hombre siempre contenido, tímido, bromista y tal vez algo amargado, con unos rasgos afilados que hacían que su carácter pareciera peor de lo que en realidad era.

Lánzate al azul mudo o vuelve a bajar por la escalera. No no no y sí sí sí.

A la mierda. Siempre te lo piensas todo demasiado.

Solo tenía cuarenta y cinco años y se podía decir que sus músculos estaban en buenas condiciones. Por fin, Moose encontró la arrogancia necesaria para saltar, para pedirle elocuencia al aire, igual que hacía cada vez que competía. Mientras sus pies se despegaban del trampolín supo que solo había conseguido la mitad del impulso que solía ganar antes, pero ahora ya estaba en

el aire y la sangre fluía a toda velocidad por su cuerpo, notaba la fricción del movimiento en sus dientes.

Sí, pensó. Así es como debe ser.

Apenas conectado al entorno que le rodeaba, sin ninguna atadura, todo en silencio y expectante, como el momento previo a un accidente. Se encogió para dar una voltereta, se llevó las rodillas al pecho, con las manos en las espinillas. Cielo. Baldosas. El brillante techo de su antigua piscina pública. Los colores se mezclaron entre sí cuando llegó la segunda voltereta. Entre sus rodillas, vio brevemente el agua mientras descendía hacia la piscina. Rápido. La fricción del aire al caer. Firme.

Al ver el techo por última vez, se estiró para formar una plancha. Su cuerpo se alargó para entrar en la piscina con la belleza y la determinación extrema de un sueño. Sesenta kilómetros por hora. Espalda recta y dedos de los pies juntos. Manos en ángulo para abrir un agujero en la superficie por el que colarse. Durante un momento, fue Louganis saltando por el oro, una extraña perspectiva de sí mismo desde fuera de su cuerpo. El agua se abrió sin protestar. El cálido mundo verde aceptó su peso.

Se acordó de los consejos de su viejo entrenador Wally. Al doblar la espalda bajo el agua las espinillas se colocan en posición vertical. Si extiendes los brazos, evitas que las burbujas de aire vayan hacia arriba. El corazón le late a toda velocidad en el fondo de la piscina, siente que su cara dibuja una sonrisa, el agua se cuela entre sus labios mientras califica su propio salto con un siete.

Moose permaneció bajo la superficie un rato más de lo necesario, disfrutando de la sombra de sus piernas y de los vivos charcos de luz. Por fin salió a la nitidez del mundo exterior y respiró. Las formas borrosas se perfilaron. El socorrista estaba aplaudiendo, y un chico que estaba al lado de Gafas Rojas gritó «¡Vaya técnica!».

Se irguió junto a la piscina con el agua deslizándose por su cuerpo y los huesos del pecho ardiendo.

— Vacilón —le dijo Freya.

— Deportista —respondió jadeando.

— Has salpicado mucho.

— No es verdad.

— Has dejado la piscina sin agua.

Se arriesgó a mirar hacia la piscina y vio que estaba llena. Le dijo que era su hija y que debía apoyarle más. Como respuesta, Freya le tocó una vena palpitante del hombro.

— Hmm —dijo ella, de manera pensativa.

Había momentos en los que el amor le quemaba en la garganta y no sabía muy bien cómo moverse.

Aquella mañana en el trabajo se sintió inmenso. Su euforia alcanzaba el nivel de cuando Viv le dijo con labios temblorosos que se casaría con él. De cuando cogió a su hija recién nacida en brazos por primera vez. De cuando, hacía un par de años, vio a Louganis intentar un 307C, llamado el Salto de la Muerte, y clavarlo con estilo.

No fue hasta más o menos las seis, mientras intentaba ponerse con las tareas administrativas del final del día, cuando una pesada sensación de cansancio se pegó a sus pensamientos, ralentizándolo todo. Si hubiera ido a la universidad. Si no hubiera asumido, de manera estúpida, que tal vez podría ganarse la vida con el deporte. Si hubiera sido el tipo de persona que se dedica a la enseñanza en lugar de ver en tan noble profesión una especie de circularidad mortal. Tal vez ahora sería director de algo. Director de departamento. Director de instituto. Tal vez sería capaz de darle a su hija más de lo que necesitaba. En vez de eso, si conseguía convencerla para que fuera a la universidad, Freya tendría que dedicarse a reponer estanterías los días que no tuviera clase para poder pagar el alquiler de una habitación. Decidió

intentar echarse una siesta para reponer fuerzas, su habitual solución para acallar las dudas despertadas por la introspección. Si te vas a quedar atascado en tus pensamientos durante horas, lo mejor es convertirlos en un sueño.

Había muchas habitaciones vacías —el hotel solo había alcanzado una ocupación del treinta por ciento esa semana—, pero eligió una habitación individual del piso superior. Se tumbó sobre la moqueta para no arrugar las sábanas: sus ensoñaciones no tenían derecho a deshacer una cama tan perfecta. Lo observó todo desde un ángulo bajo. Las estanterías de caoba de la pared. El pequeño armario de roble en un rincón. El espejo antiguo dorado sobre la repisa de la chimenea. La cajonera de cedro que olía como un paquete de lápices recién abierto. Como la paternidad, el hotel le hacía crecerse. Como la paternidad, el hotel le mantenía en un permanente estado de cansancio. La moqueta era suave, las curvas de la lámpara eran suaves. Se quedó dormido.

—¿Moose?

Surfeaba olas de helado sobre una tabla de queso.

—¿Moose? He llamado a la puerta. ¿Estás bien?

A través de las pestañas húmedas, vio una mano que se acercaba a su brazo, unas uñas que parecían lunas perfectas en tono pastel apoyadas en su muñeca. Las lunas pertenecían a Marina.

Enfatizó la doble «o» al pronunciar su nombre, Moose. Tenía la capacidad de resaltar una inocencia campestre y amable en su nombre de la que nadie más parecía percatarse. Cuando abrió los ojos del todo, ella estaba sentada al borde de la cama, sonriendo. Una pierna se balanceaba sobre la otra; las medias, con su brillo de nailon, la curva de la pantorrilla, un reluciente zapato que colgaba de la punta de los dedos de sus pies. Se apartó un mechón de la frente en un gesto soñoliento que le hizo trizas.

—Mierda —dijo.

Le dolía el pecho. Le dolía la espalda. Abandonó sus intentos de levantarse y se aclaró la garganta para deshacerse de las recientes oscilaciones adolescentes en modo y tono.

—Hola, Marina. ¿Qué tal?

La luz que se proyectaba del techo la bañaba en un absurdo halo.

—Bien —respondió ella alegremente.

Piel y pelo. Salud. Lo miraba con curiosidad, evitando la pregunta obvia («¿Qué narices haces tumbado en el suelo?») porque ella no se portaba así, o porque lo conocía tan bien que sabía cuál era su plan, o porque aceptaba que era un hombre que solía encontrarse en situaciones delicadas.

—Te he buscado por todas partes —le dijo—. Hasta que me he acordado de que esta es tu habitación de la siesta.

—Hacía mucho tiempo que no venía.

Ella asintió y sonrió, miró al techo. Él volvió a mirarle las manos. Revelaban las pocas pistas que indicaban que se encontraba al final de la treintena. Llevaba las uñas perfectamente cuidadas, pero la piel de los nudillos estaba ajada. Pequeñas elevaciones, bonitos barrancos, prominentes estuarios de suaves venas azules alrededor de las cuales se formaban arrugas. También las diminutas líneas que se extendían desde el rabillo de sus ojos, y la piel de los pómulos, que parecía haber perdido tersura. Esos defectos le daban esperanza. Tenía previsto descubrir más con el tiempo.

—¿Hay algún problema, Mari?

—¿Problema? No, yo no lo llamaría problema. —Se dio un golpecito en la rodilla—. Más bien, un pequeño asunto de recursos personales.

—Oh.

Ella asintió.

—Pero, si es un mal momento...

—¿Te parece que estoy en una posición ridícula, aquí abajo, Mari?

Marina se encogió de hombros.

—Sí —respondió a continuación, y le brillaron los ojos, como siempre que decía «sí», como si sintiera un gran placer al mos-

trarse asertiva—. Estás un poco ridículo.

Ese brillo en los ojos. Sus ataques de ira cuando se enfadaba eran famosos. El diciembre anterior, tras desvelarse una maraña de mentiras relacionadas con una lámpara de araña rota, un miembro del equipo un tanto vago había terminado cayendo sobre el árbol de Navidad al tratar de huir de ella. El vestíbulo brilló cubierto de bolas de Navidad destrozadas cuyos pedazos rotos reflejaban la luz y paradójicamente recordaban al incidente que había desatado su furia. James Newman barrió el destrozo con lágrimas en los ojos y la boca cerrada, y enderezó el árbol mientras ella le lanzaba instrucciones.

Más frecuente, sin embargo, era verla estirarse y recostarse en una silla en mitad de una crisis. En aquellas situaciones, le explicaba exactamente al empleado de turno, utilizando no más de diez o doce palabras, lo que haría ella para aliviar las preocupaciones del huésped en cuestión. Cuando se encontraba cara a cara con clientes especialmente maleducados, desviaba la vista con timidez para alejarse de sus abusos. En el silencio que se producía entonces, el cliente empezaba a sentirse cada vez más incómodo, la sangre se le enfriaba poco a poco, y ese era el momento que ella aprovechaba para volverse de nuevo en su dirección, la mirada más intensa que nunca, y entonces la incomodidad del huésped se transformaba en miedo o confusión, o simplemente se desvanecía. «Excelente» era una palabra que utilizaba con muy buenos resultados. Se alejaban poco a poco, aturdidos. ¿Excelente? ¿Qué era excelente?

Moose y Marina se habían conocido en una época en la que él estaba inmerso en una racha de desengaños y pérdidas bastante larga. Había vuelto de Nueva York sin trabajo y habiendo dejado atrás a Viv en brazos del tipo ese, Bob. Tenía la sensación de que el hecho de que le pusieran los cuernos con un tipo llamado Bob marcaba un nuevo mínimo en la gráfica ya de por sí baja de su mediana edad. ¿Es que a su mujer solo le interesaban personas con nombres estúpidos? Moose buscaba por enton-

ces un lugar donde vivir, buscaba refugio en la familiaridad de Brighton, y se veía obligado a pasar los fines de semana escuchando los consejos de su sincera madre tras dejar atrás una carrera en la enseñanza y las clases particulares y abandonar el salto de trampolín y los entrenamientos. (También los planes relacionados con la ingeniería aeronáutica, que nunca llegaron a materializarse, como a su madre le gustaba contar a sus amigas.) Separado de su mujer. Con su hija sin madre a su lado. Con una deuda de tres mil seiscientas libras. De haber conocido a Marina en un mejor momento de su vida, tal vez habría proyectado un aura de éxito. A veces, un aura puede ser suficiente. A veces, un aura lo es todo. Lo paradójico era que él respetaba la negativa de ella a rebajar sus expectativas. Veía su falta de atracción hacia él como una señal de que había hecho lo correcto al intentarlo. Mientras tanto, su carácter inalcanzable la hacía más y más atractiva.

Ahora ella estaba diciendo algo sobre que él trabajaba demasiado.

—No, no —dijo él.

—Sí, sí —respondió ella.

—Solo quiero asegurarme de que está todo listo para el congreso. Estoy invirtiendo mis horas en eso.

—En el ascenso.

—Oh. —Gesticuló con la mano para rechazar la idea.

—Es Karen.

—¿El qué?

—El problema de recursos personales.

Qué terrible sería el día que alguien corrigiera la confusión de Marina entre recursos humanos y personales. Desaparecería parte de ese brillo que hacía de su personalidad algo único.

—Cuéntame —le dijo él, y cerró los ojos para visualizar el problema.

—Parece ser que se ha estado relacionando con un hombre con compromisos maritales.

—¿Cómo dices?

—Un hombre casado —dijo Marina.

—Ah, entiendo.

Le resultaba divertido estar ahí tumbado. ¿Aquello se parecería en algo a una sesión de terapia?

—Hubo puñetazos —dijo Marina.

—¿Puñetazos?

—Sí, se pelearon.

—Oh.

Marina tosió.

—Sí. Ella le dio un puñetazo al hombre casado fuera del hotel. Bueno, fuera del palacio de congresos.

—No es una situación ideal, pero si ocurrió fuera del hotel seguramente no es problema nuestro.

—El problema es que el hombre casado al que Karen le dio un puñetazo es un huésped.

Moose abrió los ojos.

—Joder.

—Sí. Bueno, era un huésped. Ya se ha marchado.

—¿El tal Stephens?

—¿Cómo lo has sabido?

Era algo que se notaba. Había algo primitivo en los ojos de algunos huéspedes.

—No te preocupes —dijo Marina—. Yo me ocupo del tema, pero quería que lo supieras.

Descruzó las piernas y las volvió a cruzar. Moose apartó la vista.

—Ahora mismo lo que menos necesitamos es una queja, Mari.

—¿Cómo se iban a enterar?

—No lo sé.

—Me parece que están bastante ocupados dirigiendo el país como para preocuparse de eso. Últimamente pareces cansado, Moose.

—¿Qué?

—Cansado.

—Gracias, Mari.

—No hay problema —le dijo, sonriendo—. Tienes que dejar de quedarte hasta tan tarde. Un hombre necesita equilibrio en su vida.

—Supongo que tienes razón.

—No es sano estresarse tanto como tú.

—No me estreso.

—Quería decir obsesionarse.

—Esa palabra es peor. Vas por mal camino.

—¿Sí?

—Sí. —Cerró los ojos de nuevo—. Eres una buena terapeuta, Mari.

—He aprendido de la mía. Es muy buena.

—¿Tienes una terapeuta? No se me ocurre ningún motivo por el que pudieras necesitarla.

Marina se encogió de hombros.

—De donde yo vengo, todo el mundo tiene a alguien. Los hombres engañan a sus parejas, las mujeres son hermosas. Bueno, según mi terapeuta... la felicidad es algo que va hacia fuera, no hacia dentro.

—Vaya —dijo Moose.

Sintió que había algo profundo en esa idea, algo en lo que merecía la pena rebuscar.

—¿A qué crees que se refería?

—Creo que quería decir exactamente lo que dijo.

—Sí, claro. —Había bolas de pelusa acumuladas debajo del radiador, suciedad lanosa que no debía estar allí—. Hoy he saltado de un trampolín, Mari.

—Hombres —dijo ella, negando con la cabeza.

V

Las mañanas en la playa solían ser hermosas. Eso había que admitirlo. Sin rastro de las prisas de la tarde. Menos discusiones entre adultos, tan molestas. Menos roces repugnantes de entrepiernas. Menos rituales de apareamiento. Menos cachetes en el trasero a los niños malos y menos cubrir de aceite espaldas peludas. La extensión de guijarros descendía despejada hasta la orilla. Uno podía elegir cualquier lugar y hacerlo suyo, igual que hacía con su propia habitación. No con pósters y fundas nórdicas estampadas, sino gracias a la pura familiaridad: conociendo las sombras y las texturas que llenaban cada rincón del territorio propio; sabiendo qué mancha era la mancha de cerveza, cuál era de sangre y qué listón de madera suelto escondía los cigarrillos que le habías robado a tu padre. El aire brillaba. El mar estaba lleno de color. Todo rebosaba luz y calor. Incluso las gaviotas parecían relajadas, satisfechas, dejándose llevar por el viento con las alas rígidas o deslizándose con cuidado para recoger briznas de hierba, reservándose sus técnicas de intimidación para la gente que acudía hasta allí a la hora de comer con sus conos llenos de deliciosas patatas fritas.

Estaba sentada en la playa junto a Susie, ambas disfrutando con pajitas de sus zumos de naranja con pulpa y temblando

ligeramente bajo el sol. Sarah y Tracy se habían marchado de vacaciones aquella semana para tomarse un descanso antes de empezar la universidad. Lo más probable es que en la universidad les esperasen nuevos amigos. Novios, seguro. Coloridas anécdotas cobrando vida en ausencia de Freya. Pero todavía quedaba la playa, y ella estaba allí, y Susie también.

—A las cuatro en punto —dijo Susie, y por el ángulo de su mirada Freya supo que se había iniciado el juego al que jugaban a menudo: imaginarse la vida de los desconocidos.

—Un detective de policía —dijo—. Se nota por la comida que ha elegido.

—Estadounidense —añadió Susie.

—No, canadiense. Si fuera estadounidense, se habría pedido un donut con agujero.

Susie asintió en reconocimiento de aquella verdad obvia. Tenía el cuello largo y pálido, como una larga extensión cubierta de glaseado, y su melena era una masa de ardientes espirales de color naranja que se movían al viento. Su expresión pensativa apelotonaba las pecas de su cara. Era demasiado alta y delgada para llevar ropa normal, y tenía la piel demasiado pálida para llevar maquillaje normal. Sus brazos y piernas parecían objetos colocados sin mucho cuidado, propensos a desmontarse en el hipotético caso de tener que coordinarse para practicar algún deporte. Le gustaba vestir camisetas negras de tejidos naturales, tan largas que hacían de vestido, combinadas con medias de color verde oscuro debajo.

—¿Cuál es su historia? —preguntó Freya.

—Vivía y trabajaba en Canadá, de donde es su madre, y acabó frustrado con la manera en la que el gobierno ayuda e incita a los drogadictos proporcionándoles jeringuillas. Pero está completamente equivocado, porque es mejor darles jeringuillas limpias que dejar que contagien enfermedades.

Susie sorbió lo que le quedaba de zumo, con las mangas de la gruesa rebeca estiradas hasta la punta de los dedos. De repente,

mostró una expresión agitada.

—Además —añadió, mirando fijamente al hombre en cuestión—, odia que las leyes canadienses restrinjan la vigilancia de los criminales. Le encanta la vigilancia. Le pone supercachondo.

«Supercachondo» era uno de los términos favoritos de Susie. A Freya siempre le recordaba a un torpe hombre de las cavernas. Observaron el muelle oeste. John, el surfero, diminuto en la distancia, remaba en su tabla a la espera de una ola. Era otro de los empleados del hotel, un año o dos mayor que ellas. Varias de sus compañeras elegían la hora de su descanso para coincidir con él y poder observarle mientras surfeaba.

—Todavía le queda bien el traje de neopreno —dijo Susie.

Freya estuvo de acuerdo en que aquello era todo un logro.

Susie dio una palmada.

—Le encanta seguir a la gente. Se pasa mucho tiempo intentando descubrir con quién están relacionados, cómo pueden permitirse los coches que conducen cuando aparentemente no tienen trabajo.

—¿A John el surfero?

—¡No! Al supuesto detective.

—Ah.

—Piensa en la vigilancia mientras se la casca.

—Qué asco.

—No me juzgues, Frey-Hey. El psicópata es él. Suele dormir hasta las dos de la tarde. Luego se levanta listo para otra maratón de pajeo.

Freya movió los dedos de los pies entre los guijarros con aquel pensamiento desagradable en la cabeza; después decidió volver a ponerse los zapatos.

—Y hoy se ha despertado pronto porque...

—Porque —continuó Susie— le va tanto el tema de la vigilancia que no consigue librarse de la sensación de que a él también lo están vigilando.

—Muy buen detalle —comentó Freya. Estaba impresionada.

Estuvieron de acuerdo en que el supuesto detective estaba en Brighton de vacaciones. Estuvieron de acuerdo en que no podía quitarse de la cabeza la idea de que lo estaban vigilando. Estuvieron de acuerdo en que no conseguía encontrar intimidad y eso lo estresaba. El mundo lo espiaba por la noche: ruidos, pesadillas. John se cayó de la tabla y las chicas se echaron a reír.

—Por las mañanas, el detective se sube por las paredes.

—Por las mañanas, apenas puede andar. Míralo. Se le ha olvidado ponerse el cinturón.

En el mundo preciso de la imaginación de Freya, apareció con todo detalle la imagen del cinturón ausente: grueso, de cuero marrón, con una hebilla complicada. Descansaba en el suelo de la habitación de hotel del hombre, un lugar alejado de la primera línea de playa. Una minitetera de plástico blanco. Una plancha que mancha la ropa. Moqueta marrón y verde con patrón en forma de diamante. El tipo de lugar en el que su padre y ella se alojaron durante un tiempo cuando él y su madre se separaron y el año en Estados Unidos llegó a su fin. Después se imaginó a John el surfista en la habitación del hotel. Aquello conseguía distraerla.

—¿Qué te parecen las zapatillas de John? —preguntó Susie. Las había dejado, junto con una pequeña mochila, muy cerca del lugar donde estaban ellas.

Habían llegado las gaviotas. Estudiaban el mar. Freya se encogió de hombros.

—No están mal. Unas zapatillas normales y corrientes.

—Bah —dijo Susie.

Freya se giró para confirmar que la respuesta de su amiga era una respuesta de desaprobación. Le miró las manos. Descansaban sobre sus piernas, inmóviles. Normalmente, las manos de Susie estaban en movimiento, gesticulando sin parar mientras explicaba con todo detalle alguna injusticia poco conocida en El Salvador o Israel, o manoseando las cuentas de madera de su collar, preocupada, mientras se planteaba si le gustaba a un chi-

co o no. Hoy, las cuentas reflejaban el sol y lanzaban pequeños destellos de luz sobre la zona ensombrecida bajo su mandíbula. Siempre conseguía dar la sensación de que estaba en el lugar equivocado.

—Vale —dijo Freya—. Olvidémonos de las zapatillas.

—Un niño africano —dijo Susie, con voz repentinamente cruda—. Esa marca se fabrica en talleres clandestinos.

—¿Es un dato real, Sooz?

Susie arqueó una rala ceja naranja. Los límites del conocimiento en su sentido más estricto rara vez delimitaban los confines de sus conversaciones. Cuando estaban en modo observación, todo giraba en torno al nivel de detalle que se podía aplicar a una vida antes de que la construcción se cayera a pedazos; en lo mucho o poco que se podía deformar la historia de una persona hasta que dejara de ser plausible.

—Es una buena suposición —dijo Susie—. Podemos suponer que, como la mayoría de marcas de zapatillas, las fabrican niños en algún país remoto.

Allí estaba otra vez su costumbre de centrar su atención en historias de explotación, como si las palabras en sí fueran una forma de ayuda humanitaria.

—No he sido yo quien le ha comprado las zapatillas —dijo Freya.

—No, pero has comprado otras.

—Igual que tú.

—Zapatillas de lona.

—Explotación laboral.

—¡Hechas en Northamptonshire! ¡En un buen lugar!

—El proceso de fabricación no es cosa mía, Sooz. No es mi problema.

—¿De quién, entonces, Frey-Hey? Tus zapatillas. Esos zapatos de tacón tan bonitos que llevas a trabajar.

—No lo sé.

—Exacto —dijo Susie, y negó con la cabeza como si hubiera ganado.

—A ver si me aclaro. ¿Me has preguntado por las zapatillas en plan trampa?

—No seas ridícula —dijo Susie.

—Una trampa para que te diera pie a decir que yo represento algún tipo de ignorancia occidental.

—Puede que sí lo hagas —dijo Susie.

—¿Porque compro zapatos?

—Es una idea.

—¿Porque no le hago un montón de preguntas a la chica de Coast Sports antes de comprarme un par de zapatillas de correr o un bañador de natación?

—Es una idea.

Era una idea. Una idea molesta. Freya dejó que se perdiera en el mar. Centró su atención en observar a John el surfista cogiendo una ola. Era una ola pequeña y no aguantó el equilibrio durante demasiado tiempo, pero durante un segundo fue una imagen serena.

Le encantaba el momento en el que las olas rompían, el momento en el que las paredes turquesa desarrollaban coronas de espuma blanca que se extendían a lo largo y quedaban suspendidas, burbujeantes, mientras la ola se enroscaba sobre sí misma. Le encantaba observar el choque del agua contra el muelle oeste y contra sus delicadas piernas. Pensó que a John también le debían gustar esos momentos. De algún modo, le parecía un desperdicio que no hubieran hablado del tema.

—¿Piensas en tu madre alguna vez? —le preguntó Susie.

—¿Qué?

—Tu madre.

Dudó. Motivaciones.

—No.

—Da igual. Solo era una pregunta.

Freya cerró los ojos.

—Si alguna vez tengo hijos, Sooz, recordaré que, básicamente, la única regla es que no hay que ponerse de parte de nadie. No

hay que criticar al otro. Nuestra señora de la limpieza dice...

—¿Tienes señora de la limpieza?

—Sí.

—¿Cuánto le pagáis?

—No lo sé. Esa no es... Es Sandra, del hotel. Solo viene una vez cada quince días.

—Interesante.

—Sooz, es su trabajo, se dedica a limpiar.

—¿Por decisión propia?

Freya suspiró profundamente, a propósito.

—Yo no soy recepcionista por decisión propia. No la obligamos. Y lo que iba a decir sobre mi madre...

—Tú no la obligas.

Intentó descifrar sus palabras, encontrar dónde estaba la trampa.

—Es lo que he dicho.

—Hmm.

Freya cogió una piedra grande. Una enorme gaviota avanzó hacia el supuesto detective y echó a volar con el envoltorio del donut. De repente, lo único que querían el resto de gaviotas era ese envoltorio de donut. Freya le daba vueltas a la piedra en la mano.

—Escucha —dijo Susie—, tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de lo que te dije de la protesta?

—¿Qué protesta?

—Enfrente del hotel, cuando venga Thatcher.

—No me habías dicho nada de ninguna protesta.

—Sí, te lo había contado. Bueno, da igual; obviamente, no nos dejarán entrar en el hotel porque estaremos protestando. Se trata de ellos contra nosotros, así que existe cierto límite en cuanto a lo que podemos hacer. Pero estaba pensando que tú estás en una posición perfecta para unirme a nosotros...

—¿Qué es lo que quieres, Sooz?

Pausa.

—Una bomba fétida.

—¿Una qué?

—Bueno, o algo parecido. Para armar un poco de jaleo, para que se entere de lo que pensamos de ella. Que sus políticas, su actitud...

—Apestan.

—¡Sí! —exclamó Susie. Parecía sorprendida de que su mensaje se hubiera entendido tan fácilmente.

—Pero es que ni siquiera sé si estoy de acuerdo con eso —dijo Freya.

Susie negó con la cabeza y se tumbó sobre las piedras. Fue como si la alegría se evaporara de ella de repente.

—Patético —dijo mirando al cielo—. Sabía que no querías hacerlo.

Uno de los motivos por los que Susie ya no estaba en el top cinco de amigos de Freya —y la causa por la que un par de personas a las que Freya casi nunca veía habían conseguido desbancar a Susie de la clasificación— era que nunca escuchaba. Su falta de atención convertía las preocupaciones ajenas en nimiedades insignificantes, en cosas que flotaban fuera de la realidad. Susie se enorgullecía de ser sincera y abierta sobre cualquier tema, de discutir asuntos que otras personas preferirían no tocar nunca, de trabajar por causas políticas o humanitarias, de que nada de lo que hacía lo hacía por ella misma, pero cuando guardaba silencio era un silencio táctico, un silencio que jugaba a su favor. Cada uno de sus gestos estaba diseñado para provocar un efecto en el otro. Silencio como el que había seguido al comentario de las zapatillas. Silencio como el que había guardado cuando Freya fue a la fiesta de Sally Lander, cuando se suponía que debían odiar a Sally Lander. Silencio como el que guardó hacía dos veranos, cuando Freya le pidió a Sarah que fuera la única amiga que los acompañara a Moose y a ella en unas vacaciones de acampada en el Distrito de los Lagos.

Susie desconfiaba de las playas. No le impresionaban los océanos. Esa actitud parecía no encajar con su condición de socia de Greenpeace, pero qué se le iba a hacer, así era Susie. Pensaba que cualquier cosa de carácter pintoresco era una frivolidad. Siempre le preguntaba a Freya por qué se ponía pintalabios cuando salían de fiesta. Como muchas personas que sentían que sus talentos no se reconocían lo suficiente, Susie se pasaba mucho tiempo mirando el reloj.

—Estás enfadada conmigo —dijo Susie.

—No.

—Últimamente siempre te enfadas conmigo. Te he dejado como seis mensajes en el hotel en las últimas semanas. El lunes pasado, hasta te vi desaparecer en la cocina, y le pregunté a Karen como se llame, a la que se le murió la hermana...

—Hermano.

—No importa.

—A ella seguro que le importa.

—Le pregunté si tenías un rato libre para charlar o lo que fuera, y volvió después de ir a preguntarte y me dijo que ese día no trabajabas, una pedazo de mentira, claro. ¿Por qué me iba a decir eso?

Freya no respondió a la pregunta. Había cosas en su vida, pequeñas fracciones del todo, que elegía obviar. Resultaba fácil. Lo hacía siempre.

—Tengo que irme —se escuchó decir.

—Pero íbamos a pasar un rato juntas.

Una punzada de dolor asomó en los ojos de Susie.

—Sí, bueno. Esta noche tengo una cita, y entre medias trabajo.

—¿Vas a ir a cenar con alguien?

—Sí —dijo Freya, aunque la cita era otra invención—. Voy a salir a cenar mientras hay niños en África que se mueren de hambre.

—Te estás quedando conmigo —dijo Susie—. Nunca he dicho que no debieras comer.

—Pero el tema está en lo que no dices, ¿verdad?

—¡Igual que todo el mundo! Podrías acusar de eso a cualquiera.

—Sooz, ¿se te ha ocurrido pensar que lo que quieres hacer le puede sentar muy mal a mi padre? Queréis molestar a todos los huéspedes del hotel. A ver, ¿por qué no podéis hacerlo en el palacio de congresos?

—Si eres una amiga de verdad, lo harás. Pensarás en el objetivo general.

—Pero es que todo esto es importante para él. Es su oportunidad de que le asciendan, de estar bien.

—¿Y qué no lo es? Dime qué no es importante, Freya. ¿El gobierno? ¿La primera ministra? ¿La situación del país? ¿El paro y el dinero invertido en guerras que son una farsa? ¿La enorme división entre ricos y pobres, entre toda la gente pija de Londres y la gente que no tiene nada para comer en el norte? ¿Los mineros en huelga? ¿La total falta de interés por intentar relajar las tensiones raciales de nuestra comunidad o resolver el problema del paro?

Empezaba a elevar el tono. No paraba de mover las manos y las pecas se iban desvaneciendo.

—Dime si esas razones son suficientes o no.

—Vale, lo que tú digas. Si quieres que despidan a mi padre, adelante.

—Las protestas van a ser enormes —dijo Susie.

Pronunció las palabras con una ligereza premeditada que dejaba claro que eran una amenaza. Pero después, con un tono más natural, añadió:

—No sé, igual deberías decírselo. Ya sabes, por la seguridad y todo eso. Serán protestas pacíficas. La idea es gritar unas consignas y hacer alguna trastada para conseguir publicidad, nada más.

Con cada palabra, la energía de Susie se iba desvaneciendo. Freya no dijo nada. John el surfero estaba saliendo del agua

con la tabla cargada bajo el brazo. No parecía sentir su peso. El pelo le goteaba. El traje de neopreno brillaba. Se apartó el pelo de los ojos.

—Hola —dijo, sonriendo—. ¿Qué tal?

—Aquí estamos —dijo Susie.

—Sí —dijo Freya.

La luz del sol hacía que los pómulos de John parecieran más atractivos de lo normal. Su pelo, más rubio; sus pestañas, más oscuras. Respiraba despacio.

—Bien —dijo—. Nos vemos luego.

Recogió la mochila y las zapatillas.

—Escucha —dijo Susie—, el día del discurso de la Thatcher nos concentraremos principalmente en los alrededores del palacio de congresos. Puede que venga el cantante de Angelic Upstarts. Nos han dicho que nos dejan utilizar canciones del disco *Two Million Voices*. Y puede que también venga el guitarrista del grupo ese de Belfast, Stiff Little Fingers.

—Qué bien —dijo Freya.

—Y nuestro grupo, The Collective of the Discontented, que es básicamente una alianza entre varios grupos liberales y socialistas más pequeños a los que no nos gusta nada lo que estamos viendo. A ver, es algo que nos afecta a todos. Mi padre dice que pasarán cosas muy malas si no alejamos este país de la derecha.

Freya se inclinó ligeramente a la izquierda. Le dolía la palma de la mano derecha de tenerla apoyada en las piedras.

—Y hay que ganarse al público —continuó Susie—. El cambio tiene que llegar desde dentro. Por eso vamos a colaborar con todos estos músicos, y con el proyecto nuevo de Paul Weller, Red Wedge. La idea es que la gente del mundo del rock, de los grupos, que es gente que quiere conseguir que el Partido Laborista llegue al poder, colabore con las organizaciones comunitarias para lograrlo. Lo llaman revolución cultural. Aunque mi padre dice que el problema de Weller es que tiene demasiada pinta de ser un chico de clase trabajadora que ha triunfado, como si lo

suyo fuera perseguir el éxito y los logros individuales, algo que se suele ver como un ejemplo de éxito del modelo de Thatcher...

—Ya —dijo Freya.

—Podrías unirme a nosotros.

—Mmm...

—Podrías venirte ahora conmigo a la reunión de organización de la protesta.

—Sí, a lo mejor.

—Thatcher quiere privatizarlo todo, Frey-Hey. Quiere privatizar a la gente. Brigid dice que está obsesionada con ese tema, con la cultura de la dependencia...

—¿Quién es Brigid?

—... que no se da cuenta de lo que hace. Nadie está diciendo que sea malvada. Bueno, vale, hay gente que sí lo dice. Pero, en su mayoría, los resultados de sus políticas son malos. Cree que todo el mundo es responsable únicamente de sí mismo, y ya está, esa es la única norma. Nada de comunidad. Nada de sociedad. Cada uno por su lado. Es una forma horrible de vivir. ¿No te parece?

—Igual lo suyo es ir cada uno por su lado —dijo Freya. No estaba discutiendo, solo intentaba reflexionar sobre el tema—. Quizá a veces es necesario dar un paso atrás, o no preocuparse, o separarse de los demás.

Odiaba ese sentimiento, la sensación de intentar asir algo grande y no conseguirlo. La manera en que se expresaban las opiniones políticas, siempre en un tono de total seguridad. La manera en que esa seguridad no se correspondía con ningún pensamiento real que ella hubiera tenido nunca.

—Estás equivocada —dijo Susie—. Estás muy equivocada.

—¿Sobre qué? —preguntó Freya, pero no obtuvo respuesta. Observó cómo su amiga se levantaba, desplegando sus largas piernas con torpeza. El movimiento le recordó al acto de desplegar una tabla de planchar, a Sandra, la limpiadora, a los domingos, a las camisas de su padre humeando vapor. Escuchó

el sonido de las zapatillas de lona de Susie, sus pisadas sobre las piedras, primero firmes, después más amortiguadas.

Miró el mar y pensó en John el surfero. Se imaginó que seguía allí nadando. Pensó si Susie tenía razón alguna vez o no.

Durante un tiempo, le había parecido que podía pasar algo con John. A él le gustaba tomarle el pelo con su apellido, Finch,* y también con el hecho de que, tras haber trabajado en el hotel durante varios veranos, ella era la veterana del grupo que formaban él y otros estudiantes que trabajaban a tiempo parcial.

«Freya Finch, se te ve el plumero.»

Y después: «Freda Finch, no seas gallina. Ya va siendo hora de que dejes el nido».

Y también: «En serio, así matas dos pájaros de un tiro».

Y a menudo: «Más vale pájaro en mano...».

Era consciente de que sus comentarios daban un poco de pena, y esa certeza, junto con sus brazos musculosos y la idea de que parecía ser buena persona, era lo que en un principio la había atraído de él.

Pero el momento no había sido el adecuado. El ritmo, la secuencia, ese no sé qué escurridizo. Las noches en las que se encontraban en el pub bebían y se reían, y él le tocaba el hombro mientras le contaba alguna anécdota, pero nunca llegaba a nada más, dejaba que el momento se desvaneciera y se transformara en un adiós un tanto incómodo, que era una de las mejores maneras en las que podía acabar la cosa.

Karen y ella estaban en el vestíbulo hablando de una comedia con poca gracia llamada *Bottle Boys* cuando dos personas bajaron por la escalera, cargadas con bolsas. Freya tardó un segundo en darse cuenta de que se trataba de Roy Walsh y de otro hombre más bajito. Les saludó. Roy le devolvió el saludo.

* «Jilguero.» (N. de la T.)

Karen sonrió. El hombre más bajito, y también más mayor, se tocó el bigote y apartó la mirada.

—¿Habéis disfrutado de la estancia? —preguntó Freya.

—Sí, mucho —respondió Roy.

—¿Sí?

—Sí. Es un hotel precioso, muy bonito.

Se veía en sus ojos que no mentía. La apreciación de lo pintoresco. En su mirada había una complejidad mayor de la que era habitual en los chicos de su edad. Una mayor cantidad de atención. Volvió a mirar al otro hombre —¿tal vez era mudo?— y pensó en lo que Roy había dicho a su llegada: «Trabajo con un poco de placer, espero».

Brighton... Placer... Un hombre soltero que llega solo y ahora aparece en las escaleras con otro hombre, sonrojado... Recordó lo rápido que se había desvanecido la chispa, esa cierta atracción que creía haber percibido el primer día, en la recepción. Dios, ahora le parecía tan obvio: Roy Walsh era homosexual.

—¿Os marcháis ya? —preguntó Freya.

—No, no —respondió Roy—. Solo vamos a hacer unos recados.

Freya echó un vistazo a la bolsa que llevaba Roy y también a la que llevaba el otro hombre.

—Igual nos vemos luego —dijo él, y algo en su mirada avivó de nuevo el chisporroteo de la duda.

Había oído hablar de la bisexualidad. Tal vez fuera bisexual. Debía de estar muy bien, incluso debía de ser mucho mejor, elegir a una persona en lugar de a un género.

Cuando los hombres se marcharon intentó continuar la conversación con Karen, pero el tema había perdido todo su interés.

VI

Su hija lo encontró en la lavandería, intentando comprobar la veracidad de un supuesto avistamiento de roedores. También intentaba localizar entre la colada, aunque con menos ganas, un pendiente de perlas de la señora Anton. Estar ahí abajo te hacía anhelar el aire libre, pero al aire libre llevaba toda la mañana lloviznando. Sobre el mar, el horizonte se había revuelto como un canal de televisión mal sintonizado. Odiaba la facilidad con la que los huéspedes echaban la culpa al personal de limpieza por los objetos perdidos. ¿Acaso pensaban que había una discoteca en la ciudad donde se reunían todas las limpiadoras ladronas, cada una de ellas con un solo pendiente, con un solo calcetín robado y agitando en el aire ese trozo de papel tan importante que algún huésped se había dejado hecho una bola junto a la papelera?

—En serio, acabo de volver de casa —comentó Freya—. Se me había olvidado el bocadillo, me he calado hasta los huesos y, cuando he llegado, me he encontrado una avalancha en la entrada.

Lo miró, con los mechones de pelo mojado cayéndole sobre la cara. La lavandería era un cuarto oscuro y turbio, lleno de humedades, pero el perfume de Freya atravesaba el ambiente como un corte limpio.

—¡Como veinte o así!

Varios pensamientos le cruzaron la mente. El primero: «Me alegro de que se haya empezado a preparar sus propios bocadillos, porque las *baguettes* de Amadeo van sumando». El segundo: «¿Está enfadada o simplemente lo finge? El tercero: «Haberte llevado un paraguas». El cuarto y último: «No tengo ni idea de qué me está hablando».

—Veinte —repitió, para ganar algo de tiempo. Intentó imaginar cosas en múltiplos de veinte, pero lo único que se le ocurría eran canapés, canapés en una bandeja presentados ante Margaret Thatcher, quien en esta visión particular, por algún motivo, vestía un traje espacial color melocotón.

—Unos folletos enormes.

—Ah, eso.

—¡Veinte!

—Vale.

Llevaba una falda mucho más corta de lo que él consideraba el largo ideal, o incluso aceptable, pero probablemente no era un buen momento para comentarlo. Hacía calor allí abajo. La ropa de Freya chorreaba.

—Ayer había tres —dijo él tras estornudar—. Te los dejé en la cocina. El proceso de selección para el año que viene empieza pronto. Me lo dijo el señor Easemouth...

—Easemoth...

—Aún estás pensando en hacer Historia, ¿verdad? ¿O te has decidido por Lengua Inglesa? Si no haces la preinscripción a tiempo, lo tendrás difícil, Frey.

—Estupendo —dijo ella, negando con la cabeza.

Él esperó que añadiera algo más, pero su hija no dijo nada; esa palabra era ya una opinión autónoma.

—Hay un montón de opciones interesantes. Es lo único que estoy diciendo, te estoy dando las oportunidades que a mí...

—Que a ti no te dieron, ya lo sé. —Volvió a negar con la cabeza—. Dios.

—No lo metas en esto —dijo Moose—. ¿Crees que Dios haría las cosas tan mal como las hace si hubiera recibido una educación adecuada? Escucha, ya has visto por la tele cómo está el patio. Es una locura. Hoy en día, si quieres tener una vida cómoda, necesitas formarte.

—Eres un padre de esos. Un padre chiflado. Sí que lo eres. —A Moose le pareció ver un pendiente en el suelo—. Lo tenías bien escondido, pero eso es lo que eres. Es como si de repente hubiera explotado algo. Ya te he dicho... —¿Se iba a poner a llorar? ¿En serio? ¿Por aquello?—. Ya te he dicho que ni siquiera sé todavía si quiero ir o no.

—De todas formas, deberías enviar la solicitud —le dijo, con tranquilidad—. Así no te cierras ninguna puerta.

No era un pendiente. Era una piedra pequeña, o un diminuto trozo de queso. Le dio un golpecito con el pie.

—No me extraña que haya ratones.

—¿Qué?

—Si no sabes lo que quieres hacer, no te cierres ninguna...

—Universidad —dijo—. Universidad, universidad, universidad, universidad. Universidad. Universidad. Qué obsesión.

Intentó calmar la situación, e iba por buen camino, empezó a pensar con menos intensidad en cómo había llegado el queso hasta allí, pero entonces se le escapó una frase bienintencionada sobre el futuro y ese desliz lo lanzó por el precipicio de una discusión. Nunca le dejaba tomar sus propias decisiones, siempre intentaba interferir, creía que la universidad era un sitio increíble porque él no había ido, así que cómo iba a saberlo, siempre pensaba que las cosas que él no había hecho eran increíbles. Siempre la estaba agobiando, agobiando, agobiando, agobiando, y no era capaz de ver que ella lo único que quería era un poco más de tiempo para pensar, que acababa de terminar los exámenes, exámenes y más exámenes. Todo completamente estructurado, sin tiempo para vivir, para *vivir*, y por qué era tan importante un título, y por qué no podía simplemente alegrarse

por sus notas, y ¿tan mal le había ido a él sin tener un título?

—Bueno, la verdad es que...

—No —respondió ella.

Intentaba centrarse en hacer preguntas, porque —y he aquí un consejo útil en el mundo de la atención al cliente— existe cierto límite en la agresividad que se puede percibir en un comentario enmarcado entre interrogantes. ¿De verdad quería trabajar tras el mostrador de recepción del hotel un verano tras otro? ¿Acaso sus buenas notas en una escuela pública mediocre como Blatchington Mill no demostraban que tenía un gran potencial? ¿Su visión pesimista de la educación superior tenía algo que ver con que su madre fuera profesora universitaria? Porque eso era lo último que Vivienne —sí, por qué no, vamos a involucrar a Viv en la discusión—, donde quiera que estuviera ahora, querría. Definirse por oposición a otra persona no era manera de vivir.

Esta última frase fue la más incendiaria de todas las que pronunció, y cualquier otro día podría haberle causado heridas graves, pero Freya relajó la mirada y cruzó los delgados brazos bajo la V del jersey.

—Tú solo quieres convertirme en la persona que tú quieres que sea.

Eso era injusto. Totalmente injusto. Porque lo que él quería realmente era que ella quisiera convertirse en la persona que él quería que fuera. Esa era la gran esperanza de la paternidad.

La trampilla de la bodega se abrió y apareció Jorge, seguido de cerca por Sasha, que tenía las mejillas sonrosadas y venía riéndose, algo que rara vez ocurría.

—¿Hay algún problema ahí abajo? —preguntó Moose—. Un problema que requiriera la presencia de los dos, quiero decir.

—¿*Qué?** —preguntó Jorge.

Le gustaba fingir problemas con el inglés cuando le pillaban follando al personal de verano.

* En español en el original. (N. de la T.)

—Jorge —le dijo Sasha, tirándole de la manga—. Ya hemos arreglado el problema, vámonos.

—Si tantas ganas tienes de deshacerte de mí —dijo Freya—, que sepas que pronto me compraré un billete de ida. A Marbella o adonde sea, como le dije a Roy.

Dicho esto, se marchó. Jorge también se marchó. Sasha se quedó un momento mirando fijamente a Moose, como si tuviera alguna pregunta en mente. Sasha era una chica voluble. Podía ser amable o podía ser fría, y todo ocurría en el transcurso de una frase o de una mirada. Le sonreía, pero era incapaz de mantener la sonrisa. A veces le pellizcaba el brazo. Era perfectamente consciente del efecto que causaba en la mayoría de hombres. Moose había concluido que no tenía alma. En los momentos en los que su trabajada calidez desaparecía y dejaba ver su otro yo, Sasha era como una casa que iba perdiendo potencia eléctrica poco a poco, quedándose vacía, la televisión parpadeando, las luces apagándose lentamente, la canción que sonaba en la radio escuchándose cada vez a menor volumen, el zumbido del frigorífico reduciéndose hasta perderse en el silencio. Esta reflexión le hizo pensar de nuevo en su exmujer.

Sasha le dijo que se había enterado de que el salario por hora de Jorge era un poco más alto que el suyo.

—Ahora no, por favor, Sasha —contestó él.

Sasha suspiró y desapareció escaleras arriba. Las secadoras seguían rugiendo. No había encontrado el pendiente por ninguna parte ni tampoco a los supuestos roedores.

Su hija malinterpretaba sus intenciones muy a menudo. La parcela que Moose ocupaba en la vida era agradable, pero sin duda estrecha. Ella era mucho mejor que él, tenía más talento, y él quería que disfrutara de un impresionante campo de girasoles. Quería decirle que las ambiciones no satisfechas se acumulan como el correo sin abrir y pueden poner patas arriba la vida de una persona. También quería explicarle otra cuestión, más amarga y perteneciente a una esfera íntima que rara vez recono-

cía: cómo la paternidad había destrozado su soledad. Explicarle que durante mucho tiempo había pensado —o creído firmemente, más bien— que ganaría una medalla olímpica en salto de trampolín. Que en realidad había sido Viv quien le había presionado para tener un hijo. Que si alguien le hubiera dicho que uno de los dos iba a acabar como padre soltero, jamás se habría imaginado que fuera a ser él. Que la maternidad había acabado de destruir el ya de por sí escaso apetito sexual de Viv y que, de no ser por la sensación de aislamiento que el abandono de su mujer le había dejado, tal vez nunca habría volcado tanto amor en su hija, en sus rutinas matutinas con los Lego y la leche, en la intimidad que le hacía sentir que alguien le necesitaba de nuevo y que casi convertía en un acto placentero la sofocante tarea dominical de planchar su ropa del colegio.

Cuando Freya se marchara, ¿quién iba a ocupar su lugar? ¿Era propio de alguien desvalido pensar en el agujero que iba a dejar en su vida? ¿De alguien egoísta? Hostelería, paternidad: sector servicios. Dieciocho años durante los cuales todo lo que había hecho giraba en torno a ella. Y de esos años, más de cuatro sin Viv, solos ellos dos. Al menos, si iba a la universidad, seguirían estando en el mismo país. Podría ir a comer con ella en sus días libres. Quizá en todos sus días libres. La llevaría a ella y a algún novio sonriente a tomar algo, torturaría al chico de maneras ingeniosas. ¿Era inevitable que se convirtiera en su madre, quejándose de lo poco que lo llamaba por teléfono, y que Freya se convirtiera en él, quejándose de tanta queja? Cuando su hija se marchaba de fin de semana, al principio siempre admiraba el abanico de posibilidades que se abría ante él. Se decía que sucumbiría a las insinuaciones de alguna de las mujeres del hotel que estaban más solas que él y que retozaría con ella en el sofá, que le prepararía huevos para desayunar, que beberían vino a la hora de comer. Pero esa sensación siempre se desvanecía, sin prisa pero sin pausa; no retozaba con nadie y el vino de la comida a menudo se transformaba en cerveza, que se bebía

solo. A media noche se levantaba para mear, adormilado, y veía la puerta entreabierta de la habitación de su hija, sin nadie dentro. Y pensaba que pronto estaría vacía para siempre.

Se frotó el brazo y miró a Barbara. La gata parecía estar de mal humor, pero de todas formas le permitió que la acariciara. Después se tumbó panza arriba, con las patas arqueadas, y él le llevó un bol de Whiskas.

Pasadas las cuatro de la tarde, Moose empezó a sentirse muy cansado mientras bajaba y bajaba los ciento veintitrés escalones de la escalera de caracol del hotel, ese flujo de moqueta oscura y espesa. También se percató de que llevaba la chaqueta ladeada hacia la izquierda. Se detuvo en el rellano del primer piso y comenzó a redistribuir las monedas en los bolsillos, en busca de un equilibrio, escarbando entre los puñados de monedas de diez y veinte peniques los trozos de papel de celofán de los paquetes de tabaco. Durante un instante, contempló su reflejo en el pasamanos. Más allá de las inevitables distorsiones, era innegable que tenía bastante mal aspecto. El vestíbulo que se extendía ante él parecía sombrío, aletargado. Sintió la boca como llena de masilla. Pegajosa. Extraña. Se sentó sin haber decidido sentarse.

Sobre la consola había un jarrón y no estaba colocado en el centro. Pequeños detalles como ese, como un jarrón bien centrado, creaban un sentido de simetría, de perfección. La sensación general del diseño en su conjunto. Lo colocaría bien. Un centímetro más a la izquierda. Se puede conseguir que un salto imperfecto parezca perfecto si uno se concentra en la posición y en la postura. La postura al borde del trampolín: caderas hacia delante, zona lumbar recta. La postura justo antes de saltar, mientras se imprime la energía al salto. La postura del carpado: mostrar a los jueces una sola pierna, la rodilla cerca del hombro y el talón pegado al cuerpo. Vista desde arriba, la postura se desvelaría como claramente imperfecta. Un juez colocado en lo

alto podría ver las rodillas separadas. Pero nunca había un juez en lo alto. Los jueces siempre se sentaban en un lateral. Mierda. No se encontraba bien.

Necesitaba incorporarse. La escalera del Grand le pareció extrañamente pastosa. Intentó buscarle sentido al reloj de pie del rellano, pero «reloj de pie» no le parecía el nombre adecuado para lo que era el reloj. Menuda estupidez. Se levantó.

Una oleada de dolor en el pecho. Su primer pensamiento fue para lo extraño de todo aquello. La lengua en el paladar. La moqueta. Cayó al suelo, de espaldas, con la mirada fija en el techo.

Sandra, la limpiadora, estaba cerca. Quería hacerle alguna señal, pero no le quedaban fuerzas en el cuerpo. ¿Qué era aquello? El dolor insistía en su supremacía. Todo lo demás era secundario. La boca de Sandra bocabajo, abierta de manera horrible. La nueva punzada amarga de dolor en el pecho que se extendía hasta alcanzarle los hombros y colarse en su alma. En general, aquella situación distaba mucho de ser ideal. Sandra echó a correr escaleras abajo gritando «¡Ayuda!».

Más personas. Una multitud. Los siguientes diez minutos pareció que transcurrían bajo el agua. Creyó ver un borrón verde atravesando la multitud a toda prisa. Una sanitaria le abrió la camisa de un tirón, un botón salió volando.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y cinco.

La camisa abierta. Le inclinaron la cabeza. La moqueta rugosa y cálida bajo su oreja. En los días en los que se necesitaba su ayuda detrás de la barra del bar, se abrochaba la hebilla del cinturón ligeramente hacia un lado para que el metal no arañara la carpintería mientras servía. Proteger la madera. Evitar el sonido del araño. Le desabrocharon el cinturón y los pantalones; un comentario amable sobre sus calzoncillos. Eran unos calzoncillos graciosos, de estampado de fresas con gafas de sol. Estaban diseñados para ser divertidos, pero él no le había dado permiso a nadie para que se riera o hiciera comentarios. El dolor se iba

calmando, ¿no? Disminuía. Estaba muy cansado. Algo muy frío o muy caliente contra la piel de la cadera. Una botella de metal. Un tubo. En el extremo, una mascarilla. Se la fijaron a la cara. Parecía un juguete, la goma elástica tan fina, y ese pensamiento avivó las esperanzas de que aquello no fuera más que un extraño juego.

—Respira —le dijeron.

Creyó escuchar la voz de Freya, alguien intentando apartarla, y quiso explicarles que ella era más inteligente que todos ellos juntos, que si alguien podía ayudarle era ella.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó la sanitaria.

Amabilidad. Pelo. Una gran nariz borrosa en la que se perdían todos los demás rasgos. La adoró por hablar con tanta delicadeza.

Cuarenta y cinco, intentó decir, pero el número quedó amortiguado por la mascarilla.

Lo dijo de nuevo y el dolor que sintió en las venas fue increíble. A su alrededor, las personas parecían enormes. Le daban miedo todas las maneras en las que podían hacerle daño.

Ahí tumbado, medio desnudo, con cinco o seis personas controlando sus movimientos, toda ilusión de poder o de intimidad se desvaneció. Era una mota de polvo entre ellos. Un cero, una migaja. Hacían comentarios a los que no podía responder. Movieron la botella y le golpearon en la rodilla.

Que te coma la lengua el gato. Ahora sabía lo que significaba aquello. Se acabó lo que se daba. Todos manos a la obra. Que le quitaran las frases hechas de la boca, por favor.

—¿Cuántos años tienes?

Cuarenta y cinco.

—Necesitamos saber que lo sabes.

Sus ojos empezaron a cerrarse. Dejó fuera el mundo. Sueños ligeros en los que la voz de su padre resonaba junto a la de su tío John. El pequeño toma y daca de chistes que a los dos les gustaba contar con su falso e inexplicable acento estadounidense.

«¿Cuál es la diferencia entre la ignorancia y la apatía, Tom?»

«No lo sé, John, y me importa un pimiento.»

Alguien le dio una bofetada. Escuchó una voz que se parecía mucho a la suya murmurar la palabra «ascenso».

—¿Qué ha dicho? —preguntaron.

La atractiva sanitaria preguntó qué había tomado para desayunar. ¿Se refería a su primer desayuno o al segundo? Le preguntó quién era la primera ministra. ¡Margaret Thatcher! ¡Se va a alojar en el hotel! Le preguntó en qué año estaban. ¡84! ¡84! Le preguntó si tenía mascotas. No. Le dijo que ella tenía un perro pequeño y marrón. Su perro se llamaba Potato.

Mientras la luz abandonaba la habitación, pensó: «Ojalá hubiera tenido otro hijo, un chico. ¿Qué estaría haciendo ahora el hijo que nunca tuve?». Y después pensó: «Podría querer a una mujer que tuviera un perro llamado Potato. Una mujer con un perro que se llama Potato podría ser exactamente lo que necesito».

SEGUNDA PARTE

La trayectoria de un salto

1979-1984

La primera operación de Dan para el IRA se llevó a cabo en la oscuridad, en un callejón de Falls Road, media década antes de que Dawson le pidiera que se convirtiera en Roy Walsh. Agachado, con la espalda pegada a una pared de ladrillo, y con un hombre llamado Colum Allen a su lado. A Colum a veces lo llamaban Hallion o Hallinan, y también el Santo Galés, este último apodo se resistía a abandonarle a pesar de que él juraba y perjuraba con todas sus fuerzas que no tenía nada de galés. Era alto y delgado, y en la parte izquierda del cuello se le marcaba una gruesa vena. Su latido se percibía incluso en la oscuridad, y la vena se movía cada vez que hablaba, es decir, siempre. Una de sus piernas se movía involuntariamente de forma constante. Otros de sus tics habituales eran: darse un puñetazo en la palma de la mano; asentir con la cabeza; morderse las uñas; tararear; cantar. Eran muchas las maneras en las que Colum aliviaba la presión que conllevaba ser Colum.

—Está decidido de antemano. —La voz de Colum era un rápido susurro—. La última vez fue una cuestión de mala suerte, ¿no crees? Como el resto de la temporada. Pero este año los cabrones están contra las cuerdas. Es inevitable. Los cabrones se irán a casa en ambulancia. Los cabrones han tenido suerte

pero su destino no es el que creen, no van a ganar.

Dan había empezado a darse cuenta de que la casualidad y el destino eran dos de las grandes preocupaciones de quienes andaban involucrados en actos temerarios. No confiaba en que Colum fuera a hacer un buen trabajo. No confiaba en que después mantuviera la boca cerrada. Resultaba agotador pensar en todas las maneras en las que no confiaba en él. ¿Por qué les habían emparejado? Dawson no paraba de repetirle que pronto podría trabajar con Patrick. No paraba de repetirle que las autoridades ya conocían demasiado bien a Patrick, así que no podía seguir siendo la cara visible de las operaciones, solo el cerebro, y que necesitaba ayuda. Dawson no paraba de repetirle que algún día Patrick y él formarían un gran equipo, pero ahí estaba, emparejado con Colum Allen, hablando de fútbol.

—¿Y largar a Steiny? Cómo ha podido el tío. Cómo ha podido. Aunque el cabrón no ha ganado nada para el Celtic, su historial es historial. Los cabrones tienen poca memoria, eso es. Bueno —tosió—, este es tu primer trabajo, ¿no?

Dan se puso de pie un momento para estirar las piernas; después volvió a agacharse y entrecerró los ojos. De vez en cuando, alguna silueta animaba la oscuridad al final del callejón. También alguna que otra voz ocasional. Les habían informado de que aquella noche habría redadas del RUC por la zona. En el suelo, en dos mochilas cerradas, llevaban material.

Nervios. A diferencia de Colum, cuando Dan estaba nervioso no farfullaba ni manoseaba nada. En vez de eso, se le ocurrían todo tipo de preguntas básicas, como «¿Qué hago aquí?» o «¿Acabaré con una bala en la cabeza?». Se levantó otra ráfaga de viento frío. Esperaron.

—Paddy es tu colega, ¿no?

Dan guardó silencio. Resultaba desconcertante que un tipo tan simple como Colum hubiera podido leerle el pensamiento.

—Pasó por la cárcel, ¿no?

—Sí —respondió Dan—. Eso creo.

—Cuánto, ¿un año?

—Ni idea.

—¿Dos?

—No sé.

—Los cabrones saben cómo guardar un secreto.

Sabía exactamente durante cuánto tiempo habían encerrado los británicos a Patrick sin juicio previo. Pero también había aprendido que no era prudente revelar información gratis. Compartir menos —a veces, menos de lo que resultaba decente— generaba una sensación de incomodidad en los demás, y en mitad de un silencio incómodo, la gente te daba más información. Al parecer, el RUC se había presentado al amanecer para llevarse a Patrick. El quejido de los Saracens, esos enormes monstruos de seis ruedas, abriéndose paso a cámara lenta. Un escenario a media luz, los vehículos oscuros, las caras tapadas. Una escena bastante parecida a la que se produciría aquella noche. La ocasional mancha blanca de una bomba de pintura católica. La vida en Belfast se organizaba entre la luz y la oscuridad, la visibilidad y la invisibilidad, el silencio y el ruido, la información y el secretismo, lo privado mezclándose con lo público en un círculo que acababa por agotarte. Dan no le dijo nada de eso a Colum.

—Me he enterado de lo de tu iniciación —dijo Colum—. Sí. Lo de los perros. Esa historia se está volviendo famosa. Aunque espero que solo estuviera preparando a su majestad para los obstáculos que otros puedan presentar.

No caigas, pensó Dan. Pero cayó.

—¿Qué te han contado?

Colum sonrió y se rascó el cuello, observando el suelo como si en él leyera el futuro.

—Aunque, claro, otra opción es que solo quisiera provocarte pesadillas. Dawson McCartland es así de simpático. A los cabrones como él les encantan las pesadillas. —Chasqueó los dedos—. ¿Mi primera vez? Me dieron un arma pequeña y una dirección y listo.

—Yo no voy a hacer nada de eso.

—¿Qué?

—Visitas a domicilio.

—Ja —dijo Colum, y se permitió una pausa inusual—. Cargarse a la gente en su casa desmoraliza a la policía. Dicen que le muestra al resto de policías que no existe lugar donde relajarse. Ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso. Puede que fuera incluso más joven que tú. Tenía diecisiete. En seguida me di cuenta de que me iba a tocar ir a territorio Orange.* Y me di cuenta de que tendría que planear la huida, aunque solo tenía un día para organizarlo todo. Total, que llega el día y, aunque me duele en el alma, me planto en el pecho una chapa de los Rangers. Y me calzo unos botines Chelsea que le he pedido prestados a un tío gordo. No me han dado mucha información sobre el tipo al que tengo que freír, ni tampoco ningún consejo, nada de nada, pero estoy acostumbrado a eso, ¿no? Mi abuelo era violinista en el Úlster, en Donegal, todo un virtuoso, en serio. Menuda vergüenza pasó cuando un día se le olvidó la partitura. Los violinistas no dejaban que nadie supiera lo que pasaba en sus ensayos, ni hablar. A eso me refiero. Es parecido, no compartieron nada conmigo. Bueno, la cuestión es que voy y me cargo al tío, y su mujer aparece gritando por el pasillo y ve el charco de sangre. Y yo supertranquilo. Hice lo que tenía que hacer y me marché.

Dan asintió.

—Muy bien.

Todo el mundo se presentaba como un héroe cuando eran ellos quienes contaban la historia.

—Sí —dijo Colum—. No fui consciente de lo que acababa de hacer hasta que volví a mi distrito y me tomé la primera pinta. Entonces me puse a temblar. Prácticamente no he dejado de temblar desde ese momento.

* Zona protestante. (*N. de la T.*)

Esas palabras captaron la atención de Dan. Las nubes nocturnas se movían por delante de la luna. Una breve ráfaga de viento arrastró una lata vacía hacia ellos y Colum se sobresaltó. Se rieron.

Un gemido. Varios parpadeos de luz. Colum se levantó.

—Allá vamos —dijo, con una expresión que de repente se había vuelto dura, extrañamente impactante.

Cogió las bolsas. Corrieron hasta el otro extremo del callejón.

—Espera.

Dan hizo lo que le decía. Los Saracens negros avanzaban por Falls, lentos y seguros. Las paredes que flanqueaban esa sección de la calle estaban pintadas de negro, un borrado general de los murales de Bobby Sands y otros héroes. El sonido de botas pesadas. Patrullas a pie que se movían detrás y junto a los Saracens. Aunque Colum hubiera traído su arma resultaba imposible ver a los hombres con claridad suficiente para dispararles. Todos los agentes vestían de negro. Cualquier otro color habría estropeado la composición.

Observaron mientras dos hombres del RUC echaban abajo la puerta de la primera casa católica. El gemido de la madera al ceder. El corazón de Dan latía a toda velocidad. En una de las bolsas, una docena de botellas de plástico. Cada una llena con tres cuartos de pintura blanca y agua.

—Rápido —le dijo Colum.

Se pelearon con las botellas hasta que consiguieron destapar cinco o seis. En la otra bolsa llevaban trozos de hielo seco envueltos en tela impermeable. Rasparon trozos de hielo seco en las botellas de pintura y volvieron a taparlas. Colum le dio una bofetada a Dan.

—Te he dicho que rápido.

Echaron a correr. Llegaron a la calle principal. Se colocaron al lado de los Saracens; en el aire se percibía el sabor del humo;

el subidón de adrenalina iba en aumento. Una mujer a la que arrastraban fuera, a la calle, gritaba: «¡No toquéis mi casa!». Varios miembros de la patrulla entraron corriendo en la casa, y otro hombre, alto y encorvado, le tapó la boca con la mano. Colum lanzó la primera botella, que surcó con lenta elegancia el aire y, tras chocar con un pequeño crujido contra la carrocería, explotó. Salió mejor que en los ensayos, el resultado fue perfecto: pintura blanca desparramada sobre el Saracen, pintura blanca que chorreaba y formaba un charco. Dan lanzó dos botellas. Notaba el latido de la sangre. Le dolía respirar. Ninguna de las dos botellas explotó. Tenía que tirarlas con más fuerza, más alto.

—¡Ollas y sartenes! —gritaba Colum, sin temblor alguno en la voz.

Dan se tiró al suelo, con la gravilla raspándole los codos, y metió más trozos de hielo seco en las botellas. Corrió con las bolsas golpeándole los hombros y le lanzó una botella a un miembro del RUC. Falló, pero una de las botellas de Colum sí acertó en la diana y el hombre gritó cuando su uniforme se tiñó de blanco. Cayó al suelo. Otra Saracen llegó hasta la puerta de la siguiente casa católica para registrarla y destrozarla. Otro lanzamiento. Dan gritaba «¡Ollas! ¡Ollas! ¡Ollas!», y como por arte de magia las ventanas empezaron a abrirse por toda la calle. Colum había lanzado otra botella bien alta, Dan la veía caer casi en vertical, y la pintura explotó sobre el techo de un Saracen. Un lanzamiento preciso. Se había equivocado con Colum. En aquel momento, lo adoraba. Lo quería. Mujeres católicas se asomaron a las ventanas golpeando ollas y sartenes. La calle entera se estaba despertando y hacía ruido, asegurándose de que el resto también se despertara y se uniera a ellos. No había que dejar que aquellos hombres levantaran el suelo de madera de sus casas. No había que dejar que llamaran terroristas a los revolucionarios. Algunas de las mujeres lanzaban botellas de cristal con pañuelos ardiendo dentro hacia las manchas de

pintura blanca, y provocaban pequeñas explosiones de fuego cerca de los objetivos; tres y después seis y después más. Otras mujeres se habían echado a la calle en pijama. Bloquearon el camino de los Saracens sin dejar de golpear las ollas y las sartenes sobre sus cabezas. Gritaban «Apagad el fuego si queréis. ¡Venga!», gritaban. «Solo es un poco de agua. ¡Dadnos una ducha!» Todo aquello mientras Dan corría hacia otro callejón oscuro tras haber lanzado la última de sus botellas, se cambiaba, se ponía ropa limpia e iniciaba el largo camino de vuelta a casa.

Durante el entrenamiento, intentó demostrar que estaba hambriento de conocimientos. El suministro parecía ser eterno. Había más arte en la violencia de lo que había esperado, más técnica y filosofía. Pasaron meses ocupados únicamente en operaciones con bombas de pintura. Era más un proceso de aprendizaje que una guerra; por fin alguien se había hecho cargo de él. Le dijeron que pensaban que su futuro era prometedor.

En un almacén que olía a carne cruda le enseñaron a abrir y a dividir un cartucho. Le enseñaron que si ponía cera de vela en la punta aguantaría mejor el impacto. Que si se añadía mercurio en el cartucho el resultado era más letal. Si ponía puré de ajo, envenenaba la sangre. Le enseñaron a untar grasa de eje en las balas para que atravesaran puertas reforzadas. Le enseñaron a rellenar cartuchos con arroz para ralentizarlos. Le enseñaron todo lo que se podía hacer con el cable de freno de una bicicleta. Tras clavar un cuchillo, había que retorcerlo y moverlo. El cristal antibalas tiene un reflejo verde azulado. Si le roban el coche a un amigo, llama al Sinn Féin a este número. Si persiguen a la familia de un amigo, llama al Sinn Féin a este otro número. Los campos de golf son para jugar al golf y para almacenar armas. Hay quien se relaja vaciando recámaras en barriles de gasolina, en troncos de árboles, en las ruedas de coches abandonados; otros prefieren la fría sofisticación de la

invención, la electrónica, los trucos con piezas de radiocasete. Puedes machacar Semtex con un rodillo de amasar si te apetece, pero que no te salpique nada en las manos.

Por su decimonoveno, vigésimo y vigésimo primer cumpleaños, Dawson le envió sobres con dinero en efectivo.

Un libro titulado *Repostería para principiantes* descansaba abierto sobre la mesa de la cocina. Dan se mordía el labio inferior, fingiendo prestar atención. De vez en cuando, su madre le pedía que le confirmara alguna cantidad o algún paso, y, fuera cual fuera su respuesta, ella siempre acababa acercándose y colocándose detrás de él, con los antebrazos pecosos reposando sobre sus hombros, las manos cubiertas de harina tensas para no mancharle la camisa limpia; después, se inclinaba y le daba un beso en la oreja. Él sabía que aquel gesto de cariño era una forma de echarle un vistazo a la página de la receta para comprobar que no le había dado la respuesta incorrecta. Sus tres hermanos mayores se habían ido de casa. Bobby, sordo, a una especie de residencia llamada St Joseph's, en Stillorgan. Tom se había marchado a Escocia, donde trabajaba en una granja. Connor estaba en Estados Unidos y disfrutaba enormemente contando sus secretos, cada carta estaba llena de nuevos nombres de mujer. Lisa. Mary. Kimberly. Dawn.

Ciento setenta y cinco gramos de mantequilla derretida, decía la receta. Ciento setenta y cinco gramos de azúcar granulado o en polvo. Dos huevos grandes, un cuarto de pinta de café *espresso*, tres cucharadas de whisky. Su madre estaba preparando

pastel de café. Seguramente, añadiendo la mitad de las cantidades, o de lo contrario serían incapaces de terminarse todo el pastel entre los dos. Pensó en preguntarle, pero en lugar de eso optó por darle un trago a su vodka con agua. Según un acuerdo tácito entre ambos, él no la cuestionaba nunca mientras el horno estaba encendido, y muy pocas veces cuando estaba apagado.

—¿Quieres gajos de patata? —le preguntó—. De aperitivo, para engañar al estómago.

Se dirigió hacia la nevera, con el sonido sordo del viejo hierro cinco de su padre midiendo sus pasos. Su madre tenía problemas con la cadera y necesitaba un bastón para caminar, pero mientras estaba en la cocina mostraba una preferencia inexplicable por el palo de golf.

—¿Me estás escuchando, Dan? Gajos de patata.

Dan negó con la cabeza. Le vino a la mente la cena de la noche anterior: un calcetín viejo, un coágulo de sangre y algunos trozos de plástico combado. Su madre destrozaba cualquier plato que intentara cocinar. Se le daban mucho mejor los postres. Su repertorio de salsas y condimentos era un tesoro escondido repleto de valiosas pistas. Si el plato venía acompañado de salsa verde, sabías que lo que tenías delante debía ser cordero.

—Te vas a emborrachar —le dijo.

—Eso espero.

—¿Quieres una galleta de las que han traído los Gallagher?

—¿Han traído galletas?

—Como agradecimiento porque le dijiste a Cal que reforzara su puerta.

—Fue gratis.

—¿Cómo dices?

—Cal lo hizo sin cobrarles nada.

—Todo un detalle. Espera un segundo, ahora te traigo las galletas.

Él sonrió.

—En serio, Ma. Prefiero esperar a la cena.

Una mujer bajita y delgada que vivía para engordar a los demás. Mejillas como un melocotón. La piel tan fina como la de una patata. Sus brazos últimamente parecían vacíos, como el envoltorio de una salchicha al que le hubieran sacado la carne barata. Sabía que a su madre le avergonzaba lo poco que comía. Los lentos movimientos del tenedor. La manera en que movía la comida en el plato, seleccionando, jugueteando, sin repetir nunca, sin rebañar los restos de la salsa con el pan. En realidad, odiaba la idea de empapar un trozo seco de pan. Lo que le encantaba eran las tostadas. Rebanada tras rebanada por la mañana, crujientes por los bordes y blandas y mantecosas en el centro. Con el pan y alguna conserva de pescado a lo largo del día le bastaba para conservar las fuerzas. Eso y algún *snack* rico en proteínas de los que el hermano de Mick conseguía gratis en... No sabía de dónde los sacaba.

Una pepita de limón en el fondo del vaso. El toque cítrico convertía el vodka con agua en una copa de verdad. La ventana empañada de vapor y de la grasa del día anterior.

Había muchas cosas sobre su madre que seguían siendo un misterio para él, pero estaba seguro de que sus momentos más felices transcurrían mientras cocinaba. Todavía salía a comprar ingredientes de vez en cuando, pero él intentaba limitar cada vez más esas excursiones. El problema no era tanto su falta de movilidad como su temeridad en la calle.

Si veía a un oficial del RUC, no se cortaba en escupirle o golpearle, blandiendo, frágil, su bastón, lanzando insultos y a menudo cayéndose al suelo durante el proceso. En modo combativo, era una pesadilla protegerla. Ajena por completo a la lógica. Sorda. En dos ocasiones, el RUC había contraatacado, un oficial con la porra y el otro con la mano. El segundo golpe, propinado hacía unos meses, le había arrancado uno de los pocos dientes de verdad que le quedaban. Dan había doblado la esquina al salir de correos. Había visto a su madre en la acera, con las piernas extendidas y las gruesas medias marrones arrugadas. El hombre

del RUC estaba de pie a su lado. Su madre tenía el diente en la mano, con la raíz extraordinariamente larga, y una diminuta gota de sangre sobre el esmalte del color de la mostaza diluida. Lo miraba como un niño mira un juguete nuevo. El hombre del RUC puso mala cara e intentó ayudarla a levantarse diciendo que se había vuelto loca y se había caído. Probablemente fuera cierto. Ella dijo que la había golpeado. El hombre del RUC parecía perdido en una espiral en la que se preguntaba o bien qué había hecho o cómo era posible que aquella mujer mintiera tan bien. Dan se vio a sí mismo tratando de memorizar las pecas de la cara del hombre: una en la parte derecha del nacimiento del pelo, tres en la línea izquierda de la mandíbula.

—Es mi madre —le dijo Dan—. Ten cuidado, es mi madre.

Y ya fuera por la sorpresa que le había causado la serena respuesta de Dan, o porque estaba calculando despacio su siguiente movimiento, el hombre del RUC permaneció un rato de pie, con los brazos colgando a los lados, hasta que Dan hubo recorrido con su madre la mitad del camino de vuelta a casa. Si ocurría algo así, llamabas a Mick Cunningham. Te lo podías imaginar al otro lado de la línea, con el teléfono pegado a su oreja destrozada y la luz reflejándose en el paisaje lunar de su cabeza. Cunningham llamaba a Dawson McCartland. Dawson McCartland llamaba a Mad Dog Magee, jefe de explosivos. Esa era la jerarquía. Magee te llamaba y analizaba la situación contigo, y de esa forma la cadena de mando formaba un ocho, un infinito, algo demasiado complicado y agotador. Había una norma: nadie lidiaba con asuntos personales personalmente. Y otra norma relacionada con la primera decía que la autorización para las operaciones debía tener la aprobación del mando central. Era una forma de racionalizar un plan, de eliminar cualquier elemento emocional. Útil en muchos aspectos.

Su madre se dirigió cojeando hacia el fogón, con el palo de golf apretado en su pequeño puño azul. Se colocó en el estrecho ángulo recto donde los armarios se unían a los cajones, y liberó

sus dedos del bastón para cortar y pelar, para cascar huevos.

La muerte del hombre del RUC había salido en la tele. Su cara en un cuadrado en la esquina superior derecha de la pantalla. Una peca aquí, tres allá, cicatrices de acné delatorias. Un coche bomba, dijo el reportero, y más tarde Mick le contaría a Dan que habían sido tres granadas RDG5 con detonadores a cinco segundos, con unos cien gramos de TNT cada una. Alguien había llenado una botella de cerveza de jengibre con azúcar y aceite y la había pegado a las granadas. Alguien más había añadido una caja de zumo llena de gasolina. Alguien. Alguien. Habían colocado el artillugio en la columna de dirección del vehículo particular del hombre del RUC y la explosión lo había lanzado bien alto. El *Belfast Telegraph* publicó el titular «El IRA reclama la autoría de esta nueva bomba». El fin de semana, el *Guardian* se hizo eco de la historia. Alguien le envió un recorte a Dan. Bajo la noticia principal, había un recuadro que decía «¿Qué es el RUC?».

Desde 1922, el RUC, la Policía Real del Úlster ha cumplido un papel doble, único entre las fuerzas de policía británicas: ofrecer un servicio normal de policía y, al mismo tiempo, proteger a Irlanda del Norte de las actividades de grupos ilegales.

¿Los lectores del *Guardian* necesitaban que les explicaran qué era el RUC? Resultaba chocante que así fuera. Su madre bostezó y dejó el periódico a un lado.

Dan había pasado una larga noche en vela pensando en el hombre pecoso del RUC, preguntándose si no habría habido una mejor solución, preguntándose si se había equivocado al creer la versión de su madre. Una paliza, eso era lo único que pretendía cuando hizo la llamada. Pero para organizar que le dieran solo una paliza tendría que haber explicado la versión de los hechos de su madre y, ¿qué tipo de hombre le pega a una anciana? Un hombre patético. Un hombre muerto. Tenía que superarlo.

La presencia permanente de las sartenes colgando de los ganchos, sobre el fogón. La concentración de su madre mientras cocinaba era algo digno de verse. La manera en que su cara se teñía de color y sus pequeños ojos azules dejaban de parpadear. Su cuerpo parecía enroscarse mientras batía la mantequilla y el azúcar; sus hombros permanecían encorvados, con la espalda curvada, hasta que aparecía una nube en el bol. Cascaba los huevos con una mano mientras la otra seguía batiendo, y después llegaba el experto tamizado de la harina y la sal, los tres rápidos golpecitos al borde del tamiz, los lentos círculos que dibujaba su muñeca cuando llegaba el momento exacto de mezclar los ingredientes secos con la parte más húmeda de la mezcla. Cuando se decía a sí misma la palabra «jarabe» como recordatorio de un paso futuro del proceso, su lengua parecía lamer amor real en la palabra, como si el lenguaje fuera un capricho dulce.

—Una o dos avellanas machacadas —dijo él—. Para la decoración.

Su madre se colocó detrás de él y apoyó los antebrazos en sus hombros.

—Después —dijo—. Son para después.

Incorporar la oscuridad. El proceso de añadir el café a la masa despertó un nuevo estado de alerta en sus rasgos. Con todo su peso sobre el hierro cinco, se estiró para coger algo del armario —un molde de tarta— y él se levantó para ayudarla, pero ella lo rechazó. Ya lo había cogido mientras murmuraba «Sartén, whisky, molde desmontable, jarabe». En cada uno de esos movimientos podía sentir la emoción y la anticipación que no encontraba en ninguna otra parcela de su vida.

Sonó el teléfono. Salió al pasillo. Al otro lado de la línea, un hombre respiraba a ritmo constante. Dan colgó el teléfono y lo desconectó. Volvió a la cocina y dio un trago a su bebida.

—¿Quién era? —le preguntó su madre. Solía dilatar los orificios nasales cuando sospechaba algo.

—Un trabajo de electricista para el club.

Le sonrió. ¿Agradecía la mentira? Escucharon el ladrido de los perros desde el garaje.

—Casi se me olvida —dijo su madre—. ¿Jan Henry? ¿De Donnegall? Me ha leído el futuro esta mañana.

Jan era una de las dos o tres personas protestantes con las que a su madre no le importaba hablar. No le importaba tener que cruzar la ciudad y pasar al otro lado la frontera para que le leyeran la mano.

—Lo primero que me ha dicho es que últimamente estoy blanda y esponjosa. Dice que voy a captar vibraciones del universo. Vibraciones positivas, me lo ha confirmado. También me ha dicho que seguiré recibiendo los beneficios de la sabiduría.

—Eso fue lo primero que te dijo.

—Sí, ¿crees que está chiflada?

—Creo que está forrada.

—¿Forrada?

—Su vida es un camino de rosas.

—Pero, ¿la crees, Dan? ¿Crees que nos esperan buenas noticias?

—Sí —respondió—. Pero me pregunto qué don tiene ella para predecir eso.

—Tiene un don.

—No lo niego.

—Pues eso.

—He visto su coche.

—Dice que somos nuestros peores enemigos, Dan.

—Exagera un poco —respondió él.

—Es lo que me ha dicho.

—Exagera.

—No, no.

—Es una charlatana. Acéptala por lo que es.

—No, Dan, no. No hay mujer más sabia.

Resultaba frustrante y aterrador lo fácil que era engañarla: se dejaba embaucar por adivinos, farsantes de los que van de

casa en casa, por su propio hijo. Las primeras mentiras habían llegado durante la adolescencia. Revistas escondidas y faltas a clase, pequeñas desviaciones de la verdad que le dejaban sintiéndose culpable y agotado. Pero en algún momento el esfuerzo de recordar y repetir cada ficción adoptó la forma de un juego. La fatiga dio paso a la resolución de salirse con la suya. Empezó a darse cuenta de que se le daba bien mentir y, ahora, con cada operación, se preocupaba cada vez más por protegerla de la verdad. Era como si dentro de los muros de su propia vida hubiera nacido otra persona, un Dan alternativo que se fortalecía en secreto. Había que trabajar por aquello en lo que creías, eso era lo único que podía hacer una persona decente. Su padre le había dicho que era una de las pocas lecciones de la vida. Eso y no mezclar las copas.

«Estarás en el lado justo de la historia.» Aquellas palabras le habían parecido absurdas cuando Dawson se las había dicho por primera vez, pero últimamente Dan percibía, cada vez con más seguridad, la justicia de lo que hacía. Presentarse voluntario le había otorgado un propósito. Lo alimentaba. Se mostraba reacio a ver el tamaño y el peso de sus opiniones reducidos a algo más sutil. Había notado en otros muchos voluntarios que la sutileza solía ir acompañada de la duda. «Necesitamos a personas como tú», le había dicho Dawson. «Idealistas con cerebro.» Pero ser idealista, si es que él lo era, no le obligaba a decir la verdad, ¿no? Significaba adherirse a la verdad, probablemente. A una verdad superior, a una convicción y a una fe, y eso era algo diferente. ¿Qué ganaba contándole a su madre que habían recibido otra llamada amenazadora? ¿Por qué iba a permitir que se pasara la noche en vela pensando que los protestantes querían verlos muertos? ¿Para qué dejarle claro que personas específicas, individuos reales, que tenían su número de teléfono, querían borrarlos del mapa porque —a pesar de creer en un Dios similar— sus antepasados no estaban de acuerdo en la suficiencia de las Escrituras, en la importancia de ciertas palabras en un libro, en

la autoridad del Papa? Estaba decidido a que no supiera nada. Su madre era consciente de los riesgos que conllevaba vivir allí. (Vivir en cualquier lugar conllevaba riesgos, le había dicho ella; se corrían riesgos en cualquier ciudad del mundo, ¿por qué debía irse de su casa a la fuerza?) Saber que existía un hombre que llamaba y se limitaba a respirar profundamente al otro lado del teléfono no le aportaría nada.

El tintineo y el rechinar de los cubiertos.

—¿Quieres que prepare un té? —le preguntó.

—No, gracias, Ma.

—Venga.

—Estoy bien con la bebida que tengo.

Otro trago de vodka. Su madre negó con la cabeza.

Últimamente, sus dudas solían surgir en situaciones muy específicas: después de que un vecino lo mirara; a veces, después del sexo. Una chica en el colchón del garaje. Samantha, la Triste de Falls. Samantha, la que siempre le acusaba de ser una persona fría cuando la verdad era que su cabeza y su corazón eran un torbellino de emociones, aunque no lo mostrara. Después de follar, el espacio que dejaba el deseo se llenaba de preguntas. ¿Recibían el resto de familias católicas de su calle las mismas llamadas anónimas? De no ser así, ¿qué significaba? Observaba a Samantha quedarse dormida, con la cara iluminada por la lámpara de queroseno de su padre, con el cristal desportillado en dos sitios y que poco a poco se iba volviendo gris. Dan dormía en el garaje cuando los niveles de violencia eran altos. Últimamente, eso significaba casi siempre. Si alguien entraba a la fuerza, ese era el mejor lugar para proteger su casa. Su madre creía que le gustaba dormir allí para estar más fresco.

Recientemente, para consternación de su madre, había tenido que introducir una norma doméstica: solo él podía responder al teléfono. Le había explicado que era importante que la gente identificara su número de teléfono como el número de su negocio. A ella no le había hecho mucha gracia, pero después se

había ofrecido, sin ironía aparente, a ser su secretaria. «Puedo llevarte la agenda», le dijo. Un registro de los trabajos de fontanería, electricidad y demás. Al escucharla ofrecerse a ayudarle le dieron ganas de llorar.

La gente decía que no encontraba trabajo en Belfast, pero, en su caso, abundaba. No podías depender de una empresa porque la mayoría eran protestantes y, como cabía esperar, querían contratar a otros protestantes, así que tenías que trabajar por libre. Cada día, entre las seis y las once de la mañana, hacía trabajos de electricista para negocios y particulares. Entre las tres de la tarde y las nueve de la noche, se centraba en trabajos de fontanería. Entre medias, estaba el ejército, que cada vez le requería más y más energía. La bofia pensaba que tenía un empleo remunerado (cosa que era cierta) y que era una persona honesta (y lo era, la mayoría del tiempo). En un barrio en el que la mitad de la gente estaba en paro, él no suponía un problema prioritario. Algún poli disfrutaba haciéndoselo pasar un poco mal de vez en cuando, lo llamaban feniano cabrón, pero nunca le habían entregado a la Rama Especial del RUC. Probablemente, nadie lo relacionaba con el IRA.

Su madre se aclaró la garganta.

—El Dawson ese se ha pasado por casa.

Dan levantó la vista de las fotos de cerezas sobre glaseado del libro de cocina.

—¿Cuándo me lo pensabas contar?

—¿Es importante?

—¿Qué te ha dicho?

—Ah, ese hombre...

—¿Qué quería?

—Pues le pregunté si necesitaba algún trabajo de electricista y me respondió que sí, que muy probablemente sí.

—Muy probablemente.

—Ya sabes cómo habla.

—Has contestado al teléfono.

—Escúchame. Vino en persona. Ese hombre tiene talento para el misterio. Me dijo «Exacto, es un asunto relacionado con la iluminación». ¡Un asunto relacionado con la iluminación! ¡Para describir la luz!

Su madre reanudó su tarea. La única luz de la cocina, un largo tubo fluorescente de sesenta vatios, cuya instalación había requerido que retocaran el yeso, la hacía parecer un fantasma. Estaba seguro de que la piel suelta que le colgaba del cuello era algo nuevo, como el pelo ralo del año pasado y la hinchazón de los tobillos el año anterior. El proceso de envejecimiento, con sus pequeños ajustes, parecía centrarse en uno o dos rasgos cada vez.

Cuando era niño, sobre el frigorífico de su casa había un cuadro de Jesús con el pelo largo. El zumbido sordo de la nevera parecía emerger con frialdad de los ojos de Nuestro Salvador, y su media sonrisa parecía indicar amor por el *acid rock*. En el fondo de la lámina, había una mujer con un velo azul sobre un arbusto en llamas. De niño, cada vez que lo miraba, pensaba que si el arbusto estaba ardiendo, la mujer debía apartarse y colocarse sobre la hierba. Las parábolas que más le gustaban de pequeño eran las que estaban basadas en el sentido común. Tardó años en empezar a despreciar su simplicidad.

A su padre le encantaba ese cuadro de Jesús. Lo miraba fijamente al principio, cuando todavía bendecían la mesa antes de comer. ¿Por qué habían dejado de hacerlo? Resultaba difícil acordarse. Lo enterraron con el cuadro. Traje nuevo, corbata nueva. Parecía mucho más elegante una vez muerto que en vida. El pelo bien arreglado y la piel oliendo a colonia.

La corbata de su padre llevaba un nudo que el director de la funeraria había llamado «medio Windsor». A Dan le había parecido que el nudo estaba torcido. Tenía catorce años. Quiso hacerlo mejor. Para eso tenía que deshacerlo primero, ponerse la corbata alrededor del cuello y acordarse de los pasos. Sentía que se estaba vistiendo para ir al colegio, pero después del entierro

no fue a clase durante semanas. En vez de eso, se dedicaba a pasear por la calle, visitaba a gente que le decía que cuidarían de él, que le pagarían por pequeños trabajos. Tras hacer el nudo, deslizó la corbata por la cabeza de su padre y solo estropeó ligeramente el maquillaje de las orejas.

Se terminó el vodka y se excusó durante unos minutos.

—Tengo que darles de comer a los perros —dijo.

Los dejaba perseguirse por el pequeño jardín en círculos cada vez más estrechos, hasta que uno de ellos se tumbaba en el suelo y comenzaban a pelearse. Cuando al marrón le rascabas detrás de las orejas, ponía los ojos como si soñara.

III

Dan se enteró de la operación en el hotel Grand en marzo del 84, la semana de su vigésimo cuarto cumpleaños, en una tranquila celebración en el Harp. No conocía a muchos de los voluntarios que habían acudido al pub esa noche. A veces, al hablar con ellos, no podía evitar pensar que eran unos blandos. Había algo de languidez en ellos. Sus creencias eran confusas. En aquella época resultaba extraño que los nuevos reclutas pasaran por el tipo de iniciación que él había experimentado seis años antes, en el campo, con los perros, o por cualquier tipo de iniciación, fuera del tipo que fuera. Les preocupaba que los nuevos reclutas acabaran marchándose. El cuerpo de Bobby Sands llevaba frío demasiado tiempo. Un ejército necesita ídolos.

Por quinta vez en su vida, copa en mano, las luces del bar en el que se encontraba se apagaron y se escuchó el gemido de los Saracens. Echaron la puerta abajo. Los británicos entraron cargando a través de la madera rota. Paracaidistas hinchados con sus chalecos antibalas bajo las chaquetas. Irlanda por la noche era un sueño recurrente.

—Podíais haber llamado —dijo uno, mirando fijamente la puerta destrozada.

Hubo risas. Los paracaidistas les ordenaron sentarse en el sue-

lo. Todo el mundo se quejó, pero acabó obedeciendo. Querían información sobre alguien llamado Micky McGee. Nadie conocía a ningún Micky McGee, o conocían a tantos Micky McGees que resultaba imposible elegir, y la complicación añadida era que había gente en aquel bar que prefería morir o perder una mano antes que decirles la verdad a los paracas. Dan estaba sentado con los brazos sobre las rodillas. Uno de los paracas se puso a derramar pintas de cerveza. Preguntó qué era lo que había en la mesa, junto a Dan. Tenía forma de botella y estaba envuelto en papel de plata. Nadie dijo una palabra. No había que ser un genio para adivinar qué era. El paraca no era ningún genio. Le dio un trago a la cerveza y volvió a preguntar. Tras preguntar varias veces su cara adquirió el tono áspero de una buena salsa boloñesa, abrió el grifo del barril de cerveza y dejó que se derramara. Encharcó el suelo.

Aquello ante todo era un gran desperdicio de cerveza, así que Dan se puso de pie para explicárselo.

—Es mi cumpleaños —dijo—. Éramos cinco en la mesa. Uno me ha traído un regalo. Los demás son unos agarrados.

Más risas. Mick Cunningham gritando «¡No soy ningún agarrado!». La cerveza seguía chorreando del grifo. El dueño parecía muy afectado. La cerveza formó un charco en el suelo y siguió extendiéndose en pequeños riachuelos que arrastraban polvo y serrín.

Uno de los paracas pidió que le entregaran la botella. La gente por algún motivo miraba a Dan. Asintió. No tenía sentido plantarles cara por todo. De mano en mano, la botella llegó hasta el paraca, que la desenvolvió y fingió sorpresa.

—Buen escocés —dijo, y dio un buen trago—. No está nada mal, sí, señor.

Un segundo paraca se interesó por Dan.

—Es tradición bailar una giga el día de tu cumpleaños —le dijo.

—¿Qué?

—Baila para nosotros, si no es molestia.

—Vete a la mierda.

Un tercer paraca toqueteó la radio de detrás de la barra hasta que encontró una canción irlandesa. *Da di di, da da, da da*. Frente sudorosa. Ojos grasientos. Todo el encanto pegajoso de una comida de colegio cuajada.

—Haznos un numerito católico, baila una giga irlandesa.

—Que te den —dijo Dan.

El paraca que se había dedicado a derramar pintas deslizó el cerrojo de una Sterling.

—Adelante —le dijo—. Sería un placer.

Dos de los paracas más jóvenes miraron al suelo, avergonzados. Aún mantenían intacto su sentido de la justicia, y uno intentó intervenir sin éxito.

Dan se puso de pie. El pub quedó en silencio. Le dijo al paraca que no tenía ganas de entretener al público.

—Creo que deberías.

—No.

—¿Estás seguro?

—Que te jodan.

—No te pido mucho, solo que bailes un poco, así les ahorras un disgusto a tus amigos.

Ni siquiera conocía ninguna giga.

El paraca apuntó con la Sterling a las piernas desnudas de Martina.

La multitud dejó escapar un gemido.

Martina miró al paraca.

—Atrévete —le dijo.

Su tono desafiante hizo que Dan se sintiera inquieto y orgulloso al mismo tiempo. La ira que ella había conseguido rescatar de una juventud corta y cruel, toda la mierda que se había metido por la nariz mientras su padre la observaba, todo el veneno que se había pinchado en las venas.

—Que se atreva él —dijo el paraca, y apuntó a Dan.

Parecía haber malinterpretado la situación, creía haber dicho algo tremendamente ingenioso.

—Venga, chico, haz un bailecito para ella. Hazlo y tal vez no me la lleve a la parte de atrás para darle un premio. Ha llegado la hora de que aprenda algunos trucos nuevos.

Hubo un intercambio de insultos. Cogieron a Martina del pelo y la abofetearon. Otro paraca dijo «Ya está bien, Rob». Jim Callaghan recibió un porrazo en las costillas por intervenir. Y finalmente Dan acabó en medio del pub, balanceando su peso sobre un pie, después sobre el otro, los paracas dando palmas, animándolo. Un par de clientes del pub también daban palmas. La mayoría tenía la mirada clavada en sus vasos. Después, Martina se pegó las piernas al pecho y se sentó junto a la ventana, sin decir palabra.

Una tarde, a finales de esa semana, mientras esperaba a que se disipara la vergüenza del baile, mientras se decía a sí mismo que en su vida no habría más momentos como aquel, mientras pensaba en las cosas que debería haber hecho o dicho, volvió pronto a casa después de un trabajo y decidió arreglar el jardín. Quería silencio, la tranquilidad que solo podía ofrecerle su pequeña parcela. Su madre estaba en el club jugando a las cartas. Era una tramposa incorregible. Dan había tenido que suplicar dos veces para que volvieran a aceptarla como miembro, y la semana anterior le había tocado prometer delante de un intimidatorio consejo de ancianas con cara de pocos amigos y ocultas tras las lentas nubes de humo de sus cigarros —como capos de la mafia en una puta película— que estaría encantado de proporcionar transporte a otros miembros del club «si consideraban oportuno cumplir el mandamiento cristiano del perdón». Lo había clavado con la elección de las palabras. A las señoras poco les interesaba la parte del principio cristiano, pero la oferta de transporte gratuito era una ventaja terrenal tangible. Giro de

cabezas. Susurros. Si prometía ayudar a aquellas que lo tenían más difícil con el transporte, que tenían menos movilidad o que vivían solas, bueno, pues, sí, tal vez podrían hacer la vista gorda con el desafortunado incidente, que seguro no había entrañado ninguna maldad. Sería un detalle generoso por su parte.

Aquel día el sol estaba bajo en el cielo frío. Le dolían los dientes al mirarlo. Cerró la ventana de la cocina y fue a buscar sus herramientas de jardín.

De rodillas ante el armario de debajo de las escaleras se probó los guantes de su padre. Demasiado grandes. Su padre tenía los dedos como salchichas, las manos amplias y enérgicas de un hombre silencioso y resuelto. Era un milagro que fuera capaz de realizar el minucioso trabajo que hacía. Tras dejar la fábrica de tabaco, se había formado como electricista y manitas en general. Decía que la libertad inherente al trabajo por cuenta propia compensaba la falta de seguridad que entrañaba. Como realizaba servicios por la noche y los fines de semana —un tipo de libertad un tanto particular, según Dan—, había conseguido ganar el dinero suficiente para comprar aquella estrecha casa adosada en la que por entonces era una calle segura, mayoritariamente católica, y pagar la hipoteca cada mes. El jardín trasero era una fuente de orgullo y preocupación. Cada semana, las malas hierbas brotaban entre los adoquines. Cada martes por la mañana, durante quince minutos, su padre se dedicaba a arrancarlas.

Viviendo en esa casa, Dan había sido testigo de los disturbios de 1969. Vio cómo se movilizaba el ejército británico para reinstaurar el orden. Observó, con creciente entusiasmo, cómo se levantaban las barricadas entre las comunidades católicas y protestantes. Si te subías a un árbol, podías cruzar al otro lado, jugar al escondite, a «tú eres de los británicos y nosotros somos del IRA», gritar amenazas con la voz cargada de gravedad, enérgica, destilando una gloria imaginada. Junto a Jackson, un niño de Ballymurphy que se comía las pinturas de cera, vio cómo las

autoridades arrancaban los árboles en agosto de 1969. En julio de 1970, durante un enfrentamiento armado en Falls, le obligaron a que se quedara en casa junto a su madre. Las medidas de seguridad eran tan asfixiantes como aquel armario. Por la noche se escuchaba el sonido de los disparos. Ser un niño de diez años al que no se le permitía luchar le había parecido amargamente injusto.

El óxido había perforado un agujero en la pala de su padre. Ampollas de óxido. El óxido y el mantillo seco habían destrozado la podadera, de la que apenas se podían separar las hojas.

Dentro del armario, metidas en una bolsa de plástico, encontró latas de sopa vacías y limpias que su madre guardaba sabía Dios para qué. Le recordaron a las bombas caseras fabricadas con latas de café que lanzaban contra los Land Rovers. Había visto a sus primos mayores cargarlas en resortes y lanzarlas en ráfagas de joven entusiasmo, un entusiasmo que había sentido las ansias de compartir. En algún momento, las marchas pro derechos civiles se convirtieron en disturbios menores. Participó en una de las manifestaciones con su padre, con Connor, con Tom; una familia. El tiempo lluvioso no afectó a su estado de ánimo. Adrenalina, la sensación de tener un propósito. La multitud rompió filas y hubo intercambio de puñetazos. El ruido que se cerraba sobre ti, gente que te tiraba de la ropa. Un ladrillo golpeó a su padre en la cabeza, en un lateral, en la sien. No vio el momento del impacto, solo cómo se oscurecía el moratón. Fue más que triste. Su padre en el suelo, con un ojo medio cerrado, la lluvia cayendo sobre su cara pálida, lavándosela. Podría haber sobrevivido si la policía les hubiera ayudado. Dijeron que estaba fingiendo. Dijeron que era una trampa. Uno de ellos, desesperado, le dio una patada en el estómago a su padre, una manera de demostrar que estaba vivo. Su padre no se movió. El policía se estremeció. ¿Qué haces cuando a quienes dictan las normas no les interesa la justicia? ¿Cuando eligen a quién proteger basándose en su religión, raza o historia? La policía es

basura. Las personas que se unen a la policía son basura. Dan ahuyentó esos pensamientos rápidamente y salió a comprar herramientas nuevas.

Una hoz dentada recién estrenada en la mano, con cuchilla de treinta centímetros y mango de madera. El patio: una delgada pasarela de adoquines, modesta pero limpia. Parterres cercado tres de los lados: rosas silvestres, cardos, los tallos huecos de otra planta que no sabía identificar. Había descuidado las tareas domésticas. Se sentía bien al tachar ciertos trabajos de la lista de cosas pendientes. Una vez superada la adolescencia, su gran descubrimiento había sido que mantenerse ocupado te daba energía.

Se pasó tres horas intentando arrancar todas las malas hierbas. Era extraño, pero la hoz, aunque eficaz a la hora de eliminar las plantas más tercas, no le proporcionaba ninguna satisfacción al empuñarla. Para coger ritmo, había que inclinar el cuerpo en un ángulo antinatural. A medida que pasaba el tiempo, el dolor en el lado derecho de su espalda se iba acentuando. En un par de ocasiones, clavó por error la punta de la hoz en la valla. El esfuerzo requerido para sacarla de allí era tremendo. Tras una tercera ocasión en la que la hoz se quedó clavada, luchó cómicamente, sacudió, tiró y maldijo pero la cuchilla se negaba a moverse así que al final optó por dejarla clavada. Después utilizó el tallo cortado de uno de los tipos de planta más misteriosos del jardín, la que parecía bambú, para aporrear y aplanar las zarzas cercanas. La sencillez de aquel nuevo método le agradó: naturaleza contra naturaleza. Pero el tallo no tardó en romperse, y tuvo que admitir, con una reticencia que tiraba con fuerza de sus bíceps y muslos, que había llegado el momento de la podadera y el rastrillo.

Apretó la mandíbula al oír el sonido del metal raspando la piedra y después escuchó otro sonido: un suave tintineo metá-

lico. El quejido de la puerta trasera, el chirrido de las bisagras. Cogió la pala, como si eso fuera a ayudarlo, y observó cómo un zapato aparecía en su campo de visión. Dawson McCartland, interrumpiendo constantemente el progreso.

—Danny —le dijo—. Hace buen día para trabajar en el jardín.

—Normal y corriente.

—Normal y corriente está bien —respondió Dawson—. No subestimes los placeres de lo corriente.

—La próxima vez, no te olvides de llamar a la puerta.

Los ojos de Dawson barrieron por segunda vez el jardín.

—Siempre tan educado.

Deseaba no haberle dado a Dawson una llave, pero ¿qué opciones tenía? Todas las excusas parecían ir acompañadas de sus propias soluciones: «Mi madre siempre está mirando por la ventana»/«Dile que cierre las cortinas». «Los vecinos lanzan pelotas de fútbol por encima de la valla»/«Dile a los niños que lancen las pelotas a otro lado». Al final, le había dado a Dawson lo que más valoraba: acceso. Si vivías en una zona católica, como era el caso de Dawson, siempre andabas buscando lugares en los que esconder material. Estabas a salvo de que incendiaran tu casa, pero eras vulnerable a los registros. La ventaja de estar aquí, de ser una excepción en una calle protestante, era que todo el mundo asumía que no serías tan estúpido como para arriesgarte a guardar armas en casa.

Con gran delicadeza, Dawson se quitó una pelusa de la manga. Daba la sensación de que estaba esperando a que se le ocurriera un tema de conversación. Últimamente, su aspecto parecía cada vez menos el de un contable y más el de un abogado extravagante. Vestía trajes con forro de seda. Camisas blancas almidonadas con puño doble. Cada día lucía un par de gemelos nuevos. Había quien decía que imitaba a su padre, socio en Madden & Finuncane. Otra faceta suya que parecía en desarrollo era su impaciencia con las preguntas directas. Si afirmabas algo, te respondía. Lidiaba directamente con los balbuceos. Pero, con

los años, Dan se había ido dando cuenta de que, cada vez con más frecuencia, si adornabas tus pensamientos con interrogaciones, en raras ocasiones despertabas su atención. Entonces esperaba en silencio a que pronunciaras otra frase, trabajando a su ritmo el camino hacia un nuevo tema, en sus términos, de refilón, como un tipo que intentara meter un mueble a través de una puerta.

—Deberías comprarte unos guantes —dijo Dawson—. Te van a salir ampollas en las manos.

—Es todo un detalle que te preocupes.

—Protejo mi inversión.

—Hay que sentir las.

—¿Cómo dices, cielo?

—Con las manos. Hay que sentir las hierbas.

Dawson se rascó un ojo, tratando de quitarse algo, una pestaña, una legaña. Se volvió a poner las gafas y arqueó su poblada ceja.

—¿Qué es eso?

Señaló con la cabeza las hierbas que parecían bambú, delgadas y alineadas contra la valla, imposibles de arrancar.

—No lo sé.

—Una limpieza a fondo en primavera siempre es una buena idea. Adiós a lo viejo y hola a lo nuevo, hay que arreglar el jardín para que esté bonito.

Dan notó que la mirada de Dawson se había posado en un adoquín en concreto. Los adoquines que lo rodeaban tenían arañazos blancos. Si levantabas la piedra sin marcar, como hacía Dan la mayoría de mañanas en un gesto que un ojo inexperto podría calificar de paranoico, descubrías una trampilla de madera. La trampilla daba a un pozo en desuso. Entonces metías la mano, deseoso de realizar la comprobación diaria, y buscabas una cuerda fina atada a un clavo. Tirar de la cuerda y sentir el peso esperado proporcionaba una sensación de alivio que rayaba la felicidad.

—No es una limpieza total, ¿no?

—Que te den.

—Ah.

—Ah, ¿qué?

—Ah, qué guapo estás cuando te enfadas.

—Es arriesgado, Dawson. Ya tenemos suficiente con que el garaje sea un laboratorio.

Detonadores, productos químicos. Unas cien botellas vacías bajo sábanas de algodón. Dan lo visualizaba todo claramente mientras hablaba. Sobre ellos, el sol se perdía tras una película de nubes, pero aún quedaba algo de la calidez de la primavera en el ambiente, el olor del albaricoque.

—Serás recompensado, Daniel.

—¿Por qué?

—Aye. Tu trayectoria va en ascenso.

Varias expresiones se sucedieron en la cara de Dawson: vulnerabilidad, agresividad, un estado extraordinario y casi comatoso de introspección.

—¿En qué puedo ayudarte, Dawson? Aún no me lo has dicho.

—Está claro, hoy no estás de buen humor.

—No.

—Tengo un plan interesante.

—¿Sí?

—Sí. Muy interesante, muy especial.

Siempre algún juego. Le encantaba revelar sus planes interesantes con una lentitud teatral.

—Cuéntame el plan antes de que llegue el otoño.

Dawson se reajustó los puños de la camisa. Le gustaba que apenas dos centímetros de blanco mostraran dónde terminaban las mangas de la americana. Sus ojos cobraron vida al ver la hoz clavada en la valla.

—Una guadaña —dijo.

—Hoz.

—No es una escultura muy sutil.

—Está atascada. Ayúdame a sacarla.

—Me van a sudar las axilas. La izquierda siempre va primero. Sujetaron el mango y tiraron.

—¿Ha venido la parca, Dan? ¿Le has hecho una llave de judo? La hoja chirrió al desclavarse.

—Eres mi héroe, Daniel, cada vez más. Te considero un ser sobrenatural.

Dan preparó té. Se lo tomaron en el jardín. Los platillos estaban colocados el uno junto al otro en el escalón y Dawson no tocó su galleta.

Nadie había visto a Dawson comer, nunca. Dan había escuchado varias teorías. Problemas intestinales. Una dieta solo de proteínas. La creencia de que, si a uno lo veían con la cabeza enterrada en un bocadillo, los mitos que había creado a su alrededor quedaban destrozados. Otra cosa que no hacía nunca era entretenerse en casa. Tenía la certeza de que en todas las casas había micros ocultos. Y opinaba que, si tenían que arrestarle, mejor que lo hicieran al aire libre.

Dawson se encendió un Newport.

—¿Quieres uno?

—Por qué no.

Al hablar con un tipo como él, resultaba útil tener algo en la mano.

—Tenemos un trabajo que requiere de alguien con tus habilidades —dijo por fin Dawson, en voz más baja que antes—. Ya te habrás enterado de las visitas a domicilio que les hicimos a esos dos miembros de la Fuerza Voluntaria del Úlster la semana pasada. En Arosa Parade, ¿cerca de Grove? Un trabajito a los lealistas en el corazón de su territorio, Danny. Un trabajo importante, sin duda, pero...

—Pequeño.

Asintió con la cabeza.

—¿Y? —preguntó Dan. Y después reformuló su pregunta, con cuidado de no elevar la entonación—. Y supongo que tienes en mente una segunda parte. Pero te recuerdo que yo no toco las armas.

—Ni los cuchillos. Ni los clips. Ya lo sé, ya lo sé.

—Y trabajaría con Patrick.

—No, este sería un trabajo en solitario. Estamos intentando que Patrick siga sin despertar interés. Además, Mad Dog tiene un trabajo importante dentro de poco.

Aquel comentario era un cebo. ¿Un trabajo tan importante que no se podía realizar ningún otro antes? Imposible, eso no existía. Que no se trabajara durante un tiempo después tenía sentido. Pero ¿antes?

—¿Y qué trabajo es ese tan importante, Dawson?

—La curiosidad es un defecto trágico, Danny.

—Vale.

—Aún no has leído a Shakespeare, ¿verdad?

—He leído lo suficiente, Dawson.

—Hombres desgarnecidos —dijo, y lanzó un aro de humo. Dan lo observó expandirse y desaparecer—. En todas las sociedades se los puede encontrar en los límites del espacio público. Pero no, tenemos que dejar a Patrick en el banquillo durante un tiempo. La operación en la que está metido no es para ti. Pero, dime, ¿qué te parece el nombre de Roy Walsh?

Le sonaba familiar pero no conseguía ubicarlo.

—Me hace pensar en una chaqueta brillante —dijo—. En un presentador de tele sonriente.

—Acabo de estar en una reunión del consejo militar. Estamos barajando un par de alias nuevos.

La pieza por fin encajó. Roy Walsh era el nombre de otro voluntario, así que difícilmente cuadraba con la definición de un buen alias.

Dawson escuchó las objeciones de Dan mientras seguía exhalando humo.

—Al contrario —respondió—. Confunde a las autoridades. Ahora mismo el Walsh real es un objetivo prioritario. Está en el registro de la Rama Especial. Es decir, dado que no puede visitar la isla grande, tiene una coartada más sellada que el culo de Gerry Adams.

—Según he oído, Adams lo tiene bastante suelto.

—No —respondió Dawson en tono pensativo—. El principal problema de Gerry es la incontinenencia verbal. ¿Mi idea de un presidente? Alguien que deje un poco más de margen a la imaginación. Que sea un poco más como Dios.

Se sacó el inhalador del bolsillo del pantalón y le dio vueltas con la mano izquierda. Después se lo volvió a meter en el bolsillo y dio otra calada al Newport.

—Olvídate del trabajo de Patrick —le dijo—. El que tengo para ti es suficientemente importante. Gran impacto, de gran alcance. Pero a la vez, para un hombre de tus habilidades, es un trabajo sencillo.

—Todos los trabajos parecen fáciles sobre el papel. Pero cuando estás ahí, sudando sobre el Semtex, con la poli acercándose por el este, el oeste y el sur, ahí es cuando la cosa se complica.

—En ese caso, tiras hacia el norte, ¿no? Sencillo. Fácil. Ya te digo yo que para mí sería un puto alivio poder ir al norte. En vez de eso, estoy encerrado en casa, planeando estrategias, con una mujer tuerta que no para de presionarme para que baje al sur.

Dawson esperó a que llegara la carcajada y la aceptó con un gesto de la mano mientras el humo se le escapaba de la boca.

—Me doy asco todos los días —dijo, y se agachó para apagar el cigarrillo contra una loseta—. Y está claro que tú eres el experto, pero creo que no es aconsejable sudar sobre el Semtex.

—Imagino que estás pensando en cargar un coche.

—Ya basta de cargas bajo los coches —dijo Dawson—. Ya basta de Nissan Sunnys y Land Rovers. Esta es una especie de operación artística. Es justo lo tuyo.

—A nivel local.

—Todo es local. Las maravillas del transporte. El trabajo es al otro lado del mar de Irlanda. El ferry Larne-Stranraer. Seguro que lo conoces. Se utiliza, y esto te va a gustar, para trasladar quince camiones del ejército británico cada dos semanas. Quince. De dos o tres toneladas cada uno, parece ser. Traen mantas y uniformes de Escocia. Provisiones para las tropas de provincias. Comodidades para que estén bien descansados cuando les llegue el momento de matarnos.

—Nunca conseguirás meter el volumen necesario de fertilizante, o del material que estés pensando, en uno de esos.

—Ya estamos dentro. Ese es el tema. Y no se trata de fertilizante, sino de una persona. Sé que es difícil de entender para un robot como tú, para un hombre que se gana la vida toqueteando cables. Yo soy una persona sociable. Nuestro ejército está lleno de personas así. Solo flaqueamos en tu terreno. Así que de lo que hablo es de un voluntario de carne y hueso, Danny, de una persona civilizada, alguien que no actúe separado de la realidad. Tenemos a un chico de dieciséis años, muy maduro, primo de McCluskey C., al que se le dan bien los barcos y, me cago en la madre de Mick, el chaval ha detectado que hay un patrón. Cada dos sábados, por la mañana, cargan quince camiones en Stranraer y llegan a Larne por la tarde. Dice que los tres últimos camiones están llenos de soldados.

—Solo me estás contando hechos —dijo Dan, y rechazó un segundo cigarrillo.

—Tú me los has pedido.

—Yo no te he pedido nada.

—Nadie pide nunca nada. *Óglaigh na hÉireann*. El ejército del pueblo que no pide nada.

—Objetivos —dijo Dan, pero en ese momento Dawson abrió los ojos de par en par. Se escuchaban voces a través de la valla, procedentes de la casa del viejo Jones.

Un segundo, dos segundos. Dan reconoció las voces, procedían de la televisión. Amortiguadas pero claras. Siguiendo un

guion. El viejo Jones tenía noventa y cuatro años y era uno de los mejores tipos protestantes de los alrededores, pero le gustaba subir el volumen de la televisión tanto como la calefacción. En un par de ocasiones, Dan le había ayudado a sustituir algunas piezas que habían explotado y elementos de audio fritos. Cuando tenía calor, Jones abría las ventanas de par en par y se quedaba allí sentado, inundando medio Belfast con las retransmisiones de programas de naturaleza, partes del tiempo repetitivos y torneos de golf. Prefería eso a quitarse uno de los jerséis que su rechoncha sobrina no paraba de tejerle.

—Es un anciano —le explicó Dan.

Dawson frunció el ceño.

—Objetivos. Los objetivos te quedarán claros cuando escuches el plan. El plan consiste en plantar uno de tus paquetes especiales junto a la carretera y volar los tres últimos camiones. Dentro de dos semanas, el sábado por la tarde. Los tres últimos son los que van cargados de soldados procedentes de Escocia. Patos sentados. Cuac, cuac, cuac. No es necesario que nuestro equipo se cuele en el ferry.

—¿Un solo carril?

—Sí.

—¿Coches aparcados?

—No.

—¿Áreas de descanso?

—Una.

—¿Civiles?

—Ni un alma.

Sonaba factible, posible. Sin duda no entraba en el terreno de lo absurdo, algo que, acababa de darse cuenta, hubiera preferido. Porque, ¿cómo iba a negarse a un trabajo limpio y de gran impacto como aquel? Disfrutaba de su trabajo de electricista y de las pequeñas labores de albañilería. Le gustaba conducir y le gustaban los ratos que dedicaba a aprender español, media hora cada noche. *Puedo, puedes, puede, podemos*. Las operaciones

secretas te daban un subidón, sí, pero a cambio te desgastaban. Con los idiomas, mantenía sus opciones abiertas. España. Francia. En unos años tendría el dinero suficiente para largarse de allí. Llegado el momento, ya habría puesto su granito de arena por la causa, podría pagarle a alguien para que cuidara de su madre; tal vez se llevaría con él a Bobby, el patoso y sordo Bobby, lejos de San Pozodemierda. Pero al mismo tiempo, la idea del trabajo del ferry se iba desarrollando en su cabeza, adquiriendo cada vez más colores y detalles, y todo ello, todo ese desafío al que plantar cara, le provocaba un horrible entusiasmo.

—¿Qué necesitarías, Danny?

Dawson se había acercado. Los botones perlados de su camisa reflejaban un destello. La televisión del viejo Jones gritaba datos sobre tiburones.

—Quiero una caravana.

—¿Una caravana?

—Como si una familia hubiera salido de fin de semana.

—Bien —dijo Dawson. Sus rasgos se habían asentado en una expresión de respeto reticente—. ¿Y qué necesitas en la caravana? Recuerda que hay que volar tres camiones.

—Mil quinientos de mezcla. Casera. Que la prepare uno de tus hombres más competentes.

—Vale, claro. Y los detonadores...

—Si hago el trabajo. Todavía no he dicho que lo vaya a hacer.

—Estás informado. Está decidido.

—Si crees que estoy a la altura para este trabajo...

—¿Te estás escuchando? Pareces un maldito cantante de un pub de Shankill. Hace cinco años...

—Seis.

—... eras un cachorrillo inocente. Me gusta la inocencia. Pago extra por ella.

—Llevaré mis propios detonadores. Estoy harto de la calidad de los detonadores que me dáis. Uno lo arriesga todo y después la operación se va a la mierda. Me parece ridículo que no se

haya acordado un protocolo de comprobación básico. No es tan difícil.

—Y yo no soy el Papa —susurró Dawson al agacharse para apagar el cigarro contra el suelo—. Cuando te nombren jefe de explosivos, podrás dictar todas las normas que quieras.

Silencio tenso.

—Patrick seguirá años en el puesto.

—A menos que vuele por los aires.

—Quiero participar —dijo Dan.

—¿Qué?

—En el trabajo de Patrick.

¿Por qué? ¿Por qué lo había dicho? ¿Por qué se había ofrecido? No se conocía a sí mismo lo suficiente para saberlo. ¿Para dar un paso más en su carrera? ¿Por la emoción? ¿Tenía que ver con un tipo de lealtad equivocada hacia Patrick? ¿Con el deseo de estar junto a él si había que asumir riesgos? Patrick, que también había perdido amigos durante el Domingo Sangriento. Patrick, que había sido entrenado en Libia y sabía todo lo que había que saber. Patrick, que le había dicho un día mientras esculpían Semtex en el almacén que ellos dos eran como los capitanes de un submarino. Subes el periscopio, ves un barco enemigo, sabes que tu trabajo es hundir ese barco. Te centras en el objetivo. Te recuerdas que es un objetivo. Poner una bomba o pulsar un botón bajo el agua. Es lo mismo. Idéntico. En las guerras, mueren personas cada día.

Dawson lo miró con ojos serios y dijo:

—Ambicioso. ¿Dónde ha quedado tu modestia, mi pequeño monaguillo?

Después suspiró, se mordió su delgado labio inferior y miró hacia la puerta.

—Es un trabajito junto al mar. Ya sabes que Patrick ha estado pensando en la isla grande.

Había bajado tanto el tono que resultaba casi imposible escucharle. Dan se acercó.

—Pueblos costeros. Ciudades. Avivar algunos fuegos.

—Tenías razón. No me interesa. Después de La Mon, es una locura seguir por ese camino. Turistas, restaurantes, hoteles. ¿Qué le pasa a la directiva del Consejo? Todo eso es un desastre para nuestra imagen.

—Conocí a una mujer que trabajaba de asesora de imagen. Era buena gente a pesar de eso.

—Se te está yendo si piensas en esa línea.

—Este plan lo va a cambiar todo. Acabará con todo, Dan. Después de este trabajo, en unos diez años, habrá paz.

Dan se rio.

—Tienes mucho que aprender —le dijo Dawson. A Dan le sorprendió haberlo ofendido—. Para freír a alguien, todo depende de elegir bien el momento. Si te equivocas, te ves metido tú solo en una situación complicada.

—¿A quién se van a cargar?

—Será el asesinato de una figura política. Es una táctica que funciona, pero solo si ya están en un momento bajo. Por eso Kennedy acabó convertido en una especie de dios. Nunca tuvo una racha mala de verdad. Cuando un dirigente ha mostrado su lado más cruel y cuenta con una base suficiente de detractores entre los moderados, y cuando además dicho dirigente se ha convertido en un monstruo, incluso para la mitad de su propio país... viendo cómo los militares mueren de hambre; siendo brutal con los pobres; ignorando el norte y el oeste...

—No puedes estar hablando en serio.

—Siempre hablo en serio. ¿No te lo había dicho? La mayor tragedia de mi vida es que la gente cree que estoy de broma.

—Se inclinó para limpiarse un poco de barro del zapato—. El congreso. El hotel en el que se alojará el gabinete.

—¿Al completo? —preguntó Dan—. Venga ya, ¿todo el gabinete?

Dawson sonrió.

—Si quieres saber más, tendrás que venir a una reunión. Ma-

ñana, en el almacén.

—Daños colaterales.

—Objetivos legítimos. Uno o dos miembros del personal del hotel, tal vez. Pero, si alojan a nuestro objetivo, ellos también son objetivos legítimos.

—El personal son daños colaterales. No te engañes.

—Te sorprendería lo contagioso que es el autoengaño. Todos ellos forman parte de la élite política.

—¿Las limpiadoras, los camareros?

—Sirven a la élite, Dan. El tema es que con una bomba se puede cambiar...

—Al menos, será por la noche, para limitar el número de víctimas.

—... se puede cambiar todo.

Dawson suspiró y miró a su alrededor. Bajó la voz aún más.

—Whitelaw es el viceprimer ministro. En un primer momento, él asumirá el poder. Ya hablaremos de todo esto en el almacén.

Volvió a echar otro vistazo a la valla.

No podía estar sugiriendo lo que estaba sugiriendo. No podía ir en serio.

—Si sobrevive, querrás decir. Y ella... Porque estamos hablando de ella, ¿no? Puede que no... Ya sabes.

—Ya, puede que acabe convertida en un vegetal.

—Whitelaw.

—Whitelaw es débil. Hay rumores que sugieren que ni siquiera estará en el hotel esa noche. Así que digamos que asume el cargo y no tarda mucho en darse cuenta, con la experiencia que tiene sobre nosotros hasta la fecha, de que tiene que poner en marcha una Irlanda libre.

—Y si no...

—¿Si no? Si no, esta conversación ha terminado. Si no, le pasará el testigo a Tebbit. Y eso significaría problemas. Pero es mucho más probable que se lo pase a Heseltine. Heseltine siempre ha odiado a Thatcher. Entre bambalinas, siempre la ha

presionado para que sea más moderada. Sabe que metió la pata con Bobby Sands. No se deja a un hombre martirizarse delante de la cámara. La mayoría de su gabinete está tratando de buscar la manera de salir del embrollo. Con Heseltine como primer ministro, el resultado sería el mismo.

—¿Y cuál es ese resultado?

—Recuperamos nuestro país.

Bobby Sands en huelga de hambre, con la cintura marchita, el entramado de sus costillas.

—No es asunto mío, Dawson, pero es algo enorme. Es toda una declaración de intenciones. Piénsalo bien antes de...

—Tienes razón, no es asunto tuyo.

—Pero, venga ya, y si...

—¿Y si no los eliminamos a todos? Diremos que esa nunca fue nuestra intención. Que queríamos demostrar que la isla grande no es segura. Sería casi hasta más efectivo. Un símbolo es un símbolo. Cerebros más grandes que el tuyo han estado estudiando el tema y yo tengo que irme. No va a salir mal, Dan.

Nuevos ataques como represalia. La propagación de una vigilancia cada vez más intensa. A Dan se le ocurrían varias maneras en las que el plan podía fallar.

—Cargarse a la primera ministra. Venga ya.

—Con ella en el cargo, no habrá paz, Dan. Te comportas como si no se hubiera hablado del tema antes.

—Hay una diferencia entre hablar y actuar.

—No cuando una cosa sigue a la otra, en la misma frase, pronunciada con el mismo aliento. Con ella en el cargo... Se cree que es nuestra reina, Dan. Reina de nuestra tierra, gobernándonos desde la distancia, citando a la puta reina Victoria. Ni siquiera mi madre citaría a la reina, Dan, y eso que sacó mi nombre de un libro titulado *Mosquito*. Puede que Thatcher gobierne en su estrecho círculo, pero no tiene ningún derecho a ejercer su poder aquí, ninguno. No es la reina de nada y la trataremos con el mismo respeto con el que ella nos trata. Que pruebe un

poco de trato igualitario. Recuperaremos nuestra libertad. Si participas en la operación, serás el hombre más afortunado del mundo. Pasarás a la historia. El hombre que consiguió que no se cargaran, con una bala, con una piedra, a más defensores de los derechos civiles. Sería tu último trabajo.

—Porque me encerrarían en Maze, por eso.

—Posiblemente. Pero tú pareces uno de esos optimistas que se resisten a caer. Si van a cazar a alguien, probablemente sea a Patrick. Sabe que le deben el prestigio. Los hombres acaban cansándose. Está dispuesto a llegar adonde haga falta, igual que tú.

Volvió a sacar el inhalador y esta vez sí lo usó. Retuvo el aire en la boca durante varios segundos y después abrió los labios y se relajó.

—Piénsalo.

—¿Cómo dices, Danny? ¿Ha hablado el individualista? No te he oído, estaba chupando el cacharro este.

—Asegúrate de si necesita a un segundo hombre o no.

Dawson sonrió. La televisión del viejo Jones sonaba a todo volumen. «Algunas ballenas dentadas pueden generar veinte mil vatios de canciones. Es una canción que puede escucharse desde muchos kilómetros de distancia», decía la voz de Attenborough.

—He estado leyendo un libro sobre Leonardo —dijo Dawson—. Tu guadaña me lo ha recordado. ¿Sabes cómo consiguió vender algunas de sus esculturas más extrañas?

—Estoy seguro de que me lo vas a contar.

—Lo consiguió diciéndole a la gente que no podía comprarlas porque ya estaban vendidas. —Agito el inhalador y volvió a usarlo—. Tenemos mucho que aprender de los artistas.

IV

Eres tú quien elige qué partes de la historia contar. Es la única manera de hacerla tuya. Ocho días antes de lo de Brighton hubo noticias. Los lealistas habían bombardeado un almacén de productos cárnicos en Springfield Road, un edificio a la sombra de Greater Shankill. Dawson dijo que debían ir a inspeccionar los daños.

—A ver qué podemos hacer.

Polvo y una bolsa de plástico quemada. Moscas zumbando y posándose sobre costillas de cerdo. En el ambiente predominaba un intenso olor a hierro y había gente rebuscando entre los escombros, miradas furtivas de caras demacradas. Parte de la carne que ya había sido empaquetada se había salvado. Llegado cierto punto, había que apartar la vista y volverla hacia dentro, pero la vida interior tampoco está exenta de problemas. Sus pensamientos se centraron en la llamada de su hermano Connor la noche anterior. Una de esas conversaciones que consiste en una sola pregunta abordada desde diferentes ángulos: ¿En qué te has metido, Dan? Era todo un misterio que la información pudiera llegar tan lejos, que su capacidad líquida le permitiera escapar de ti y extenderse de esa manera. Una noche, de pequeños, Connor se meó encima. Dan recordaba que se había reído de él.

Estaban sentados sobre unas grandes cubas de metal. Ese día Dawson iba vestido con vaqueros y una camiseta. Tenía los brazos y el cuello delgados, y la camiseta estaba un poco estirada y dejaba a la vista una porción de su pecho imberbe. El cambio de vestuario lo convertía en un niño. Mientras hablaba, jugueteaba con el tapón de una botella. Sacó tres Polaroids de un sobre.

La niña, según le explicó Dawson, volvía caminando a casa con su hermano mayor cuando explotó el artefacto. Todo el mundo sabía, dijo, que los niños católicos utilizaban ese callejón como atajo hasta Ballymurphy. La primera Polaroid mostraba un perfil de la niña. Nueve o diez años, supuso Dan. Tenía el pelo de color pelirrojo claro, la piel suave, con tenues pecas caoba. Un pequeño toque de dolor en su mirada, tal vez. La segunda foto era del otro perfil, del otro lado de la cara de la niña. El párpado aparecía enorme, hinchado. Tenía la piel tumefacta y roja, picada, y la mejilla parecía querer deslizarse hacia la nariz.

—Heridas del impacto —dijo Dawson—. Para destruir los puestos de trabajo de unos cuantos católicos, se han llevado por delante a una pobre niña.

Un hombre presionó con un bastón un trozo de carne. El trozo chorreó líquido. Parte del tejado del edificio estaba apoyado contra una pared destrozada. Llegó un cura junto con una mujer mayor que lloraba. Se pusieron a murmurar avemarías.

La tercera foto era de un hombre de unos treinta años tumbado en el suelo con los ojos cerrados.

—Tu bomba terminará con el resto de bombas, Danny. ¿Qué era Inglaterra en otra época, antes de que empezaran a matar por más pedazos de tierra? Una pequeña isla —dijo Dawson—. Una triste y fría isla.

—¿Para qué me enseñas esto?

—El padre de la niña me dijo... Me dijo... «¿Esto es lo que recibimos a cambio de...»

¿Era posible que Dawson estuviera tratando de contener las

lágrimas? Había algo poco convincente en el brusco arranque de tristeza, en los ojos brillantes, en la mano huesuda que se movía de su barbilla a la rodilla como el gesto de un actor sobre el escenario. Dan tuvo que imaginarse lo que le había dicho el padre de la niña.

¿Es esto lo que recibimos a cambio de ser buenos padres?

¿Es esto lo que recibimos a cambio de no dar problemas?

¿Es esto lo que recibimos a cambio de enseñar a nuestros hijos a que pongan la otra mejilla?

¿Quién había puesto la bomba en el almacén? Él no. Dawson tampoco. Nadie que conocieran. Los responsables estaban en otro sitio, eran enemigos conocidos. Entonces, ¿por qué se sentía tan culpable? La ira era una emoción que seguramente Dawson buscaba despertar, pero no sintió ira alguna. Como decía el poema, nada se dispersa, nada asusta. En aquel momento, y en otros muchos como ese, tuvo la sensación creciente de que las matanzas en Belfast no solo se llevaban por delante las vidas de las víctimas, sino también gran parte de las de los testigos. Uno se deshacía con las recriminaciones, los titulares, las fotos. Se diluía en pruebas, advertencias, sospechas, arrestos. Aguantabas la indignación oscura de otros, veías cómo la pérdida humana cobraba la forma de fines políticos y, aunque esperabas encontrar el destello ocasional de la compasión más pura, parecía que el mundo se oscurecía. Recordó cómo se había reído de su hermano y de sus sábanas empapadas de orina. Su padre le había pagado por reírse.

¿Se lo estaba pensando dos veces? Sí, se lo había pensado dos veces, tres, cuatro. Pero las dudas eran una enfermedad, una maldición sentimental, y a la larga sus acciones salvarían vidas. Un nuevo primer ministro. Políticos que se daban cuenta de que eran vulnerables en su propia casa. Que se daban cuenta de que la guerra podía afectarles a todos. El principio del fin de

la apatía, tal vez. El principio de un entendimiento. Y, si uno o dos inocentes morían, si eso ocurría y no podía evitarse, no sería peor de lo que ocurría en Falls casi cada día.

La verdad era que en una operación te sentías libre de culpa y voluntad. Era la vida diaria de Belfast lo que te hacía sentir sucio. Pero la novedad de estar infiltrado, el subidón de adrenalina en la sangre, eso parecía tener una capacidad purificadora. Todo lo que hacías era tan silenciosamente preciso, cada paso tenía que ir unido tan cuidadosamente al siguiente, que cuando por fin te tumbabas al final del día tu mente era un vasto espacio vacío. Sin dudas, sin remordimientos. Durante un momento, todas las miserias desaparecían. Dejaban paso a la satisfacción de un trabajo bien hecho. La melancolía se mantenía a raya siempre que, al día siguiente, te levantas a las cinco de la mañana para hacer lo mismo otra vez. El engaño poseía cierta habilidad. Intentó recordar un momento en el que se hubiera sentido paralizado al pensar en todo aquello, pero no lo consiguió. Se imaginaba a su madre yendo a misa cada domingo, el resplandor de las vidrieras cobrando vida en verano y dejando atrás la soledad del oscuro invierno. El interés de ella por la religión había resurgido recientemente. Se preguntó si alguna vez rezaba por él. Le entristecía ver cuánta fe depositaba en Jesucristo, cuando Cristo, por su parte, no parecía haber oído hablar nunca de ella.

El hotel Grand. Su propio nombre parecía anticipar que ya era hora de que llegara su derrumbe. Nada noble permanece inmutable para siempre. Un gesto shakespeariano, diría Dawson, aunque Dan prefería verlo como el simple proceso diario de la descomposición: el hierro se convierte en óxido; las plantas se convierten en mantillo; la pintura se desconcha en las paredes y la gente tiene que morir.

El plan oficial —documentado y compartido con aquellos que tenían que conocerlo— era que sería Patrick, y no Dan, quien se registraría en recepción. Patrick había insistido mucho

en eso: si las cosas salían mal, sería él quien fuera a la cárcel, solo. Los británicos investigarían el temporizador de larga duración. Sabrían que lo había construido alguien con experiencia. Pensarían en Paddy. Paddy declararía que había llegado solo, lo había construido solo, lo había colocado solo. Los papeles que había filtrado el Consejo respaldarían su historia. Los británicos no eran los únicos que sabían cómo filtrar información. Solo rodaría una cabeza.

—Entonces, ¿por qué no se registra él mismo de verdad? —preguntó Dan—. ¿Por qué no hacemos lo mismo que dice el plan oficial?

Dawson se rio al escuchar aquello.

—Lo que acabo de describir es lo que pasará si todo se va a la mierda, Dan. Si lo detienen. Pero no queremos que nada se vaya a la mierda, ¿verdad? Queremos que vuele por los aires.

Patrick ya había estado en la cárcel, figuraba en los registros de la policía, estaba planeando un montón de trabajos más en aquel momento. No podían arriesgarse a perder a su jefe de explosivos, a que lo encerraran en la prisión de Maze, por el simple hecho de ir al hotel y pedir una habitación en recepción. No podían permitirse semejante error administrativo, ¿y si el hotel estaba bajo vigilancia? Las autoridades no conocían la cara de Dan. Podía comprobar que el hotel fuera seguro e informar esa misma noche. Patrick podía ir al hotel al día siguiente, entrar, subir las escaleras directamente, en silencio, con seguridad, como un colega que fuera a hablar de trabajo con Dan y se reuniera con él en su habitación. Si las cosas salían mal, podía decir: «Soy yo. Yo soy el verdadero Roy Walsh. Listo». La mentira se desarrollaría a partir de ahí. Nadie recordaría nada importante. Los hoteles son un mundo dentro de un mundo, un millón de nombres de extraños.

A Dan le pareció una explicación válida, pero no era la que quería escuchar. Quería que le dijeran que se había ganado la confianza del Consejo. El trabajo del ferry de Larne-Stranraer

había salido bien, sin víctimas civiles. Tres vehículos envueltos en llamas. Nueve militares muertos. Un puro acto de guerra en la medida en que cualquier acto de guerra puede serlo. Una carga no había funcionado como debía, eso era lo único que había salido mal en la operación, pero él se había quejado mil veces de los putos detonadores, no entendía por qué no premiaban la precisión, y se anotó en los informes correspondientes que el fallo no había sido culpa suya. Así que las cosas le iban bien. Quería escuchar que le habían elegido únicamente por sus méritos para el importante trabajo de entrar en un hotel y reservar una habitación y después ayudar a Patrick con los preparativos en la habitación.

—Déjame que te pregunte una cosa —había dicho Dan cuatro semanas antes durante un momento en el que había notado que se estaban enfriando las cosas—. ¿Me estáis sacrificando? ¿Es eso? Dime la verdad.

—Patrick tiene otros planes —respondió Dawson—. Otra operación en la costa. ¿Crees que podemos utilizar siempre su cara? No. ¿Crees que nací ayer? No. Estará allí cuando llegue el momento de hacer lo importante y en la versión oficial tú estarás limpio.

Ferry y después tren. Menos controles de seguridad que en avión. Durante el trayecto en tren desde Escocia, bebieron vodka con Coca Cola. Se sentaron en la playa de Brighton y observaron a las gaviotas. ¿Por qué Dawson lo acompañaba hasta allí? ¿Tenía miedo de que no estuviera lo suficientemente comprometido? Las preocupaciones de otras personas podían llegar a despertar las propias. El pánico tenía algo de trabajo en equipo. ¿Estaba lo suficientemente comprometido? ¿Lo estaba de verdad?

Colegiales corriendo por la playa con sus zapatillas de lona. Recuerdos de las clases de educación física, del viejo patio de cemento de su escuela, sus zapatillas baratas, corriendo en círculos bajo el frío, el reconfortante olor del caucho vulcanizado,

parecido al olor que te llegaba en clase cuando borrabas una respuesta de una página. Se levantó la brisa del canal y las gaviotas hicieron una pausa para recolocar sus alas. Un futuro mejor. Uno más justo.

—Te levantas para que te cuenten —le gustaba decir a Mick—. Y luego te sientas para que te enculen.

Había que recordar que estaban en guerra. A los católicos les quemaban sus casas como si fueran herejes. Territorio ocupado. Su poder legislativo en suspenso. Impón una dictadura y llámala democracia. Si la población británica supiera todo lo que estaba ocurriendo en Belfast, le animarían, sin duda, le animarían...

—Antes de verte entrar en el hotel y antes de esfumarme de aquí —dijo Dawson—, quiero asegurarme de que todo está claro.

—Todo claro.

—¿Estás seguro?

—Todo claro.

—Una vez más.

Dan suspiró. Aquellas charlas de equipo le resultaban deprimentes.

—Todo claro.

Un hombre harapiento con una chaqueta roja paseaba junto a la orilla del mar, con el pelo revuelto, hablando consigo mismo, feliz.

—Reservo para tres noches, pago en metálico por adelantado. El hotel tiene disponibilidad para alargar mi estancia. Me dicen el número de mi habitación. Lo sitúo en mi mapa mental del hotel. Pido una habitación diferente si es necesario.

—Ajedrez.

—Snooker. No tengo tiempo de jugar al ajedrez.

—Un movimiento y el movimiento de después, Danny. No hay nada mejor que el sonido de dos bolas chocando. Es lo único bueno que ha inventado el ejército británico, ¿no te parece?

Mundos que desaparecen en las troneras. La emoción de la trayectoria. Geometría limpia, balística segura, cada bola sus-

pendida y dirigida. Toca y retira con un fino taco pulido. Reco-
loca y apunta.

Dan parpadeó.

—Le digo a la recepcionista...

—Con tu encantador acento inglés que has ensayado.

—Le digo que quiero pagar en metálico por adelantado.

—Trabajas como electricista. Tienes un trabajo en el Metro-
pole. No te alojas allí porque no te gusta mezclar los negocios
con el placer. Has alargado la visita hasta el fin de semana para
disfrutar del mar, y tu padre siempre te ha dicho que este hotel
es un sitio maravilloso.

—No lo metas en esto.

—Necesitas tener historias en la recámara, Daniel. No tienes
que contarlas todas, claro. Pero las necesitas.

—Y si por algún motivo me están vigilando... si la Rama Es-
pecial baja por las escaleras...

—O si salen de la oficina. O del sótano. O del culo de una
anciana que pase por allí.

—Pregunto qué está pasando.

—Demuestras sorpresa.

—Les cuento la historia, y si después de algunas horas, parece
que tienen algo contra mí, les digo...

—¿Qué les dices?

—«Quiero que conste que me niego a cooperar, pero eso no
significa que sea culpable. Quiero que me representen Madden
& Finuncane.»

—Aunque te lleven a rastras hasta Castlereagh —dijo Daw-
son—. Aunque las paredes sean blancas y la puerta sea blanca
y las baldosas del suelo sean blancas y la manta sea blanca. Te
quedarás allí, desnudo, negándote a ponerte la ropa blanca y sin
bolsillos que te den. ¿Y qué serás en la intimidad de tu mente?

—¿En mi qué?

—Venga, despierta.

—Empezaré a escribir mentalmente un libro sobre el cristal.

—¡Cristal!

Existían. Había leído un capítulo en un libro de la biblioteca y había tomado algunas notas. Hablaba de cómo su producción masiva había cambiado el mundo, dejando a la vista la mugre y aclarando perspectivas. Espejos, monóculos, ventanas. La luz al entrar en una habitación, al tocar el suelo, iluminando espacios cerrados y enmarcando una vista. Pensar en eso y en la conjugación de los verbos. *Yo escapo, tú escapas*. Había algo en el español que le daba ganas de reír. Últimamente, la risa escaseaba.

—Cristal —repitió Dawson, que parecía haber encontrado algo perturbador en la palabra. Le lanzó una piedra a una gaviota—. Tu don para el autoengaño, Dan. Qué don más maravilloso. Apartar paneles para llegar a las tuberías que hay detrás, trenzar cables con los dedos, envolver objetos secretos en celofán... Desde el principio supe que eras un hombre al que le gustaba mantener las distancias.

—Voy al baño de la planta baja.

Dawson se inclinó hacia adelante y se rascó el tobillo.

—Qué precisión. Ten cuidado con el gato, parece que le gusta morder todo lo que se mueve.

—Hay cuatro cubículos. Los compruebo. Si todos están vacíos, entro en uno y tiro de la cadena.

—Necesitas ruido para cubrirte.

—Para de interrumpirme.

—Los sonidos de las tuberías viejas del hotel.

—Abro la bolsa en la que llevo las sábanas y las toallas. Me pongo vaselina en las pestañas, en las cejas. Utilizo papel higiénico para limpiar el exceso. Saco el tubo de gel para el pelo...

—Jimmy's Wet Look, espero. Apoyando a Bobby.

—Me pongo un poco en el pelo para evitar que se mueva. Si tengo que cagar, cago allí, en la planta baja.

—Todo son pruebas, recuerda eso —dijo Dawson.

Puso voz de David Attenborough. Últimamente, le gustaba hacer eso, un homenaje al viejo Jones y a su televisor a todo volumen.

—«A diferencia del lobo gris, la ballena depende más de la vista que del olfato...»

—Muy bueno, Dawson. Deberías tener tu propio programa.

—Ya lo tengo, más o menos. No estarás pensando que esto que vivimos es la realidad, ¿no? Ahora bien, cuando vuelvas, hay que quemarlo todo, Danny. Las sábanas, la ropa, hasta esos bonitos zapatos. Quémalo todo, olvídalo, y ponte con tu jardinería. Te llamarán animal, pero olvídate de todo. Este trabajo es mucho más serio que cualquier otro que hayas hecho hasta ahora. Es importante para ti. Quiero que lo traigas todo de vuelta y que lo quemes. Quiero que vuelvas para la bienvenida de los héroes, Pinkie.

—¿Pinkie?

Dawson lanzó una piedra. Había un niño paseando cerca. La madre les lanzó una mirada de desaprobación. Dawson inclinó la cabeza y dijo, en voz baja, avergonzado quizá por primera vez en su vida:

—Continúa, venga, continúa.

—Me vuelvo a poner los guantes y subo a mi habitación.

—¿En ascensor, supongo?

—Por las escaleras. Pongo mis sábanas sobre sus sábanas. Cambio las fundas de las almohadas.

—Y pasas allí la noche, esperando a Patrick. Y cuando llegue Patrick...

—Ultimamos el plan. Salidas de emergencia. Inteligencia.

—Y el último día de tu estancia...

—Hacemos el trabajo.

El temporizador 555.

La resistencia de 470K ohmios.

La resistencia de 5m ohmios.

El transistor PNP.

Poesía incluso en lo más nefasto. Todo cumplía con su divino deber.

Desenvolvería el papel encerado del trozo de Semtex. Quitaría

el panel de la bañera. Colocaría el temporizador, escondería la bomba y se marcharían a casa.

—No.

—¿No?

—Cuando llegue Patrick, dejas de pensar. Haces lo que él te diga que hagas.

Las piedras parecían protestar bajo el culo de Dawson. Miraba a Dan con energías renovadas. Habló con una voz rica y cálida, como en una especie de encantamiento.

—El lord canciller —dijo—. El canciller del Ducado de Lancaster. El lord del Sello Privado, el ministro de Hacienda, el secretario parlamentario del Tesoro. El jefe del grupo parlamentario, el bastardo, el baboso pervertido. El ministro sin cartera. El ministro de Agricultura, Pesca y mierdas. Los ministros del Interior, de Asuntos Exteriores, de Defensa, de Educación y Ciencia, de Empleo, de Energía. —Tosió—. De Medioambiente. —Volvió a toser—. De Salud. De Comercio e Industria. De Transporte. La primera ministra y el viceprimer ministro. Los secretarios de Estado de Escocia, Gales y de la vieja Irlanda del Norte.

Escucharon el mar.

—Ya lo sé. Estoy listo.

—¿De verdad? Puede que tengamos unos días extra, Dan. Cuando esté colocada, puede que mandemos a Paddy a casa y que tú tengas que quedarte unos días más.

—No. No tiene sentido.

—Información. Estaremos en contacto. Tienes el busca, ¿verdad? Hoy en día, alguien que trabaja como manitas necesita llevar siempre un busca.

—No pienso dormir en esa habitación mientras la bomba madura bajo la bañera.

—Tómatelo como un periodo contemplativo.

—Dawson.

—Como un buen queso. Pero, escucha, puede que no haga falta. Depende de si necesitamos echar un ojo, recopilar más

información sobre los movimientos del Chocho de Hierro o ajustar el plan B antes de que vuelvas a Belfast.

—Y el plan B es...

Dawson sonrió.

—Tienes que concentrarte en el resultado, Dan. Tú céntrate en eso. Construye un pequeño fuerte a tu alrededor. Imagínate esta pequeña ciudad en llamas.

—Casi no es ni una ciudad, es un pueblo.

—¿En serio?

—Sí.

—En ese caso, será mejor que cancelemos la misión —dijo Dawson. Observó a una chica con minifalda que pasaba por delante de ellos—. Este sitio es como lo que Belfast podría llegar a ser. Pero con mejores coños. ¿Has ensayado?

—Estoy preparado.

—Es un temporizador de larga duración, Dani. Cuatro semanas de tictac. Confío en ti y en Paddy.

Dan repitió que estaba preparado. Era cierto. Lo estaba. Sintió que, si había una bala que volaba en su dirección, procedía de una pistola que ya había sido disparada.

Aun así, siempre había que contar con lo inesperado. Esa era la verdadera salsa de la vida. No estaba preparado para la vergüenza ni para los remordimientos que sentiría más tarde, cuando, saltándose el guion, se oyera a sí mismo preguntándole a la recepcionista en qué habitación se iba a alojar Thatcher. Podía ser que la recepcionista se acordara de eso. Y tampoco estaba preparado para ver la piel sin maquillaje ni marcas de ella y darse cuenta de que no transmitía arrogancia, ni ignorancia, ni las señales que había esperado encontrar y que le indicarían que la chica disfrutaba sirviendo a la élite del poder. Solo percibió en ella su actitud positiva frente a la vida y la necesidad de gustarle a los demás. Parpadeaba mucho. Se tocaba el pelo. Le gustaba la cansada agresividad que le oscurecía la cara cada vez que tocaba el papel con el bolígrafo. Era una persona insegura y terca, y en

dicha inseguridad y terquedad le sorprendió encontrar algo que le resultó familiar. Lo vio durante un segundo, pero entonces llegó el olvido para prestarle su útil distancia.

¿Quién estaría allí a primera hora del 12 de octubre cuando la bomba, con su lento temporizador, explotara debajo de la bañera? Un par de botones, probablemente. Nada más.

24 días,

6 horas,

6 minutos.

Un poema de Daniel desde la guarida del león.

V

Con Patrick en el baño de la 629. Sabes que el momento te acompañará siempre. La sangre golpeándote las venas, la habitación llena de vida. Listo para empezar con tu trabajo.

Bajo sus manos, la textura del linóleo le resultó extrañamente acuosa. La presión a través de los guantes de goma. Los objetos colocados a su alrededor parecían restos flotantes. Objetos procedentes de un naufragio, extraviados, perdidos.

Patrick usaba unos guantes viejos, una superstición. Uno de los dedos índice tenía un pequeño corte en la punta. Patrick lo había tapado con cinta negra. La verdad residía en esa cinta negra. Habían planeado aquello, lo habían ensayado. No estaban allí por casualidad.

El temporizador 555. La resistencia de 470 K ohmios. La resistencia de 5 m ohmios. El transistor PNP. Podías convencerte de que estabas fabricando un montón de artilugios diferentes. El mero hecho de estar fabricando algo te ayudaba a poner distancia y a aferrarte a ese sentimiento, imprescindible para realizar el trabajo. En mitad del montaje, no podías pararte a pensar en la miríada de maneras en las que tu trabajo podía destruir o ser destruido. El condensador electrolítico. La placa de prueba. Los cables de puente. La batería.

A veces, mientras trabajaba en un artefacto, recordaba el día que había construido una estantería, siendo todavía un niño. Se recordaba mano a mano con su padre, colocando trozos de papel en el suelo, recordaba los tornillos y las llaves, los clavos, los destornilladores y los martillos, las gotitas de agua condensada en las latas frías de cerveza. No importaba que la estantería, una vez construida, solo pudiera almacenar cuatro o cinco libros y un montón de otros objetos inútiles: candelabros, perros de cristal, pisapapeles; objetos procedentes de la colección de cachivaches de su madre. El objetivo era construirla, tenerla en la sala. Por las mañanas, la estantería proyectaba su sombra sobre la repisa de la chimenea. Sumía en la oscuridad fotografías y plantas marchitas.

El temporizador 555. Había que cederle un espacio propio. Tenía que tener libertad para respirar, con la conexión de salida señalando hacia la derecha. Había que colocarlo en el centro de la placa de pruebas, enmarcado por las líneas de pequeños agujeros. La ventaja de construir tu temporizador en el lugar de la operación era que corrías menos riesgos durante el transporte si se producía un registro. Solo llevabas encima cables normales y piezas de reproductores de vídeo, es decir, el material de trabajo propio de un electricista. Podías enseñarle al poli la tarjeta de visita con un número de teléfono. Si llamabas al número, saltaba el contestador con la portentosa voz de Martina diciendo que todas las líneas estaban ocupadas y que, por favor, dejaras un mensaje y alguien de Sunnyside Electrics te llamaría lo antes posible. Te inventabas una historia y hacías que otra gente formara parte de ella. Se sentían involucrados, comenzaban a existir dentro del entramado creado. En sus momentos de mayor lirismo, a Dawson le gustaba decir que el mundo estaba lleno de gente que en su día a día miraba sin ver, sentía sin sentimiento; gente que quería verse arrastrada por una ola de falsa lógica que resultaba más reconfortante que cualquiera de las cosas que conocían.

Habían realizado la mitad del trabajo cuando Patrick le susu-

rró unas palabras sobre los turistas que estaban fuera del hotel, hombres y mujeres con sus brillantes guías de viaje buscando el Royal Pavilion, la arquitectura de estilo Regencia, el acuario victoriano, el muelle, la zona de rocas nudista más allá de Duke's Mound (¿había leído la guía él también?). Bien por ellos. Los envidiaba y les deseaba lo mejor. Los hombres y mujeres que poblaban las calles de Gran Bretaña se encontraban en el bando vencedor de una guerra, y estando en el lado vencedor apenas te dabas cuenta de que había una guerra. No veías las grietas en las aceras, la hierba creciendo en las juntas, las heladerías vacías con las paredes exteriores cubiertas de humedad, la pintura desconchada, los barrotes oxidados en las ventanas de los sótanos, la mierda de pájaro, las manchas de lluvia, las personas sin techo, la pérdida. Pasaron diez minutos. Quince.

Patrick. Patrick, que había pasado dos años en prisión preventiva. Patrick, que había pasado parte de su niñez en Norwich. Patrick, que creía que en las ciudades y los pueblos británicos era donde podía ganarse la guerra. Patrick, que decía que no se consigue que el enemigo te escuche gritándole desde lejos, sino susurrándole al oído. A Dan le parecía increíble la simpleza con la que se podía resumir una vida. En Norwich nunca se había sentido en casa, así que volvió a Belfast a ayudar con los derechos civiles. Lo encerraron. Se convirtió en el mejor dinamitero del IRA. Un ejército se nutre de injusticias. Las historias de sus soldados solo resultan extrañas si se despojan de contexto. Construye un fuerte a tu alrededor.

Cuando las autoridades lo detuvieron no era un miembro del IRA a tiempo completo. Patrick gravitaba en los márgenes. Pero el objetivo de los arrestos no era tanto cazar a los miembros del IRA como cazar a personas inocentes contra las que no podías conseguir una orden judicial. Gente que, al ser católica, podía tener información sobre supuestos terroristas.

—Se llevan a ese tipo de gente —le dijo Patrick a Dan—. Les dan una buena. Les revientan un tímpano. Un ojo morado. Los

aterrojan para que se mantengan alejados de los republicanos. Esa es su sencilla y poderosa táctica.

Matabas la causa mediante el aislamiento. Detenías a un tipo una vez, y otra, y otra, hasta que otras personas inocentes empezaban a decir de él que debía estar metido en problemas. Llegados a ese punto, la persona aislada estaba a merced del RUC. Si acababa con una bala en la cabeza, la gente tendría a mano el contexto que explicaba por qué se lo merecía.

Patrick le preguntó qué le había pasado a su padre. ¿Qué había pasado, cuáles eran los hechos? Ahí estaban los hechos: su padre trabajaba dieciocho horas al día en la fábrica de tabaco. Lo había dejado para ponerse a hacer arreglos por toda la ciudad en busca de una mayor libertad. Fontanería, electricidad, comprobar la madera en busca de defectos. Puntos débiles, nudos, resinas. El agujero de un ladrillo se llama canuto. Preparar la instalación de sistemas de iluminación; probar el equipo; mantener el equilibrio sobre andamios; empujar carretillas sobre tablones; maldecir como se suponía que debía maldecir, una vulgaridad en su caso forzada que le costaba parte de quien era. Hacía lo que podía para salir adelante y seguir pagando la hipoteca de la ruinosa casa familiar. Alguien decidió lanzarle un ladrillo a la cabeza. Sus ojos se convirtieron en meros objetos, canicas. ¿Qué hace un hijo cuando ve eso? Canaliza sus talentos por una vía diferente. Había más que decir, pero qué sentido tenía decirlo, continuar y continuar cuando la vida puede acortarse de manera tan brutal. Un acto al azar. Ni siquiera se podía señalar a un culpable. El sistema en sí está podrido. Acaba con el sistema. Dan se imaginó a los turistas de fuera del hotel entrando en el baño y formando un círculo a su alrededor, con las cámaras colgadas del cuello, con sus amorfos zapatos de caminar en creativos tonos de beige, observándole montar el temporizador de su bomba. Se imaginó que decían: «No estaría haciendo esto si su padre no hubiera muerto como murió». Para el caso, también podían decir que no lo habría hecho de no ha-

ber nacido. A todos nos encanta contemplar un único motivo. Nos ahorra tener que pensar demasiado.

Mover piezas. Asegurarse de que los guantes están bien subidos, hasta las muñecas. Nada de que queden sueltos en la punta de los dedos.

Había que unir los cables de entrada al lado izquierdo de la placa. La intención no era conectarlos, solo mantener los cables principales en su lugar. Había que trenzarlos y pasarlos por el agujero elegido cerca de la entrada. Había que unir el cable del conector del 555 a la placa, bien despacio, y después había que utilizar el cable de puente para conectar los dos agujeros que habías utilizado para unir el conector y la entrada. Creabas una ruta para el circuito con estas herramientas básicas; conectabas las piezas y el mundo se encogía a tu alrededor hasta alcanzar el tamaño de un anillo de humo, te olvidabas de que aquel suelo era el suelo de un cuarto de baño, el cuarto de baño de un hotel caro en la costa sur de Inglaterra, un hotel en el que dentro de tres semanas se alojarían los *tories* para celebrar el congreso de su partido. Montar un puente. Montar una conexión. Colocar el cuerpo de la resistencia apuntando hacia arriba, como la aguja de una brújula señalando el norte.

TERCERA PARTE

Departamento de corazones

1984

La gente dice que las drogas provocan sueños, pero durante sus primeras veinticuatro horas en el hospital, lo que a él le llegaban principalmente eran recuerdos. Personas y escenas aparecían y se desvanecían como las olas, un patrón que le había robado al mar; un médico que jugueteaba con una moneda de veinte peniques le ofreció consejos a toda velocidad. Monitorización, estilo de vida, miocardio. Enfermera, ¿qué tal un capuchino, por favor? Un infarto de miocardio, dijo el médico, utilizando sus dos puños para enseñarle la diferencia entre el miocardio y algún otro cardio; dijo «pop», dijo que el corazón se parece a un puño cubierto de sangre, mencionó el tabaco y los alimentos ricos en grasas, mencionó un esfuerzo reciente, mencionó estrés físico y mental o problemas familiares, dijo que en cuarenta y cinco minutos iban a desbloquearle la arteria, y que mientras tanto intentara no hacer ni decir demasiado.

Habría una pequeña pantalla.

¿Como una pantalla de televisión?

Sí, señor Finch,* una pantalla en blanco y negro en el quirófano.

* «Jilguero», en inglés. De ahí el mote. (*N. de la T.*)

Llámeme Moose.

¿*Mousse*? ¿Como el postre?

Sí, suena así.

¿Le parece bien que haya estudiantes observando? Tres, cuatro. Imagínese un bonsái. Una pequeña rama que se extiende, eso es todo. Pero aprenderán mucho de usted. Son jóvenes, están acabando sus estudios. Todo irá bien. Tienen el futuro por delante. Es una intervención sencilla. La he hecho un centenar de veces. Futuro. Eso y unos días de reposo en cama y podrá volver a casa. El resto es cosa suya.

Su madre diciéndole en la boda y antes de la boda que estaba cometiendo un error. No la escuchó. No se preocupó. Había algo reconfortante en el hecho de casarse con una mujer que no le convencía a tu madre. Así tenías más claro que no te estabas casando con tu madre.

El discurso del señor Waldman, el padre de la novia, solo había incluido un chiste —¡Por fin me libro de Viv!—, pero Moose hizo llorar de risa a los invitados durante el suyo, chiste tras chiste sobre las cosas que Viv hacía y las que no hacía y, cuando se sentó, Viv le puso la mano en la muñeca. «Está orgullosa de mí, ha sido un buen discurso», pensó. «He trabajado mucho en el discurso para que estuviera orgullosa de mí.» En el pasillo, cinco minutos más tarde, ella le dio una bofetada.

—¡Menuda actuación! —le dijo.

—¿Qué?

—¡Menuda actuación!

No entendía la acusación. Ella se negó a darle más explicaciones. Si había actuado, lo había hecho para ella, para sus amigos, para una familia de la que siempre había querido más amor del que recibía. Fue la primera de las muchas veces en las que vio cubrirse de manchas su bonito cuello por la intensidad de sus enfados. No era el mejor comienzo. Aquella noche, ella lloró mientras follaban borrachos en una cama cubierta de pétalos de rosa que picaban. Se quedó tumbado, despierto, pensando

en palabras que rimaran con boda. Pensó en beoda. Tal vez incómoda. Aterradora. A veces se lamentaba de haber nacido con una mente tan poco sutil.

¿Dónde estaba la sanitaria con la nariz grande y borrosa? ¿Dónde estaba el perro Potato? La gente entraba y salía de su vida con mucha facilidad. El quirófano. El señor Marshall apartándose la mascarilla a un lado. El señor Marshall diciendo: «Se encontrará mucho mejor en seguida».

Sintió la lengua limpia. Se le quitó un enorme peso del pecho. Pero se sentía débil, seguía débil. Las luces blancas del quirófano. Las batas azules y las mascarillas. El espacio claro, de ensueño, iba desapareciendo. Menuda actuación.

Dos estudiantes que lo observaban todo desde un rincón, solemnes, a la espera de que les dijeran qué hacer. Una enfermera en la distancia diciendo: «El chico dijo que se cayó en el baño». Gente en la distancia riéndose. Agua. Un vaso de plástico. Menuda actuación. El agua más deliciosa que había probado nunca. La luz que se iba disipando y su hija; sueño.

A lo largo de su infancia en Brighton, cuando aún nadie lo llamaba Moose, le dijeron en cientos de ocasiones que estaba destinado a vivir cosas importantes. Le había parecido que aquello eran buenas noticias. Eligió creerlo. Era guapo, inteligente, popular, deportista. ¿La idea de que su corazón le iba a fallar un día? ¿Que le daría un síncope antes de conseguir lo que quería conseguir? Ridículo. Absurdo. Tan disparatado como pensar que, un día, la vida dejaría de amoldarse, sin importar con qué crudeza, a sus necesidades y deseos. Tan inimaginable como la idea de que un día tendría un oído tan predispuesto a captar el fracaso que oiría mal prácticamente todo lo demás. Su corazón estaba sano, su bienestar estaba asegurado, su latido era regular, vital y, como él, contenido, sin que el mundo lo molestara, algo privado y tremendamente

efectivo que funcionaba sin pensar y sin dudar. Al recordar su juventud ignorante, no podía evitar reírse. La risa le dolía incluso más que los suspiros. El dolor le sacó brevemente de un pesado duermevela y le hizo preguntar: «¿Sigue aquí mi hija?». La enfermera que empujaba su silla de ruedas por el pasillo le dijo que intentara cerrar los ojos.

Su supuesto destino como persona que le sacaría el máximo partido a la vida cobró fuerza gracias a todas las ocasiones en las que chicos de su edad, y otros mayores que él, corearon su nombre desde las bandas en los partidos de fútbol. Cobró fuerza gracias al grupo de padres que a menudo le invitaban a sus casas a tomar té tras alcanzar el centenar de carreras o eliminar a unos cuantos bateadores. Cobró fuerza gracias a los periodistas locales —espesos, cansados, sin chispa ninguna— que compitieron para sacarle algún comentario o reflexión significativa sobre la naturaleza del Talento, con mayúscula, cada vez que ganaba (con catorce, quince, dieciséis y diecisiete años) los doscientos, cuatrocientos y ochocientos metros en el Campeonato Junior de Atletismo de las Escuelas del Sureste de Inglaterra. Y cobró fuerza (¿cómo no iba a hacerlo?) al ver su propia cara en el *Argus*, bajo el inolvidable titular «El mejor deportista joven de la historia de Brighton».

Había una canción que algunas chicas cantaban mientras observaban cómo llevaba a su destartalado instituto a la final del Campeonato Nacional en tres deportes diferentes. Era una canción sencilla, sin demasiada imaginación, y seguía el ritmo de «Ain't That a Shame» de Fats Domino. *Ain't That The Finch* gritaban cuando el balón se alejaba de su bota y se colaba detrás del portero. *Ain't That The Finch*. A veces escuchaba una especie de versión ambiental del mismo himno en el patio, mientras iba caminando entre los edificios, al cruzar la pista de cemento o al hacer una pausa para subirse los calcetines. Alzaba la vista y veía a las chicas del instituto rival, con los dedos enganchados en la valla. Le cantaban a él, como si fuera una serenata,

mientras peleaban por contener los inminentes ataques de risa nerviosa. Tras recuperarse del ataque de risa, normalmente una de ellas le preguntaba si iba a ir el viernes al Electric House. Haciendo alarde de la calma que solo podían permitirse los chicos más venerados, sin dejar que le afectaran las oleadas de adoración que provocaba con cada movimiento, las miraba y descargaba una de sus sonrisas marca de la casa. Una sonrisa amigable. Un gesto excelente. «Tal vez», respondía.

Las chicas asentían despacio, como si les acabara de leer el futuro.

El Electric House era un punto de referencia local, y el lugar donde la población adolescente de Brighton llevaba a cabo la misión tremendamente importante de pasar el rato. Charlaban. Bebían. Practicaban el arte del beso. Dedicaban mucho tiempo a fingir que se tragaban el humo, a toser. Si tenías una cita a ciegas con una chica, quedabas en el Electric, y era tradición que te dijeran el punto exacto de la acera en el que debías esperar a la hora acordada, a menudo haciendo referencia a marcas de tiza dejadas específicamente para ese propósito: una «X» o el garabato intimidante de un renacuajo. Rara vez le dejaban esperando mucho tiempo. Era algo increíble: su suerte, su capacidad, la manera en que el mundo se movía a su ritmo.

En Nochebuena, detrás de los vestuarios de la enorme piscina vacía de Black Rock, Angela Hebbethwaite se abre el abrigo, un abrigo con los hombros cubiertos de nieve, y se levanta varias capas de ropa para dejar que le toque un pecho. El izquierdo. Su textura suave y harinosa. Lo acaricia con una alegría sin palabras. El mejor regalo de Navidad que ha recibido nunca.

—Voy a ser el siguiente Don Revie —le dice a Angela.

—Me lo creo —responde ella—. Eres bastante alto.

Se vuelve a meter la teta en el sujetador. Un papá Noel borracho pasa tambaleándose cerca de ellos. Escuchan cómo mea contra la pared.

Pero hubo al menos uno o dos amigos y algunos familiares que

predijeron su caída. Decían que, al participar en tantos deportes a nivel regional, y después en la selección sub 16 de Inglaterra, estaba sacrificando sus estudios. Su tía Janet, que moriría poco después (apendicitis, en Wandsworth), dijo que «era inevitable» que, cuando El Jilguero cumpliera los dieciséis, la extraordinaria curva ascendente de los logros atléticos que habían marcado su vida hasta entonces comenzara a nivelarse. Incluso su madre parecía dispuesta a aceptar elementos de dicha hipótesis. Poniendo freno de forma constante a sus expectativas y con sus recordatorios de que la «vida sigue patrones complejos», parecía estar de acuerdo en que un chico tan rematadamente popular y triunfador como su hijo parpadearía y perdería el rumbo en algún momento durante el peligroso camino hacia la edad adulta. Si su padre la presionaba para que diera las razones que justificaban esta falta de fe, ella a veces citaba, con el aire tenso de alguien al que llaman al estrado a testificar, la tendencia ocasional de Philip a hablar de sí mismo en tercera persona.

El Jilguero era solo una imagen pública, un personaje que otras personas se habían inventado. Le entristecía que su madre no lo entendiera.

Como respuesta a lo que él veía como una funesta predicción de futuro por parte del sector femenino de su familia, sacó notas considerablemente buenas en la mayoría de sus exámenes. Su problema eran los trabajos pero la señora House y el señor Phillips le ayudaron con Inglés e Historia. Se esforzó a conciencia (más o menos), y se encontró en la posición poco común de ser considerado un modelo a seguir tanto por alumnos como profesores. Por eso no sorprendió que lo nombraran, tras un proceso interno del instituto que a él le gustaba considerar democrático, prefecto principal. Le decían que desempeñaba su papel con compostura, estilo y un riguroso sentido de la justicia, pero él no hacía caso de los elogios, no se sentía envalentonado ni tampoco avergonzado, y su única concesión a la falta de modestia fue su disponibilidad para tomar buena nota mental

de los comentarios, recordando ciertos giros y ciertos elogios por si acaso los necesitaba más adelante. Al buscar trabajo, por ejemplo. O llegado el momento de tomar conciencia sobre uno mismo. Ese tipo de cosas.

Su padre llevaba nueve años como cartero local. Era un hombre con tendencia a sudar en todas las estaciones, y el hecho de que nombraran a su hijo prefecto principal parecía proporcionarle más placer que ninguno de sus logros en la pista de atletismo. Aquella actitud resultaba un tanto desconcertante, dado el énfasis que la familia había puesto anteriormente en el deporte.

Una noche, poco después de que llegara la carta del director con la noticia del nombramiento, vio a su padre a través de la puerta entreabierta de la cocina, sentado a la mesa de pino rayada sobre la que siempre comían en familia. El recuerdo de aquel momento permanece nítido a pesar del velo de los medicamentos. Todo en silencio y bien iluminado. Su padre, solo, sujetando la carta con ambas manos. Sus labios se movían ligeramente mientras la estudiaba.

Varios días después, el padre del Jilguero charlaba con los Carr. Los Carr eran los vecinos con los que la familia Finch compartían un pequeño jardín delantero, el amor por el cine y absolutamente nada más. Aquel día, mientras El Jilguero y su padre estaban en la entrada de la casa y la señora Carr sujetaba sus tijeras de podar, el señor Carr le preguntó al señor Finch qué implicaba ser el prefecto principal de un instituto como Vardean. Se quedó pasmado al ser testigo de cómo su padre, conocido por todos por ser puntual y taciturno, respondió a esta pregunta. Se mostró orgulloso. Rodeó a su hijo con un brazo. Le explicó a su vecino, con total fluidez, el inventario completo de responsabilidades que acarreaba el cargo. Había memorizado la carta palabra por palabra.

¿Tenían dinero? No mucho, la verdad, pero siempre había algo para bollos glaseados. Te los podían traer cada mañana con la leche. Él nunca fue uno de los chicos que acudían a clase

sin duchar y que siempre calzaban zapatillas de lona, incluso en invierno, o a los que siempre enviaban a la enfermería bajo sospecha de tener algo contagioso. Los domingos por la mañana, en catequesis, dibujando milagros y parábolas en hojas de papel desiguales, preguntándose qué sentido tenía rezar, antes de tomar limonada casera de la que te dejaba la pulpa amarga pegada a las encías; también momentos maravillosos en los que te abstraías construyendo aviones de papel, juegos que hacían que mereciera la pena aguantar el rollo religioso. Al terminar, de camino a casa, todo el mundo se pasaba por los viejos refugios antiaéreos, se subían a ellos y saltaban de manera cada vez más complicada, tocándose los tobillos dos o tres veces; acababan con cortes en las manos y arañazos en las rodillas, todo para provocar un breve subidón de adrenalina que les resucitara del estupor en el que les habían sumergido las palabras del padre Simon. En uno de esos saltos, aterrizó mal y sintió que el dolor del impacto que normalmente notaba solo en las espinillas avanzaba mucho más arriba de lo habitual, hasta la rodilla derecha. El dolor se concentró ahí. El dolor le obligó a detenerse en varias ocasiones de camino a casa, cojeando, parpadeando y cojeando, aferrándose a la esperanza de no haber sufrido ningún daño permanente.

Las punzadas de dolor resurgieron en su último verano de instituto, cuando vistió la camiseta del equipo de atletismo del Varndean por última vez. El dolor solo se acentuó en la recta final, pero no había nada que un poco de hielo después de la carrera no pudiera arreglar. Aun así, ganó los doscientos con dos segundos de ventaja.

A su prima Elizabeth le gustaba la gimnasia. Tras verla hacer una pirueta durante una de las actuaciones que siempre incluían las celebraciones familiares del día de Navidad, le preguntó a sus padres si podía apuntarse a una de sus clases. Su madre y su padre discutieron el tema durante las semanas siguientes y después le informaron de que lo querían incondicionalmente,

sin importar cuáles fueran sus preferencias. ¿A qué se referían exactamente? Y sí, podía apuntarse a gimnasia.

La gimnasia le hacía sentir una plenitud que los demás deportes no lograban. Fortaleció sus brazos y su espalda, los músculos del estómago. En el aire, sentía cada milímetro de su cuerpo en tensión. Su anatomía era algo modelado con destreza, algo completo. Su entrenador le aconsejó que nadara dos veces por semana para mejorar la fuerza de sus abdominales.

Una mañana de invierno, cuando tenía diecinueve años y aún vivía en casa de sus padres, mientras decidía qué hacer con el resto de su vida o cuál era el momento idóneo de decidirlo, cogió el autobús para ir a una piscina a unos kilómetros de distancia con la intención de nadar sus largos habituales. Al llegar, le dijeron que tenía que esperar hasta las once, ya que en ese momento la estaba utilizando el Club de Salto de Brighton. Desde la cafetería de la segunda planta observó el entrenamiento. Un hombre con un bañador minúsculo se balanceaba al borde de un trampolín extremadamente alto. Se lanzó al aire, giró, dio una voltereta. La seguridad del proceso. La valentía. Gimnasia con un riesgo añadido. Masculinidad y atrevimiento. Las caras de adoración de las chicas.

Solo uno de los testigos en bañador parecía inmune a la emoción. Estaba sentada en una silla plegable al borde de la piscina. El suelo embaldosado a su alrededor estaba cubierto de toallas de colores. Tenía los brazos cruzados, las piernas cruzadas, y desde la distancia su piel parecía fría pero llena de vida, resplandeciente, como una fuente de luz. Llevaba el pelo oscuro escondido bajo el gorro de goma, excepto algunos mechones. Tenía una nariz graciosa, las tibias largas. ¿Era unos años mayor que él? La sesión de entrenamiento parecía estar terminando. Había llegado la hora de correr al piso de abajo.

Llevaba las uñas de los pies pintadas de verde. Cogió un par de gafas de encima de una toalla. Con esa enorme montura negra y sin haberse quitado el gorro de natación, parecía una

especie de insecto exótico o una bibliotecaria del futuro. Era Viv, su futura esposa. Más tarde le confesaría que no le iban las alturas, solo estaba allí para animar a su novio. No parecía preocuparle el aspecto que le daban las gafas y el gorro. Por lo tanto, sin duda tenía actitud. Era la persona con más actitud que había conocido nunca. La falta de vergüenza tenía su propio y perfecto atractivo.

Esos labios que apuntaban hacia abajo. La boca que no se movía. En aquel momento no pensó que un aspecto taciturno pudiera ser indicativo de una persona taciturna, o de una persona cuyo rasgo definitorio fuera el mal humor, o de que el tonelaje interior de melancolía de aquella joven atractiva tal vez fuera suficiente para hundirla, entre los veinte y los treinta años, en el agujero negro y candente de la depresión. O, y esto era una suposición, sí lo pensó. Y fue exactamente eso lo que le atrajo hacia ella.

Dejó de mirarla fijamente. Buscó y encontró a un hombre en chándal que lanzaba instrucciones. Le dijo: enséñeme a saltar. Pensó: olvídate de la gimnasia, olvídate del fútbol, olvídate de las posibles pruebas para el Surrey CC. Probablemente se había dado cuenta de que no estaba mejorando en ninguno de esos deportes. Había mejorado con mayor rapidez que sus compañeros, pero luego se estancó en un punto muerto. Vivía en una ciudad en la que un día le habían adorado, y donde ahora solo caía bien. Temía que pronto simplemente le reconocieran. Necesitaba un nuevo reto.

La decisión de no ir a la universidad. Tardó bastante en empezar a arrepentirse y a sentir resentimiento hacia sus padres por haberlo desanimado. Ellos tampoco habían ido a la universidad, y solo conocían a una persona que lo hubiera hecho, Harry el Presumido, así que no estaban muy convencidos de qué se podía conseguir en tres años y sin ganar un salario a cambio. Le presionaron para que aceptara un trabajo de profesor en Varndean. El director Perkins había incluido en su oferta (Matemáticas para los alumnos más jóvenes, Educación Física a los mayores)

una frase que sonaba desgarradoramente sensata: «Siempre es prudente contar con un plan de retirada». No había ninguna mención al factor riesgo que implicaba dicha filosofía: era bastante probable que una persona con plan de retirada acabara retirándose y recurriendo a dicho plan.

Años más tarde: un álbum de recortes en uno de los armarios de su madre. Con una sonrisa, encontró el artículo de su juventud que tan bien recordaba, el del titular «El mejor deportista joven de la historia de Brighton». Pero al volverlo a ver, arrugado y amarillento, se percató de los signos de interrogación. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso? ¿Qué tipo de mente evitaba ver la elevación de la entonación, lo tentativo del titular? Te decías a ti mismo que solo eran signos de puntuación, una manera de enmarcar una frase.

Al buscar el nombre del autor del artículo, vio que se trataba de Daniel Rhoden, un amigo de la familia. El único experto al que se citaba en el texto era su primo Billy, un alumno de Varn-dean que volvía para enseñar hockey cada segundo trimestre. Billy, que tenía tal deseo de dar una buena impresión que se afeitaba dos veces al día, hasta que murió a los treinta y nueve, por una caída de moto en alguna parte poco frecuentada de Kent. La sensación tras releer aquel artículo, tras enfrentar la realidad que recordaba a esa prueba escrita, fue como una lenta descarga eléctrica para Moose. Los nervios le duraron meses.

Hay veces en las que tu propia niñez tiene el aire de baratija de una historia contada a los amigos frente a una cerveza. Cuando parece que estás en un bar de un viejo hotel, sin televisión, sin radio, en un espacio que existe fuera de los acontecimientos. Agachado frente al armario polvoriento, observando el álbum de recortes, sintió la necesidad desesperada de saber en qué página del *Argus* habían publicado el artículo y de qué hablaban los otros artículos de ese día, pero habían recortado la información que necesitaba. El contexto había acabado en el cubo de la basura.

En el hospital Royal Sussex fregaban el suelo a conciencia. El olor a desinfectante flotaba a su alrededor. Estaba en la Sala 3, pero no veía a su padre por ninguna parte. ¿Lo habrían trasladado a una habitación privada? Seguro que la enfermera lo sabía, pero estaba ocupada recibiendo los gritos de un hombre con chaqueta de raya diplomática. A medida que la cara del hombre se convertía en una ciruela madura que prometía pudrirse pronto, la enfermera asentía, con la cabeza inclinada hacia un lado, como si investigara para un trabajo sobre la ira.

Cuando el hombre se quedó sin energía, Freya se acercó a la enfermera. La llevaron a una habitación blanca y ordenada, lo que suponía una notable mejora. Todo daba la sensación de una pulcritud tensa y limpia: la simetría de las revistas apiladas, las flores que se elevaban tiesas del jarrón, los pañuelos sin tocar en su caja amarilla y perfecta. Sin duda, lo que peor aspecto tenía era su padre. Su piel presentaba la misma apariencia sin sangre que su último cigarrillo. Otro efecto secundario del ataque al corazón, que no mencionaban los libros médicos de la biblioteca Coldean, era que empeoraba los ronquidos de la persona que lo sufría. Escuchó paralizada y sorprendida el gruñido de diez segundos, más propio de un perro carlino con alergia, que des-

pués se transformó en el sonido de dos jabalíes heridos follando. Se metió un chicle nuevo en la boca, deseó haberse traído el walkman y sus cintas de Whitney Houston y, en ese momento, un tanto temblorosa, necesitada de azúcar (seguro que había una máquina de refrescos en algún sitio, la seguridad social sin duda debería invertir en alguna máquina de esas), se giró en el sitio y vio delante de ella a un hombre que acababa de doblar la esquina, con la cola de su bata blanca aleteando tras él. Sus ojos marrones se detuvieron a un par de centímetros de su cara. Pensó en el jarabe de arce.

—He venido a ver cómo está el paciente —dijo—. Me ha parecido escuchar un grito de alguien pidiendo ayuda.

—Creo que solo son sus ronquidos.

—¿En serio?

—Sí.

El médico (¿tenía edad suficiente para ser médico?) inclinó la cabeza para escucharla.

—¿Y tú eres...?

—Su hija.

Dio un paso atrás. Tenía barba de varios días y la piel acariciada por el sol enmarcada en unas sombras favorecedoras.

—Encantado de conocerte —le dijo—. Soy el doctor Haswell.

—¿En serio?

—En serio.

Haswell. Aquello la impresionó. Sonaba muy rítmico, resultaba agradable y agradecido a partes iguales, sonaba honesto y optimista. Por su parte, Finch era un nombre que sufría por su extrema brevedad y por las asociaciones con un tipo de ave. Durante mucho tiempo, tuvo la sensación de que, en algún idioma extraño, su nombre significaba «vómito» o «sartén».

La enfermera de antes, la víctima del ataque de gritos, avanzaba por el pasillo. Al pasar junto al doctor Haswell dijo:

—Demasiado joven.

—¿Qué?

—Café, ¿verdad?

—Agua caliente con limón —respondió él.

—Café solo —dijo ella.

—Agua caliente con limón.

—Con leche, entonces.

—¿Te importa si solo tomo agua con limón? —insistió el doctor Haswell.

—Té —repitió la enfermera con una breve sonrisa y acto seguido desapareció.

—Lo siento —dijo él—. Monica, la enfermera de la sala. Está un poco loca.

—Es guapa.

—¿Tú crees?

—Sí —respondió ella, y tosió para hacerle saber que zanjaba el tema—. ¿Se encuentra bien?

—No le pasa nada. Cuando he dicho que estaba loca...

—Me refiero a mi padre.

—Ah, sí.

El doctor Haswell se irguió, le dedicó una expresión seria pero amigable y se apretó el puente de la nariz.

—El señor Marshall le ha desbloqueado la arteria, como ya sabes. No esperamos ninguna complicación.

—¿Señor? ¿No es médico?

—¿Marshall? —El doctor Haswell miró por encima del hombro y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Es una cuestión de poder. Ya no necesita el título. Pero tu padre se encuentra bien.

—¿Por qué lo han trasladado a la habitación?

—Tiene suerte. El traslado no tiene nada que ver con sus necesidades médicas. Hotelero, ¿verdad?

Asintió. El movimiento agotó toda la energía que le quedaba. Las luces del pasillo eran extrañamente implacables.

El día anterior había estado en el hospital hasta tarde. Su padre se había podido sentar después de la operación (aunque

todo el mundo prefería llamarlo intervención), pero la conversación apenas había fluido más allá de comentarios atontados. Al despertarse aquella mañana, había sentido un atisbo de la sensación que a veces la embargaba después de los exámenes: vacío, dolor, como si se hubiera quedado atrapada en un anti-clímax, acompañada al mismo tiempo de una ligera sensación de asombro. Le parecía increíble que una semana entera tras el mostrador de recepción en el Grand pudiera transcurrir sin que sucediera nada digno de mención mientras que allí, en el hospital, en un par de horas podían arreglar un corazón obstruido.

—Complicaciones —decía ahora el doctor Haswell—. Eso es lo que tenemos que vigilar ahora. Bueno, eso y adoptar un estilo de vida más saludable. El corazón es un músculo complicado. —Hizo una breve pausa y sus cejas adoptaron un gesto sombrío—. Tenemos que mantenerlo vigilado, pero un par de días bastarán. Tu padre está en las mejores manos posibles.

Freya observó cómo el doctor Haswell, con la carpeta de pinza encajada bajo un brazo, se miraba las palmas de las manos. Se permitió un momento de indignación silenciosa ante su arrogancia. Alguien debería decirle, sin necesidad de ofenderle, que Brighton dudosamente era el lugar con las mejores manos de la profesión. De hecho, resultaba poco probable que fuera el lugar donde encontrar lo mejor de nada. Alguien debería decirle que, además, sus manos no mostraban las marcas suficientes, que no habían acumulado la experiencia necesaria para ser clasificadas como las mejores posibles o incluso las mejores en lo suyo. ¿Cuántos años tenía? ¿Rozaba la treintena? Puede que estuviera recién salido de la universidad. Pero también era cierto que, a pesar de su joven aspecto, el doctor Haswell proyectaba un aura de experiencia. Había algo en la forma de su frente, en el sofisticado mobiliario de caoba de su cara, que sugería una acumulación de conocimientos. Conocimientos médicos, sin duda, pero también conocimientos en otras áreas en las que Freya tenía poca experiencia. Esquí. Carné de socio en diversos

gimnasios. Derechos por nacimiento, etc.

—Tu padre me ha dicho que hace poco has celebrado unas muy buenas notas. Te mereces una sincera enhorabuena. —Le miró las piernas desnudas, como si se merecieran la mayor parte de la felicitación—. Con notas así, podrías estudiar medicina.

—No —respondió Freya.

—¿No?

—No he estudiado ciencias.

—Ah —respondió el médico—. Sí, necesitas matemáticas... Tu padre también ha mencionado que algunas personas importantes se alojarán en el hotel en un par de semanas. Siempre está bien tener algo a lo que aspirar, un objetivo. ¿Estrellas de Hollywood, imagino?

—Políticos.

—Ah, ya. ¿El congreso?

—Sí.

—La edad de tu padre juega a su favor.

—¿Sí?

—Ni siquiera ha alcanzado la mediana edad.

Freya reflexionó.

—Tiene cuarenta y cinco.

El doctor Haswell levantó la carpeta y le dio un golpecito.

—Sí, exacto.

Freya se metió otro chicle Hubba en la boca. Los ronquidos de su padre se interrumpieron y volvieron a empezar.

—¿Cuánto vive de media un hombre?

—¿De media? No lo recuerdo exactamente. En el Reino Unido, setenta y seis o setenta y siete, tal vez.

—Entonces ya ha pasado la mitad —dijo ella.

—En cierto sentido.

—Está bien entrado en la segunda mitad de su vida, se mire por donde se mire. De hecho, se acerca rápidamente al último tercio.

—Bueno...

—Escucha, Anthony —le dijo ella, y vio cómo el médico abría sus ojos marrones de par en par. Era un buen truco. A la gente siempre se le olvidaba que llevaban placas identificativas con su nombre. Lo mismo ocurría en los eventos de empresa que se celebraban en el hotel—. Solo estoy haciendo cálculos.

Anthony Haswell sonrió y apartó la mirada, después volvió a posar sus ojos en ella con una calidez prudente. Y entonces en la habitación se escuchó un gruñido mezclado con un chirrido.

—Bienvenidos al no tan grande Grand hotel —dijo su padre. Se notaba que llevaba tiempo esperando para decir la frase.

Mientras se paseaba por el Grand con su traje oscuro y su camisa blanca, contando chistes mediocres y haciéndose con el control de pequeñas crisis, su padre aún podía parecer atractivo. Allí, bajo las brillantes luces, con el estrecho camisón de manga corta que parecía hecho de papel, simplemente parecía viejo. ¿Desde cuándo sus ojos habían adquirido ese tono tan gris? ¿Desde cuándo se le habían vuelto peludas las orejas? Pálido, estaba pálido. Le hizo un gesto para que se inclinara y le diera un beso y ella percibió el olor de humo de cigarro en su piel. Sintió sus labios fríos en la mejilla.

Pensó que sería mejor que le cogiera de la mano. Su mano grande, con sus nudillos ásperos y sus venas, torpe como un cangrejo. La sujetó. Cogerle la mano a su padre le provocaba una sensación extraña. Se la soltó y le sirvió algo de agua. No paraba de mover la pierna sin ningún motivo.

—¿Por qué pareces un fiambre? —le preguntó.

Su padre suspiró y cerró los ojos.

—Frey. Te pareces a tu madre.

—¿Qué?

—Eres directa cuando estás nerviosa. Te niegas a dar rodeos.

—Es lo único.

—¿El qué?

—Es lo único en lo que me parezco a ella.

Su padre tosió y puso cara de dolor. La expresión fue intensa, pero la tos había sido leve, nada que ver con una tos de verdad, más bien una especie de sucedáneo de tos, como si su garganta admitiera que no se le daba tan bien sacarse cosas como metérselas dentro. La noche anterior, Freya se había puesto el cepillo de dientes en la boca y había llorado. Estaba enfadada con él, y también sentía pena, y después lo que sintió fue cansancio y confusión, y ahora volvía a sentirse un tanto desafiante, una absurda combinación de todo.

—Tu madre me dijo una vez, después de media vida acusándome de irme por las ramas y presionándome para que fuera al grano, que había descubierto gracias a un profesor de lingüística australiano que, etimológicamente hablando, es esencial hacer eso primero.

—¿Cómo?

—Para llegar al tronco. Primero hay que evaluar cada una de las ramas. O algo por el estilo.

—Vale.

—De todas formas, ahora se dice más «andarse por las ramas».

—Si te digo que todo esto es muy interesante, ¿podemos cambiar de tema y hablar de tu salud?

Una gaviota graznó en la calle; ambos levantaron la vista, en una curiosa coreografía, y miraron por la ventana de la habitación. El sol, que no sabía qué era lo apropiado, había salido aquella mañana, como siempre. El buen tiempo no duraría. Pronto volverían la llovizna punzante y la espuma saltarina, y la gente se encogería dentro del cuello de sus abrigo, ese gesto especial tan británico al caminar bajo la lluvia. Un tubo de luz dorada se extendió desde la ventana hasta el rincón más alejado de la habitación. Freya sintió que tenía calor, que estaba algo grogui. Cruzó y volvió a cruzar las piernas, se sopló el pelo de la frente. Un chico pasó con su bicicleta por delante de la ventana,

pedaleando sin manos. Un borrón de ruedas, el clic, clic, clic de los accesorios Spokey Dokeys.

—Entonces —le preguntó—. ¿Cuál es la situación?

Información, por favor. Información.

Su padre se movió un poco en la cama.

—Todo el mundo tiene días malos, Frey. Ya me encuentro mucho mejor. Resulta que la aspirina es una pastilla salvavidas. ¡La aspirina! Lo mío no puede ser tan malo si me están dando aspirina. La intervención...

—La operación.

—Ha sido todo un éxito.

Se hizo el silencio durante un momento. La palabra «éxito» desvió sus pensamientos.

Esperó un poco y le preguntó:

—¿Papá?

—Sí.

—¿El abuelo? ¿Tu padre...?

—Ya lo sé —respondió, y volvió a sonreír ligeramente.

—¿Me equivoco al pensar...?

Dudó.

—Los ataques al corazón son muy comunes, Frey. De algo hay que morir. —Se rascó la cabeza—. Mala elección de palabras.

—Pues sí.

—Pero su situación era diferente.

Permanecieron en silencio.

Normalmente, su padre podía hablar y hablar de muchos temas. Su principal queja durante los últimos años había sido el silencio de ella. La acusación más específica era que, cuando le preguntaba algo personal —de camino a casa después de clase, durante el desayuno, de camino al trabajo—, Freya se transformaba en lo que él llamaba «muda selectiva». Pero no se daba cuenta de que después de clase ella no tenía más ganas de hablar y de que por las mañanas estaba completamente agotada. Eran los peores momentos del día para intentar conectar con su hija.

Últimamente se había obsesionado con la idea de que debía ir a la universidad. Pero a ojos de Freya él era el más puro ejemplo de que la universidad no lo era todo. Él nunca se había sacado ningún título, pero, mientras se dedicaba a sus saltos y a los trabajos esporádicos de profesor o tutor o entrenador de salto de trampolín, a lo que sumaba el dinero extra que ganaba como conserje en el hotel de Nueva York, solía escuchar programas de radio sobre prácticamente cualquier tema. Para ella, él era el portador de la información: la próxima exposición del museo Booth o las nuevas tarifas de habitación de hoteles rivales como el Metropole. Cuando estaba sano, sus ojos azules brillaban. Esos ojos sabían cosas. Sabían, sabían, sabían. Podía arreglar un coche y desatascar una tubería; sabía decir «gracias» en suajili y «estación de tren» en mandarín; podía recitar pasajes enteros de *Tristram Shandy* en la edición especial que su madre le había regalado; podía decir de carrerilla las primeras doscientas cifras del número pi. Él no consideraba que aquellas habilidades fueran nada especial o valioso, pero Freya sí. Aunque jamás lo reconocería en voz alta, su padre la impresionaba. Y, si en la vida no había conseguido alcanzar las expectativas que se había puesto a sí mismo, lo que su madre siempre había descrito como «el gran problema de tu padre», a ella le parecía que esos fracasos tenían que ver con el mundo real, no con su educación, y por eso no era un ejemplo que demostrara que la universidad mereciera la pena. Su padre nunca había estado en China, ni en ningún lugar en el que se hablara suajili. Nunca había pasado de la sexta clase de un curso de idiomas. No se podía decir que se le diera bien terminar las cosas. Al llegar a los dos tercios de la ejecución de un plan que al principio le había entusiasmado, de repente se sentía aburridísimo. Empezaba a desatascar una tubería en el cuarto piso del Grand para no tener que llamar a un fontanero y ahorrarle así algo de dinero al hotel y después, cuando habría podido terminar el trabajo dedicándole una hora más, se cansaba de la tarea y acababa llamando al fontanero

de todas formas. Se compraba ropa deportiva de rebajas en Navidad, se pasaba la mañana de Año Nuevo estirando antes de salir a correr y luego se preparaba un café y se comportaba como si de verdad hubiera salido a correr. Nunca se mostraba apático ante ninguna situación, hasta que de pronto la apatía se apoderaba de él, y entonces el tema en cuestión, fuera lo que fuera, había muerto para él para siempre.

—Tienen que hacerme algunas pruebas más —dijo en una rápida ráfaga de palabras, como si fuera tartamudo e intentara superarlo.

—Ya lo sé.

—Vale.

—Vale.

—Vale.

Todo iba a salir bien, ¿verdad? Miró a su padre.

Había una chica en su clase de Historia que había superado su tartamudez. Lo habían comentado en la asamblea de la escuela el diciembre pasado y, cuando la chica se había levantado para dar su discurso sobre cómo había superado su tartamudez... ¡sorpresa! Sí. Horrible. Fue tan horrible que después del evento Freya le dio una chocolatina enorme, de esas que normalmente solo se encuentran en los aeropuertos. Un Toblerone gigante. *Snow-Capped* edición limitada. La punta de los triángulos de chocolate probablemente no eran lo mejor para su paladar (al parecer la relación entre el paladar y la lengua era una de las claves para superar la tartamudez), pero había sido un regalo y, como todos los regalos, lo que contaba era el detalle y, a falta de eso, el valor de la reventa. El patio del instituto Blatchington Mill era un gran mercado negro: pastillas de cafeína, chucherías.

Le preguntó si la situación era seria. Él respondió que probablemente no. Le preguntó si tendrían que volver a operarle después de las pruebas. Él respondió que sabrían más en un par de días.

—Aunque tengan que hacer la misma intervención con otra

arteria, no es para tanto —comentó él—. Es como limpiar la alcantarilla de una acumulación de hojas.

—Así que en esta analogía tus venas son una alcantarilla.

Su padre apretó los labios.

—Es como arreglar el cableado, Frey.

—Pero los cableados son complicados.

—Estás pensando en la suite Napoleón. El problema con esa habitación fue un mal electricista.

—¿Qué pasa si estos electricistas son malos?

—¿Quiénes?

—Los médicos.

Su padre se lo pensó detenidamente.

—Han recibido una educación muy cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Por cómo pronuncian las vocales. Y por sus conjeturas.

—Es que es algo grave. Es un puto ataque al corazón.

—Por lo visto como demasiadas grasas —dijo él.

—No me digas. Menuda cagada.

—No, el sistema digestivo me funciona muy bien.

—No me hace gracia, papá.

—A mí tampoco me hace gracia, hija.

Siguieron así durante un rato, comentando los peligros de la señora Peachsmith al volante (había llevado a Freya al hospital la noche anterior) y si era posible echarle la culpa de su estado de salud al estrés provocado por las infracciones de las normas básicas de recolección de basuras de Lady Di. Di vivía enfrente de ellos. Cada martes, le daba por colocar sus bolsas de basura en la sección de acera correspondiente a la casa de los Finch. En un par de ocasiones, al amparo de la oscuridad nocturna, Moose las había recolocado en su lugar acompañadas de notas. La respuesta de la semana pasada había llegado en forma de nota en el parabrisas de su Škoda: «Este coche pertenece a un hombre muy idiota».

Freya le preguntó si las enfermeras lo estaban tratando bien.

Él respondió que sí, por supuesto. La seguridad social, lo mejor de lo mejor. Le habían trasladado a aquella estupenda habitación privada para que se recuperara. Intimidación total. Era una palabra que no paraba de repetir: intimidación. Pensó en Susie y en sus sermones sobre la vida privada versus la vida pública, apatía versus activismo, sobre los ataques terroristas y la distinción entre víctima, testigo y culpable, y su padre dijo con falsa alegría que había una sala de televisión en algún lugar al final del pasillo. Aquella ala del hospital probablemente estuviera reservada a los pacientes con seguros médicos privados tan caros que él no se los podría permitir. Qué suerte.

—¿Cómo has conseguido que el tal Marshall te traslade aquí?

—Hay varias formas de conseguir que te suban de categoría, Frey. Como recepcionista, es algo que deberías saber.

—¿Gritar?

—Venga ya. Vale, gritar a veces funciona, pero también consigues cabrear al recepcionista y de repente pueden desaparecer objetos como tu estola de zorro... No decir nada nunca funciona y ser discretamente maleducado es lo peor de ambos mundos. ¿El mejor método? —Se revolvió en la cama y puso cara de dolor—. Hay que decirle a la persona que está al mando que entiendes que están muy ocupados, pero que estarías muy agradecido si pudieran hacer algo por ti, y entonces les das una propina.

—¿Le has dado propina al médico?

Se sintió horrorizada ante la idea, pero también impresionada.

—Le he dado un vale —respondió él con un bostezo—. Veinticinco por ciento de descuento para una habitación doble. Siempre llevo alguno en la cartera. Aunque solo se pueden utilizar en temporada baja.

—A mí nunca me han dado propina.

—¿No?

—Bueno, un par de veces. ¿Cómo te encuentras?

—Más fresco que una lechuga.

Freya puso cara de desesperación. «Por favor», pensó. «Ahora no me cuentes las investigaciones de mi madre sobre el origen etimológico de esa frase.» Su madre ahora estaba con otro hombre con el que al parecer vivía en Londres. A veces le llegaban postales con el sello de «Mount Pleasant», lo que casi resultaba divertido dados los niveles de crueldad que su madre podía alcanzar.

—Pues tienes mucho mejor aspecto que ayer —respondió ella; una mentirijilla.

—¿Sí? —preguntó él—. Eso está muy bien. Marina me ha dicho que parecía agotado, que estaba pálido.

—*Blanco* —dijo Freya.

—Ahhh —comentó él con su falso acento mediterráneo—. ¿Así que hablas español?

—Si quieres viajar a algún sitio, tienes que hacer el esfuerzo.

El comentario pareció dejarlo derrotado, los hombros le colgaban junto al pecho como una tienda de campaña caída alrededor de uno de los palos. Excursiones organizadas por la fundación del duque de Edimburgo. Colinas, viento...

—Han llegado algunos huéspedes nuevos —comentó ella.

Su cara se alegró un poco.

—¿Quiénes?

—Un par de personas.

—Bien. Eso está muy bien.

—Un hombre con muletas. Lo he puesto en la habitación que ocupaba el hombre mayor de la RAF. Ya no está con nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que se ha marchado del hotel. Pagó su cuenta y se fue a Worthing.

—«Se fue a Worthing» sería una buena metáfora.

—A una competición de bolos, dijo. Televisada. ¿Eso existe?

—Supongo que sí.

—También ha llegado una pareja de luna de miel.

—¿Pétalos de rosa?

—Ya está organizado.

—De los que no pican. Los falsos esos.

—Sí.

—¿Qué tal unas fresas bañadas en chocolate?

Ella le miró fijamente.

—Thatcher no va a venir —dijo—. Bueno, eso creo yo. Seguro que también ha reservado en el Metropole, para tener opciones.

Moose le dedicó una mirada fría y Freya sintió una punzada de culpa.

¿Por qué había sentido la necesidad de atacarle incluso en ese momento? ¿Por qué en cierto modo se sentía molesta porque estuviera enfermo?

—Solo quería decir que me imagino que sus planes cambian a todas horas. No deberías hacerte ilusiones. Cabe la posibilidad de que acabe alojándose en el Metropole otra vez... Lo que quiero decir es que no deberías tener prisa con... —¿Cuál era la palabra?—. Tu recuperación.

La mirada fría de su padre se había convertido en su Mirada Especial. Era la expresión con la que la miraba cuando volvía a casa después de una de sus noches de fiesta con Sarah o Susie, se despertaba en el sillón al escuchar el crujido de la madera bajo sus pies y le pedía que entrara al salón para «charlar». Entonces ella entraba y se sentaba a su lado, acumulando toda la energía que le quedaba, toda la concentración, para poder pronunciar frases cortas y sobrias que corrigieran el tono de su voz empapado en alcohol.

Se levantó y se acercó a los pies de la cama para alisar una manta. Se acordó de las uvas.

—Toma —le dijo—. Se supone que este es el tipo de comida que ayuda.

—Gracias, es muy... Gracias, Frey.

Separó varias uvas y las sostuvo en la mano derecha. Cogió el vaso de agua con la mano izquierda, bebió un sorbo y arrugó la nariz. Ella se inclinó sobre él y se la rascó.

—No están mal. ¿Las has comprado con tu dinero?

Ella se encogió de hombros.

—Solo son uvas.

Pasó una mujer con unas botas impecables.

—¿Frutos secos?

—Ni hablar. ¿Qué otras cosas saludables necesitas?

—No estaría mal un poco de salsa HP, Frey. No estaría nada mal. Entre tú y yo, a la comida de aquí le hace falta un poco de... algo.

—La salsa marrón tiene un sabor muy avinagrado. Te irá mejor comiendo lo que te den en el hospital y algo de fruta o lo que sea.

—El vinagre no es la razón por la que estoy aquí —respondió él—. El vinagre es inocente.

Cogió otra uva y la inspeccionó con tristeza, como si, grabado en su brillante piel, se escondiera el secreto de una vida sana.

—No hace falta que hagas turnos extra. En serio, ni siquiera tienes que hacer tus propios turnos. Todo el mundo lo entenderá.

—Me dijiste que hiciera vida normal.

—Le he dicho a Marina que dirija el asunto. Y tal vez nuestro querido director general hasta dé la cara. ¿Está todavía de viaje en Yorkshire, en la cata esa de mermeladas? Desde luego está de lo más relajado, que es lo que pasa cuando alguien ha decidido dejar su puesto y marcharse.

—Creo que está haciendo ronda de formación en otros hoteles. Después irá a Nueva York a hacer negocios con los agentes de viajes de lujo de allí, es lo que me ha dicho John.

—Oh.

—Sí.

—Nueva York.

—Sí.

—Tal vez deberíamos mudarnos allí otra vez, Frey.

—Tal vez deberías dejar de fumar —respondió ella.

Masticó.

—Me dejarán salir de aquí en unos días. Todo el asunto este de la visita de Thatcher...

—Y el ascenso, sí.

—Pronto estarás en España, comiendo tapas y bebiendo sangría, ocupada en no hablar con chicos. Igual te acompaño. Igual en un año o dos puedo elegir en qué hotel trabajar. Tal vez pueda dirigir uno famoso en... Creo que me gustaría Madrid. Marina puede sugerirme sitios. Creo que una de sus hermanas vive en Madrid. Si estudias español en la universidad, probablemente te ofrezcan cursar un año en el extranjero. Es algo que merece la pena considerar. Es una idea, nada más.

Tras el discurso, su cuerpo se fue escurriendo poco a poco en la cama y los ojos se le fueron cerrando.

Al otro lado de una pared, alguien vomitó. Al final del pasillo, se oyó el grito de una mujer. Aquel lugar era como unos grandes almacenes de tristeza.

—Volveré esta noche.

—¿Esta noche? Podrías traerme un pijama de repuesto.

—Vale.

—Muy bien.

—Guay, adiós.

Le dio un beso en la mejilla. «Guay» era una palabra que nunca había utilizado.

Una vez en la calle, Freya se dio cuenta de algo: se encontraba bien, era joven, estaba sana. Por un momento, el alivio se impuso a la preocupación. El aire era fresco, ella era libre. Un gato caminando sobre un muro, pausa, salto. En la distancia, el suave rumor de las olas.

Solo cuando llegó a la tienda de la esquina y se compró algo de beber las lágrimas atacaron de nuevo. Su padre se encontraba bien. Tiró de la anilla de la lata.

Pasó por delante del pub White Hart. Las nevadas del año anterior habían destrozado el palito de la H. Recordó su pri-

mer beso, el carnet falso que llevaba en la mano, la lengua de Tom Williams en su boca, su agradable sabor salado, la molesta mano en su trasero, y el momento inesperado, hacía un mes, en una cena elegante a la que habían invitado a todos los trabajadores del hotel, cuando probó una ostra por primera vez y se dio cuenta de que, por un instante, lo echaba de menos.

Susie estaba con dos chicas y un chico en la acera de enfrente, en la puerta del Amadeo's. Freya aminoró la marcha e intentó buscar una manera de... No, era demasiado tarde para cruzar la calle.

—Bueno, bueno —dijo Susie—. Mira a quién se parece.

La frase no tenía ningún sentido como saludo.

—Hola, Sooz.

—Es ella —dijo Susie, girándose hacia sus amigos—. Justo se lo estaba contando. Les decía que conozco a alguien que puede permitirnos el acceso al hotel, pero que no tiene convicción alguna, así que...

—Es todo un detalle, Sooz. Muchas gracias.

—Bonitos zapatos —dijo Susie, y el desprecio en su voz fue de primera categoría. Una de las chicas se rio disimuladamente y la otra negó con la cabeza. El chico era regordete y el pelo rubio le caía sobre la cara. Llevaba camisa y unos tirantes verdes. Le tendió la mano derecha y le dijo, con el acento más pijo que le había escuchado nunca a una persona menor de treinta:

—Es todo un placer conocerte.

—No es un placer para ella —dijo Susie—. No le importa nada nuestra causa.

—Shh —dijo el chico rubio—. Freya, ¿qué es eso que me han contado? ¿No nos vas a ayudar con una pequeña bomba fétida? Podríamos salir en las noticias. Solo es una broma, no causará muchos problemas, solo algún pequeño inconveniente. Pero, si salimos en las noticias, nos darán un poco de notoriedad que

nos servirá para contribuir a...

—La causa —dijo Freya.

—Lo has pillado en seguida. Al swp le vendría muy bien tu ayuda.

—Él no es miembro del partido—comentó Susie con demasiadas ganas—. Forma parte del LPYS y edita el *Socialist Youth*. Sonrió.

—Cierto —confirmó él—. ¿Y tú qué haces, Freya?

Hubo una pausa. No sabía cómo responder a aquello, y de repente las chicas y el chico se miraron y se echaron a reír. Fue un momento extraño, más bien como una escena de una pesadilla estúpida y no un intercambio real. La hizo sentirse muy mal.

—Lo siento —dijo el chico rubio—. No pretendía avergonzarte. Pero ¿estás segura de que no puedes ayudarnos ni siquiera un poco?

¿Por qué tenía ganas de llorar otra vez? Susie miraba fijamente la puerta del Amadeo's.

—Yo...

—¿Sí?

El chico rubio le tocó la muñeca. Suavemente. Las chicas se susurraron algo.

—No voy a lanzar ninguna bomba fétida en el hotel.

—Por supuesto.

Ahora le prestaban atención. La situación se repetía, se iban a echar a reír otra vez.

—Pero hay una entrada en la parte de atrás, por donde el personal de la cocina sale a fumar. Tal vez podría dejar entrar a alguien. Siempre y cuando sea solo para gastar una broma.

—Eres la mejor —dijo el chico—. Eso estaría muy bien, de verdad.

Su oferta les tensó la cara.

—Solo a una persona. El viernes. Pero solo si sé exactamente qué es lo que...

—Cánticos fuera. Bomba fétida dentro. No causaremos nin-

gún daño, tienes mi palabra, Freya. Estás poniendo tu granito de arena en favor de la libertad de expresión.

Susie dio un paso adelante y abrazó a Freya.

—Lo sabía, Frey-Hey. Lo sabía.

Y en ese momento, Freya se acordó del día que le pidió a la hermana pequeña de Susie que nombrara a sus diez personas favoritas. Seis fueron animales, dos fueron su madre y el primer puesto se lo llevó una muñeca de plástico llamada Amanda Jane que tenía los ojos inquietantemente grandes.

IV

Una de las últimas veces que vio a Roy Walsh fue en el bar del Grand. Había pasado prácticamente toda la mañana detrás del mostrador de recepción preocupada por su padre.

Entró George, el portero. Se quitó el sombrero. Miró la lista de los huéspedes importantes que llevaba pegada en el borde interior. Se arregló el pelo con un rápido movimiento de mano. Freya lo vio volver a su posición preferida en la acera, a una distancia segura de los pájaros posados en la marquesina, hasta que por fin llegó un cliente. Hizo el registro, y el proceso fue sencillo hasta el momento en que le sonrió y le dio la llave. Entonces el cliente miró la llave con una expresión parecida al asco y anunció que quería que le subieran de categoría gratis. ¿Por qué había tanta gente que esperaba hasta que todo el papeleo estaba listo para soltarlo? Si te lo pedían educadamente antes de asignarles la habitación, era mucho más probable que accedieras a su petición.

—Estoy con Britvic —dijo el nuevo huésped, como si eso tuviera que tener algún significado para ella.

Mintió y le dijo que no había suites disponibles. Le dijo que el rey de Nairobi se alojaba con ellos. Aquella información casi siempre ponía a las personas en su sitio.

Volvió a su cuaderno. Preocuparse por su padre había despertado en ella pensamientos sobre su madre. Era como una de esas ofertas de «compra una cosa y llévate otra gratis», excepto que no quería el objeto pagado y tampoco el que venía de regalo. Llevaba un tiempo intentando ordenar sus propias ideas.

A mamá a menudo le aburría la vida. Sobre todo, evitar eso; por ejemplo, que solo me aburra el TRABAJO.

Se quedó mirando fijamente esas líneas, la inclinación hacia delante de su propia letra. ¿Por qué su madre, cuando estaba de mal humor, siempre intentaba encontrar maneras de hacer que el carácter de los demás pareciera predecible? Todo lo que la gente decía o hacía, ella lo anticipaba y lo despreciaba. «Ya sabía que ibas a decir eso.» «Típico.» Era profesora de Lingüística. Algunos días, veía clichés por todas partes. No lo hacía con malicia, probablemente. Su padre siempre decía que era un síntoma de «La Depresión». Por su manera de decirlo, quedaba claro que lo decía con mayúsculas. Pero ella parecía totalmente convencida de que la personalidad de todo el mundo estaba encerrada en un compartimento predecible, excepto la suya, porque no cabía duda de que se consideraba alguien fuera de lo común. A Freya le parecía que su madre, a veces, al intentar reforzar esta sensación de persona fuera de lo común, se sentía feliz cuando quería estar triste, y triste cuando hubiera querido estar contenta, o enfadada solo por el hecho de estar enfadada. Sobre todo, su madre estaba comprometida con la terquedad. Quería que todo el mundo estuviera alerta.

Algunas madres montan fiestas. La mía montaba crisis.

Se sentía orgullosa de esas dos últimas frases. Pensó que tal vez un día fueran la semilla de un guion muy rentable.

Abrió *El color de la magia* tras el mostrador y leyó algunas

páginas más. Dosflores y la montaña del revés, los dragones que solo existen en la imaginación. Dioses jugando a un juego de mesa y controlando desde ahí los viajes de los personajes. Bufó al leer una frase de Rincewind.

—*Mi nombre es baladí* —respondió ella.

—*Un nombre muy bonito* —comentó Rincewind.

La luz acariciaba las paredes del vestíbulo y creaba tramas misteriosas que se movían despacio.

Llegaron más nubes y cubrieron el cielo. Los patrones se desvanecieron. Comprobó el arsenal de tiritas del segundo cajón por si a Barbara le daba por atacar a más clientes. Barbara estaba tumbada de espaldas en la moqueta, con las patas en el aire, los ojos amarillos, brillantes: una trampa. Su ronroneo estaba cargado de chisporroteos de electricidad estática.

Fran se le acercó.

—¿Cómo está tu padre, Frey?

—Va recuperándose. Gracias, Fran.

—Es lo que me habían dicho. Estupendo. Dale un abrazo de mi parte.

La gente siempre quería la mínima cantidad de información. La suficiente para que no les amargara el día y, al mismo tiempo, les permitiera sentirse bien. Fran era buena gente, pero siempre estaba aburrida y ocupada. En ese aspecto era como todo el mundo que no era famoso, y quizá como algunas personas que sí lo eran.

Freya observó los patrones granulosos del mostrador y pensó en corazones. Sintió que su cabeza se convertía en sorbete, que se transformaba en un zumbido blanco, un largo pasillo que se perdía en la distancia y que conformaba una imagen pura, bonita, como de vídeo musical. Madonna. *Borderline*. ¿Cómo podía ser tan increíble?

Parpadeó. Aquel día, uno de sus pulgares parecía más grande que el otro.

El cuaderno estaba decorado con dientes de león y semillas que volaban eternamente, intentando escapar de la página. Pasó la nota donde se leía que Susie estaba intentando contactar con ella y también el mensaje escrito debajo sobre los cambios solicitados para la habitación de Margaret Thatcher. Al parecer, la petición principal era que la estancia dispusiera de varias lámparas de baja potencia junto al escritorio para que su marido, Denis, al que misteriosamente le faltaba una segunda «n», pudiera dormir mientras ella daba algunos retoques de última hora a su discurso. A su padre aquello le había parecido un detalle perfecto: que alguien *planeara* hacer retoques de última hora.

Tenía que largarse de allí en las próximas semanas, mientras había personal temporal suficiente para cubrir su puesto. Aunque no fuera a España. Aunque solo fuera a Bognor o algún sitio parecido. Su padre decía que conocer a Margaret Thatcher era una oportunidad que solo se presentaba una vez en la vida, pero ¿qué sentido tenía hacer algo que nunca volverías a hacer? Sonaba muy parecido a lo que su madre llamaba el Valor de la Novedad.

John el surfero se deslizó tras el mostrador con un aspecto extrañamente sospechoso. ¿Podía Freya cubrir su turno aquella tarde? A las cuatro en el bar. «Te deberé una. ¿No te devolví el turno el otro día?»

—Tengo que ir a visitar a mi padre otra vez.

—Es verdad. —John el surfero se recolocó su bonito pelo y dejó pasar un momento—. Y va a ser una visita larga, ¿no? Suspiró.

—Me deberías una grande, John.

—¡Te quiero!

—De cuatro a ocho, ¿verdad? Me debes una de las grandes.

—Eres la mejor. Voy a...

—¿Sí?

—Algo bonito. Te voy a comprar...

—¿Un coche? ¿Un castillo?

—Te voy a invitar a cenar a un sitio bueno —dijo John.

Freya se rio.

—En serio. Ahora tengo que ir a Camber Sands, pero después lo organizo.

Una vez hecha esta misteriosa promesa, John se marchó. Uno de los chicos del personal de verano se acercó al mostrador. Se inclinó sobre la mesa de roble y dijo en tono despreocupado:

—Hola, Freya. ¿Cómo está tu padre?

—Muerto.

—¡Joder! ¿En serio?

—No —respondió ella, y vio cómo la emoción desaparecía de la cara del chico.

En el descanso, salió a dar un paseo y acabó enfadada. Se enfadó consigo misma por haber aceptado cubrir el turno del bar en lugar de visitar a su padre. Se enfadó por preferir la idea del bar a la realidad del hospital. Se enfadó con el Royal Pavilion por parecerse tanto a las fotos del Taj Mahal. Se enfadó con lo predecible de las telas alegres de las tiendas bohemias de North Laine. Se enfadó con la deprimente cubierta de hierro de la estación, con los complejos arcos blancos de las calles laterales, los pequeños y adormilados quioscos, el aspecto medio derretido de las ondulantes barandillas del paseo marítimo. Se enfadó con John el surfero y, sobre todo, se enfadó con el Grand. El conjunto entero le parecía absurdamente autocomplaciente. El meticuloso enladrillado. Las ventanas perfectamente repartidas. Los fragmentos de hierro forjado retorcido de los balcones. Los voladizos de piedra blanca que los sujetaban. Si entrecerrabas los ojos, veías estúpidos patrones florales, estúpidas hojas, estúpidas conchas. La fachada parecía eso, una fachada. Un artificioso escenario de película, calculado hasta el más mínimo detalle, para doscientas una habitaciones de precio ridículamente caro en las que la única concesión a la imaginación era, ¿cuál?,

¿la ligera variación en la disposición de los muebles? El edificio ofrecía el singular aspecto tipo encaje del piso de su abuela en Hove. ¿Sabía su abuela que Moose estaba enfermo? Entró como un torbellino a través de la puerta giratoria y no le dijo hola a nadie.

Cogió una rodaja de lima de una balda bajo la barra y la puso en su bebida. Tenía el humor ácido. Pensamientos cítricos y turbulentos. En torno a ella, el olor de la nicotina competía con el intenso aroma avinagrado de la salsa HP servida en ramequines. Mientras estudiaba al pequeño grupo de bebedores concentrado a su alrededor con los ojos entrecerrados y una mirada digna de un safari, pensó que más le valdría estar en casa viendo vídeos de David Attenborough. Un grupo de hombres vestidos con chaquetas beige, sentados a una mesa baja, jugando al bridge y haciendo chistes sobre sus mujeres. También un escritor local al que le gustaba beber auténtica cerveza *ale* mientras tomaba notas en su cuaderno Moleskine. («Las olas son increíbles» era la única frase que Freya había entrevisto.) Y más cerca, sentado en la barra con un crucigrama desplegado frente a él, estaba un tipo excéntrico al que todo el mundo llamaba «el Capitán». «¿El Capitán de qué?», preguntaba Freya de vez en cuando, pero nadie parecía saberlo. Sus intentos por conseguir alguna aclaración por parte del propio Capitán sobre aquel sencillo aunque al parecer íntimo tema no habían dado ningún resultado hasta el momento. Parecía el fruto de la unión de una pareja de tejonas. Patillas blancas y peludas. Manchas en sus vacías mejillas. Observó la mata de pelo encrespado, azulado y eléctrico, los mechones independientes, como sorprendidos por la luz. Tenía más de setenta años. Los números altos se mezclaban entre sí, como las plantas superiores de un rascacielos, distantes, lejanas.

El único dato indiscutible sobre el Capitán era su hábitat natural: las tiendas benéficas o de segunda mano de Brighton donde podía darse el placer de satisfacer su increíble necesidad de rebuscar. El Capitán tenía un apetito insaciable por los objetos

antiguos. Sus mejores descubrimientos acababan expuestos en un pequeño proyecto montado a tres calles de la playa, una «institución cultural» que él llamaba «Museo de los Objetos Perdidos». Para la mayoría, el museo —del que el Capitán era fundador, director de adquisiciones, conservador y único miembro en plantilla— no era más que un ático lleno de basura. Pero a Freya a veces le parecía un lugar de desorden liberador. Cuando hacía mal tiempo, se pasaba por allí en su hora de comer. El Capitán nunca le cobraba entrada. Parecía que nunca le cobraba entrada a nadie. Su capacidad para mantenerse a flote económicamente era uno de los muchos misterios que orbitaban su persona.

—La octava maravilla del mundo —decía ahora. Al removerse en su taburete, los harapientos parches de cuero de los codos de su chaqueta roja chirriaron contra la madera de la barra. Freya asumió que hablaba de su museo, o que leía en voz alta uno de los enunciados del crucigrama, pero se equivocaba. Se refería a Marina, que acababa de entrar en el bar con las mejillas sonrosadas, neumática, sujetando una caja polvorienta de plástico sin tapa llena de lápices y piezas de Lego. Las cejas de los jugadores de la mesa de la izquierda cobraron vida y sus voces se rebajaron a un susurro. El Capitán se crujió los dedos. Un colgante de plata rebotaba sin cesar en la curva de sus pechos. Un modelito inusualmente escotado. Últimamente, Freya sentía que se habían embarcado en un juego de rivalidad de dimensiones delicadas.

—Freya, cielo, ¿te importa si dejo esta caja detrás de la barra? Ella se encogió de hombros.

—¿Hay niños en el hotel?

—No, es mi sobrino. Mi hermana está enferma y tengo que cuidarlo esta tarde.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Siete —admitió Marina.

—¿Tienes siete hermanas?

—Sí. Y un hermano, pero no aporta nada.

—Zona tres —dijo el Capitán, golpeando tres veces sobre la barra con los nudillos.

—¿Perdón? —dijo Marina.

—Siete hermanas, Seven Sisters. Entre Finsbury Park y Tottenham Hale, en la zona tres, si no me equivoco. Metro de Londres. También es un término que se utiliza para describir a un grupo de rascacielos estalinistas en Moscú. Sí, una combinación poco común de barroco y gótico ruso. Vi un par después de la guerra.

Marina, que rara vez se ponía nerviosa, parecía nerviosa. Era un fenómeno interesante de observar. Parpadeó y le dedicó al Capitán una sonrisa rápida y estratégica.

—¡Nos vemos pronto! —exclamó.

—Cuando dices «durante la guerra», ¿a qué guerra te refieres? —preguntó Freya.

El Capitán tosió.

Marina miró a la hoja de pedido de patatas Walkers que Freya tenía delante. Un trabajito que le había dejado John. ¿Cómo iba a saber qué sabor de patatas preferían los conservadores? En sus Circulares Llenas de Juegos de Palabras Malos en el Primer Párrafo, el director general no paraba de decirles que «reforzaran las existencias» y que estuvieran «preparados para cualquier eventualidad». Hacía que pareciera que iban a la guerra. Era la guerra más aburrida en la que había estado nunca.

Tenía hambre. El Capitán metió la mano en un bolsillo de la chaqueta. Sacó un yoyó y un *post-it* arrugado. Los bolsillos del Capitán eran famosos en todo Brighton por ser como agujeros negros llenos de tesoros escondidos y sabiduría sedimentada. En las noches de trivial en el pub Cricketers, en ocasiones le pedían que dejara la chaqueta detrás de la barra. Temían que el peso de la sabiduría enciclopédica que acechaba en sus varios compartimentos le tentara a hacer trampa (o, según palabras del Capitán, a desplumar, burlar, estafar, tangar, timar, despistar, trampear, embaucar, defraudar, engatusar y confundir).

Pegó el *post-it* en un posavasos de cerveza London Pride, es-

cribió algo con un boli que le prestó Freya y después se guardó la nota y el boli en el bolsillo.

—Mmm. Necesito el bolígrafo.

Empujó el yoyó en su dirección.

—¿Me lo cambias?

Por qué no. Esa era la nueva Freya. Como un yoyó. Impulsiva. Que pronto tendría un novio cuya piel no estaría quemada por el Clearasil. Cogió el yoyó y metió el dedo corazón en el agujero de la cuerda. Con un movimiento hacia atrás de la mano, lo lanzó en dirección al suelo. En lugar de volver a enrollarse y subir, el artilugio se soltó de la cuerda, cayó al suelo con un «clac» y se alejó rodando.

—La sección de juegos del museo se está volviendo difícil de manejar —le explicó el Capitán.

A Freya le gustaba Blatchington Mill. No se le habían dado mal los deportes. Su instituto tenía reputación de ser problemático, pero quienes extendían esa reputación eran personas que lo comparaban de manera injusta con St Catherine's. Todo el mundo sabía que St Catherine's era el tipo de cárcel de alto *standing* en la que los estudiantes se llevaban a casa el trofeo de la BBC *Songs of Praise* al Coro del Año durante tres años seguidos.

Se preparó otra soda con lima y le dio al Capitán otro bol de frutos secos.

Cuando se terminó todos los frutos secos, el Capitán levantó la vista.

—¿Vas a venir mañana al museo, Freya?

Había recogido el yoyó del suelo. Con unos dedos sorprendentemente ágiles, estaba recolocando la cuerda.

Le dijo que tal vez. Era un tal vez sincero. En una época se había preguntado si el Capitán era un tanto depravado, pero esa sensación dio paso a la creencia de que era una de las personas más interesantes que conocía. Freya sugirió las dos y media de la tarde.

—Qué pena —dijo el Capitán—. Mañana a las dos y cuarto

tenía planeado estar en St Paul's. Un hombre sin planes es igual que un hombre muerto.

—No sabía que fueras religioso.

—Me interesa todo tipo de ficción —respondió—. Novelas. Poemas. Historias. Lo que cuentan los políticos. Nunca he encontrado nada de provecho en los hechos serios. No los disfruto. No consigo creérmelos. En realidad, están manoseados, les falta la crudeza de lo absurdo. La gente comete el error de intentar estar seria a todas horas, como si la vida no fuera divertida, o de estar en plan divertido a todas horas, como si la vida no fuera seria. Solo puedes enfrentarte al mundo si haces un poco de las dos cosas. La vida es una melodía que acomoda un gran número de notas. —Bostezó—. Por supuesto, la mayoría de la gente es aburrida y está desesperada. Lucian Freud me dijo una vez, lo conocí brevemente, no lo digo solo por decir, me dijo: «Capitán, a veces pintar es como una de esas recetas en la que le haces un montón de cosas complicadas a un pato y al final acabas dejando la carne del pato a un lado y utilizando solo la piel». —El Capitán golpeó la barra con la mano y se echó a reír—. El bueno de Lucy. Tenía un apetito voraz por la carne, pero... La vida son las cosas que la gente guarda, y las cosas que tira. Toma, como nuevo. No sé lo que estaba diciendo.

Freya cogió el yoyó.

—¿Quién es Lucian Freud?

—Prolífico es lo que es. Probablemente tú seas una de sus hijas.

—Si tiene dinero, no me vendría mal.

—Le hablaré bien de ti —dijo el Capitán—. Si no vas a galerías de arte, no dejes de leer. He estado rebuscando entre un montón de parafernalia del hombre este, Joseph Mitchell. ¿Lo conoces? También de Bernard MacLaverty. No existe un mejor escritor vivo. Si lees cosas, te formas una opinión sobre las cosas. Uno no quiere convertirse en una de esas personas que no cree en nada. Ese es el camino hacia la miseria. Es hora de bailar.

Hoy en día, soy la segunda autoridad mundial en la lengua de las gaviotas.

Le preguntó si quería otra copa. Pensó que igual le daba algo de color a las porciones imberbes de sus mejillas. En su cabeza, las personas mayores debían tener un aspecto un tanto otoñal. ¿Comía alguna vez el Capitán algo preparado en casa? ¿Dormía en una cama de verdad? ¿En serio conocía a Lucian no sé qué? No lo sabía, no tenía ni idea. Más misterios, más costumbres escondidas. Más cosas guardadas en su yo privado.

Le dijo que no quería otra copa.

—Voy a perder el sentido —le explicó.

Mientras hablaba, una silueta apareció en el vestíbulo. La silueta se transformó en Roy Walsh.

Tragó e intentó escribir un rápido guion en su cabeza. Algo ingenioso que decir. Algo interesante. ¿Dónde estaban esas cosas? La vio y la saludo. Se acercó a la barra.

—Me alegro de volver a verte —le dijo.

—Pensaba que te habías...

—Sí. He tenido que alargar mi estancia.

Le preguntó si se había quedado más tiempo por trabajo.

Él se encogió de hombros y dijo:

—Todo es trabajo.

—¿Sigues tu amigo contigo?

—¿Amigo?

—El hombre de las escaleras. Parecía...

Una sonrisa.

—Un colega. Por desgracia, ha tenido que marcharse.

—Qué pena —comentó ella—. Quiero decir... —dijo, y se rindió.

El Capitán estudiaba la pared. Los jugadores miraban fijamente sus cartas.

—Uy, perdón —dijo—. Capitán, él es... Bueno...

—Hola —saludó Roy, y le estrechó la mano al Capitán.

El tiempo engordaba con el silencio. El Capitán se puso de pie

de un salto con una velocidad sorprendente. Le ofreció a Freya una moneda de una libra. Siempre le daba una moneda de una libra. Era su mejor y única oferta. Según el Capitán, si ofrecías una moneda de una libra por comida y bebida y los servicios prestados, habías sido partícipe de un intercambio civilizado.

El robo y otro buen número de tácticas criminales solo entraban en juego si te marchabas sin pagar nada en absoluto.

A medida que la chaqueta roja del Capitán desaparecía, los ojos de Freya se posaron en un trozo de plástico azul que Roy Walsh tenía en las manos.

—¿Qué es eso? —Preguntó.

—¿Esto?

—Sí.

—Un busca por satélite. Un localizador de esos. Si alguien quiere ponerse en contacto conmigo para un nuevo trabajo, llama a un ordenador, el ordenador envía la notificación a un satélite, la señal rebota, o algo así, y entonces esta cosa suena.

Volvió a sonreír.

—Inteligencia —dijo ella.

—¿Qué?

—Inteligencia artificial. Ese tipo de cosas. He leído un artículo sobre el tema.

Roy se frotó los ojos. Bajo sus ojos, se acentuaban las ojeras.

—No llega a ese nivel, pero sí —dijo—. Un artilugio inteligente.

Freya lo miró y miró el busca. Él sabía cosas, tenía cosas, una vida de verdad. El doctor Haswell y el señor Marshall podían arreglar corazones —eso era lo que les definía como adultos— y le parecía que Roy probablemente también se dedicaba a mejorar la vida de otras personas.

—¿A qué te dedicas?

—¿Yo? Soy electricista.

Tenía sentido. Técnico pero práctico. Todo el mundo necesita luz y... tostadores. La gente necesita tostadores. Intentó esconder su decepción.

- ¿Cómo es tu jefe? —le preguntó.
- ¿Mi jefe? Supongo que se podría decir que yo soy el jefe.
- Ah, vale. Entonces tienes un...
- Sí, un pequeño negocio, exacto. Esta cosa me es muy útil. La oficina me avisa de nuevos trabajos cuando estoy de viaje.
- Entonces, eres un hombre de negocios.
- En cierto modo.
- Y tu amigo...
- Colega.
- Se ha marchado porque...
- Tenía que volver con su media naranja.
- ¿Su media naranja?
- Sí. Es ella la que lleva los pantalones. Lo tiene en un puño. Freya negó con la cabeza.
- ¿No conoces esa frase?
- Había vacíos vergonzosos en las cosas que ella sabía, espacios por rellenar o en los que poner un parche, y nunca sabía cuándo podía caer en uno de esos hoyos.
- «Siamese Cat Girl» —dijo él.
- Ella volvió a negar con la cabeza.
- Los Rolling Stones.
- Ah.
- Tenerlo en un puño significa... ¿Qué significa? Que otra persona te controla. No veo que eso te pueda pasar a ti.
- Era un pequeño cumplido, si es que en verdad lo era, e intentó controlar el rubor que sentía en las mejillas. Si el amigo de Roy tenía una relación con una mujer que llevaba los pantalones en casa, entonces quizá tanto Roy como su amigo fueran en realidad bisexuales en lugar de homosexuales, o tal vez —esta era una teoría más sencilla, más sólida, y aun así requería prescindir de ciertas suposiciones—, había malinterpretado cada una de las situaciones y a ambos solo les interesaban las mujeres, en cuyo caso...
- ¿No conocerás un gimnasio por aquí cerca?

—No tenemos ningún acuerdo con alguno, pero hay un par de sitios que tienen pases de día, puedes probarlos. Si quieres te apunto la información.

—Te lo agradecería, gracias.

—Imagino que entrenas bastante.

—Hago lo que puedo. Antes entrenaba más. Me gusta salir a correr, pasear a mis perros. Tú nada, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Me parecía haber escuchado algo.

—Bueno, nadaba antes, ahora no tanto.

Deseaba no haberle hecho la pregunta sobre el deporte. Era una pregunta de niña pequeña.

—Eres demasiado joven para tener un «antes» —comentó él.

—¿Por qué? ¿Tú no tienes ninguno?

—Yo tengo unos cuantos años más que tú.

—Solo unos pocos.

La miró a los ojos.

—Supongo que tienes razón. Pero los suficientes como para saber quiénes son los Rolling Stones.

—Sé quiénes son —dijo ella—. Y aún voy a la piscina, pero no me lo tomo tan en serio como antes.

—Igual deberías apuntarme el nombre. ¿A cuál vas? Yo también solía nadar cuando era más joven. No sé muy bien por qué lo dejé.

—Igual porque el cloro te estropeaba el moreno —le dijo ella. Él se rio.

—Es moreno natural.

—Naturalmente.

—Es moreno natural y me duele que pienses que no lo es, Freya. De donde yo soy, la gente se esfuerza por coger un poco de color.

—Vale —dijo ella, y removi6 su soda con lima con una pajita mientras sonreía.

No llevaba el pin con su nombre. Lo tenía puesto en la cha-

queta y la chaqueta estaba sobre el taburete. Se remangó los puños de la camisa blanca y dio otro sorbo. La había llamado Freya. Que un extraño se acordara de tu nombre suponía uno de los placeres más sencillos, uno de los más limpios y puros.

—Solía ir con alguien a la piscina —continuó Roy—. Pero cuando dejó de ir, yo también lo dejé.

—¿Tu novia?

—Mi padre cuando era más joven, pero después una novia, sí.

—Y ya no lo es.

—No.

—¿Qué pasó? ¿Se acostó con tu mejor amigo?

—Qué graciosa —dijo Roy—. Pero no, mi mejor amigo es... Sabes una cosa, Freya, no estoy seguro de tener uno.

—¿No?

Él se rio y pareció a punto de decir algo importante. En lugar de eso, la confusión nubló su cara, o el arrepentimiento.

—Al principio, todo iba muy bien con mi novia. Eso fue al principio, hace años. Éramos muy jóvenes, pero estaba convencido de que había sido cosa de Cupido.

—¿Y qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Resultó que estaba llamando al número equivocado.

Freya lanzó un sonido que era mitad risa mitad bufido, justo el tipo de reacción idiota que intentaba eliminar de su rango de respuestas.

—¿Qué pasó después? —le preguntó.

—Solíamos hablar por la emisora. No sabrás lo que es. Pero entonces los acontecimientos se apoderaron de todo.

—¿Los acontecimientos?

—Sí.

—¿De dónde me has dicho que eras? No me acuerdo.

—No recuerdo habértelo dicho —respondió Roy.

—Oye —dijo ella para salvar el momento incómodo—. ¿Sabes quién es Lucian Freud?

—¿Freud? Sí.

—¿Qué te parece?

—Supongo que... —Roy se movió en su taburete—. El nombre me suena. — Se volvió a reír—. ¿Me pones una copa, entonces?

—Mierda. Lo siento. Esto se me da fatal.

—Decir tacos delante de los clientes. Eso es motivo de despedido. ¿Tienes whisky de malta?

—Tenemos estos de aquí.

—El que sea.

—¿En serio?

—No soy tan aficionado como para tener preferencias.

Le sirvió una copa de Glenmorangie, el que le gustaba a su padre, y apuntó una copa más barata en la cuenta de su habitación.

—Pensaba que preferías el vodka.

Roy abrió los ojos de par en par.

—Lo siento. Una de mis tareas cuando no hay mucho trabajo en recepción es copiar los registros del servicio de habitaciones.

Roy miró por la ventana. La mano izquierda sobre la mejilla izquierda. Asintió como si estuviera de acuerdo con algo que nadie había dicho.

—¿Dónde está tu padre? No lo he visto por aquí.

—No se encuentra muy bien.

—Vaya, lo siento.

—Sí. ¿Hielo?

—No, ni hablar.

Dio dos sorbos cortos y luego se bebió el resto de un solo trago.

—¿Un día largo?

—Sí.

—¿Otra?

Él sonrió.

—Siempre he querido hacer esto.

—¿El qué?

—Beberme un whisky en un hotel de categoría como si mi vida dependiera de ello. Hace que todo parezca mucho más épico.

Freya intentó averiguar si le estaba tomando el pelo.

—Eso depende de si consideras esto un hotel de categoría.

—¿Estás de broma? Mira a tu alrededor.

—¿Qué me dices del olor a alcantarilla de ayer? ¿Te parece de cinco estrellas?

—Escucha —dijo él—. Para empezar, no olí nada. Además, no se le puede echar la culpa de todo al hotel. Un lugar viejo como este probablemente tiene un montón de tuberías del seis. Y apostarí a que muchos de los huéspedes —señaló con la cabeza a los jugadores de cartas— tienen culos del ocho.

Freya se rio durante un buen rato con el comentario.

—Es una simple cuestión de física —dijo él.

Hablaron de su negocio de electricista. Le preguntó si quería tomar otra vez lo mismo.

—Por desgracia, no puedo quedarme —respondió él.

A pesar de que no esperaba verlo allí, de que no esperaba volver a hablar con él, sintió sus palabras como un nuevo golpe.

—Por cierto, ¿qué tal van los preparativos para la llegada de la primera ministra? —preguntó Roy.

—Van bien. —Una prórroga—. Ha pedido un montón de cosas.

—¿En serio?

—Comida especial. Bebidas especiales. Cámaras.

—Cámaras —repitió él.

—Sí. Van a instalar un montón.

—Me imagino. Pero ¿ya?

—No, en una semana o así.

Guardó silencio durante un momento.

—¿Crees que podrás pasar un rato con ella, con Maggie? Probablemente tiene una agenda muy apretada. Tendrás que buscar algún hueco mientras está aquí para preguntarle qué piensa sobre el *apartheid*.

—¿*Apartheid*?

—Sí.

—Debe de ser bastante complicado.

—Una vez entiendes de qué va, es bastante sencillo.

—No, me refiero al hueco en su agenda.

—Ah —sonrió él—. Es normal.

—No para de cambiar. Hay un montón de *y si...* y de *peros*. Mira.

Cogió su chaqueta. Sacó un documento del bolsillo y lo colocó sobre la barra. Roy Walsh lo observó durante largo rato. Freya se alegraba de haber llevado la conversación a un tema del que sabía algo, a un territorio en el que podía defenderse.

—Ya entiendo lo que quieres decir —dijo él.

—¿Te interesa la política?

—¿A mí? No más que a cualquiera. A todos nos interesa, ¿no? Solo se trata de saber si nos va o no.

Le pareció un comentario inteligente. Reforzaba la idea que tenía de él como alguien cuya inteligencia procedía de la experiencia y no de los libros. Volvió a sentirse muy joven en su compañía, y cuando pensó en John el surfero y, aún peor, en los chicos que conocía del instituto, le pareció como si pertenecieran a un género totalmente diferente al de Roy Walsh.

En el fondo de su vaso de pinta, una vez se hubo bebido toda la soda con lima, veía reflejada su cara, que parecía una enorme luna pálida de las cosas que nunca había hecho. Esquí, esquí acuático, vela, sexo en el agua, sexo en el que el hombre te toma por detrás. Hornear galletas de temporada, jalapeños, Michael Jackson en directo, sushi, *piercings*, *puenting*, salto en paracaídas, camas de agua, yoga, un refresco con helado hecho con más de dos sabores de helado. Argentina, Botsuana, Camboya, todo un abecedario de aventuras. Pero era una cara con potencial, pensó.

—¿Quieres que te escriba el nombre del gimnasio y de la piscina?

—Por favor —dijo él al ponerse de pie.

Cuando se marchó, Freya se apoyó sobre la barra vacía, meditando la palabra *por favor* en su mente. Volvió a guardarse el documento con la agenda de Thatcher en el bolsillo. Seguramente se obsesionaba demasiado. Llevaba un tiempo pensando que ese era un tema que debía abordar. Un punto oscuro en los márgenes de su campo de visión que crecía y se encogía.

Cuando John el surfista volvió de Camber Sands, le trajo un palito de caramelo duro típico de Brighton. Le dio las gracias y la abrazó. La miró con cara extraña. Era como si viera algo nuevo en ella.

—¿Qué? —le dijo ella.

—Nada —respondió él.

Le preguntó cuándo estaba libre para que la invitara a esa cena de agradecimiento.

Afuera, había empezado a llover. El agua chorreaba por los cristales de la ventana en largos regueros ondulados, una lluvia abundante que la dejó bastante satisfecha.

V

Dos horas antes de que llegara Marina, Moose se despertó con la boca abierta. Quiso levantarse de la cama y un celador vino a ayudarlo.

Le temblaban las piernas. Había entrado en aquel lugar con unas piernas fuertes. El hospital era perjudicial para su salud. No había otra conclusión. Ampollas en los talones, sarpullido en el trasero. Ningún hombre debería tener que decirle nunca a su hija las palabras «cómprame crema para el culo, por favor». De camino a los baños, encorvado, deteniéndose cada poco, pasó junto a personas cuyos ojos le hicieron pensar en nubes y cuyos cuerpos le hicieron pensar en sábanas. Caras que brillaban de sudor, que sufrían. Una anciana con muletas. Un niño en una silla de ruedas. Las vidas destrozadas que habitaban aquellos pasillos convertían a Dios en un bruto sin sentido. ¡A menudo equipo se había unido! Un grupo cuyo vínculo eran los errores del cuerpo y de la mente, equivocaciones y accidentes y cambios para mal. Una pizza cuatro quesos le sentaría estupendamente. El triste suelo embaldosado se mostraba inflexible.

El espejo del baño le reveló que pertenecía a aquel lugar. Tenía los ojos inyectados en sangre y la máscara de palidez seguía pegada a su piel. No cabía duda, se encontraba en tales condicio-

nes que lo más aconsejable era o recuperarse del todo o dejarse ir. Esa última opción le atraía. No más actuaciones. Convertirse en un despojo total. Y, mientras tanto, el resto de hombres del mundo podrían seguir fingiendo, sonriendo, sacando pecho; separándose los unos de los otros.

Necesitó varias pasadas de sus manos empapadas en agua para apaciguar las ganas de aventura de su pelo. Algunos mechones se revolviéron en cuanto dejó el peine. Llenó el lavabo con un dedo de agua tibia, expectante, oscura, y se afeitó. Escuchó a un hombre tras una finísima puerta esforzándose por expulsar un truño. Se echó agua en la cara, cerró su neceser y volvió a la cama.

Aquella mañana, Freya había vuelto a visitarle. Le había llevado una planta. Se sentía agradecido por la planta. Una planta era el regalo perfecto. A comienzos de aquella semana, un viejo amigo de su época de saltador de trampolín le había llevado un silbato que reproducía diferentes sonidos de pájaro. Uno de los inconvenientes de tener un apellido como Finch era que un número sorprendente de personas, en Navidad o en tu cumpleaños, consideraba apropiado o divertido regalarte cosas relacionadas con pájaros. Un despertador con forma de pájaro (verde). Un despertador con forma de pájaro (marrón). Un abrelatas en forma de tucán.

A veces sentía que algunos de sus amigos cercanos disfrutaban convirtiéndolo en una caricatura: el desafortunado hostelero al que se le solía dar bien todo y que ahora era apasionadamente —y tal vez trascendentalmente— mediocre. Cuando les seguía el juego y aceptaba la idea que ellos tenían de la curva ascendente y descendente de su vida, todo iba bien. Les encantaba que actuara como una persona plana, deshinchada, que fuera una de esas geniales decepciones de la humanidad que se mostraban críticas consigo mismas.

Pero cuando decía algo inesperado, algo demasiado duro o demasiado cierto, o algo que no se había pensado del todo bien

—que quizá les recordaba que ellos también cargaban con su ración de sueños rotos—, le trataban como si fuera un aguafiestas. Así que últimamente guardaba silencio. Y guardar silencio es lo que había hecho esa mañana, cuando Antonia y Brian, del hotel, habían ido a visitarlo. Lo veía en sus ojos. Solo habían acudido con el propósito específico de asegurarse de que el ataque al corazón no lo habían sufrido ellos.

La planta de Freya estaba colocada en la mesilla de noche de roble falso, compartiendo espacio con una jarra de agua y una copia del *Guardian*. El titular de portada decía: «La popularidad de la primera ministra cae en picado», pero la encuesta a la que hacían referencia en el artículo mostraba que Thatcher mantenía una estrecha ventaja sobre el Partido Laborista. También había un suplemento de diez páginas sobre el nacimiento del príncipe Enrique de Gales. El bebé aparecía en las fotos con aspecto travieso, burlón, regordete; con suerte alegraría a su madre de ojos tristes. Freya le había dicho que la planta no tenía olor, pero el alegre follaje parecido a un nenúfar desprendía un peculiar aroma a pimienta. Le hacía estornudar cada hora o dos, y al estornudar le dolía el corazón, la espalda, los brazos y los ojos. El dolor a menudo se reducía y se concentraba en un pequeño nudo sobre su nuez, donde a veces conseguía tragárselo con la ayuda de un poco de agua.

¿Dónde estaba Marina? Llegaba muy tarde.

Después de su tercer día de trabajo en el Grand, tras terminar sus turnos exactamente a la misma hora, Moose le había preguntado a Marina si le apetecía tomar algo con él.

—Tal vez otro día —le había contestado ella. Y después, tras presionarla un poco, había añadido—: No pienso acostarme contigo.

Pensó que la había escuchado mal.

—¿Cómo dices?

—No pienso acostarme contigo —le repitió.

—Sí, vale —dijo él.

Había sido un desarrollo curioso. Era una mujer guapa, una mujer nueva que no conocía ni un solo detalle de los errores de su pasado, y ya estaba pensando que no iba a acostarse con él.

Por desgracia, Marina se había mantenido fiel a su palabra desde entonces. La directora de atención al cliente del Grand no le daba amor. Sabía que nunca se encontraría con ella en una cama de sábanas revueltas, con la oreja pegada a su estómago, escuchando sus sonidos secretos. Lo había aceptado hacía mucho tiempo. En una ocasión, la invitó a ir al cine con él «como amigos», el código universal que significaba Por Favor Acuéstate Conmigo. En otra, en una época en la que el tiempo libre que pasaban juntos cada vez era mayor, le pidió que se fuera con él de fin de semana a un hotel de lujo en el Distrito de los Lagos para «ver cómo lo hacía la competencia»: lo que venía a ser un Te Adoro. En ambas ocasiones ella había rechazado la invitación educadamente y se había inclinado un poco hacia delante para darle, como si fuera un premio de consolación, un pequeño apretón en el brazo. Ay, esos apretones en el brazo. Le dejaban con más ganas de ella que antes. Tal vez de manera menos pronunciada, pero sí más profunda, como una vieja herida que duele en los días de frío.

Un celador le había traído a escondidas un paquete de anarcos. Esperaba conseguirlos por no más de media libra, pero al final le había tocado pagar la ridícula cantidad de una libra veinte. Allí, la situación del mercado era perfecta para hacer negocio: público cautivo, más compradores que vendedores.

La luz fluorescente no resultaba nada agradable. Las paredes mullidas exhalaban apatía. Llegó una enfermera y le pidió perdón de nuevo de parte del señor Marshall por haber tenido que cederle su habitación privada a un «paciente necesitado». Lo que le hacía falta a aquella sala era una claraboya. O una escultura aquí y allá. O un alegre sillón morado. ¡Redecorad! No se atrevía a pensar en el hotel excepto en breves *flashes*, su elegancia y lujo suavemente iluminados. Anhelaba la primavera,

no podría soportar otro invierno de vientos helados, de frentes fríos procedentes del mar, guantes mojados arrojados sobre las aceras, la falsa solidez de los muñecos de nieve, mierda de perro congelada en las alcantarillas, nieve sucia en los bordillos de King's Road...

Venga, viejo, mantente positivo.

—¿Interrumpo?

Abrió dos ojos y cerró una boca. Marina.

—Yo...

—¿Sí?

—Me alegro de verte, Mari.

—Bien —respondió Marina—. ¿Estás disfrutando de tu estancia?

Moose se sentó con dificultad.

—Ahora que lo dices, el servicio no está mal.

—¿No?

Él se frotó la cara.

—Francesca vino ayer y me dijo que se le había ocurrido una idea. Va a quitar todas las moquetas del Grand y a sustituir las aspiradoras por fregonas.

Marina sonrió.

—¿Va todo bien?

—¿Con el personal?

—Con el edificio. Con los preparativos para la primera ministra.

—Claro. Y he traído conmigo a un amigo que quiere verte.

—¿Un amigo?

—Sí.

—Debo estar perdiendo la cabeza —dijo él—. No veo a ningún amigo.

Marina se inclinó hacia delante y le habló a un espacio al sur del colchón. Moose notó un breve movimiento.

—¿Estamos listos? —preguntó ella—. ¿Sí? Uno, dos, tres, ¡sorpresa!

La sorpresa apareció en estéreo y estuvo a punto de acabar con él. Asomando por encima de la cabeza de Marina, suspendido en el aire, había un niño diminuto de sonrisa traviesa y no más de dos o tres años. Tenía las pestañas largas y una extraordinaria mata de pelo oscuro, brillante como una carretera recién asfaltada.

—Te presento a Engelbert —dijo Marina—. Mi sobrino. Hoy me toca cuidarlo.

Engelbert se sacó un chupachups del bolsillo, le quitó el envoltorio y se lo metió en la boca. Parecía bastante contento de estar encaramado allí arriba, con los diminutos pantalones colgando y su camiseta roja demasiado ajustada.

—Me sirve de entrenamiento. —A Marina se le puso la cara roja por el esfuerzo—. Este hombrecito pesa bastante.

Moose observó cómo se colocaba a Engelbert sobre las rodillas. Le pareció otra de la miríada de injusticias del universo que aquel niño tuviera tanta vida por delante y que pudiera pasar al menos parte de ella en el regazo de Marina.

—Encantado de conocerte, Engelbert —dijo.

Engelbert respondió con un parpadeo.

—¿Eso es...? —dijo Marina—. El charco que hay debajo de la cortina...

—Sí. El hombre no se encuentra bien. No quería armar mucho lío. Estoy seguro de que alguien se ocupara de eso pronto.

Se acordaba... ¿De qué se acordaba? De Freya, con cuatro o cinco años, perfecta, ferozmente hermosa, capaz de romperle el corazón a cualquiera con una sonrisa o sacando la lengua. «Papi, ¿por qué el vómito no se parece en nada a lo que has comido?» Había tomado nota mental de eso. Un indicio temprano de genialidad.

Marina vio la carpeta en el suelo, junto a la cama.

—¿Estás trabajando?

—No, solo me estoy poniendo al día con la correspondencia.

—No lo tomes por costumbre —le dijo.

—Hazme un resumen rápido —le pidió él.

—Estás enganchado.

—Resumen, por favor.

—No hay ningún problema nuevo con los huéspedes. Nada de lo que preocuparse.

—¿Qué ha pasado con el incidente del puñetazo?

—Nada de lo que preocuparse.

—¿Va a haber demanda? ¿Hay que informar al director general?

Marina arrugó la nariz. Engelbert chupaba su caramelo. Una enfermera vio el vómito y miró su reloj.

—¿Tú quieres?

—¿Cómo dices?

—Que si quieres que informemos al director general.

—Supongo que el tema ya está solucionado, ¿no? Y el tipo probablemente se lo merecía.

Marina asintió.

—Hombres...

—Sí.

Intentó modelar la cara para mostrar la expresión de un hombre que no era uno de esos hombres, pero que, no obstante, era un hombre.

—Por cierto, en cuanto a las servilletas, creo que estoy casi decidido por las azules. Hay un proveedor en Escocia.

—Eso se te da mejor que a mí. No me importan demasiado los colores. —Marina hizo una pausa—. ¿Cómo estás de optimista, Moose?

—Depende. ¿Se puede ser optimista con la vida en general sin ser optimista sobre la vida de uno mismo?

—Aún piensas en acertijos, parece que estás bien. ¿Te has cortado al afeitarte?

—Probablemente.

Moose, más que escucharlo, sintió el ligero suspiro de Engelbert. Era el momento de hacer un esfuerzo. Veías a un niño y querías su aprobación; el futuro dándole su bendición al pasado.

—Engelbert. ¿Cuál es tu sabor favorito de chupachups?

Engelbert guiñó a medias un ojo.

—Grande —respondió.

—Buena elección, buena elección. El tamaño es importante. Siguiendo pregunta: ¿cuántos años tienes?

Engelbert también respondió «grande» a esa pregunta, así que Moose lo intentó otra vez.

—Tres —dijo Engelbert.

—Casi tres. Te queda un mes, ¿verdad?

—Tres —dijo Engelbert, con el ceño fruncido, y Marina cedió.

—¿Marina es tu tía, entonces?

Engelbert tenía una perla de saliva en la comisura de la boca, en el lado abultado por el chupachups, y Marina se la secó con un pañuelo.

—Tía —dijo. Su mirada le dejó claro que ya habían comentado ese tema.

—Y supongo que tu madre, la hermana de Mari, es fan del otro Engelbert, ¿verdad? ¿El cantante?

El niño parecía preocupado.

—El señor Humperdinck —dijo Moose.

—Arg —respondió Engelbert.

—Humperdinck.

—Arg.

Se había producido un malentendido entre ambos. Moose decidió cantar un trozo del clásico de Engelbert Humperdinck, «Release Me», como ejemplo.

Engelbert dejó que pasara un momento considerablemente largo y entonces lanzó una carcajada que le sacudió el cuerpo.

—¡Tonto! —dijo, señalando a Moose con el dedo—. ¡Grande! Tonto.

La felicidad de su voz era pura —pura—, instintiva, irrepro-

chable. Tomó como rehén la parte más aniñada de Moose, la que aún era sensible a los globos y a los barquillos rosas, la que dibujaba pequeños truños en los márgenes de los cuadernos, la que sentía que tenía tres años de edad.

—Tienes razón —le dijo Marina a Engelbert, con la boca planeando cerca de su oreja y los largos dedos peinándole—. La gente a veces es tonta, ¿verdad?

—Él tonto —dijo Engelbert en tono definitivo. Parecía algo incómodo.

—Tiene razón, soy tonto. Hace poco me dejaron una nota en el coche que decía exactamente lo mismo.

Que te señalara con un comentario una persona en miniatura, un recién llegado, era una sensación singular. Moose se sentía borracho al veinte o el treinta por ciento. El dolor que se concentró en su pecho al reírse no le resultó del todo desagradable.

Los tres observaron a la enfermera Monica Jones doblar cosas, estirar cosas, apilar cosas, ordenar cosas, guardar cosas y coger carpetas de clip de los pies de las camas. Se escuchaba un fuerte viento en la calle, podías imaginarte las hojas viejas soltándose de los árboles. Había algo aceptable en la muerte, algo suave y casi amigable, hasta que considerabas los inconvenientes específicos que acarrearaba. El hecho de que te perderías la boda de tu hija, por ejemplo. La oportunidad de volver a casarte. De ser abuelo. Nunca había querido tener solo un hijo.

Marina estaba hablando.

—La verdad es que Adolfa no es muy fan del Humperdinck ese que comentabas. Le puso ese nombre porque le gusta la música de Engelbert Humperdinck, el compositor. El alemán que compuso la ópera de *Hansel y Gretel*. Nuestro padre era músico. El Humperdinck en el que estás pensando adoptó su nombre artístico por el compositor alemán.

—¿Tienes una hermana que se llama Adolfa?

—Sí.

—¿Y le gusta la música clásica alemana?

—Sí. ¿Por qué?

—Solo quería tener la información correcta —dijo Moose—. En tu familia tenéis nombres poco comunes.

—Y eso me lo dice alguien a quien llaman Moose —respondió ella.

Moose se giró ligeramente en la cama, disfrutando de la chispa de su expresión, y se colocó en un ángulo mejor.

—Me han dicho que me dan el alta en cuarenta y ocho horas, Mari.

—Vaya, qué buenas noticias.

—Sí.

—¿Qué es lo primero que harás cuando seas libre?

—¿Lo primero? Creo que iré a dar un paseo.

Ella asintió.

—Parece una buena idea.

Un paseo. Sí. Echaba de menos los tonos verdes y azules del mar, la sensación del agua deslizándose entre sus dedos durante sus paseos semanales por la playa, con un helado de tres bolas en una mano —café, vainilla, chocolate; vainilla, menta y chocolate, y pepitas de chocolate— y una revitalizante lata de Coca-Cola en la otra.

—Estar enfermo no tiene ninguna gracia, Mari.

—Ya lo sé. Mi hermana tiene diabetes.

—¿Adolfa?

—Sí.

—Es una pena.

—Va a participar en un estudio clínico en Londres. Tiene que ir dos veces por semana durante tres meses. Así que voy a pasar mucho tiempo con esta personita tan especial.

Engelbert sonrió. Dientes de leche blancos y alineados. ¿Había ido el niño a un salón de bronceado?

Le hizo a Marina algunas preguntas más sobre los preparativos para la visita de la primera ministra. Hablaron durante un rato sobre el reparto de tareas entre el personal. En el pasado,

Marina había demostrado ser una buena consejera en temas tan diversos como la reparación de un calentador o la etiqueta británica a la hora de sentarse a la mesa. Recientemente, Moose había encontrado un libro que confirmaba la opinión de Marina de que los saleros y los molinillos de pimienta debían retirarse de la mesa después del plato principal. Ella entendía que el trabajo en un hotel consistía en aparentar. Le encantaba verla entre bastidores. A menudo, bebía Bloody Marys y se quitaba la pulpa de los dientes con la punta de la lengua.

Quizá el mayor misterio sobre Marina fuera su soltería perpetua. Su soledad era un derecho inalienable, pero también una fuente de confusión general entre el personal masculino del Grand. Jorge le había dicho una vez a Moose (frente a un plato de sobras en la cocina del chef Harry) que el programa que presentaba el exmarido de Marina en la televisión argentina requería, entre otros retos, que los miembros del público se tiraran pedos cuando se lo pidieran.

Engelbert echó la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre el pecho de Marina mientras estudiaba a Moose con una curiosidad intensificada y probablemente no exenta de cierta rivalidad.

—Bueno, ¿y cómo piensas prepararte para tu próximo infarto? —le preguntó Marina.

Lo dijo como si le estuviera preguntando qué iba a hacer el próximo fin de semana.

—Joder, Mari.

—Un hombre tiene que estar preparado para lo peor. Cuando te visité la última vez, tenías peor aspecto. No quise preguntarte entonces, pero hoy estás más alegre, tienes mejor color. —Sonrió.

—Tengo cuarenta y cinco años. Soy joven.

—¿Mi segundo marido? Cuarenta y seis cuando se le acabó todo.

Aquello despertó el interés de Moose.

—¿Segundo marido?

—Sí. Yo tenía veinticinco años, era delgada, estaba llena de amor. Los hombres mayores no paran de hacerse mayores, ese es el problema.

—Ya.

—Se cayó por una ventana.

—Oh.

—La gente me trajo tarjetas, flores. Doscientas personas en el entierro. Pero daba igual. Había empezado a beber. Beber, beber, beber. Bebía a todas horas. En cierto modo, el suelo de la acera era el mejor lugar para él. Al final me di cuenta de eso.

—Estoy seguro de que tenía sus cualidades.

—No tenía nada de su parte. Le faltaba ambición.

—Bueno, tampoco es necesario compartir cama con un Macbeth.

Marina negó con la cabeza.

—No era escocés, pero sí se bebía whisky y fumaba puros. Le quemaban la garganta. Tenía la voz como la rana Gustavo.

—Lo de la ventana... ¿Crees que fue...?

—Es posible. Me daba la sensación de que intentaba librarse de una profunda tristeza.

—¿Había sufrido algún trauma? —Por algún motivo, Moose se sintió aliviado.

—El trauma era su vida. Después de cumplir los cuarenta y cinco, ni siquiera se le ponía chula.

—Dura.

—¿Cómo dices?

—Nada.

—Siempre flácida. Le besaba, le acariciaba la oreja con la punta de la lengua, le acariciaba con las manos, y nada.

—...

—Moose.

—Estoy bien.

—No le importaba mi deseo.

Moose tragó saliva.

—Mi deseo de hacer películas. Películas. Siempre he querido ser la versión femenina de Kurt Land.

—Oh.

—*El asalto*. Películas sobre gente pobre que intenta llevar una vida honesta. Gente que intenta entender quién es en el mundo. Y quería hacer una película sobre desastres. Un terremoto en Buenos Aires. Pero, en lugar de que el terremoto ocurriera al principio de la película, como en todas las películas de desastres, con la gente huyendo, algunos muertos, otros recuperándose, ya sabes, en vez de eso, el terremoto se produciría al final.

—¿Por qué?

Marina guardó silencio durante un momento.

—Porque a veces el antes es más interesante que el después. Rumbo al impacto. ¿Qué es lo más bonito de un salto de trampolín? No es la salpicadura, ¿verdad?

Moose pensó en decirle que si el salto era bueno no había salpicadura.

—Quería cantar sobre cómo eran sus vidas antes del terremoto, el día a día, lo que se perdió. Esa era la canción que quería cantar.

—Como un musical —comentó Moose.

Marina parpadeó

—No, Moose.

—¿Hemos hablado de esto antes? ¿Querías dirigir, producir?

—Fui a una escuela de cine durante dos años, pero entonces el gobierno volvió a cambiar. Hubo secuestros. Luego Cámpora. La vuelta de Perón. Las becas para la escuela de cine no eran una prioridad.

—Solo he leído cosas sobre las Malvinas —comentó Moose.

—Como todo el mundo. Ahora me interesa más la fotografía. Voy a exponer tres fotografías en mi primera exposición el próximo junio, en una galería en Royal Pavilion Gardens. Un par de fotos de las islas, de hecho. Antes y después de la destrucción. La otra es de un cerdo. Es casi imposible conseguir

que los cerdos levanten la vista, ¿sabes? Así que es una foto algo inusual. Levantó la vista para mí.

—No lo dudo.

—Por eso no quiero seguir ascendiendo. Te lo había dicho, ¿no? Directora de atención al cliente me va bien. Me deja tiempo para mis aficiones.

—Sí, claro. Iré a ver tu exposición, Mari. Es una gran noticia. No tenía ni idea de nada de esto. No tenía ni idea de que querías hacer películas y eso. No me lo perderé. Probablemente hasta compre algo. Una de las fotos.

—No te lo podrías permitir.

—¿No? ¿De cuánto estamos hablando?

—De mucho —dijo en voz baja, alargando las palabras—. Me gustaría que vinieras. Te daré una invitación, pero si no vienes, no mearé sobre tu tumba.

—Te lo agradezco. Aunque, si quieres hacerlo, no te cortes.

No te cortes. ¿No te cortes? ¿Qué tipo de pervertido retorcido estaba hecho? Aquel era el último de los muchos tropiezos que le alejaban cada vez más de la encantadora Marina, de su dulce voz, de su preciosa honestidad y de sus cuidadas y lentas sonrisas.

—Deberías hablar con un abogado sobre tu testamento, Moose. Y con un contable. Sobre tus inversiones y fondos y demás. Por el futuro de Freya, por si acaso. Como precaución.

Precaución: de algún modo, la palabra drenó el rojo de su sangre.

—No me voy a morir, Mari. Y no hay dinero que poner en fondos ni nada parecido. En cuarenta horas, me voy de aquí. Treinta y nueve, casi.

—Mi padre solía decir: «Un hombre solamente puede alcanzar la inmortalidad al proveer a su familia».

—Sinceramente, Mari, esperaba conseguirla no muriéndome.

—El mundo es más grande que nosotros —dijo ella, asintiendo—. Mis dos maridos no eran capaces de verlo. Mi tercer pro-

metido, tampoco.

—¿Tercero?

—Probablemente todo te irá bien, pero supongamos que no. No puedes negar la realidad. Nadie es una isla.

Quería rebatir aquella idea, pero tampoco quería parecer mezquino y la idea de las islas probablemente estuviera relacionada con el no musical que quería hacer. Tenía que resistir la atracción que ejercían sobre él las pequeñas cosas, la irrelevancia.

Se produjo un largo silencio. Porque, ¿qué otra cosa había? Aparte de los detalles. Aparte de la extraña belleza de las cosas irrelevantes. Sus pensamientos siempre tendían hacia las bobadas, hacia la insignificancia. Las cosas más grandes podían engullirte por completo.

Se preguntó si ese silencio en concreto era un silencio incómodo o no. Pensó que probablemente sería de los incómodos, pero se consoló al pensar que cada persona percibía de forma diferente los silencios, al igual que sucedía con los acontecimientos, las buenas películas, las buenas noticias.

—Engelbert —dijo Moose—. ¡Mira! ¡Mira esto!

Señaló la tira de papel azul que le rodeaba la muñeca, invitando al niño a que jugara con ella. Pero Engel no mostró interés. Tenía la nariz pegada al pezón izquierdo de Marina, los ojos cerrados, los dedos aferrados a la manga de su tía, la pierna enredada en su muslo, para no dejarla escapar.

—Moose —dijo Marina, con aspecto triste—. ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? Parece que fue hace años.

—Lo fue —respondió Moose.

—Sí, exacto. Años. ¡Estabas muy fuerte!

Era un cumplido en pasado, pero lo aceptó y lo apreció.

—Gracias —le dijo.

Cuando llegó el momento de que Marina y Engelbert se marcharan, sintió el estremecimiento de un triste final. Marina se inclinó sobre él, invitándole a darle un beso en una de sus prominentes mejillas de azúcar y mantequilla. El pelo le olía a ca-

ramelo y durante un dulce momento un mechón se coló entre sus labios. Engel aceptó chocarle la mano.

¿Sus problemas de corazón eran culpa suya? Sí y no. En algún lugar oculto de sí mismo se escondía la certeza de que era el responsable del declive de su cuerpo, y aun así no podía abandonar la idea deliciosamente irresistible de que todo era accidental.

Vivía en Londres cuando le llegó la noticia de la muerte de su padre. Aún era joven: veintidós años. Por entonces, se pasaba las mañanas dando clases de Matemáticas en un edificio destartelado y con olor a moho del este de la ciudad para complementar sus ingresos como socorrista en la piscina de London Fields. También trabajaba de vez en cuando como conserje en el hotel del amigo de un amigo. El trabajo de la piscina lo hacía principalmente para utilizar el servicio de fisioterapia gratuito y tratarse su pierna derecha. Su rodilla se resentía bajo el peso del entrenamiento que Wally Clark le animaba a hacer en la plataforma de diez metros. Siempre intentaba esconderle el dolor a Wally, pero Wally lo sabía. Sabía que Moose era un excelente saltador, pero también sabía que nunca llegaría a ser uno de los grandes. Que había empezado demasiado tarde para conseguirlo y que, aunque pudiera alzarse con algún trofeo en competiciones nacionales menores, o incluso clasificarse para una competición tan importante como los juegos de la Commonwealth, nunca conseguiría ganar medallas. La primera vez que Wally lo vio saltar, le dijo: «¿Qué les pasa a tus brazos, Phil? En mitad del salto, pareces un alce».* Los apodos tenían una cualidad pegajosa inherente, especialmente en el mundo del deporte. Un mundo falso, en realidad. Reglas inventadas, logros desproporcionados. Todo constituía parte del placer.

Decidido a pesar de los intentos constantes de Wally de frenar

* Alce, «Moose» en inglés. (*N. de la T.*)

sus expectativas, manteniendo más o menos la mentalidad ganadora de la que había disfrutado en el instituto, Moose solía ir casi todas las noches a la Escuela Merton de salto de trampolín. El trayecto de ida era lento, el de vuelta, rápido; tras una sesión con Wally, sentía los omóplatos como enormes alas de plomo, y su cerebro, que durante las dos horas previas había permanecido en tensión y atento a cada instrucción malvada pronunciada por los labios de su mentor, entraba en un estado de fatiga exquisita. En casa, cenaba tarde con Viv y después ella seguía trabajando.

La llamada de su madre llegó un martes por la mañana, sobre las once y media. Tomó prestado el Ford de un amigo y llegó a Brighton una hora y media después, tras perder uno de los espejos retrovisores al colisionar con una fila de coches aparcados. Su padre seguía sobre la moqueta del salón y el médico del número dieciocho estaba allí. Un ataque al corazón mortal mientras fumaba sentado en su silla andrajosa favorita. Sin dramas. Simplemente se desplomó. Fulminado.

Su madre tenía los ojos secos y hablaba de forma directa, pero le temblaban las manos sin parar. El cuerpo no tenía el aspecto que debería tener un cadáver. Su padre mostraba la expresión ligeramente decepcionada de alguien a quien han interrumpido en mitad de una tarea. Tenía las manos sobre el estómago, relajadas, como si se hubieran dado cuenta de que ya no tendrían que sujetar cosas. El paquete de tabaco a su lado. Quedaban dos Lucky. Moose cogió una sábana y cubrió el cuerpo.

Alguien muere y nacen un montón de preguntas, algunas exageradas y otras dignas de consideración. ¿Qué sentido tenía todo? ¿Qué sentido tenía tanto entrenamiento, todo el rigor y la precisión, el negarte a comer helado y las náuseas desesperadas después de hacer doscientos abdominales? Él mismo había centrado toda su vida en el entrenamiento. Tras la muerte de su padre, todo lo que giraba en torno a aquello —la autodisciplina que rozaba el fanatismo— le pareció de repente egoísmo.

¿Siempre habría algo más importante que acabaría destrozando tus planes? ¿Cuándo había sido la última vez que había hecho algo por alguien que no fuera él mismo? ¿No deberían Viv y él pasar fines de semana por ahí, disfrutando de comidas de tres platos? Solo llevaban casados un año. ¿Por qué no había ido a la cena de cumpleaños de su padre? ¿Las constantes muestras de ánimo de su padre en los deportes habían sido en realidad una forma de coacción? Al no mostrar interés aparente en sus logros deportivos, ¿era su madre quien en realidad le había concedido una mayor libertad durante todos esos años, la libertad de verse liberado de las expectativas?

Pasó unas semanas sin hacer deporte. Sus pensamientos eran una obsesión lo suficientemente agotadora. Su padre no lo llamaba para preguntarle por el progreso de los saltos que estaba intentando. No lo llamaba porque estaba muerto. Durante un tiempo, Moose había sentido de verdad que su padre lo iba a llamar, que lo llamaría pronto, que tendrían la oportunidad de comentar cómo era la vida después de la muerte. Era la ausencia de la comunicación futura lo que le resultaba más traumático.

El ataúd estaba hecho de madera de alerces de Aberdeenshire. Muy duradera. Sin productos químicos. Sin barnices ni pinturas. Sin tornillos tampoco; solo viejos tarugos de roble. Le costó todos los ahorros que tenía.

La idea de que una vida podía empaquetarse en frases claras y discretas. Probablemente era una estupidez. Hubo veces antes de la muerte de su padre en las que desayunó donuts y cenó curry y se resfrió y no entrenó durante dos o tres días. Hubo veces tras la muerte de su padre en las que salió a correr y fue al gimnasio y desayunó muesli caro. No dejó de saltar en seguida. Siguió haciéndolo. Pasaron los años. Trabajaba de entrenador de vez en cuando. Pero algo cambió el día que vio a su padre muerto en el suelo. Un punto de inflexión.

Al echar la vista atrás, a Moose le daba la sensación de que la veintena y la treintena habían pasado con rapidez y sin profun-

didad, como un boceto, momentos importantes que se negaban a dejar una huella profunda. Años enteros le daban la sensación de ser garabatos rápidos, parecidos a las notas que Viv dejaba en la nevera.

Viv y él habían intentado tener un hijo. Varios abortos. El dolor por los hijos perdidos los unió brevemente, ¿no? Casi les hizo sentir que no se habían equivocado con aquel matrimonio precipitado. Entonces, un día les sonrió la suerte y él en seguida pensó «Joder, ¿qué he hecho?». Con la llegada de Freya, su vida se abrió a la confusión de la vida familiar. Empezó a comer mucho chocolate. Se puso en contacto de nuevo con Wally. Volvió a ayudarle con los entrenamientos los sábados por la mañana.

Paternidad: los gastos asociados le horrorizaban. Más trabajo de conserje, ahorrar las propinas; podía coger más turnos de noche cuando Viv estaba en casa cuidando de Freya. Cada vez menos clases a los pequeños Cuthberts y Anthonys. Domingos por la tarde visitando a su madre en Brighton.

En algún momento, Viv y él dejaron de dormir en la misma cama (sus ronquidos fueron la primera excusa), y en otro momento comenzó a tener dudas sobre si las mujeres que conocía esperaban un beso o dos en la mejilla. Arregló la situación con un abrazo amistoso preventivo.

Vivienne empezó a acudir a un montón de conferencias académicas en el extranjero. Durante un tiempo, se convirtió en el único cuidador. Se sintió como padre soltero mucho antes de convertirse en padre soltero. Sospechaba infidelidades. Hubo llamadas silenciosas. Hubo recibos de cenas para dos. Hubo sobres de colores dirigidos a ella con una letra pequeña y regular. Pero no quería ser el tipo de hombre que sospecha que su mujer le es infiel, que grita por teléfono y abre la correspondencia no dirigida a él, así que en lugar de hablar con su mujer sobre la posible infidelidad intentó acostarse con la niñera.

—¿Qué está haciendo?

—¿Qué?

—¿Por qué me toca la cara?

—Eres muy guapa.

—Señor Finch, qué asco lo que está intentando hacer.

Repugnancia. Estaba seguro de que Chloë, de veintiún años y bronceada, no había querido utilizar una palabra tan hiriente, ni tampoco contarle a Vivienne lo que había pasado.

¿Qué más de esos años? La televisión se convirtió en su mejor amiga. Noticias sobre la huelga de la ITV, la huelga de correos, la huelga de los mineros, la huelga en el Consejo de trabajadores del Úlster. Freya permanecía tranquila mientras había imágenes en la pantalla. «El Reino Unido necesita un líder más fuerte, Phil.» Palabras del tío Mick.

Entonces, un día, en el periódico, un regalo. Junto a un artículo que afirmaba que la economía británica se había descolgado de la liga internacional, vio un anuncio. Entrenador de salto de trampolín —entrenador principal— en una universidad estadounidense. Una oportunidad para hacer lo que le gustaba en un lugar en el que nadie le conocía. Una oportunidad para disfrutar por primera vez de la vida que rodeaba a la educación superior.

Su propósito sería educar nuevos talentos. Sería como las clases de Matemáticas, solo que no consistirían en el sedentario proceso del libro de texto, no más notas, no más clases con olor a pedo donde la creatividad solo hacía acto de presencia en forma de excusas nuevas para justificar no haber hecho los deberes. Sería como el trabajo de conserje, excepto que volvería a estar en forma sin tanta necesidad de mostrarse servil. No habría más Londres, con sus grises veranos, sus protestas sin fin, sus inviernos de insatisfacción; un invierno que parecía haberse extendido para abarcar muchos más meses de los que correspondía a una sola estación.

Recortó el anuncio. Lo puso en el tablón de notas de la cocina. La idea del viaje en avión le daba mareos.

Morningside Heights, Manhattan.
13 hectáreas de terreno.
Instalaciones de última generación.

Probablemente, debería haber trabajado duro para convertirse en un buen entrenador en lugar de en un buen deportista. Supuestamente, sus intentos de tener éxito como atleta debían haberle llevado a vivir una vida auténtica, a acercarse a eso que todo el mundo consideraba como deseable por encima de todo: la libertad. En lugar de eso, la infinita búsqueda de la independencia lo había desgastado y lo había impulsado a anhelar los mismos sueños homogéneos de clase media de todos los demás: más seguridad, más dinero, un coche mejor.

Consiguió el trabajo en Columbia gracias a la recomendación de Wally. Wally era una de esas personas que siempre conocía a alguien que conocía a alguien que conocía a alguien. La oferta de trabajo le convenció de que aquello era cosa del destino. Le habían seleccionado, premiado. El mundo aprobaba su plan. Le dijo a Vivienne que era una gran oportunidad para los dos, le dijo que también le iría bien a Freya.

Pero, ay, las cosas que Viv odiaba de ese país. La humedad en verano, los grafitis del metro, el hecho de que los apartamentos subvencionados en el campus solo estaban destinados al personal académico que podía optar a una plaza fija. La secretaria del decano sentía mucho que Moose hubiera recibido la información equivocada. La historia de su vida.

Tras once meses de vida en el extranjero, su matrimonio se derrumbó bajo el peso acumulado de las quejas diarias de ella y la técnica de Moose (según él, ejecutada con maestría) de fingir que todo iba bien. Ella decía que cada vez que llamaba al teléfono al que había que llamar para conseguir la tarjeta de la Seguridad Social le pedían que les dijera su número de Seguridad Social. Decía que, cuando entraba en la pastelería a comprar una magdalena de arándanos, fingían no entenderla. Pequeños

cambios en el acento. El lenguaje, lo que más le importaba del mundo, conspirando para que nadie la entendiera. No podía conseguir un puesto académico en ningún sitio. No tenía artículos publicados allí. Le acusó de despojarla de su autoestima al haber trasladado a la familia fuera de Inglaterra.

Pero también lo besaba a veces y le decía «te quiero» a veces, y a veces —una vez— hicieron un viaje increíble y visitaron la parte norte del estado, y él volvió a sentir que ella era el amor de su vida, así que le dolió profundamente cuando le confesó que se estaba acostando con un tipo llamado Bob.

Así era como él lo recordaba. Ella estaba sentada en el sofá de su pequeño apartamento en Manhattan. Parecía que su confesión de infidelidad le resultaba tremendamente divertida. Vio que sobre la alfombra, junto al sofá y bajo su mano relajada, había una botella de ginebra medio vacía. Medio llena, pensó él, pero no había manera de cambiar las cosas. Era una botella de ginebra medio vacía.

Pensó en las seis semanas que había pasado en el sofá tras la muerte de su padre, alimentándose a base de comida para llevar en bandejas de aluminio. Pensó en cuando le gritó a Vivienne que la vida no era justa, no era justa, no era justa. En la vez en la que saltó demasiado cerca del trampolín, muy muy cerca, retando a la plataforma a cortarle la cabeza, a hacerlo sangrar, a cambiar su situación ligera o profundamente.

—Lo siento mucho —le dijo ella.

Se había sentido ignorada durante años, le confesó. Estaba casada con un hombre que prefería invertir todo su tiempo en intentar ganarse la vida tirándose al agua. Con un hombre al que le satisfacía caer y caer. ¡Lanzarse desde tres pisos de altura! ¡Enseñar a otros a lanzarse! Nunca ganarían suficiente dinero para mantener a Freya con ese trabajo.

—¡Eres un soñador!

—No —dijo él.

—Lo eres, Moose. En algún momento a lo largo del camino

perdiste tus ambiciones. Ahora quieres afirmar que te las robaron. Sí, lo eres. Eres un soñador.

Parpadeó y su matrimonio se había esfumado. Ella le dijo que quería rehacer su vida allí con Bob. Bob la quería. Bob la conocía. Bob la entendía. Moose podía quedarse allí o volver a Inglaterra solo. Lo sentía. Mucho.

—Lo siento. Gran parte de tu vida es una repetición, Moose. Gran parte de tu vida...

—... es una repetición —dijo él, y esperó.

Si reaccionaba a aquel chiste malo quizá su relación todavía podía salvarse. Pero no, su mirada era fría, y se dio cuenta de que la helada sofisticación de su sentido del humor era una de las nueve o diez cosas que habían sentenciado su relación desde el primer día.

Bob tenía un piso en Midtown Manhattan. Bob tenía tres hijas. Una estudiaba en Oxford. Bob había superado un cáncer. Bob era un luchador. Bob poseía un boceto de Joan Miró. Mucho dinero si lo vendía. Bien por Bob.

—¡Ni siquiera te gusta Nueva York! —exclamó el.

—A Bob le gusta. A Bob le gusta Nueva York.

—Bob parece un gilipollas.

—Es demasiado tarde para que le echés huevos —respondió ella.

Las réplicas siempre se le habían dado bien.

Te quiero, no me dejes, pensó. Te quiero. ¿Quién era ella para alejarle de su hija?

—Puedes venir a visitarnos, Moose.

—¿Con qué dinero?

—Con todo el dinero que no paras de decir que pronto vas a ganar.

—Que te follen.

—Tú no lo has hecho desde hace mucho tiempo.

—Pero Bob sí —respondió él.

Ella clavó la vista en la alfombra.

—Sí.

—Pregúntale con quién quiere vivir —sugirió él, y se sintió alejado de la nueva frialdad de su voz—. Pregúntale.

Viv lo miró con un destello nuevo en los ojos. Vio con repugnancia que la había impresionado. Revisitaría aquella conversación a lo largo de los años, ligeramente diferente cada vez. Era como uno de esos extraños sueños que había tenido de pequeño, cuando enfermó de amigdalitis; una toalla empapada contra la cara, los cubitos de hielo en forma de diamante de su madre encogiéndose en un bol junto a la cama.

Vivienne le preguntó a Freya con quién quería vivir y se lo preguntó de la manera equivocada, justo como él sabía y esperaba que hiciera. Vivienne le dijo a Freya lo que iba a pasar. «Nos vamos a separar, cariño. Lo siento mucho. Vivirás aquí conmigo.» Viv era mucho más inteligente que él, sin duda. Pero debido a su inteligencia, o a pesar de ella, no tenía empatía alguna hacia la libertad de los demás, hacia la necesidad del otro de creer que tenía el control, y él sí la tenía, más o menos; era lo más importante que le había enseñado la vida. De pequeña, Freya siempre había protestado cuando su madre la llevaba al piso de arriba para bañarla. En las noches en las que le tocaba a Moose, adoptaba una táctica diferente. Le preguntaba a su hija: «¿Quieres bañarte antes o después de cenar?». Ella elegía y nunca protestaba cuando Moose le hacía cumplir su palabra.

Años después, dedicaría mucho tiempo a pensar en por qué Viv había renunciado a su hija tan fácilmente. En cómo parecía dispuesta a dejar que la distancia entre ellas se fuera agrandando mes a mes. Los amigos trataban la situación con desconfianza. Según una verdad universalmente reconocida, las madres de clase media no abandonan a sus hijos. Le miraban como si él la hubiera amenazado, o pegado, como si se hubiera acostado con la niñera. A un amigo en común, lo único que podía decirle una y otra vez era: «A mí también me ha sorprendido». Y solo podía añadir: «Quizá algunas mujeres sean diferentes de las de-

más». Y también, en tono magnánimo: «No es que fuera mala madre». No lo era. Eso era lo más triste de todo. Ni siquiera era una mala esposa. Simplemente no encajaban. La imagen de ella cosiendo etiquetas en las faldas y camisas y chaquetas que su hija necesitaba para un nuevo año escolar, mirando por encima del puente de sus enormes gafas. Los constantes guisos de verduras. Llegó a pensar que por entonces estaba tan deprimida que no quería seguir viviendo. Pero, en lugar de acabar con su vida, hizo borrón y cuenta nueva, empezó de nuevo, sin hija. Por otro lado, aquella era solo su versión, porque no habían hablado demasiado durante los últimos años, y menos de temas importantes. En la melancolía que rodeaba su matrimonio, era posible que existieran puntos ciegos.

Cerró los ojos y se quedó medio dormido, observando en sueños un grupo de árboles oscuros y misteriosos. La manera en que algunas ramas se mantenían firmes en la brisa. La manera en que otras se movían sutilmente, reaccionando. Volaba en ala delta sobre un bosque, desnudo, atesorando orgulloso una amistosa erección. Sus testículos eran enormes, poco realistas. Allí abajo, Margaret Thatcher y su gabinete le saludaron y siguieron con sus asuntos. Atravesó varios bancos de nubes y se precipitó en el interior de una rasgadura roja y sin labios abierta el cielo. Con prisa y sin dudar de que Dios le respondería, le saludó con la cabeza y Dios le devolvió el saludo. Después, alguien vomitó una vez, dos veces, y Dios se bebió una cerveza y eructó.

VI

Había pensado en un francés. Había pensado en un italiano. Había pensado en *coq au vin* con medallones de patata gratinados, o *tortellini* con salchicha picante en una salsa de nombre rimbombante. *Bon appétit, mademoiselle! Buon appetito, bella!* Pero no: su cena sofisticada con John el surfero resultó ser un curry para llevar, dos botellas de cava, un vaso de poliestireno pegajoso por el chutney de mango aguado y una bolsa de *poppadoms* rotos. Se aseguró de pedirse el que estaba menos roto.

—¿Puedo usar tu baño antes de que nos marchemos? —le preguntó John.

—Claro.

—¿Puedes sujetar esto?

—¿Has traído alcohol?

—Te dejan llevar la bebida.

—¿Adónde?

—Al restaurante.

—¿Qué restaurante?

—No lo sé todavía —admitió John el surfero.

—Pensaba que me ibas a recomendar algún sitio, que habrías hecho alguna reserva. Pensaba que me ibas a recoger en coche

y que íbamos a...

—Está en el taller —dijo John—. La suspensión. Creo que puse demasiadas cosas en el techo.

Freya esperó.

—Igual podíamos tomarnos una copa aquí primero, Freya Finch. Mi madre me ha dado estas dos botellas de su fiesta.

Y así fue. Así fue cómo, a las nueve de la noche, animada por el cava, acabó rescatando el menú de Coastal Raj del fondo del cajón de los cubiertos en la fría cocina de su propia casa. Se sentaron en el sofá y se comieron la comida. Se colocaron cojines sobre las rodillas, los taparon con papel de periódico y pusieron los platos encima. Su padre había comprado el sofá el año anterior, de segunda mano, a una mujer en Littlehampton. Mientras la mujer señalaba otros artículos a la venta en su casa y les explicaba su decisión de dejar que su marido se largara con una conocida —«mi madre me enseñó a ser amable con las mujeres menos afortunadas»—, una pulsera de oro se movía arriba y abajo en su brazo.

—¿Eres feliz, Freya Finch?

Freya se quedó paralizada con el tenedor en el aire.

—¿Nos vamos a poner profundos, John?

—Es solo una pregunta.

—Tal vez. Depende. ¿Y tú?

Se encogió de hombros como si fuera una pregunta estúpida.

—Guay.

Vio que John tenía restos de pelo recién cortado sobre los hombros. Eso provocó en ella una oleada de empatía: él también se había cortado el pelo recientemente; quizá él también había estado a merced de Wendy Hoyt, aunque probablemente habría ido a algún sitio mejor. Aquella noche, tenía las orejas rosas y vulnerables, como si se las hubiera prestado un chico menos seguro. Le gustaban esas orejas y le gustaba la sensación de que le gustaran.

La botella de cava estaba sobre la mesita. A su lado había

una bolsa de lechuga abierta. Llevaba su mejor vestido, que le llegaba a la altura de la rodilla; era un modelito amarillo con lunares y los hombros al descubierto. Igual podía cambiarse y ponerse unos vaqueros, pero le preocupaba el mensaje que eso le transmitiría a él. No quería ir demasiado informal, porque eso significaría descartar la idea de salir de casa. Una coctelería después de cenar, ese era el nuevo plan.

Sobre la moqueta, había un folleto que se había caído del *Argus*: una petición de apoyo por parte de la Sociedad de Vendedores de Hornos Eléctricos afectados por los despidos.

—Es culpa suya —dijo John el surfero entre bocado y bocado—. Tienen que adaptarse a los hornos de gas.

Fue a buscar la segunda botella de cava a la cocina. La ventana sufrió la fuerza del impacto del corcho. La mitad del cava se derramó sobre la moqueta.

—Lo siento —le dijo. Era su código para decir «se me están dando fatal las tareas masculinas».

—No te preocupes —respondió ella. Era su código para decir «sí, está claro».

Colocaron paños de cocina sobre la mancha oscura de la moqueta. Bebieron cerveza que encontraron en el garaje. Se le ocurrió pensar que, si algún roedor había meado sobre las latas, John y ella podían morir de una enfermedad transmitida por la orina de ratón. Se miraron fijamente, a la espera del siguiente paso. Hablaron del arte de John. Había hecho un curso en una fundación. Ella pensaba que era una combinación interesante, deporte y arte, pero la mención de la pintura pareció sumir a John en un ligero trance. Se frotó los ojos. Alrededor, la piel adoptó el tono rosáceo de una mancha de ketchup borrada. Él le dijo que le aburría mucho el trabajo en el hotel, que sus padres no paraban de preguntarle cuándo se iba a marchar de casa, qué iba a hacer con su vida, cuándo iba a empezar a tomarse las cosas en serio. Levantó la vista y después la apartó. Freya se dio cuenta de que aquella noche estaba nervioso, de que estaba

nervioso desde que había llegado. Eso le dio una inesperada sensación de poder. La colocaba en el centro de todo.

—¿Tienes novia, John?

Una sonrisa le rizó las comisuras de los labios.

—No sé qué estás sugiriendo, Freya Finch, pero me estás poniendo muy incómodo.

Ella se rio y él también.

Freya se tragó un bocado muy pequeño de pollo y arroz. Le dio otro trago a la cerveza. John comentó que ella comía extremadamente despacio. Pero que era mucho más rápida con la bebida, puntualizó. Freya comenzó a experimentar una sensación de calidez, también de alerta. Se sentía juguetona, atractiva. Habían descorchado la botella, algo había cambiado. Pero ¿qué estaba haciendo? La historia con John había muerto antes de nacer. Todo el mundo sabía que aquello era cierto. Si iban a estar juntos, deberían estarlo ya. ¿Solo lo deseaba por desear a alguien que tal vez también la deseara ella? Le gustaba ser una chica pequeña, delgada, una buena bebedora. Todo el mundo esperaba siempre que acabara borracha después de una o dos copas, pero tenía buen saque... ¿Cuánto podía beber? Le dio hipo, la luz de la habitación pareció atenuarse.

Cuando John estiró el brazo para coger su cerveza, el logo de su camiseta blanca también se estiró y los músculos de su antebrazo se tensaron.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó.

—Bien. Esperan darle el alta en un día o dos.

—¿Sí? Qué bien. Tiene que empezar a llevar una vida más sana, nada más. Ir más a la playa.

—Pasa mucho tiempo de pie en el hotel.

—Sí —dijo John—. Pero lo ideal sería que se moviera.

—No te metas con mi padre.

—Estás sonriendo —comentó John.

—Estaba acordándome de él en una boda, en el banquete de la boda de mi primo.

—¿Bailó?

—Sí, bueno, así es como lo llama él.

—¿Tan mal se le da?

—Solo te digo que no era ningún baile que yo conozca. Lo único que hacía era sacudir la cabeza, los hombros, los brazos y las piernas en una especie de temblor, bastante violento y brusco al mismo tiempo.

John se rio.

—Pero para ser saltador de trampolín se requiere cierta elegancia, ¿no?

—Sí. No estoy segura de lo que pasó. Es como si estuviera dividido en dos mitades, y en medio de las dos hubiera un hueco.

Resultaba extraño cómo algunas palabras podían encarnar exactamente lo que describían. «Hueco» abría un hueco. El silencio amenazaba con instalarse entre los dos. Pero John, notándolo tal vez, se puso a contar una historia inesperada. Trataba de una ocasión en la que, justo antes de empezar el curso de la fundación de arte, pasó un fin de semana cuidando la casa de unos amigos de la familia en Londres.

—Eran una pareja alemana.

—¿Los dueños?

—Sí —respondió él.

Le habían encargado que cuidara de su perro, un setter pelirrojo. Por desgracia, el perro murió bajo su cuidado: se tumbó junto al sofá y murió el sábado. Así sin más. No sabía qué hacer. Estaba muerto. Mierda, ¿qué podía hacer?

—No me pareció buena idea molestarlos durante sus vacaciones —comentó John—. Al menos, no hasta que hubiera pensado bien qué decirles. Ya sabes, para amortiguar el golpe y eso.

El domingo, Wilhelm, el setter, estaba rígido. John supuso que no tardaría demasiado en atraer la atención de las moscas, así que buscó el número de un veterinario en las páginas amarillas y el veterinario le dio la dirección de un cementerio de mascotas. Un taxi era demasiado caro, así que decidió coger el metro.

—Cogiste el metro —dijo ella—. El metro de Londres, con un perro muerto.

Pensó en meter al perro en su trasportín de paja hecho a medida, pero ¿qué pasaba si en el metro algún niño quería acariciar al perro muerto? Sería una gran putada.

—Eso fue lo que pensé, Freya Finch.

—¿Y qué hiciste?

—Acabé metiendo a Wilhelm en una maleta.

—¡John!

—¿Qué? Me pareció lo más apropiado. No creo que haya normas sobre el tema.

Cogió el metro de Londres con la maleta. En la estación de Hammersmith, el ascensor no funcionaba, así que arrastró la maleta con el perro dentro escaleras arriba. Un tipo enorme y calvo le dijo: «Deja que te ayude con eso, hijo». «No, no, estoy bien», le respondió John. Pero el hombre calvo insistió: «Yo subo diez escalones y después tú puedes subir otros diez; será un buen entrenamiento, amigo». Y entonces, el tipo calvo cogió la maleta y salió corriendo con ella.

Imitando las voces de la dueña del perro, del marido de la dueña del perro e incluso al propio Wilhelm, John explicó con gran vivacidad cómo había ido la conversación posvacacional con el señor y la señora Mencken. Sí, vuestro perro está muerto. Si, vuestra maleta ha desaparecido. Por desgracia, la maleta y el cadáver del perro fueron robados en el mismo momento. Describió la situación y compartió con ella algunos de los improperios que le habían lanzado tanto en alemán como en inglés, y especuló sobre lo que habría pensado el ladrón al abrir la maleta, expectante. De la descripción del suceso pareció aflorar, a pesar de la falsedad o veracidad de la historia, a pesar de las carcajadas de Freya, a pesar del ritmo cuidado con el que John pronunciaba cada frase, un retrato que a Freya le sorprendió: John el surfero se sentía solo. Nunca antes se le había ocurrido que las personas atractivas y populares pudieran sentirse solas.

John podía trabajarse una fiesta sin problema, no cabía duda, pero quizá él soñara con otro tipo de encuentro.

—¿Volviste ver a los alemanes alguna vez?

Él parpadeó.

—Sí. Aún vienen a cenar de vez en cuando con mis padres. Les gusta pasar el fin de semana junto al mar. Lo más extraño es que, a pesar de lo del perro, a la señora Mencken a veces le gusta... A veces se pone a tontear.

—Bueno, eres un chico guapo, John.

John recolocó las piernas. Le puso una mano sobre la rodilla.

—Tú tampoco estás mal, Freya Finch.

Freya le miró la mano. Había aparecido de la nada.

—Tienes unas piernas bonitas —le dijo.

—¿Has pensado en escribir poesía, John? Creo que es tu verdadera vocación.

—Creo que eres de puta madre.

—¿Por qué?

—¿Te he dicho ya que eres guapa?

—¿Y qué pasa con mi increíble ingenio? ¿Con mi cerebro? ¿Con mi aguante con el alcohol?

—Todo está conectado —respondió él. Suspiró—. Lo siento. Creo que estoy un poco borracho.

Ella movió el pie para tocar el suyo. Se quedaron mirándose el uno al otro. Le miró los brazos. Se lo imaginó en equilibrio sobre su tabla. Todo el mundo quería alcanzar un equilibrio como ese. Se sintió envuelta por el momento, atenta a cada pequeño gesto, a cada respiración, percibiendo los segundos que pasaban volando y los que se ralentizaban. Sintió una nueva energía en su interior que peleaba por liberarse. No era exactamente por él. Era la sensación de riesgo, ¿no? Todo parecía improvisado, sus pausas y la elección de sus palabras, sus voces estúpidas pero claras.

—Espero que tu padre se recupere del todo —comentó él—. Me cae bien. Se parece a ti, es divertido.

—No quiero ser divertida.

—Haces sonreír a la gente.

Por momentos, durante las últimas noches, había tenido la sensación de que la casa crecía a su alrededor. La idea de seguir sola durante otra hora más le había parecido insoportable.

Él se inclinó hacia delante y ella cerró los ojos, pero no del todo; aún podía ver una versión de John entre sus pestañas. Esperó. Sintió que la evaluaba. ¿Y si no le gustaba lo que veía? La gente veía cosas diferentes en diferentes momentos y de formas diferentes. Había muchas maneras de ver. Un trozo perdido de *poppadom* crujió bajo su pierna, o la de ella; no estaba segura. Sería humillante que, después de aquello, él no moviera ficha. Hubo latidos. Muchos. Pero qué coño. De verdad. Se acercó a él. Pegó sus labios a los de John. El cálido sabor del seudochampán. El toque de la cerveza. El picante de la salsa. Él no utilizó la lengua en seguida, señal de alguien a quien se le da bien besar. Cuando llegó el beso de verdad, fue cálido y profundo, hambriento. Estaban entrelazados. Él se colocó encima de ella. Se besaron así, con el cuerpo de ella bajo el peso del cuerpo de él. El hecho de no ser capaz de moverse le provocaba una sensación agradable, liberadora.

Le metió la mano izquierda debajo de la falda. La colocó entre sus piernas y le besó el cuello. Sintió la calidez de su mano entre sus piernas. Ella no paraba de pensar que alguien podía verles a través de la ventana del salón. Subieron a su habitación.

En la cama, Freya intentaba decidir qué era peor en aquel momento, arriesgarse a que la llamaran puta o a que la llamaran caliente pollas. Deseó que hubiera una situación intermedia y segura entre esos dos juicios de valor en la que una persona pudiera simplemente ser. La moqueta estaba cubierta con su ropa, con bolsos. Había vasos de agua por todas partes, cada uno en una etapa de plenitud diferente. Había ordenado su habitación aquella tarde. Para ella, aquello era orden.

El pecho de John era amplio y suave. La goma elástica de sus

calzoncillos le había dejado una marca rosa en las caderas. La línea del moreno estaba justo debajo. Él le besó los pechos y se apretó contra su muslo. Era mucho más guapo desnudo que con ropa. Probablemente no se podía decir lo mismo de la mayoría de la gente. Aquello era un punto a su favor. También el número de chicas a las que les gustaba. Ella necesitaba a alguien que la necesitara. No quería obsesionarse con lo poco original de esa idea. Era agradable dejarse llevar por la concentración de otra persona. Le daba la sensación de que había estado intentando evitar cometer errores a toda costa, y que tal vez lo mejor sería dejar que ocurrieran.

La mejor parte de la noche fue quedarse tumbada en la cama con él, viendo su pequeña televisión en blanco y negro, con sus cuerpos casi tocándose. Parecía que a él no le había importado que ella no quisiera llegar hasta el final. Había sacado un condón en caso de que lo necesitaran, y el único gesto pasivo agresivo que había hecho había sido abrirlo y dejarlo cerca. No había intentado jugar con sus pezones. Freya se alegraba de eso. El condón sin usar se había quedado sobre sus sábanas amarillas, bajo la suave luz de la pantalla de la televisión, como una medusa muerta, como un pedazo de basura o un trozo de alga quemada por el sol; algo que había arrastrado el mar durante la noche para que lo contemplaran las personas y los perros que paseaban por la playa.

CUARTA PARTE
El Grand
1984

Del jardín trasero le llegó el sonido de la madera al astillarse. El viejo Jones había contratado a alguien para que le quitara la valla. Quería sustituirla por un muro de piedra alto. Dan se había ofrecido a ayudarlo, pero el viejo lo había ignorado, igual que había hecho con sus consejos sobre los permisos necesarios. En Belfast, muchos ancianos no veían beneficio alguno en el hecho de ajustarse a la ley. Un muro era un muro y, si necesitaban uno, lo construían.

—Hemos recibido otra amenaza —dijo.

Su madre estaba leyendo un libro titulado *Enciclopedia completa de quiromancia práctica*. En una mesita, un plato lleno de migas de tostada descansaba sobre un ejemplar de la revista *IRIS*.

—No, no —negó ella.

—Sí, Ma. Por la noche. Ya sabes que sí.

—No sé nada. No soy más que una lavandera.

—Una nota en el buzón.

Su madre recorrió con la mirada vacía el lomo del libro.

—No te busques más dolores de cabeza, Dan.

—Un dolor de cabeza es el menor de nuestros problemas.

Ella suspiró.

—Es un misterio. Misterio, eso es lo único que hay. A la gente le gusta ir por ahí amenazando. Es lo mismo que con la idea esa de emigrar. Kathy, por ejemplo: le encanta hablar de que va a emigrar a Australia y lugares así, a un montón de sitios inventados.

—Australia es tan real como Irlanda, Ma.

—Sí, lo que tú digas. Tan real como el maldito infierno.

—Hay quien emigra de verdad.

—Y hay quien no.

Con un pie enfundado en una zapatilla, le dio un golpecito a una taza que había en el suelo.

—¿Otro?

—Yo no.

—Si vamos a hablar, prepara té.

—No tengo sed—respondió él.

Su madre bostezó y dejó el libro. La saliva brillaba en su dentadura. El día anterior, su sillón estaba en una posición diferente, uno o dos centímetros más cerca de la lámpara. Siempre estaba moviendo mesas y sillas por el salón, recolocando el reposapiés y la porcelana, matándose con el esfuerzo. No conseguía visualizar la distribución perfecta. Dan no estaba seguro de si tenía una noción de perfección en mente, o si simplemente le gustaba la sensación del «casi pero no».

Había hecho lo correcto al contarle lo de las cartas y las llamadas de teléfono. Creía que dentro de poco podía pasar algo. El martes les habían metido mierda de perro en el buzón y el miércoles también y, si la situación iba a empeorar, ella necesitaba saberlo. También estaba el tema de la bomba, que debía explotar en unas cuarenta horas, suponiendo que todo saliera según lo previsto. La bomba: un pensamiento repentino que resultaba inverosímil. Era ese tipo de pensamiento, que se colocaba en el primer puesto de la lista de preocupaciones diarias, el que te agotaba. Nadie sospecharía que él estuviera implicado, pero eso no significaba que no hubiera represalias contra la comunidad.

El día anterior, había puesto las manos en los hombros huesudos de su madre y había intentado enfatizar que el riesgo de que estallara una crisis era alto. ¿Y qué había dicho ella tras levantar un centímetro del suelo el palo de golf de su padre? «Tengo el hierro cinco para protegerme.»

Era casi hasta divertido. La aceptación, la conformidad: para una mujer como su madre, no eran más que reveses en su *swing*.

Se sacó la carta del bolsillo y la leyó.

—«Arded, cabrones fenianos.» ¿Necesitas un mensaje más claro, Ma, más directo?

—La he visto en la mesa de la cocina.

—Bien.

—La he leído y la he entendido.

—¿Y?

—Creo que le vendrían bien una o dos comas.

—Esta casa, adiós. Su valor, adiós. No estoy seguro de que lo entiendas. Los recuerdos.

La expresión de su madre se endureció al escuchar la palabra «recuerdos». Se echó hacia delante, temblorosa, rechazó su ayuda y dejó que su peso reposara sobre el palo de golf.

—Dios. ¿Eso es...? —Miraba hacia la puerta del patio, con los hombros encogidos y un tic en las manos.

—¿Qué? —preguntó él.

—No —respondió ella.

—Sí —dijo él.

Quizá solo estaba contemplando su propio reflejo en el cristal. Había aceptado la realidad.

—Dios —repitió—. No, no. Creo que sí es. ¿Puede ser? La has extendido, Dan. Menudo infierno. Dios de mi vida.

—¿De qué estás hablando?

—Que Dios nos ayude.

—¿Ma?

—Jesús, María y José. Hemos perdido el control.

Le dijo que abriera la puerta del patio. Al ver el voltaje descon-

trolado de sus ojos, obedeció. La siguió afuera. Una fila de chimeneas contra el cielo de peltre. Una urraca marchando en silencio por una tubería brillante por la lluvia.

—¿De qué estás hablando?

Negó con la cabeza y se apoyó sobre el hierro cinco.

—*Fallopia japonica*.

—¿Falo qué?

—¡*Fallopia japonica*! Eso es lo que es, Dan. ¡Lo que tú decías que era bambú! En realidad es *Fallopia japonica*. Lo acabo de ver claro.

¿De qué le estaba hablando? ¿Cómo podía interpretar aquello? Intentó aislarse del ruido procedente de la casa de al lado.

—Es lo peor que nos podría pasar Dan. Los McCluskeys lo han pasado fatal con esa cosa. Terrible. No han podido conseguir la segunda hipoteca. Y olvídate de vender. Olvídate. Con esto no hay manera.

Miró a un lado y después al otro. Levantó una mano envejecida y la volvió a dejar caer.

—¿Estamos hablando de las amenazas o de qué?

—¡*Fallopia japonica*! ¡Junto a la valla! La has extendido con los trabajos del jardín.

—Pero...

—Es lo peor, Dan. Lo peor. Puede costarnos todo lo que tenemos.

Tenía espuma en la comisura de los labios. Lo peor. Una hierba. ¿De verdad creía que eso era lo peor? Sentía que estaba siendo testigo de la culminación de algún extraño proceso. Día a día, su madre se había ido alejando de la mujer que solía ser, y ahora se había adentrado profundamente en algún otro reino, flotaba en aguas ilógicas, fuera del alcance de la razón. Le temblaban los labios. No paraba de susurrar «*Fallopia, Fallopia*» con diferentes tonos y grados de énfasis, convirtiendo la palabra en pregunta, exclamación, oración, protesta. El agua acumulada tras la lluvia de la noche anterior cantaba en la bajante. La escu-

chaba de forma intermitente entre el ruido de destrucción de la casa de al lado. ¿Qué coño tenía que ver una hierba con hipotecas, con trasladar a su madre a un lugar más seguro? Se lo preguntó. No le respondió. ¿Qué tenía que ver Japón con Irlanda? ¿*Fallopia*? ¿Los McCluskey? Murmuraba algo, caminando de un lado a otro, conversando consigo misma. Dan colocó todas las piezas del puzle, pero no consiguió formar ninguna imagen.

El murmullo ronco que utilizaba para los avemarías. En la casa de al lado encendieron otra vez la motosierra.

Su madre se giró para colocarse de cara a la casa, con la mirada baja. Tocó el cristal de la ventana del patio con el extremo del palo de golf. Otro insecto aplastado, trabajo en balde.

—Lo he limpiado hace poco. Qué sentido tiene que lo limpie si...

—Vas a tener que solucionarlo, Dan. No queda otra, esto tienes que solucionarlo.

—¿Yo?

—Tú. ¿Quién si no? Mi único hijo.

El único que le quedaba allí, quería decir.

—Ma, no estoy seguro de si entiendes lo que te estoy diciendo. Las cartas. Las llamadas telefónicas. Nos están advirtiendo de que nos han avisado. La hierba esta no es...

—Avisado —repitió, rabiosa.

Observó cómo el fulgor volvía a sus ojos. Desde niño, le resultaba imposible no quedar impresionado por la gravedad de la insatisfacción de aquella mujer.

—Madre —dijo él.

—¿Me estás diciendo que no puedes proteger a una anciana de esa basura?

—Cálmate.

—¿Me estás diciendo, Daniel, que no puedes conseguir que algunos de tus amigos nos ayuden a protegernos?

La miró.

—Que sea vieja no significa que sea estúpida. Si crees que soy

estúpida es que no estás prestando atención, Daniel. Tengo los cuartos de final del Club de Bridge. Una partida importante. Tengo que preparar una tarta. Una tarta. Tendrás que ocuparte de esto tú solo, ocúpate de esto por mí, por una vez, de una vez.

—Tenemos tartas de sobra. Nos sale la tarta por las orejas.

—Tengo que preparar una para Annie. Han vuelto a entrar en casa de los Bakewell.

—¿En su casa?

—Otra vez.

Parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Quién ha sido?

—Qué pregunta.

—¿Qué quieres decir?

Otro estallido.

—¿Te vas a encargar de la hierba?

Se secó la boca con la manga de la rebeca.

—Pero tengo trabajo que hacer. Tengo que encontrar una casa para que nos mudemos. Un sitio donde estemos seguros —le dijo mientras sujetaba la carta de la noche anterior entre el índice y el pulgar.

—Si pudiéramos hoy a la venta la casa con esas malditas raíces, con esas raíces que destrozan los cimientos, con los discos de los Beatles y los Rolling Stones de tu padre y con todos sus muebles, se reirían de nosotros. En la cara. Que es lo mismo que deberíamos hacer nosotros con esos adolescentes.

—¿Con quién?

—Con los que escriben las cartas. Los que quieren asustarnos. Son todos unos críos, como niños.

—No son niños.

—Sí que lo son. Todos los hombres de esta ciudad son como niños.

—Deja que te prepare una taza de té.

—Tienes tiempo suficiente para las dos cosas: arreglar el jardín y hacer tus trabajos. Intentas no llamar la atención ahora que

has vuelto de ese viaje misterioso a la isla grande, ¿no? ¿Ahora estás libre? Dawson McCartland ya no vive en mi jardín.

Silencio.

Le enseñó la mejilla. Él le dio un beso. Se escuchó la motosierra de nuevo.

Mientras ella estaba en el piso de arriba, él se sentó en el suelo del pasillo. Llamó a Dawson. No hubo respuesta. No había habido comunicación desde que dieron el parte al volver, ninguna noticia durante días. Había hecho lo que le habían dicho. Se había quedado unas noches de más. Había pasado la información de la agenda de la primera ministra por si acaso necesitaban recurrir al plan B, fuera cual fuera ese plan. Le habían pedido que entablara conversación con la recepcionista otra vez y él lo había hecho, había descubierto información útil, así que no entendía por qué parecían tan molestos. Lo había hecho a la vista, sí, pero por el bien del objetivo final: no había podido elegir el lugar, se la había encontrado en el bar. Si había que poner en práctica el plan B, la agenda de la primera ministra les resultaría útil y, si funcionaba el plan A, ¿qué habían perdido? Era él quien se exponía a sufrir las consecuencias de que recordaran su cara. Era él quien se exponía a sufrir las consecuencias si recordaba la cara de la chica. La causa no se vería afectada.

Colgó el teléfono, volvió a descolgar, intentó llamar a Colum Allen sin éxito. Marcó el número de algunos de los contactos de Colum en contabilidad, planificación, inteligencia, artillería. Vio la cara de la recepcionista nadando en un lago. La vio sonriendo. La vio volando por los aires a causa de la explosión. Al final, intentó llamar a John C, que ocupaba uno de los últimos escalafones entre los hombres de Dawson y era la última persona la cuyo número recordaba de memoria.

—¡Danny! Me alegro de saber de ti. Estoy intentando desatascar el viejo retrete. El mismo problema de siempre. ¿Te lo

había dicho?

John era una de esas personas que siempre contaba demasiados detalles de su vida, importantes e insignificantes (su alergia al marisco, las pecas que se había quitado, sus últimas fornicaciones con su hermana adicta al sexo), hasta el punto que podrías confundirte fácilmente y considerarlo un amigo. Lo respetaban por su dominio del gaélico y era famoso por su colección de armas.

—John, creo que no llegan mis mensajes.

—Sí, los han pasado.

—¿Adónde?

—Por las aceras.

—¿Qué?

—Por las aceras.

—¿Qué?

—Sí.

Le dio la sensación de que John había empezado a fumar verde de nuevo.

—Si mis mensajes le están llegando y no me devuelve la llamada...

—No te preocupes, Danny. Ya conoces a Dawson. Desaparece del mapa de vez en cuando. Es lo que hay, ay, ay.

—¿Estás colocado, John?

—Aún no, pero es un buen plan.

—Necesito protección, John. Necesito hablar con Dawson. Necesito a un par de sus hombres en mi casa. Probablemente solo me quedan un par de días antes de que me echen gasolina en el buzón. ¿Me entiendes?

John suspiró al otro lado de la línea.

—Tenemos muchos lugares seguros, Dan. Creo que Seán lo dejó bastante claro, ¿no? Hasta te enseñó algunos. Podemos llevaros a tu madre y a ti hasta allí en un momento.

—Seán es un capullo.

—Pero no tanto.

—¿Cómo de capullo hay que ser?

—Es en plan inversamente proporcional —dijo John—. Cuanto más capullo, más alto el rango. Si te cabe un plátano por el culo, rango medio. ¿Un melón? En el top tres. Pero creo que ya hemos hablado suficiente por teléfono. Lo que quiero decir es que Seán se ocupará de ti. Es buen tipo, más o menos.

—No lo es. No lo es en absoluto.

—Relatividad —dijo John, y se puso a tararear—. Relativo. Familia.

—Mi madre no quiere marcharse y no me deja que venda la casa.

—Tiene artimañas, ¿eh? Madres. Te entiendo. Mucha gente tiene ese tipo de problema. Pero, estrictamente...

—John, me lo debes.

Más de dos kilos de Semtex, tres detonadores envueltos en papel higiénico, cinco paquetes de pilas con sensores de inclinación y temporizadores: eso es lo que John le debía.

—Dan. Escucha, Dan. No quiero ofender a una joven promesa como tú, pero lidiar con problemas familiares no es exactamente parte de mi trabajo, ¿sabes?

Dan dejó que el silencio calara en la línea. Colgó. Tenía el brazo cargado de energía contenida. La sed le rasgaba la garganta. Se sirvió una pinta de agua en la cocina. Salió a la calle, se le cayó el vaso y se rompió en pedazos. Dawson. *Fallopia japonica*. Silencio. Ejércitos. Se llamaba Freya, pero no bastaba con recordar nombres. Los nombres eran tan malos como las caras. ¿Por qué nadie le cogía el teléfono? Le habían prometido el recibimiento de un héroe. En vez de eso, se había llevado un portazo en la cara.

Con la suela del zapato empujó los trozos de cristal hasta la alcantarilla. La gravilla del suelo chirrió al seguir el mismo camino. Vio que las cuatro ruedas de su furgoneta seguían rajadas. Casi había creído que se arreglarían solas durante la noche. Depositaba una gran cantidad de fe en el milagro de los mate-

riales, en lo que los materiales podían conseguir cada día, pero el caucho no era piel, nunca se regeneraría por sí mismo, y ese tipo de ilusión constituía el peor tipo de pensamiento posible.

El verano iba dejando paso al otoño. Los días transcurrían a una velocidad sorprendente. Se preguntó si era la única persona del mundo que prefería los árboles sin hojas. Las ramas tenían aspecto lúgubre y dramático. Nudos y zonas rugosas quedaban al descubierto. El padre de John era botánico, así que John conocía los nombres de algunas especies. Le descubrió algunas en un paseo por Stanmer Park. Manzana silvestre, fresno común. Le gustaba poder nombrarlas.

A su padre le habían dado el alta. Pasaba dos o tres horas en el hotel cada día y se acostaba a las ocho de la tarde cada noche. Las ocho era la hora de acostarse de un niño, pero se encontraba mejor, estaba menos pálido. Se ponía de pie completamente erguido y caminaba sin hacer gestos de dolor. Bien. Estaba bien. Contaba los días que faltaban para la llegada de la señora Thatcher. ¡Menos de cinco días! Menos de tres. Mirar por la ventana parecía haberse convertido en un nuevo pasatiempo para él.

Bostezó y se preguntó si John era su novio. Parecía haber movimiento con el tema. Le había comprado una camiseta blanca estampada con nueve palabras en letras grises en relieve: «SOY EL DESGRACIADO AL QUE SE REFIERE LA CANCIÓN». Invertía grandes dosis de imaginación en confeccionar las mentirijillas diarias

que le contaba a Moose para justificar sus desapariciones. A su padre no le preocupaban los líos amorosos entre los miembros de la plantilla, pero estaba bastante segura de que no le haría ninguna gracia el suyo. Pero el cansancio. La autocomplacencia. Su retahíla de coartadas iba perdiendo la firmeza de la verdad. Tal vez debería contárselo y dejarse de líos. Tal vez debería decirle: «Acéptalo, papá». Una chica como Sarah no se esforzaba en esconder este tipo de cosas: soy una mujer, soy un ser sexual, chupo pollas. Pero la idea de que su padre lo supiera... Prefería caer en un pozo lleno de serpientes cabreadas. Además, aún no le había chupado la polla a John; ni a John ni a nadie. Meterse un pene en la boca estaba en su lista de cosas pendientes, sin duda, pero se encontraba entre otras cosas pendientes como visitar Newcastle o probar el *steak tartar*.

Había hecho algunos turnos dobles, estaba ahorrando dinero y dedicándose a preparar el Grand, y trataba de buscar una explicación clara de por qué se sentía feliz. Lo que tenía con John no era amor, no podía ser amor, pero era algo, y eso era lo bonito del tema. Todavía sentía el deseo de viajar, pero ahora vivía ese deseo con algo más de desinterés. ¿Por qué no se quedaba en Brighton una temporada? Podía ir a cafeterías y bares nuevos, tomar notas de la distribución correcta de las salas. El trabajo no era interesante, pero conllevaba ciertas satisfacciones. Todo podía convertirse en arte si te tomabas la molestia de hacerlo bien.

En casa, a primera hora de la noche, antes de escaparse para ir a encontrarse con John, preparaba *risottos* o sopas para su padre y guardaba las sobras en viejos tarros de Hellmann's. Los tarros tenían etiquetas medio peladas («Hell»; «man»; «llma»). No estaba respondiendo a las notas de Susie. Volver a ver a Susie solo le recordaría lo débil que había sido. ¿Por qué había accedido a dejar entrar al chico rubio ese en el hotel? El pensamiento ocasional de primera hora de la mañana: «Tengo que encontrar la manera de solucionar ese problema». Pero había

demasiado que hacer. El último de los mensajes de Susie decía: «Sebastian estará en la entrada de los cocineros a las diez EN PUNTO del viernes». Se imaginó a Sebastian mirando por encima del hombro de Susie mientras lo escribía, estirando y soltando los tirantes verdes con una tranquilidad concentrada, insistiendo en las mayúsculas sin pararse a pensar que harían que la nota sonara cortante.

Había vuelto a nadar. John y ella iban a la piscina por la mañana, temprano. Él tenía un Volkswagen del que se sentía desproporcionadamente orgulloso. Supuestamente un «74 Scirocco». La baca del techo estaba adornada con una complicada selección de cuerdas y correas. Al parecer, el coche estaba destinado a ser un clásico moderno. Le preguntó si la definición de clásico moderno incluía que el coche arrancara tres veces de cada diez. Él le respondió que ese problema no tenía nada que ver. Tenía su coche y su tabla de surf, y aparentemente nada más. Todavía vivía con sus padres. Ellos tenían dinero. Les daba rabia haber tenido que pagarle el curso de Bellas Artes. Ella había visto algunas de sus obras y podía entender, en parte, que no estuvieran nada contentos. Ninguna pieza era buena, y la mayoría ni siquiera podía pasar por arte. Una manzana que parecía una pera era su mejor cuadro. La pera-manzana («penzana», la llamó él) aparecía a la altura del pecho en un cuerpo asiático. Contenía un pezón escondido. La otra teta la tapaba un donut. Pero él lo llamaba arte, y eso era probablemente lo que importaba y, a pesar de lo que sus padres pensarán, John no era ningún vago. Hacía más turnos en el hotel que cualquier otro miembro del personal. Se lanzaba al agua fría. Su disposición para entrenar y para sentarse en silencio después del entrenamiento eran dos de las cosas que le gustaban de él.

Le sentaba bien nadar tan a menudo. Estaba recuperando una parte de sí misma que había perdido. Era como encontrar dinero en unos vaqueros viejos. Era como descubrir que esos vaqueros viejos le quedaban perfectos. Resultaba sorprendente lo diverti-

do que era nadar cuando no había nadie gritándote que fueras más rápido y que tenías que perfeccionar tu técnica. Tan solo la agradable felicidad de deslizarte de pared a pared, nada más.

¡Ejercicios de eje largo, chicas!

La aerodinámica, Finch, la A-E-R-O-D-I-N-Á-M-I-C-A.

¡Céntrate en el arranque! ¡Patadas de delfín! ¡Patadas de delfín!

¿Una salida de un metro? ¡He visto pelotas de pimpón permanecer más tiempo bajo el agua!

Cosa que, si lo pensabas, no tenía ningún sentido, porque ¿para qué ibas a llevar una pelota de pimpón a la piscina?

John trataba a Freya como si fuera un genio de la natación. Eso también le gustaba. Le pedía consejo a pesar de que a él también se le daba bien nadar. Entendía por qué la gente se involucraba tanto en las relaciones y se olvidaba de preocuparse por los amigos. Había cierta presión creativa en el hecho de aislar a otras personas, aunque no formarlas parte de una pareja perfecta. Empezabas a disfrutar de una nueva sensación de intimidad. Ver la televisión con John. Estar bajo el agua con John. Tumbarse con él en el suelo de una habitación del Grand.

Así, como si nada, ella le dijo que subiera al piso de arriba cuando terminara su turno. Ella le esperaba en el rellano. Era importante que esa pequeña parte del proceso estuviera bajo su control. Girasoles en jarrones de formas redondeadas sobre las mesitas. Pequeños cuadros al óleo de aspecto pegajoso en sus complicados marcos.

En cuanto lo vio, supo que estaba excitado. Mejillas sonrosadas, ojos nerviosos. En el trabajo parecía más mayor que durante el placer. La camisa blanca y la chaqueta oscura nunca acababan de tener un aspecto aseado, pero el conjunto le quedaba bien. Su mirada era limpia y suave, nada incisiva; tenía la barbilla sombreada con un toque de barba de unos días. Ella vestía una falda suave y ligera.

Se colaron en la habitación. John llevaba su reloj deportivo

con correa de tela. A ella no le gustaba. Su piel desprendía un fresco aroma a pepino. La colocó contra la pared y se puso de rodillas. Le bajó las bragas despacio, un poco la parte izquierda, un poco la derecha, hasta que quedaron tensas entre sus pantorrillas con un pequeño resto de humedad en el algodón. Se puso a besarla ahí. Ella no sabía muy bien qué estaba haciendo. Él no sabía muy bien qué estaba haciendo. Ella cedió ligeramente cuando él encontró el clítoris con la lengua, pero lo perdió en seguida, como una persona leyendo un libro en la playa, todo codos y brisa y nada de concentración. Ella intentó imaginarse el océano entre las cortinas para ayudarse a correrse como lo hacía cuando estaba sola, pero al final se resignó y se decidió por un pequeño temblor falso, un escalofrío de placer medio fingido, y él levantó la vista con una sonrisa casi tímida, una actitud de alegre alivio. Entró dentro de ella sobre la moqueta de color albaricoque. Duró un par de minutos más que la vez anterior. Sentía sus hombros enormes entre sus manos. Sus movimientos eran demasiado rápidos, pero la habitación era luminosa y parecía llena de electricidad. Sábanas inmaculadas, una cama extraña. Secretos. Más despacio. Se sintió cómoda y serena de pie, desnuda frente a la ventana, recogiendo el pelo y mirando el mar. Se sentó en un sillón elegante, todo piel. Él la deseaba. Durante un momento ella entendió que el hotel era bonito. Se bañaron juntos, el pie de John entre sus piernas. Intentaron hacer el amor en la bañera, pero no funcionó. Si Sarah volvía a ponerse en contacto con ella, le preguntaría si había manera de hacerlo bien.

Al salir de la habitación hubo un momento de horror. Levantó la vista y vio a Marina doblar una esquina. Sus ojos se encontraron y después Marina miró a John; tras una rápida sonrisa, siguió caminando. Aquello era un problema, un problema serio, un pozo lleno de serpientes cabreadas.

En la parte poco profunda de la piscina, John le dijo:

—Enséñame tus trucos, Freya Finch.

Freya se dio cuenta de que, al intentar explicarle cómo mejorar su brazada de espalda —mientras intentaba diseccionar sus movimientos instintivos y transformarlos en palabras que tuvieran sentido—, ciertos aspectos técnicos que siempre le habían parecido confusos se fueron aclarando poco a poco en su mente. Por ejemplo, su salida siempre había sido demasiado rápida y desordenada. Siempre se sujetaba al borde de la piscina y se lanzaba hacia atrás con energía, pero solo se sumergía ligeramente. Solía salir a la superficie y comenzar a dar brazadas tras solo un par de segundos, cuando el agua seguía agitada por su salida. Cuando empezó a competir eso no parecía importar demasiado, porque la escuela tradicional defendía que el tramo bajo el agua no era relevante para la carrera, cada nadador empezaba tan mal como los demás. Pero durante los últimos meses de competición a nivel regional, Freya había visto surgir una nueva raza de nadadores de espalda, chicos de su edad como David «Despegue» Berkoff, a quien todo el mundo en Brighton Swordfish consideraba candidato al oro en Seúl. A Freya y a sus compañeras de equipo les había tocado ver vídeos de Berkoff compitiendo en un torneo juvenil en Connecticut. Algunos murmullos y risitas. Era un chico al que todas querían conocer. En la carrera grabada, Berkoff había empezado con una velocidad increíble, deslizándose durante una eternidad bajo el agua, un torpedo aerodinámico con gorro amarillo, con rápidas patadas de delfín que le impulsaban sin parar. Freya no conseguía entender cómo lo conseguía, era incapaz de conjurar cualquier versión de su magia.

Pero cuando consiguió encontrar una explicación que darle a John, tras dividir el análisis del entrenador Dean en cuatro o cinco pasos más sencillos y en un lenguaje nada técnico, empezó a ver cómo podía aplicar la teoría, empezó a verse desde diferentes ángulos. El despegue de Berkoff perdió parte de su misterio.

Se sujetó al bordillo de la parte profunda de la piscina. La luz

que se filtraba por las altas ventanas hacía brillar el agua. Se enroscó en posición de salida a espalda. El techo estaba cubierto con paneles; faltaban algunos.

Al salir impulsada hacia atrás, colocó su cuerpo en posición de aguja, con una mano sobre la otra. El movimiento le resultaba conocido, el mismo de siempre, pero ahora, mientras su cuerpo adoptaba la posición bajo la superficie, se aseguró de que los pequeños bultos de sus bíceps presionaran sus orejas. Dio rápidos latigazos con sus patadas de delfín, concentrada en los pies, patada-patada-patada-patada-patada-patada-patada, y duró más de lo normal. Cambió el movimiento de los pies a un batido que nunca había intentado antes, oscilante. Uno, dos, tres. Le dio la sensación de que se había pasado una eternidad bajo el agua. Con el brazo derecho aún estirado en posición de aguja, flexionó la muñeca izquierda ligeramente, solo un poco, forzándose a romper la costumbre de mantenerla recta, para que la envolviera el agua e iniciar la brazada, despacio, paso a paso, sí. Con el cuerpo todavía alineado, sintiendo el pecho como si fuera de acero, descubrió que podía deslizarse por la superficie del agua en un ángulo más estilizado que antes. Para entonces estaba ansiosa por respirar, desesperada. Sentía la superficie líquida calmada y fina. Salir al bullicio. Jadeando. No podía creerse las pocas brazadas que había necesitado para completar el largo. La pared llegó demasiado rápido. Se le doblaron los dedos hacia atrás.

—Increíble, Freya Finch.

Recuperó el aliento y salió de la piscina, se colgó las gafas del cuello y se quitó el gorro. Se sentó a su lado, con las piernas en el agua. Sus pies eran fantasmas que aleteaban.

—Ven —le dijo, sonriendo. Ella inclinó la cabeza hacia él y él le besó la oreja. Sus besos en la oreja eran una tontería. Le encantaban. Tonterías. Le rodeó los hombros con el brazo. Puso la palma de la otra mano en su pecho; su firmeza, algunos pelos en el esternón que le parecían al mismo tiempo conocidos

y nuevos, extraños y familiares, como garabatos en caligrafía árabe. Era una tontería. Incluso allí podía sentir cómo el calor aumentaba y le recorría la piel. Había pasado bastante tiempo mirándole la frente, la espalda, con las sábanas enredadas entre sus piernas entrelazadas, y no había conseguido encontrar ni un poro. No sudaba cuando se besaban o se tocaban. Ninguna parte de él parecía evaporarse, no dejaba ningún resto, pero en cuanto estabas con él sentías calor. La ropa desaparecía, los problemas desaparecían. Aquello no podía durar. ¡Era John el surfero! Tonterías.

Dos chicas pasaron cerca de ellos, sus pies pálidos resonando sobre las baldosas. Una de las chicas miró a Freya. Tenía los pechos grandes. En un mal cuadro, quizá incluso en un cuadro de John, la fruta más apropiada hubiera sido un melón. Era Sasha, del hotel.

—¡Tú! —dijo Sasha.

Freya respondió del mismo modo. No le gustaba Sasha. Era una de esas chicas que se guardaba su energía para los hombres. En lugar de saludar a John con un pronombre y una exclamación, Sasha le tocó la espalda desnuda y se agachó para darle un beso en la mejilla.

—Así que vosotros... —comentó Sasha con inseguridad.

—Estamos nadando —respondió John el surfero.

Sasha les sonrió como si el semen no se derritiera en su boca.

—Guay. Esta es Claire.

—Sí, me acuerdo.

Freya dijo hola e intercambiaron las formalidades de rigor. Con las cejas perfectamente delineadas, a Claire no le quedaba más opción que parecer sorprendida.

—Sí, a Catherine le encantó esa película.

—Guay —respondió John.

—Deberíamos volver a salir todos juntos.

John se lo pensó un momento.

—Guay —respondió.

—Hasta luego.

—Adiós.

—Sí.

Cuando Sasha y Claire se alejaron, John y ella se quedaron sentados en silencio. Ella se acercó un poco más a él y le tocó una perla de agua que tenía en la espalda, una de las que Sasha no había destrozado. Se deshizo lentamente. Se deslizó por su espalda. Él se movió, molesto. Se puso de pie y se estrujó las perneras del bañador. El agua se escurrió hasta el suelo.

—¿Sales con Sasha de vez en cuando?

—Salimos en grupo —respondió John.

Freya negó con la cabeza. Demasiados nombres. ¿Qué significaba vivir en un mundo en el que perdías la pista de todos esos nombres?

—No tienes nada de qué preocuparte —comentó John.

—No estoy preocupada.

John se encogió de hombros.

—Ningún problema, entonces.

—Así que no habéis... Solo pregunto por curiosidad.

—Escucha —dijo John—. No ha pasado nada de eso. Pero ya sabes que no estoy buscando nada serio, ¿verdad, Frey? Tú tampoco. Eres genial. Ya lo hemos hablado.

Estaba haciendo eso que todo el mundo en Brighton parecía hacer: confundir una conversación que había tenido consigo mismo con una conversación que había tenido con ella.

Volvió a negar con la cabeza. Era tonto. La conversación era una tontería. Peras y donuts y tablas de surf. Cuando el foco de atención de John se fijaba en ti, todo era cálido. Cuando se centraba en algún otro lugar, solo sentías un frío terrible.

¿Quería cenar con ella esa noche? Estaría muy bien, pero mejor no, tenía que ayudar a su prima con algo. Su prima estaba mal de la cabeza, era complicado. Una pena, porque Freya había comprado todos los ingredientes para preparar *shepherd's pie*, su plato favorito, la receta de su madre, y había pensado

que podía prepararlo en la cocina del chef Harry: montañas onduladas de patata, salsa Worcestershire en la carne, sencillo y reconfortante y casero.

Al día siguiente, los preparativos para la llegada de la señora Thatcher se aceleraron. Hordas de vasos de brandy especiales llegaron desde Kent. Siete cajas de servilletas desde Escocia. Se repartieron entre el personal unos packs con la biografía de los invitados clave, almidón para los cuellos de sus camisas y recordatorios sobre cómo decir «Hola». La conferencia había empezado el lunes, pero los discursos importantes se pronunciarían durante los dos días siguientes y la segunda oleada de personalidades relevantes llegaría también entonces. Uno de los nuevos latiguillos de su padre («Hay que reducir los errores no forzados») disfrutaba de gran difusión. A veces lo adornaba con comentarios sobre McEnroe o sobre sets en blanco. Una ducha se había caído y había golpeado en la cabeza a un invitado de la segunda planta. Barbara le había mordido en numerosas ocasiones a alguien de relaciones públicas y habían encontrado a un subsecretario durmiendo detrás de la barra durante el desayuno, con el fajín plisado cubriéndole los ojos. Aparte de eso, todo iba bien. Desde el incidente del fajín, el subsecretario se desplazaba por el hotel con sigilo, en silencio, como una niña a la que le hubieran dicho que tuviera cuidado de no estropear su mejor vestido.

En el hotel, solo quedaba un pequeño grupo de huéspedes no relacionados con el Partido Conservador. Habían hecho reservas con antelación que tuvieron que mantener. Marina habló con todos. ¿Les molestaría que cerraran el bar el jueves por la noche para un evento privado? ¿Había algo que pudiera hacer para asegurarles que la presencia de fuerzas de seguridad no era motivo alguno de preocupación? Habían destinado una habitación entera del primer piso a las máquinas de fax que habían

pedido especialmente para la ocasión, dos procesadores de textos y algo llamado «impresora láser». La mayoría del personal masculino había ido a ver la impresora y volvieron con historias sobre sus funciones más recónditas. Un hombre que acababa de mudarse a una de las nuevas urbanizaciones de Hove, donde habían talado robles de doscientos años para dejar espacio a carreteras y jardines monótonos, acudió para impartir al personal de verano un «taller interactivo» sobre cómo Mejorar La Postura y Vestirse Para Impresionar. Era austriaco, y toda su estrategia parecía basarse en la idea de que, si arrastraba las inseguridades de la gente hasta la oficina del director y los ridiculizaba, las inseguridades desaparecerían.

—¿Crees que esas medias te favorecen, sí?

—Mmm —respondió Sally Woo.

El padre de Freya se mostraba profundamente preocupado por todos los sistemas de videovigilancia que estaban instalando. No esperaba que hicieran tanto ruido, dijo. Unos hombres vestidos con monos no paraban de taladrar agujeros. Había cámaras en todos los rellanos, cámaras al final de los pasillos, cámaras apuntando a las escaleras, cámaras en las paredes del restaurante. Junto a su padre, Freya observó cómo colocaban el soporte de otra cámara. La instalación era lenta y metódica. Moose comentó que de lo que más se arrepentía era de haberles pedido que evitaran poner cables a lo largo de los rodapiés. En lugar de eso, habían dispuesto el cableado por dentro del techo. Le preocupaba que estuvieran debilitando la estructura general. «Si cae un rayo, el edificio se vendrá abajo.» Tenía el cuello encendido por la preocupación y no paraba de hacerles preguntas. Freya tenía la sensación de que, si lo dejaba solo, volvería a colapsarse y aquella vez no se levantaría.

—¿Es realmente necesaria tanta vigilancia? —preguntó.

Los hombres vestidos con monos bostezaron al oír sus palabras. Continuaron trabajando en silencio, intercambiando son-

risas cada vez que veían pasar a una de las huéspedes del hotel, o a alguna empleada de bamboleantes caderas como Sasha. Su padre se tomó otra de sus pastillas.

Subir escaleras. Pasar junto a trozos de papel. Recordatorios de su progreso pegados a las paredes: «Has alcanzado el escalón quince de cuarenta y cinco»; «¡Acabas de alcanzar el escalón veintisiete!»; «¡Escalón treinta y tres! El Museo de los Objetos Perdidos está cerca».

La letra del Capitán era un caos de rotulador rojo. Las enormes exclamaciones le daban a la escalera la apariencia de la escena de un crimen salpicada de sangre. Ni rastro de la severa y polvorienta profesionalidad de los museos que había visitado con el instituto. La severidad no formaba parte del manifiesto del Capitán. Su objetivo era «convertir la historia en algo personal». Le gustaba cómo sonaba eso, pero no estaba segura de qué papel jugaba en ese plan el muñeco de oso panda polvoriento y de aspecto deprimido que siempre estaba sentado en el escalón número treinta y seis.

Subía los escalones de dos en dos; sentía los pulmones enormes. Tenía la sensación de que estaba más en forma desde que pasaba tiempo con John el surfista, y también tenía otra sensación, más pequeña y menos admisible: que John no era una presencia totalmente sana en su vida. No había hablado con él en todo el día. La había evitado en la zona de recepción.

Había un cartel en la pared que decía «El mundo es un escenario». Alguien había garabateado «todo es mentira» al final.

Llegó a un rellano bañado por la luz de una ventana baja. Miró al cielo. Tan pequeño, tan alto; un cernícalo. O cualquier otro tipo de pájaro planeador. No lo sabía con seguridad. En el alféizar, había pelos y partes de moscas muertas. Se giró y vio su reflejo en un espejo sucio y alto. Su cara no desvelaba ninguna información, ni cierta ni falsa, solo a una persona que trababa

de ser profunda. Llevada por un impulso, escribió «ja» en el cristal polvoriento. Dio un paso atrás para observar su imagen en el espejo, el «ja» sobre su cabeza. Después escribió «cliché» y volvió a dar un paso atrás. No conseguía recordar si llevaba un acento agudo o grave. Echaba de menos las clases de francés, la sencilla escapatoria que le proporcionaban. Sus viejas zapatillas rojas estaban decoradas con Tipp-Ex, algo de lo que se arrepentía. Las líneas se habían difuminado, borrosas, y habían adoptado la forma de un error tembloroso.

Del marco de la puerta colgaban lazos, cada uno con un cascabel atado: cascabeles de collares de gato y de collares de perro, y dos más grandes que parecían de bicicleta. Pasó entre ellos y se encontró al Capitán vertiendo agua de un tarro de mermelada a una pequeña tetera. Se parecía mucho a una de las teteras que tenían en las habitaciones del Grand. El Capitán le informó de que su pausa para el té no era hasta media hora más tarde, pero que un hombre sin un horario flexible era como un hombre muerto.

La invitó a posar su trasero en la cabeza plana de un cocodrilo disecado. Había cubierto al cocodrilo con varias mantas. La taxidermia era una de las muchas aficiones del Capitán, pero, en una de sus visitas previas, había admitido que un cocodrilo muerto podría echar atrás a cierto tipo de visitantes del museo, de ahí las mantas. También había expresado su desprecio por las personas que mataban ciervos y después colocaban las astas en la pared.

—La taxidermia es una cosa, pero no puedo confiar en una persona que cuelga animales en la pared.

—Entonces, ¿los últimos días han sido tranquilos?

—No, no —respondió el Capitán—. Mucho negocio, mucho negocio. Visitantes. De hecho, Susie vino el otro día.

—¿Mi Susie?

—Sí.

—Qué raro.

—Con todos mis respetos, no estoy de acuerdo —comentó el Capitán.

—No, es solo que... Bueno, no me ha comentado nunca que le interesara este sitio.

—Ah, eso —dijo el Capitán, bajando la vista. Se dio cuenta de que el comentario le había molestado.

Tras rascarse las mejillas, surcadas de venillas, el Capitán se removió en su silla. Al hacerlo, la silla chirrió (el mismo chirrido de siempre), el Capitán dio un salto, sorprendido (la misma sorpresa de siempre), y su mirada se volvió dura. Estudió la silla con detenimiento y volvió a sentarse con el mayor de los cuidados, a cámara lenta. En junio o julio, le había confesado que aquella silla había pertenecido a JFK. Era una silla de plástico normal con patas de metal, la pieza de mobiliario menos presidencial que pudieras encontrar, pero había algo atractivo en la idea de que algo tan mediocre y tosco pudiera haber soportado el peso de un trasero extraordinario. Uno quería creerlo. Pensaba, ¿qué hay de malo en ello?

Asimiló los nombres y logos de los productos, el brillo y la inclinación de los objetos amontonados, la acumulación de formas y colores. Había una radio encendida a un volumen muy bajo, y tras la agitación del sonido estático se podía escuchar la solemnidad de la música clásica. Estaban sentados en la zona del museo que el Capitán llamaba Recepción, la Oficina del Conservador, la Oficina de Información para Socios y/o la Galería de Artículos Modernos que Aún no se Han Perdido. Detrás de él, árboles dorados florecían sobre papel plateado, y en estanterías esquineras había montones de papel mal apilado, enormes tarros de caramelos, dos gnomos pequeños con los gorros deportillados y un cartel de madera que decía «Admira el arte de los artistas o lárgate». La «A» de «arte» había desaparecido y solo quedaba su sombra.

A su izquierda, media docena de mesas de diversas alturas y diseños soportaban su carga particular. Cada montón represen-

taba una categoría de objetos que el Capitán estaba «considerando». Aparentemente, la cuestión principal de esas consideraciones era: ¿alguien que estudie «la manera en la que vivimos ahora» mostrará interés algún día por el objeto X? Había botas de lunares plateadas, manoplas unidas por cordeles, muñecas Cabbage Patch Kid que, a pesar de su rotunda rechonchez, de algún modo le recordaban a Susie. Un espejo enmarcado con un pequeño ribete de plastilina. Una zapatilla Reebok Freestyle con cordones rojos. Una caja de plástico transparente llena de pistolas de juguete. Dos álbumes de cromos del mundial parcialmente completados (Argentina 78, España 82). Un recortable de cartón supuestamente a tamaño real del Gigante Verde. Por último, le enseñó un cubo con la etiqueta «Las aventuras de Slimmer Hi-C Ecto Cooler» y una foto enmarcada de Michael Jackson y E.T. cogidos de la mano.

«Lo único que me cuesta es tiempo», le gustaba decir, al observar el desorden que lo rodeaba. Pero estaba claro que todo eso le había costado mucho tiempo. Probablemente años. Gran parte de su vida dedicada al coleccionismo. Decía que lo que más le gustaba era la euforia de la culminación, conseguir la serie completa de un sello en particular, por ejemplo. Pero también decía que la mayoría de sus proyectos se resistían a completarse. Una categoría determinada rara vez era finita y, además, siempre existía la atracción de encontrar ejemplos más impresionantes de los que ya tenía. Freya consideraba aquel lugar como el hogar de los descarriados, de los objetos huérfanos o desechados. Había cierto lustre de amor en todo aquello. El cinismo había que dejarlo en la puerta. Objetos descuidados u olvidados. Darles un espacio y otorgarles importancia.

El capitán desprendía cierto olor. Pero era un olor reconfortante: el aroma caliente, oscuro y polvoriento de un armario. Olía a desván, al desván donde habita el Scrabble, donde se guarda la decoración de Navidad, donde descansa, colocada sobre la inexplicable caja de Subbuteo, la raqueta de tenis que

seguramente no se volverá a utilizar nunca más. Olía un poco al olor del colegio cuando ibas con un amigo durante las vacaciones, quizá para comprobar que seguía allí, quizá para correr en las pistas, y descubrías que solo era medio colegio, porque un colegio no estaba completo sin las idas y venidas de los alumnos, los susurros matutinos, el sonido de los portazos de las taquillas, las risas y los cuerpos huesudos, los intercambios de pintalabios, el chirrido de las suelas de goma al doblar corriendo las esquinas, las espesas nubes del desodorante en spray, las etiquetas de los sujetadores estudiadas al detalle para confirmar o desmentir la talla que la dueña afirmaba tener, los brazos cansados extendidos sobre mesas cubiertas de arañazos. Repetición. Listas. Entrar en el colegio durante las vacaciones era dejarse incomodar por su vacío.

El Capitán inclinó la cabeza y relajó la mandíbula. Parecía estar conectando con alguna frecuencia lejana. Tosió.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien.

—¿Sí?

Freya suspiró.

—Sí.

—Me alegro —dijo el Capitán.

—Está contento de haber vuelto a casa. Y de ir al hotel unas horas al día.

—Debería ir con cuidado —comentó el Capitán—. Es zurdo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Se preocupan por todo. Hasta de las cosas más pequeñas. Son gente prudente. Les viene de la época del colegio, de tener que rellenar los cuadernos de ejercicios esforzándose para ladear la muñeca y evitar borrones. Es admirable, pero...

Empezó a hablarle de un capítulo de un libro titulado *La imagen pública*, pero en algún momento, a mitad de la segunda frase, se escuchó un crujido en la escalera y el alegre sonido de

los cascabeles. Freya levantó la vista y vio un brazo delgado apartando los lazos de la puerta.

—Hola.

El brazo pertenecía a un hombre sin pelo. Era una de esas personas todo piel y articulaciones: el cuerpo magro y afilado de un corredor de fondo. Lucía un pequeño moratón en la parte derecha de la frente.

—Esta es Freya —dijo el Capitán—. Freya, te presento a Mike.

—Hola —dijo Mike. La luz polvorienta parecía molestarle. Hizo un gesto como si abofeteara el aire y entrecerró los ojos, en un intento, quizá, de persuadir a la luz para que se marchara a vivir a otra parte.

—¿Quieres un té, Mike? Estoy fabricando un poco.

—Solo venía a cogerte prestado el disco ese —dijo Mike.

—Ah, sí, una nueva adquisición. —El Capitán rebuscó debajo de la mesa—. Aquí está, aquí esta.

—Gracias —dijo Mike—. Nos vemos luego.

Desapareció paso a paso. En el aire solo quedó la leve música de violín de la radio.

—¿Prestas cosas? ¿Como una especie de biblioteca de discos?

—No, no —respondió el Capitán—. Con él es diferente. Vive en el piso de abajo.

—¿Él solo?

El capitán se aclaró la garganta.

—Conmigo.

—Ah, sois compañeros de piso.

—Sí, eso, más o menos.

Freya pensó que estaba bien que el Capitán tuviera un compañero de piso. Siempre se lo había imaginado solo.

—Así que a Mike le gusta Culture Club. ¿Cuántos años crees que tiene?

—Hasta nosotros, los viejos, tenemos nuestras preferencias

—comentó el Capitán, y a Freya le pareció escuchar una nota de reproche.

Preferencias. Parecía que el Capitán se había sonrojado. En medio del silencio, una idea difusa se fue aclarando. ¿Tenía el Capitán un amante? ¿Un amante que era un hombre? Se había equivocado con ese tema en otras ocasiones. Pensó en Roy Walsh. Durante un tiempo, había albergado la esperanza de verlo en la piscina. Como una estúpida niña pequeña, pasaba por delante del gimnasio que le había recomendado y miraba por la ventana por si estaba dentro.

—Eres muy misterioso, Capitán.

El Capitán le dedicó la sonrisa más grande que le había visto nunca e hizo un gesto señalando la habitación que le rodeaba.

—No tengo biografía, solo esto.

Le guiñó el ojo.

La pequeña tetera empezó a temblar. La escucharon sisear. Le preparó un té, pero dejó la bolsita dentro.

—¿Cómo va todo lo demás? —le preguntó.

—Todo lo demás va bien.

El Capitán se metió un dedo en la oreja. Lo agitó.

—Continúa.

—Bueno, no hay mucho que contar.

El Capitán asintió. La música de violín de la radio dio paso al sonido de un piano.

—Aunque algo nuevo supongo que sí hay...

—¿Sí?

—Creo que tengo novio.

—Ah.

—Aunque en realidad no.

Esperó. Se preguntó qué se escucharía decir después. Sintió ese temor familiar a que la malinterpretaran.

—Etiquetas —dijo.

El Capitán cogió una hoja llena de etiquetas adhesivas y la levantó con cierta satisfacción. Se puso a tararear una canción. Se detuvo para preguntarle por la duración de la relación. El

dato era demasiado ridículo para ser revelado, así que, en lugar de eso, dijo:

—No es una relación cerrada. Bueno, o eso creo. Él es un poco mayor. Pero dicen que las mujeres son más maduras, ¿no? Así que eso.

El Capitán se inclinó hacia adelante en su silla.

—En años de perro —comentó.

—Pero es que ni siquiera nos conocemos bien. Todavía no, supongo. Y hoy aún no me ha dicho nada. Así que por eso no es nada serio.

No lo era, ¿verdad? La información le recorrió el cuerpo con un rápido escalofrío. Si la cosa terminaba pronto, ni siquiera tendría una excusa para ser infeliz. Conocía tal vez el uno por ciento de los secretos de John, y él, por su parte, no conocía más que el veinte por ciento de los suyos. Probablemente estando juntos no hicieran otra cosa que matar el tiempo. Probablemente solo había una cantidad de tiempo limitada que matar.

Pensó en la televisión que sus padres habían comprado en Nueva York, blanco mate con los bordes redondeados, y en las noches que los tres (ella, su padre, su madre) habían pasado viendo reposiciones de un programa llamado *Rhoda*. Los chistes sobre sexo le habían dado a Freya ganas de suicidarse. Callaos, pensaba. Por favor, Dios, callaos ya. ¿Es que no veis que mis padres están aquí?

El Capitán dio una cabezada rápida.

—¿Alguna vez has pensado en marcharte de Brighton, Capitán?

—¿Qué? —Bostezó—. ¿Quién se marcha? ¿Yo?

—Brighton. ¿Crees que te quedarás aquí?

—Claro, este sitio es una perita en dulce. ¿Por qué me iba a marchar?

—¿Qué es lo que te gusta? ¿El mar, el aire?

—¡No! Todo. Los Lanes. Las tiendecitas. Todo el colorido y la cultura. La cantidad de sitios donde uno puede hurgar y

rebuscar. La vida, si me preguntas. Brighton es el mejor lugar del mundo. En general, la gente no se da cuenta de lo que tiene. Todos somos como ranas en agua caliente.

Moose estaba en su cama, en su habitación, en su casa. Desde su vuelta del hospital, estaba enamorado de la moqueta, que iba perdiendo pelo. Sentía una admiración cada vez mayor por el polvo de la mesita de noche. La habitación le pertenecía. La intimidad de las cortinas y las mantas de verdad. Platos y boles, tazas que no combinaban, la araña del alféizar que se negaba a morir. Elegir cuándo apagar las luces.

Para Moose, aquellos eran días de sopas de sabores creativos: la de setas y sésamo de Freya; la de guisantes y apio de Freya; los cremosos corazones de alcachofa con chalotas fritas de Freya. Su hija la cocinera. Su hija la maravilla. Días de imaginarse a Marina envuelta en una pequeña toalla blanca, en una playa lejana, el sol, la arena, y meter la mano debajo de las mantas y recordar que los betabloqueantes habían dejado su sistema hidráulico inútil. Había llegado el momento de volver a trabajar a tiempo completo.

Durante su primer día en el hotel (una hora, nada más), hubo champán y tarta, abrazos de diversos colegas y amigos, un beso en la mejilla de Marina. Una avalancha de afecto que le humedeció los ojos.

El segundo día, trabajó durante tres horas. Habló con un

huésped que llevaba una americana de espiguilla. El huésped le dijo a Moose que sin cinismo ni sarcasmo el hombre moderno estaba acabado. El bordado del tejido le recordaba a las espigas de un pescado. Moose, casi siempre preparado para poner la diplomacia por delante, le dijo al huésped que no estaba de acuerdo. El cinismo y el sarcasmo estaban muy bien, pero solo si iban respaldados por un sentimiento profundo. La ironía podía ser el modo moderno, pero ¿no se merecía la franqueza que alguien alabara sus virtudes? Eso no significaba dar la espalda a los aspectos más oscuros de la vida. No significaba conspirar para hacer que tus días fueran falsamente agradables y buenos. Pero sí que significaba mirar de cerca lo oscuro, prestarle atención a su gama de tonalidades, a su viveza, a lo ridículo y a lo terrible, a los chistes de pedos y a las tragedias. Pues estar vivo, ser capaz de reírse y sentir sorpresa, era en sí algo hermoso. Tras decirle todo eso, el huésped le preguntó si era religioso.

El día anterior había hecho un turno de cinco horas. En la puerta, vio que un huésped le daba un billete de diez de propina a George, e intervino cuando el hombre llegó al mostrador de recepción. «Creo que tenemos disponible una habitación de categoría superior, señor.» La dirección general no lo aprobaría, pero la dirección general no había sufrido un ataque al corazón. Además, desde el punto de vista del negocio, tenía sentido. El hombre de voz suave llevaba la etiqueta de una aerolínea de lujo en el equipaje. Probablemente iba a Brighton un par de veces al año, una escapada antes o después de reuniones de negocios en Londres, o quizá apenas venía a la ciudad pero tenía amigos ricos que podían seguir sus pasos. Subirle de categoría y enviarle vino a la habitación. Se lo contaría a la gente. Ellos a su vez se lo contarían a más gente. Hombres de negocios en busca de un lugar fiable donde dar rienda suelta a sus cuentas de gastos: aquellos eran los clientes de primera necesidad. Habría ciertos límites en la categoría de habitación que su secretaria le podía reservar sin que el departamento de administración de su

empresa se quejara, pero contaría con una prestación generosa para comida y bebida. ¿Y el coste para el hotel? Ninguno. La suite estaba vacía hasta el jueves. La salida tardía permitida a los huéspedes de las suites alteraba algo el servicio de limpieza, pero solo si el huésped dejaba la habitación más tarde de la hora habitual, y un hombre de negocios casi nunca lo hacía. Los engranajes chirriantes del cerebro de Moose volvían a girar. Qué bien se sentía al estar de vuelta.

La primera remesa de asistentes a la conferencia se había comportado más o menos bien. Marina había lidiado con tacto con la típica borrachera. La mayoría estaba allí para aplaudir los discursos menos notables, los que no parecían importar a nadie. Moose había visto parte de la cobertura de prensa en televisión. Vio cómo las cámaras cortaban rápidamente después de algún chiste fácil pronunciado desde el estrado y dirigido a la mujer del ponente o de su enemigo declarado en un intento de añadir algo de drama humano, suponía. Incluso los *tories* más entusiastas que merodeaban por el vestíbulo a la hora del desayuno, con las acreditaciones de plástico colgando del cuello, admitían que la única que importaba era la Primera. La señora Thatcher había visitado Brighton brevemente el día anterior, pero, a pesar del bombardeo de llamadas de última hora del ayudante del ayudante de la secretaria privada, había decidido ceñirse al plan inicial: dormir en Londres, volver el jueves por la noche. La espera solo aumentaría la satisfacción final. ¿Cómo era eso que le gustaba decir a Viv sobre los saltos de trampolín? La felicidad compensa en altura lo que le falta en longitud. Robert Frost o algún otro de sus favoritos. Al principio, solía leerle sus poemas por la noche y él entendía muy poco, solo el ritmo, y eso le parecía encantador.

Thatcher roncando y soñando en una cama que él había supervisado. Y él estaría allí. No en su cama. No en la habitación. No, no, no. Pero en el edificio, con el corazón latiendo. Hablarían en la ceremonia con una copa en la mano y después otra

vez, quizá, durante el desayuno. Por el bien de su salud, intentó controlar su emoción. También intentó no pensar en el número de semanas que tardarían en ascenderle después de la visita.

Cuando le dijo al chef Harry que su hija le había estado preparando unas sopas deliciosas, Harry le confesó que Freya había estado revisando los libros de cocina de la biblioteca del hotel, aprendiendo trucos nuevos, pidiéndole consejo cuando no conseguía descifrar algo, probando diferentes cenas para dos. ¿Todo eso era para él, para su vuelta? Su madre también había sido buena cocinera, cuando se molestaba en hacer el esfuerzo. Se moría por un helado de chocolate con dulce de leche, pero eso resultaba totalmente imposible.

Intentó acordarse del primer año de vuelta en Brighton, él y una hija adolescente sin madre que volvía al instituto que había dejado. Pero lo único que conseguía recordar era la increíble cantidad de pequeñas obligaciones de aquella época, los viajes hacia y desde el instituto y los entrenamientos de natación y de *netball* y las casas de los amigos los fines de semana y el lavar y el limpiar, limpiar y lavar. Cómo, incluso después de contratar a Sandra para que les ayudara de vez en cuando, otras tareas llenaban sus pocas horas libres y siempre acababa agotado en el trabajo. Por primera vez en años, durmió sin la compañía de sueños y le pareció que había cierto consuelo en eso, en dormir sin soñar.

Decidió que le compraría a su hija un billete de avión a España. Una de las hermanas de Marina tenía una habitación libre en una zona supuestamente segura de Madrid.

Reducir el consumo de sal. Moderación con el azúcar. Sus labios nunca más probarían un cruasán con queso. Bueno, solo en el 14 de Julio. Cigarrillos solo en ocasiones muy especiales. Cuando le concedieran el ascenso. En la graduación de Freya. En su quincuagésimo cumpleaños. Tenía un calendario programado en su cabeza plagado de ejercicio ligero y muchas ensaladas. En un tiempo, dejaría los betabloqueantes y su cuerpo volvería a

funcionar de cintura para abajo. Encontraría el amor de una buena mujer, o al menos de una mujer corriente, y sentaría la cabeza. No era ningún Patrick Swayze; había puesto sus expectativas demasiado altas. Marina. ¡Solo de pensarlo! Esperaba que la mujer en cuestión no calzara más de un cuarenta. Esperaba que le hiciera reír. Para todo lo demás, tenía la mente abierta.

Sus últimas horas en el hospital no eran ahora más que un vago recuerdo. La decoración de la habitación se había enco-gido en las imágenes de su mente. En cuanto te confirmaban que te iban a dar el alta, aquel lugar ya no podía contenerte. Te alejabas del mundo del sufrimiento aséptico. Era increíble la rapidez con la que podías adoptar el estado de ánimo de un visitante: este sitio no está tan mal; tiene cierto misterio. Cuando sabes que solo confina a otros, el confinamiento no parece tan preocupante. Añadió eso a las lecciones aprendidas. El sufrimiento se tiene delante de las narices o a doscientos kilómetros de distancia, no hay término medio.

Su madre se presentó en el Grand en el peor momento posible, treinta y seis horas antes de la llegada de Thatcher. Tenía un don atroz para elegir el momento oportuno: Moose estaba en mitad de una reunión con la unidad de protección de altas personalidades y la policía de paisano de Sussex. Políticos abarrotaban la zona de recepción, políticos se intercambiaban las habitaciones, políticos se quejaban por el *overbooking* de habitaciones. No entendían que había que reservar de más, que había que asumir que una de cada diez personas no se iba a presentar. La industria hotelera se basaba en esa proporción, pero algunas personas no atendían a razones, no les importaba que fueras a pagarles la estancia en el Metropole, no les importaba saber que tal vez podían haber llamado para confirmar. Personal con mala cara. Personal flirteando. El movimiento de las cámaras de seguridad, los aullidos de perros pequeños e inútiles. Hombres de pelo ralo

con las caras bien rellenas y suaves y esa mezcla explosiva de fatiga y riqueza que hacía que la gente se apartara de su camino.

—Soy yo —le dijo, de pie bajo la lámpara de araña, sostenida por sus piernas extraordinariamente abreviadas. Esa postura encorvada. Esa inclinación hacia delante. Supuso que contrarrestaba así el impulso constante de dejarse caer hacia atrás.

—¡Mamá! —Le dio un beso—. Me alegro mucho de verte.

—Baja la voz —le dijo—. No soy uno de esos huéspedes a los que tienes que impresionar.

—Mamá. —Suspiró—. No es un buen momento.

—Seguro que tienes cinco minutos.

—Pues...

—Sí que los tienes. Todo el mundo tiene cinco minutos. La mayoría de trabajos pueden esperar mil años.

La llevó al restaurante, la sentó bajo el cuadro de un barco. Quería a su vieja madre. La quería de verdad. Pero estaba ocupado, muy ocupado, y ella tenía talento para distraerle de sus objetivos. Su método consistía en decirle un montón de cosas incisivas sobre sí mismo que no quería escuchar. No era muerte por daga, sino por un millón de alfileres. A su avanzada edad, era una gran proveedora de consejos y sabiduría; un cinco por ciento de esa información era excelente. Su método favorito parecía ser el lánzalo-todo-contrala-pared-y-a-ver-qué-se-queda-allí-clavado. Probablemente, era una táctica familiar.

—¿Quieres que te pida algo?

—He traído mi propia comida.

—Eso no está permitido, pero...

Abrió su bolso. Con su precisa y habitual intuición, le dio una bolsa de congelados llena de frutos secos.

—Sin sal —comentó, y se sacó un pañuelo hecho una bola de la manga de la rebeca. Sacó una segunda bolsa y se puso a comer trozos de albaricoque seco.

Moose le hizo un par de preguntas. Ella levantó un dedo para indicarle que todavía estaba comiendo. Despojados de conversa-

ción, se llevó un fruto seco a los labios. Sus glándulas salivales empezaron a funcionar felizmente, el cosquilleo de la anticipación de un delicioso bocado salado. La decepción cuando el fruto seco le tocó la lengua fue enorme. Sin sal, esas cosas resultaban absurdas. ¿Qué necesitaba para sobrevivir a ese intercambio? Sin duda, un tentempié de mejor calidad. También, una enorme cantidad de alcohol mezclada con una enorme cantidad de cafeína. Le hizo un gesto a Shirley y se pidió su primera copa de vino desde el infarto.

La barbilla de su madre, que había ido retrocediendo ostensiblemente durante los últimos años, se movía y arrugaba al masticar. Un par de pelos asomaban de las arrugas de su piel. Le dieron ganas de acercarse a ella y quitárselos. Cuando estaba sentada, su largo cuello le otorgaba la falsa impresión de estatura.

—Corazón —dijo ella, y dio un trago de agua de una pequeña botella.

Así que lo sabía. Era inevitable. Vivía en una parte alejada de la ciudad, pero a los rumores parecía gustarles el suelo local.

—Es lo primero que falla cuando te pasas el día corriendo de un lado para otro.

—¿En serio?

—Es lo que he leído.

—¿En el *Mail*?

—Eso y el hígado —añadió—. Afecta al gremio hostelero en particular. Lo que tienes que hacer es pensar menos y en consecuencia hacer menos. Sencillo. Haz un par de cosas bien hechas en lugar de este ridículo y constante...

—En vez de ir por ahí siempre corriendo. Sí, ya lo sé.

—Acepta tu destino, Philip.

—¿Qué quieres decir?

Masticó e inspeccionó otro trozo de la tierna fruta.

—Vas a morir igual que yo.

—Mamá, estoy bastante seguro de que ir corriendo de un lado

a otro no es tan malo como el tabaco y la comida grasienta.

—El señor «me preocupo por mí».

—No sé por qué me dices siempre eso.

—¿Dónde está Marina? Me cae bien.

Tosió. Le dolió.

Su madre emitió un sollozo dramático.

—¿Cómo has podido? —preguntó—. Ni una palabra de mi propio hijo.

—No quería preocuparte, mamá.

—Tampoco me puedo creer que mi nieta no me haya dicho nada. No te equivoques, es una doble traición.

Suspiró.

—Le dije que no te lo contara. No quería preocuparte.

—Siempre te inventas cosas. Si marcabas dos goles, decías que habías marcado tres.

—Eso no ha pasado nunca.

—Siempre exagerando, terrible.

—No es cierto. Esa eres tú. ¿Cómo te has enterado?

—Freya.

—Bueno, pues —dijo él, solo ligeramente decepcionado—. No es una traición doble si te lo ha contado, ¿no? —Reflexionó durante un momento—. ¿Desde hace cuánto que lo sabes?

—¿Cómo?

—¿Desde cuándo sabes lo de mi infarto?

—Desde hace unos días.

—¿Y no se te ha ocurrido venir a visitarme antes?

Entrecerró los ojos.

—¿Cómo estaba Freya cuando la viste?

—Tomamos té. Sus visitas son siempre muy rápidas. Un chico la estaba esperando fuera en un coche.

—¿Un chico en un coche?

—Eso creo. Con algo parecido a una vela en lo alto del techo. Como si el coche fuera un barco. Tenía la cara sonrosada.

—¿Quién?

—Tu hija.

—¿Qué quieres decir?

Un suspiro.

—Llevaba una falda muy corta, Philip.

—Es joven, mamá. Se visten así.

—Ya lo sé. La ayudé a meterle un par de centímetros a la falda.

—Oh.

Masticó un albaricoque seco.

—Sí, no se puede evitar. Llevaba unas bragas muy sexuales.

—Dios, mamá.

—Está pendiente que alguien escriba un estudio sobre la masculinidad basado en ti.

—¿Qué significa eso?

Se tomó la mitad de su copa de vino y sintió que su cerebro se relajaba. Optó por la idea no desagradable de que el chico que la esperaba fuera un taxista —Stan el taxista, probablemente— y eligió ignorar el hecho de que Stan tenía setenta y tantos, algo lejos de la época en la que lo llamaban «chico», y de que no conducía un coche que parecía un barco.

Casi disfrutaba de los primeros cinco minutos de cualquier intercambio con su madre, de las secas acotaciones y de los duelos mínimos. Solo cuando llegaba, digamos, el minuto trece de cada conversación, solía ponerse a soñar con apuñalarla con el cuchillo del queso y donar su cuerpo a la ciencia.

Habían pasado veintinueve minutos. Podía sentir un cosquilleo en la punta de los dedos. Su madre le dijo que dejara de mirar la hora.

—Te ha ido mucho mejor sin haber ido a la universidad —comentó.

Abrió un paquete envuelto en *film* transparente que contenía trozos de mango seco, otro de sus tentempiés favoritos. Observó toda la mala suerte contenida en sus ojos. Entre los dos siempre se había interpuesto el miedo a que se la transmitiera.

Masticar. Masticar.

Masticar.

Se terminó el vino. Ahora le quemaba en el pecho. Verla comer, escucharla comer, le había quitado el hambre. La dieta Escuchar a Tu Madre Masticando. Pierde diez kilos en un mes. Escuchaba a los policías hablando en el vestíbulo. Desde la cocina, le llegó el sonido amortiguado de los gritos del chef Harry.

—Soy más feliz que nunca —comentó ella, de manera impulsiva.

—Me alegro por ti, mamá.

—Es cierto.

—Me alegro.

Charlaron durante un rato sobre su cafetería favorita de los Lanes, que estaba a punto de cerrar. Después, Gillian, una de las nuevas recepcionistas que Moose había contratado, se acercó y dijo:

—Siento interrumpiros.

Bien, pensó Moose. Gill, la enviada del cielo. La pequeña y pelirroja Gill, que tenía ambiciones, grandes sueños. Así mi madre verá lo ocupado que estoy. Así verá que lo que apporto es importante.

—¿Qué pasa, Gill?

—Un miembro del partido... Quiere una cama *king*, pero solo quedan habitaciones con camas *queen*, individuales o dobles, a menos que movamos a alguien.

—Te presento a mi madre.

—Oh, vaya, hola.

Gill hizo mitad reverencia mitad saludo.

Su madre le dedicó su sorprendentemente dulce sonrisa —la que reservaba para los completos desconocidos— y le dedicó un cumplido perfecto sobre la pulsera que llevaba.

—Gill —dijo Moose—, ¿está en la lista?

—Tiene una reserva, sí.

—No, en la lista de personalidades.

—No, no. Eso es lo que te quiero decir. No es uno de ellos.

Asintió y le dijo lo que tenía que hacer.

—Dile que se le puede llevar una cama *king* a la habitación. No es ningún problema. Podemos llamar a una empresa de mudanzas para que traigan una cama de un hotel asociado. Pero dile que la alternativa es una habitación con dos camas *queen*. Menciona que la habitación con dos camas *queen* tiene más metros cuadrados y mejor bañera, y que tendría una cama extra donde extender su ropa y sus documentos para la conferencia, por ejemplo.

Gill dijo «genial» y se marchó a toda prisa. La madre de Moose puso mala cara y negó con la cabeza.

—Un negocio de charlatanes —comentó—. Vas de cabeza al desastre.

La observó mientras comía fruta y le costó aceptar la idea de que en algún momento también había sido joven.

Durante la mayor parte de su vida adulta, su madre había tendido a valorar la verosimilitud y la seguridad por encima de todo lo demás. «No te hagas ilusiones.» «Deja que yo haga de abogado del diablo.» «Lo que no es sano son tus ideas.» Su credo parecía ser «no te predispongas para la decepción». Por aquel entonces, fruncía el ceño ante cualquier mención de la religión. No se le escapaba ni un giro inesperado de las series de televisión. La gente que se tomaba los artículos del periódico al pie de la letra era una ilusa. Los niños secuestrados cuyas caras inocentes plagaban las noticias inevitablemente ya estarían muertos. Creía en una vida sin ilusiones llena de objetivos alcanzables, en la que, si una persona tenía suerte, conseguiría el uno por ciento de lo que deseaba. Le gustaba afirmar que conseguir el trabajo de profesor de Matemáticas en Varndean —que por algún motivo insistía en llamar el instituto, El Instituto, como si solo hubiera uno— era un logro que Moose nunca debería haber intentado superar.

Todavía lo consideraba responsable por haber dejado la enseñanza y las clases particulares, por haberse labrado la vida

equivocada y haber elegido a la mujer equivocada, pero en casi todos los demás aspectos, era diferente a la madre que lo había atemorizado durante su infancia. Su pelo de un negro intenso se había vuelto plateado y unos blandos zapatos planos a los que se refería como «bailarinas» habían sustituido a sus habituales zapatos de tacón bajo. Le parecía que la llegada de las bailarinas a sus pies hacía unos años había venido acompañada de una correspondiente disminución de la masa ósea de su cuerpo y de un nuevo interés por visitar St Andrew's los domingos.

Dios. Algo había cambiado hacía cuatro o cinco años en su relación con Dios. Es decir, Él había empezado a existir para ella. Al principio, parecía tratarse de un asunto puramente práctico. Una forma de introducirse de manera más seria en la comunidad local. Conocer a gente nueva, contarles su vida, explicarles que, si te casas con un cartero inglés de cara sonrosada, se morirá y te dejará sola, y que si te casas con un gerente de restaurante griego, se fugará y te dejará sola. (Una de sus grandes aficiones era extraer normas universales de sus experiencias particulares.) Además, la religión le ofrecía una oportunidad prácticamente inofensiva de conseguir té y pastas gratis los martes. Pero, en algún momento a lo largo del proceso, la fe había calado en ella. Durante los últimos meses, en más de una ocasión había expresado la idea de que la gente buena iba al cielo y los malos acababan en el infierno. Lo que él no sabía con seguridad era en qué medida aquel comportamiento era una muestra de fe falsa para provocarle, para tomarle el pelo. Bajo esas finas rebecas, acechaba un sentido del humor huesudo. No podía decir con exactitud dónde terminaba el humor y dónde comenzaba su franqueza, y a veces pensaba que tal vez, solo tal vez, había algo valientemente fervoroso en la fe, algo maravilloso que él mismo debería probar. Al caminar hasta los límites del conocimiento y no encontrar nada más que un gran muro, la mayoría de gente se encogía de hombros y volvía a terreno seguro. Solo unas cuantas almas se aventuraban a escalar el muro y a saltar al otro

lado. No pensaba que en ese otro lado encontraran nada interesante, pero su hambre de perspectiva le llenaba de humildad.

—¿Qué tal la casa? —le preguntó.

—Perfecta. Aunque tú no tienes manera de saberlo.

—He estado un poco ocupado intentando no morirme.

—Bienvenido —tragó— al club.

—Mejor no.

Empezaba a parecer un poco avergonzada; se rascó la oreja.

—Bueno, hablando de la casa... El pago de este mes, Philip.

—Ah —dijo él.

—Hay cosas más importantes en la vida que el dinero, pero todo ayuda. —Extendió el cuello—. No me produce ningún placer que me haya arruinado un griego.

—Te haré una transferencia.

—Te lo agradezco. ¿Sabe Vivienne cómo te encuentras de salud?

—No.

—¿Tu mujer no lo sabe?

—Ex.

—¿Que estás diciendo? Mis oídos.

—Es mi exmujer.

—Y yo soy tu madre. Acostúmbrate.

Sintió el calor especial de su censura. Bajo presión, adoptaba una expresión particular. Podía atar a un hombre a un grupo de burros salvajes, arrastrarlo entre las piedras durante varios kilómetros y dejar su cuerpo ensangrentado enredado entre los cactus, lloriqueando como el adolescente que él era cuando ella estaba cerca.

—Esa Vivienne —comentó—. Te dejaba vivir entre basura.

—Venga ya.

—Es la verdad.

—He estado pensando, mamá... Últimamente, he estado pensando. Quería preguntarte... —Hizo una pausa para causar sensación—. Si piensas mucho en papá últimamente.

Dudó.

—¿Que si pienso en tu padre? Pues sí. Pero solo por las mañanas. —Masticó—. A veces, también por las noches. Imagino que tú también.

—Sí, a veces.

—Ya te lo dije en la boda —comentó, y el momento se perdió.

—Ya lo sé, mamá. Es agua pasada.

—El agua pasada es la única que hay —comentó—. Tu problema es que te casaste con una mujer independiente.

—¿Con qué tipo de mujer debería haberme casado?

Parecía que su madre se lo estaba pensando en serio.

—Con una dependiente.

—Me parece que tú tampoco eras dependiente. Me refiero con papá.

Sabía que el cumplido que le acababa de hacer era completamente falso, pero de todas maneras ella asintió.

—Cierto —dijo ella—. Es verdad. Pero tu padre tenía un hábito terrible que...

Moose cerró los ojos. Había funcionado. Había dejado de hablar. Cuando los volvió a abrir, su madre se balanceaba ligeramente en su silla y Moose temía que le hubiera dado algún ataque leve. Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Intentaba acercarse un poco más a él de manera discreta. La silla se movió ligeramente. Se inclinó hacia adelante y puso su pequeña y áspera mano sobre la suya. La dejó ahí durante un rato.

—Me he comprado uno de esos procesadores de textos —le dijo.

—¿En serio? Aquí los utilizamos, pero siempre hay que contar con posibles errores. Memorias borradas y todo eso.

—Un hombre de Curry's vino a instalarlo. Tenía la barbilla como un culo.

—Ja. ¿Qué vas a hacer con tu máquina de escribir? ¿La vas a tirar?

—Me estoy adaptando a las nuevas tecnologías —respondió ella—. Quiero hacer más boletines.

—¿Para qué? —le preguntó, pero no pareció escucharle.

Revisar las pocas habitaciones vacías. Sonreír a cada huésped con el que se cruzaba. Una limpiadora tras otra arrodillada en las esquinas, con la cara roja, frotando. Vinagre en los espejos. Los cables de los secadores de pelo atados en pulcros lazos. Pasar la aspiradora. Limpiar el polvo. Limpiar las cortinas con vapor. Todas las actividades que denominamos «limpieza», aunque existe un arte específico para realizar cada tarea.

Comprobar la faldilla de la cama.

Los manotazos de karate a las almohadas.

Llamar a la puerta de la habitación 122, la suite de Thatcher, utilizando el pesado bloque de madera del llavero.

Había dos limpiadoras en la suite. Un encargado de mantenimiento quitaba las sábanas sucias de la cama. Moose murmuró un agradecimiento, señaló que deberían abrir las ventanas para que entrara aire fresco, les recordó que trajeran las almohadas extra (cuatro almohadas extra hipoalergénicas; cuatro de plumas de pato) y se hizo una nota mental para pedirle a Marina que preparara más flores recién cortadas. Entró en el baño: olor a limón falso. Recolocó los bastoncillos, las bolas de algodón, las dos limas de uñas selladas y el quitapelusas de mango de plata. Todo rozaba la perfección, un nueve o un nueve con cinco.

IV

Caminó sobre bordillos pintados de rojo, blanco y azul. En lo alto, las banderas ondeaban al viento. Las cortinas se movían en las ventanas de las casas; los últimos rayos de sol de la tarde suavizaban los cristales; desde la comodidad de sus coches, algunos hombres miraban al exterior tras ocho horas vacías en la oficina. Dan quería saber qué veía la gente cuando le miraba, qué asumía y cómo le juzgaba.

Según habían dicho en las noticias esa mañana, Thatcher aprovecharía su discurso en Brighton para presentar al Partido Laborista como el enemigo interno que apoyaba a los huelguistas, que dejaba que la economía se desgastara. Traidores que no eran capaces de pensar en el interés general. Kate Adie ardía detrás de la cámara, una mujer cuya pulida sofisticación convertía cada palabra salida de su boca en una verdad *prime-time*, la versión de los hechos de la BBC. Y si el artefacto no funcionaba, ¿qué diría eso de él? Las últimas noches las había pasado con los nervios a flor de piel. Aquel día sentía el cerebro saturado.

Insomnio. Parecía una respuesta muy habitual tras llevar a cabo una operación, pero no había pasado nada todavía. El artefacto aún no había entrado en la fase pública de su vida. Titulares, consecuencias. Los acontecimientos no seguían el curso

habitual. Se había tardado mucho tiempo en planear el proyecto del ferry Larne-Stranraer, pero su puesta en práctica había sido rápida. El ataque en el pub a los agentes de la Policía Real del Úlster había terminado en menos de una hora. El temporizador de la bomba en Hyde Park no lo habían colocado con mucho tiempo de antelación porque era un dispositivo sencillo. ¿Encontrarían el del hotel? ¿Se estropearía? ¿La había cagado? ¿La había cagado Patrick? No había tenido contacto con Dawson. Le seguían llegando cartas de amenaza. La noche anterior, se había despertado en mitad de un sueño ligero e inquieto poblado de pescadores arrastrados a aguas oscuras y radios que emitían cantos de pájaros al revés. También había un animal escondido en el armario que tenía junto a la cama y que daba golpecitos intentando salir. El insomnio llevaba a la fatiga. La fatiga a cometer errores. Una ecuación muy sencilla. Había aumentado la ingesta de alcohol para relajar sus pensamientos, pero la deseada niebla mental rara vez se adueñaba de él. Los efectos secundarios, los dolores de cabeza, la boca seca, la falta de concentración, todo eso sí funcionaba a la perfección. Era solo el estado de embriaguez el que no llegaba.

Al pasar junto a un perro callejero que meaba en una farola, se imaginó brevemente de vuelta en el hotel Grand, mirando por la ventana, pensando que el cielo y el mar de Inglaterra se mostraban insulsos la mayor parte del tiempo, que en ellos había algo enorme y dramático, pero también decepcionante, inexpresivo, gris y cotidiano. La proa de un barco inmóvil, las nubes de septiembre que caían al agua, el agua de septiembre que ascendía hacia las nubes, la espuma mugrienta espolvoreada sobre las olas. La palabra «costero», con su colorido imaginario, le parecía un buen ejemplo de publicidad engañosa. A él le gustaban las praderas, los arbustos. Tenía una preferencia sentimental por el verde. El perro se alejó cojeando de la farola, con aspecto apenas avergonzado.

La tarde que pasó sentado en el suelo del baño con Patrick.

El brillo del linóleo. La luz fluorescente que cabalgaba sobre las curvas de la bañera. Una vez tenías el temporizador listo, pelabas el papel de cera del bloque de Semtex y te perdías en sus manchas y en sus marcas, en su profundo tono naranja. Le recordaba al tipo de queso que su tío solía comprar en Lowry's.

—No —dijo Patrick cuando habían despegado la mitad del papel.

—¿No?

—Una alternativa.

Salió del baño y volvió con una bolsa abierta.

—¿Gelignita?

Patrick asintió.

—¿Por qué?

—Opciones. Hay que jugar con los porcentajes.

Le dijo que venía directa de Enfield, del condado de Meath. Nueve kilos. De primera categoría. Minas y canteras. El invento del señor Nobel. Una mejora de la dinamita, eso es lo que era. ¿Lo sabías, Dan? Todo un detalle. Con esto, conseguiremos el premio de la paz. O se lo llevará algún otro cabrón. Algún risitas del Partido Laborista que tome el relevo después de Thatcher y cierre un trato apropiado.

La mayoría del tiempo, no había ningún problema con los recuerdos. Los dejabas merodear libremente en la parte exterior de tus sentidos. Lo insoportable eran las dudas, el esfuerzo que requería no escucharlas.

Algunas de las banderas británicas de la calle estaban atadas a los canalones o a las tuberías. Otras estaban expuestas de manera más rudimentaria, pegadas a los alféizares de las ventanas o a las vallas. Pasó frente a una hilera de cuatro o cinco casas que lucían otras banderas: el estandarte rojo y blanco del Úlster, con su mano roja en el centro, firme bajo una corona. Llevaban colocadas desde julio. Normalmente, ya las habrían quitado. Una señal de los lealistas, alta y clara: peligro para los republicanos que pasasen por allí. Alguien debería cogerlas y

quemarlas, quemarlas todas, pensó, incluida la bandera junto a la que acababa de pasar y que lucía, por alguna razón que no conseguía comprender, una mano izquierda con el pulgar hacia fuera. Si alguna vez se marchaba a vivir a otro lugar, aquel sería su último acto: quemarlas todas. Miró de reojo la casa con el Land Rover. Detrás de la celosía del parabrisas del coche, distinguió el color verde mar de un peto antibalas.

Debería haberse llevado a los perros con él durante el paseo. Intentaba sacarlos dos veces al día, pero últimamente solo lo conseguía una.

Las ventanas de la oficina de correos estaban cegadas con tablas. Por fin, siguiendo sus consejos, iban a sustituir las rejas por paneles antibalas. La habían desvalijado dos veces en el ochenta y tres y dos veces de nuevo ese año, dinero fácil porque los dueños eran ancianos. Las juventudes del IRA estaban implicadas. Sabía que aquello era cierto. Dawson no había vuelto a ponerse en contacto con él.

Más rápido, más rápido; dejó atrás la comisaría de policía, con su entrada con columnas y sus ventanas con barrotes, una mole que proyectaba una enorme sombra. Era del tamaño de una sala de conciertos. Numerosas actuaciones llenas de misterio se producían en su interior. Cuando vio la biblioteca, aminó el paso para estudiar un nuevo grafiti. Los lealistas eran bastante vulgares en sus esfuerzos artísticos: líneas abruptas y pinceladas temblorosas. Nada comparado con los detallados retratos de las leyendas republicanas que decoraban las paredes de Shankill Road. Esos murales siempre corrían el riesgo de que los cubrieran: la pintura negra borraba la cara de Bobby Sands hasta que aparecía un nuevo retrato. Pero con cada revisión, el aspecto de los héroes muertos mejoraba, como en el juego del teléfono roto, con mandíbulas y ojos embellecidos.

Recordó su paseo por la playa de Brighton la primera noche, la noche que le habían dicho que no debía salir de su habitación. El paseo había discurrido sin incidentes, pero le había devuelto

una sensación de poder, le había llenado las reservas de algo bien profundo que guardó para más tarde. Había creado brevemente la ilusión de una doble elección: la del paseo en sí y la de hablar del tema o no en el futuro.

Antes de llegar a la biblioteca, antes de encontrar un libro que incluyera un breve capítulo sobre la *Fallopia japonica*, antes de darle un puñetazo a la madera de las polvorientas estanterías sin un buen motivo, antes de todo eso, había visto en la calle a un hombre con la altura y el físico de Dawson, envuelto en un abrigo de color ratón. Por un segundo creyó que era él.

La Fallopia japonica es una colonizadora habitual de ecosistemas templados ribereños, caminos de tierra, bordes de carretera y terrenos baldíos.

Se sentó en la biblioteca. Se resistía a aceptar que su jardín fuera un terreno baldío. ¿Tal vez fuera un ecosistema templado ribereño? No estaba seguro. El autor, Jeremy P. Humphreys, no se explayaba mucho con las definiciones. ¿Cómo podía alguien escribir un libro así y salir con vida del empeño?

Mientras hojeaba las páginas, se sentía cada vez más perdido, una persona sin tracción. Aquel no era un lugar que acogiera a hombres como él. ¿Estallaría? ¿Quería que estallara? La cara demacrada de su madre. La cuchara de madera manchada que hacía que todo supiera a cebolla. El grifo sin arreglar del baño, la gotera de pensamientos no deseados. Su mente parecía obsesionada en tratar cualquier tema excepto el del texto que tenía frente a él.

Todo en la biblioteca era marrón. Las cortinas, la moqueta, las mesas, las tarjetas de la biblioteca. Los pantalones de los hombres mayores que se negaban a hablar en susurros. Todo excepto la bibliotecaria. Agradecía sus pecas, su radiante cara de manzana, su jersey verde, su pelo encrespado y pelirrojo, todo aquello que le daba un pequeño toque de alegría a la monotonía de aquel lugar, como un libro con una esquina doblada que nunca se acaba de leer. La sala tenía los techos altos, pero carecía

de luz natural. La ventana más grande quedaba detrás de ella y tenía el tamaño del mapa de carreteras que Dan guardaba en su furgoneta. La masilla que rodeaba el marco se había agrietado. La bibliotecaria tenía la nariz salpicada de poros diminutos. Le recordó a la arena y a las madrigueras de los animales. Le hizo pensar en viajes de ida y vuelta en un mismo día. Viajes al lago de Belfast, su padre y él, su madre en casa cocinando. El peso frío de los prismáticos de su padre sobre el puente de la nariz, los remolinos de las marismas, el brillo de las lagunas. El lago más lejano tenía una orilla rocosa salpicada de calas de arena. Largo, ancho, profundo, tranquilo: la entrada al mar irlandés. Las mareas eran débiles pero visibles. La luna atrae al agua hacia ella.

No habló mucho con la bibliotecaria. Más tarde pensaría que había sido una pena. Podría haberle resultado útil, tal vez hasta instructivo, entender cómo había acabado trabajando allí.

V

La noche anterior a la recepción de bienvenida, John el surfero por fin la llamó.

—Freya Finch —dijo con voz chillona—. Soy Barry, del instituto.

—Hola, Barry —respondió ella.

¿Le apetecía ir a nadar al día siguiente?

—No, Barry. Mañana llega la primera ministra del Reino Unido.

—¿Del Reino Unido? ¿Eso incluye Worthing? —rechinó Barry. Ella le respondió que sí.

—¡Me encanta cómo lleva el pelo!

Se encontraron otra vez pronto. Freya buscó monedas de diez peniques en su monedero. Incluso entonces, el olor a cloro la ponía nerviosa, su cuerpo anticipaba alguna competición próxima.

Cuando llegó junto a la piscina vestida con su bañador vio que, como siempre, John ya estaba haciendo sus largos. Su espalda musculosa. Su rapidez, la facilidad con que nadaba. Se metió en el agua y nadó detrás de él durante un tiempo; le costaba juzgar la distancia, mantenerse cerca pero no demasiado. Tras doce largos, se detuvieron en la zona profunda de la piscina.

—¿Todo bien? —le preguntó ella.

—¿Por qué no lo iba a estar?

—Parece que hoy estás un poco... No sé.

Posiblemente no era cierto. Posiblemente lo había vuelto cierto al decirlo.

—Forma parte de tu costumbre pensar demasiado las cosas, Freya Finch.

Le explicó que habían hablado de ese tema antes. Sus ojos se posaron brevemente en una chica guapa y pelirroja con el pelo corto. En algún momento durante las dos últimas semanas, sin darse cuenta realmente de que lo hacía, había aprendido a seguir las miradas de John y a mirar a las chicas que él miraba. Deseaba a las mujeres que él deseaba, o, posiblemente, deseaba ser las mujeres que él deseaba sin dejar de ser ella misma.

—Entonces, ¿no estas preocupado? —preguntó ella.

John observaba las gotas de agua sobre las baldosas. Se acercó a ella despacio y la besó.

—Hoy estás tremenda —le dijo.

Odiaba el tono con el que había pronunciado esas palabras. Dejó que el silencio disminuyera su incomodidad. Le dolían los dedos de sujetarse al borde de la piscina.

—Unas vacaciones, tal vez.

—¿Qué?

—Podíamos ir a algún sitio.

—Venga ya. Ojalá. ¿De dónde vamos a sacar la pasta, Freya Finch? Les debo a mis padres... —Negó con la cabeza, parpadeó, confundido con los cálculos—. Dinero —concluyó.

Intercambiaron varios comentarios incómodos. Al final, ella dijo:

—Mira al viejo ese de ahí. Su calva tiene la forma exacta de África.

John le dedicó una sonrisa falsa. Sus ojos no se iluminaron.

—Ese de ahí —dijo, señalando— está muy cansado.

Ella se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué? ¿No es ese el juego?

Era imposible nadar el espacio entre las palabras. Tenía el estómago hecho un manojo de nervios, como una guirnalda de luces de Navidad que se iban apagando una a una, una imagen que ni siquiera encajaba con la estación en la que estaban.

John se dio la vuelta y continuó nadando.

En su vida anterior, había pensado que lo peor del mundo era parecer necesitada. ¿Dejar que una nota de desesperación se colara en tu voz cuando estabas con un chico? Impensable. Pero ahora la necesidad parecía más una condición que una decisión. ¿Necesitada? ¡Sí, estoy necesitada! Dame mis pastillas para la necesidad. Alivia mi necesidad. Ella le necesitaba y él se estaba comportando como un capullo. O era ella la que se comportaba como una imbécil. Los dos, probablemente, cosa que era peor, el tipo de igualdad que nadie quería.

Después de unos cuantos largos más, se acercó a él y le dijo:

—Si no quieres volver a verme, no pasa nada.

Odiaba el temblor de su voz. Odiaba que las palabras se hubieran ondulado en su garganta. ¿Por qué lo había dicho?

Una pausa. ¡Una pausa! Se quería morir. Provocar a alguien para después darte cuenta de que la cosa va en serio, ¿había algo peor en el mundo? Se estaba dejando llevar por una absurda sensación de naufragio, la sensación de que todo lo que tenía un principio tenía un final.

—Escucha —dijo John—. El otro día no fui del todo sincero contigo.

—Olvidalo —comentó ella—. Solo estaba en plan tonto. Vamos a nadar.

—Frey.

—No me llames Frey. Siempre me llamas Freya Finch. Es divertido.

—Me refiero a Sasha —dijo él—. La verdad es que me gustas mucho, pero el tema con...

—¿Qué te parece si te enseño un salto?

—¿Qué? Escucha, Freya, el tema...

—El tema es que voy a probar el trampolín de diez metros. Pásatelo bien.

Salió del agua y echó a andar.

Llegó la vergüenza. Siempre llegaba. Uno de los placeres de estar en el agua era que nunca pensabas en qué aspecto tenías. La piscina te absorbía, y contigo todas tus inseguridades. Tu cuerpecito de niña adoptaba una pureza madura, tu mente desarrollaba un sentido de conducción. El líquido te conectaba con todo el mundo. Sabías exactamente lo que tenías que hacer. Más velocidad. Salpicar menos. Concentrarte en las piernas. Al caminar por el borde de la piscina sobre las baldosas antideslizantes, no sentías ni pizca de esta felicidad. Te encontrabas cerca, pero no conseguías alcanzarla. Sentías una nueva pesadez en las piernas. El agua a un lado, su calidez esquivada, la impresión de seguridad que proporcionaba.

Notó que el bañador se le estaba pegando al trasero de una manera poco favorecedora. Metió un dedo debajo de la goma elástica. Sasha. Sasha. Piensa en cosas más importantes. En su padre, por ejemplo; se encontraba mucho mejor, ¿verdad? En que los médicos lo cuidarían. En Anthony Haswell. En el señor Marshall. Sabían de corazones. ¡Bien! Alguien debía hacerlo. «Muchos infartos son crueles, pero no actúan con malicia.» Eso es lo que le había dicho la semana pasada el doctor Haswell. Cruels, pero no actúan con malicia. Freya había intentado imaginarse esa combinación de rasgos. Lo único que había conseguido era la imagen de Abby Stephens, del último curso, de ingenio cortante pero a quien le gustaba preparar pastelitos de avena en los cumpleaños.

Mierda. Se estaba follando a Sasha. Era desesperadamente predecible. Los clichés eran lo que más dolía. Siempre había odiado las tarjetas con texto impreso en el interior, felicitaciones o pésames prefabricados que precedían al acontecimiento en cuestión. Quienquiera que escribiera esas tarjetas ahora estaba escribiendo la suya.

Cualquier persona que se molestara en levantar la vista mientras ella ascendía por la escalera de metal podría ver cómo sus caderas, bajo el bañador de nailon negro, parecían tan estrechas como las de una niña de catorce años. Hasta hacía poco, aquello era algo bueno, pero ahora todo el mundo quería ser Dara Torres o alguna de las nadadoras con más curvas. Resultaba muy difícil ser guapa todo el rato, porque el concepto de atractivo no paraba de cambiar, que es lo que su madre le había dicho una vez sobre la verdad: algo que era cierto en 1974 podía ser falso diez años más tarde y después volver a ser cierto diez años después. «Las cosas cambian, Freya, lo siento». Era una manera de decir «lo siento» que disipaba cualquier rastro de autenticidad.

Probablemente, John estaba comparando su piel de gallina con la encantadora constelación de gotas de agua dibujada sobre la espalda color avellana de la chica de delante. Estaba tres peldaños más arriba, su trasero se balanceaba suavemente, el pelo oscuro le caía sobre los hombros y, por detrás, parecía tan guapa, tan perfecta, que daban ganas de estirar la mano y escurrirle el pelo como una sogá empapada solo para poder tocarla, para ser parte de ella, para conectar con algo tan inmaculado y seguro. La barandilla de la escalera estaba fría y sus pies chirriaban a cada paso. ¿Por qué estaba subiendo allí arriba?

Saltar como Moose le había enseñado. Pero nunca había saltado desde una plataforma de diez metros. ¿Se encontraría bien su padre? En realidad, ¿le había gustado John en algún momento? ¿O era una mera distracción? Aunque eso le dolía aún más. La idea de que solo había estado jugando a ser feliz, un estúpido juego de niña pequeña.

Se había enterado por alguien que conocía a alguien que conocía a alguien de que Sarah se había enterado de lo que había hecho hacía años en el campo de golf con el profesor de prácticas, que de todas formas no había sido nada porque a él no se le había puesto dura, y además había pasado ha-

cía muchos años, cuando Freya era una persona diferente. En teoría, Sarah y compañía se habían mosqueado porque no lo hubiera contado ella directamente. O igual pensaban que era una chica fácil, aunque eso era una tontería porque solo se había acostado con dos personas y ellas se habían acostado con un montón. Pero igual por eso no la habían llamado, y pensar en todo eso le daba náuseas. Sarah y Tracy no eran buenas personas. La idea la atravesó: no eran buenas personas. Y, aun así, eran sus amigas; eso demostraba que ella tampoco era buena persona. ¿Qué otra conclusión se podía sacar de los hechos? Si no, ¿por qué no la quería John? ¿Por qué, cuando por fin todo iba bien, te miraban a los ojos y te dejaban de lado? ¿Por qué estaba dejando que la apartaran a un lado? ¿Y por qué le importaba?

A veces sentía que no tenía más opción que destruir a su padre. Un comentario sobre cómo se iba ensanchando su cintura o sobre la pequeñez asfixiante de Brighton. No le quedaba más opción que borrarlo del mapa. Había algo en ella que no estaba bien y por eso John la había dejado por Sasha. ¿Quién iba a querer acostarse con una chica retorcida y estúpida que ni siquiera sabía cómo dar placer a un hombre en la cama? La estaba dejando un chico al que debía haber dejado antes de que la dejara.

Todos los músculos en tensión. Tenía las yemas de los dedos arrugadas y blandas. El gorro bien apretado. Compraría un billete de avión para España al día siguiente. Había oído hablar de una agencia que podía conseguirte vuelos baratos con poca antelación. Tenía ahorradas doscientas quince libras. A la mierda Margaret Thatcher. Margaret Thatcher no tenía nada que ver con la vida real. Margaret Thatcher era una persona que se habían inventado. Sentía la presión del gorro en la cabeza. Le debía nueve libras a Moose. Podía calcular mentalmente. John no podía calcular mentalmente. Doscientos quince menos nueve es igual a doscientos seis. Doscientos seis libras eran una fortuna. Muy apretado. Seguro que podía ir a cualquier parte

con doscientas seis libras.

Estaba en el nivel más alto de la plataforma. Los bordes redondeados de las altas ventanas le recordaron a una iglesia. El cielo respiraba a través de unos cuantos paneles transparentes.

Un hombre peludo se lanzó del trampolín en posición de bomba y pronto se convirtió en un enorme salpicón. Escuchó el sonido obeso de su entrada carnosa. El aire estaba empapado de cloro. El trampolín parecía extenderse hasta el infinito.

No salpicaría. Serena. Dedos alineados. Diez pequeños cerditos. Pensó en los miembros del Partido Conservador que se habían alojado en el hotel esa semana y en la palabra que describía perfectamente su anticuada indignación (¿Por qué no ha llegado mi taxi? ¿Dónde están el resto de coñacs?): horrorizado. Si algo no te gusta, horrorízate.

¿Cuáles eran las normas de Freya?

No conectar con nada. Estar aburrida o irritable. Burlarse o ignorar. Fijarse objetivos fáciles. Mantener la distancia, mantener el espacio. Ser débil, cada vez más débil. Acostarse con imbéciles. Ser mala con los clientes. ¿Ella era así? Creía que sí, tal vez. Como su madre le había explicado concisamente en una ocasión, era «una mocosa de mierda».

La chica guapa y bronceada hizo un salto elegante. Había llegado su turno. Pensó en Samantha, una chica del colegio, que había necesitado llevar un aparato de cuero y metal en el tobillo durante un tiempo, como parte de un tratamiento ortopédico, y en cómo durante esa misma época Sarah y Tracy empezaron a mostrar interés en Freya, la incluyeron en su grupo, tal vez impresionadas por sus dotes como nadadora, quizá tras haberse dado cuenta de que su aspecto había mejorado ligeramente, quizá porque apreciaban su disponibilidad para ayudarlas con sus deberes (o más bien para hacerlos directamente por ellas). Y Sarah y Tracy hablaban de la espasticidad de Samantha. Le dijeron que si quería salir con ellas, antes tenían que saber si era amiga de Sam la espástica.

Una oportunidad de avanzar y ser aceptada. No volver a hablar con Samantha.

Eran las cosas que elegías no mirar, elementos que no examinabas, que sobrevivían como sensaciones minimizadas, dolores de estómago, recuerdos que se retorcían; y todo eso era lo que te hacía sentir vergüenza por la noche.

Equilibrio y altura. Dedos juntos. No retrocedas.

Moose se refería a la piscina como «el tanque». Respetar el tanque y recordar que el tanque no da miedo. Pero la palabra tanque no ayudaba. Lo mismo podía haberlo llamado «el Abismo» o «la Tumba» o «el Invierno Nuclear». ¡Intentaba impresionar a John con un salto! Intentaba evitar que le contara lo que le tenía que contar. Se dio medio vuelta, se alejó del borde del trampolín y desanduvo el camino, apretujándose al pasar junto a un hombre de manos enormes. El hombre le preguntó si se encontraba bien; ella bajó por la escalera y sintió el suelo ancho bajo los pies. John estaba de pie junto a la silla del socorrista, esperando, y aunque no estaba observando a la chica morena salir de la piscina, ella estaba segura de que era allí donde quería mirar.

Tras ducharse y vestirse, Freya subió al piso de arriba. Se sentó con él a una mesa que daba a la piscina. Aquel espacio no merecía llamarse cafetería. Todo allí era inconsistente con esa inspiradora palabra continental. El trol de detrás del mostrador supervisaba media docena de pasteles ictéricos colocados en un alargado recipiente de plástico; unos cuantos bebés enfermos esperaban a que los rescataran de aquella sala especialmente horrible, mientras un café de color marrón claro goteaba de la tapa de un enorme cilindro de cromo junto a la caja registradora.

—Resumiendo —dijo él—, me gustas mucho y todo eso, pero creo que es mejor que seamos solo amigos.

Le dijo que por él podían seguir como hasta entonces, pero que no quería hacerlo por si le hacía daño, porque se había dado cuenta de que ella era una persona que sufría, por pro-

blemas con su madre o lo que fuera, por temas emocionales, y que ahora además su padre estaba enfermo, aunque se estaba recuperando, y que no quería desequilibrarla aún más porque eso sería algo muy cabrón por su parte, ¿no?

VI

Marty Clarke especulaba en voz alta sobre qué tipo de vida sexual llevaba Thatcher con Dennis. Todo había empezado con Clinkie Hanson diciendo que Arthur Scargill se la había metido doblada a Thatcher (la habían vencido, tendría que aceptar las condiciones de la Unión Nacional de Mineros) y eso había dado lugar a una retahíla de juegos de palabras de doble sentido por parte de Jim Clarke, el hermano de Marty, que culminó con el inevitable comentario sobre Big Willie Whitelaw. Dan estaba inclinado hacia delante, el peso de su cuerpo apoyado sobre los codos, los ojos fijos en el tapete empapado de cerveza de la barra, intentando ignorar los comentarios para concentrarse en lo que decían por la radio.

En menos de una hora, se espera que la señora Thatcher salude a los periodistas...

Como avance del importante discurso de mañana en la conferencia del Partido Conservador, la primera ministra ha indic...

Como siempre que el nombre de Thatcher surgía en la conversación, las anécdotas derivaron hacia los años que Clinkie había pasado en la prisión de Maze. Clinkie era un hombre al que siempre le gustaba ir arreglado, y ahora afirmaba, por milésima vez, que había tenido un pequeño peine dentro de la cárcel

para poder llevar siempre el pelo en su sitio en la trena. Como muchos de los hombres que habían cumplido condena, disfrutaba de la jerga de la prisión. Lo distinguía como un mártir. En Maze, nada se llamaba por su nombre real. Cargar significaba esconderte algo en el culo para evitar que te lo confiscaran. Un pene era un encapuchado. De aspecto siniestro y sombrío, un sitio en el que guardar el contrabando. Si a alguien se le daba especialmente bien utilizar los espacios de su cuerpo (el hombre de confianza de Bobby Sands era un ejemplo obvio), se le conocía como Maleta o Mochila, o cualquier otra variante.

Mientras espolvoreaba sal sobre un bol de patatas fritas de aspecto húmedo, Clinkie dijo:

—Se aseguran de cumplir los requisitos legales. Cada mes tienes derecho a treinta gramos de sal y treinta de azúcar. Pero si el guardia de turno es un mierda de verdad te lo da todo a la vez. Te lo echa todo en la comida, la sal, el azúcar, todo, y cuando él también se va a cenar, empiezan las clases secretas de irlandés con los muchachos. Das un par de bocados a tu comida de mierda y piensas en todas las maneras posibles de llamar cabrón al tipo.

Marty bostezó frente a su cerveza.

—Menudo cabrón, el alcaide. Él sí que se merece estar entre rejas.

Marty y Clinkie, después de reírse durante un rato, fueron relajando su actuación. Se les suavizó la voz y comenzaron a hablar de sus hijos. Clinkie estaba divorciado. Marty tenía problemas conyugales. Se consolaban el uno al otro, ahí sentados, bebiendo y charlando. Fumando.

En el extremo donde la barra se unía a la pared, Jim Murray movía la mandíbula de un lado a otro. Era un tic nervioso que tenía desde junio de 1979.

—Te recordaré lo que has dicho, Marty. A tu chico le irá bien, ya lo verás.

Un hombre al que Dan no conocía dio una calada falsa a un

porro falso y fingió alegrarse por ello. Billy Fitzgerald lo miró a los ojos y le dijo «Venga ya». Desaparecieron por la puerta de atrás y Clinkie eligió ese momento para empezar otra historia. Dan no quería escuchar más cuentos de la cárcel. Le hacían pensar en celdas sin ventanas y en todas las maneras en las que podía acabar en una. ¿De verdad quería estar en compañía de aquellos hombres? ¿Acaso le unía algo a ese lugar? Quería que así fuera. Le caían bien la mayoría de aquellos hombres. Cogió su vaso y su libro sobre la *Fallopia japonica* del que tanto se habían burlado y se sentó en una mesa vacía junto a la máquina tragaperras.

En seis horas, descubriría si su temporizador había funcionado. En veinticuatro, tendría toda la información sobre quién se encontraba dentro cuando había explotado. En cuarenta y ocho, sabría si debía ocultarse, si acabaría en Maze, si se pasaría la vida escribiendo palabras en la pared con un dedo mojado en mierda y recibiendo golpes de los guardias. Sabría qué nuevos absurdos desencadenarían sus actos.

Decían que los tipos a los que rajaban en la cárcel y morían estaban «fuera de antena». Alguien resintonizó la radio del bar. Dieron el parte del tiempo.

Entró una chica muy arreglada, vestida con una falda vaquera.

—Menudo trasero —comentó alguien.

—Esa boca —dijo el dueño.

—Camina como...

—Ya vale.

La chica se sentó y bostezó.

—Disfrutadlo, muchachos, es lo más cerca que vais a estar de él.

Los hombres se ruborizaron.

Dan miró hacia la puerta y vio la cabeza calva y cubierta de cicatrices de Mick Cunningham, su sonrisa funcional y básica de comemierda y su cuerpo ridículamente voluminoso. Decidió pedirle consejo. Necesitaba la tranquilidad que infundían las

palabras «No te preocupes» escuchadas de boca de un hombre estúpido. Mick estaba allí desde el principio. Mick era un buen tío.

—Te acuerdas de aquel día —le dijo a Mick—. El viaje de vuelta a casa después del rollo ese en el campo con los perros. Las cervezas. ¿Te acuerdas? Tuviste que dar un volantazo por un ciclista.

—Qué cabrón —dijo Mick—. Menuda puta suerte tuvo.

Sucesos como aquel podían cabrear a Mick durante años.

Lo invitó a otra pinta. Se la pulió en veinte segundos. Tras dibujar círculos con el vaso para recoger lo que quedaba de cerveza negra, Mick dijo:

—Si lo contaste todo al dar parte, Dan, no hay por qué preocuparse. Por lo que veo, todo parece ir como la seda. Todo sobre ruedas. —Se tocó la oreja mutilada con cuidado—. ¿En qué consistía la operación? No me he enterado de mucho.

—Un trabajo más, nada importante.

—Así que hiciste un trabajo a pie, salió bien y pasaste el parte completo. —Sonrió, enseñando las encías—. Suena a celebración, Dan. Si yo fuera tú, me buscaría a un amigo y me correría una buena fiesta. McCartland está ocupado, nada más. Siempre está pensando en la siguiente operación, en el siguiente paso. Seguramente estará llevando a algún muchacho a Parkhead. A ver al Celtic contra los Rangers, ¿eh? Los tiempos están cambiando. Ahora les hacen la pelota a los chavales.

—Los reclutas.

Mick asintió.

—Ahora hasta Gerry es parlamentario, ¿no? Nadie se lo podía creer. Supongo que ahora la cosa va más por la diplomacia. Necesitamos a más gente en Sanidad, dicen. En los bancos más importantes, en correos. En Brit Telecom. Ahí está el tema, ¿no? Chicos listos vestidos de traje. Que vayan a las universidades, a la oficina de licencias de Coleraine. La idea es ir cambiando la mentalidad poco a poco.

Se rio.

—Supongo.

—Creía que estabas a favor de todo eso, Dan.

—Lo estoy.

—Entonces, ¿por qué tienes cara de que se la he metido a tu madre? Cada vez lo entiendo más, Dan. Entiendo que hay algo precioso entre tanta mierda. —Se detuvo y saludó al dueño con la cabeza; también le dijo hola a Marty—. En algún momento te tienes que preguntar si no somos más que un grupo de cabrones adictos al fracaso. Si no deberíamos ser más originales. Si de verdad queremos despertarnos una mañana y darnos cuenta de que todos nuestros amigos están muertos o en el extranjero.

—Haces que suene peor de lo que es.

—¿En serio? Cuando digo más originales me refiero a hacer algo más que seguir los mismos patrones de siempre. Cadáveres por aquí, cadáveres por allá, putos funerales y niños que crecen sin padres. Muchachos que acaban en la cárcel cuando cumplen los dieciocho. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Hay un equilibrio, Mick.

—De eso te estoy hablando, de equilibrio.

—Si no luchamos, el futuro se reduce.

—Ja. Muy buena. Es estrecho de todas formas.

Dan intentó pensar una respuesta.

—Necesito hablar con Dawson —dijo.

—Ya lo sé. Te entiendo. —Mick se rascó la cabeza—. Si los británicos no se retiraron en el 72, cuando borramos del mapa a buena parte de sus quinientos soldados, ¿por qué se iban a retirar los cabrones ahora? Es lo que me pregunto últimamente. Solo digo eso.

—¿Qué sentido tiene, entonces?

—¿Qué quieres decir, Dan?

—Si no vamos a ningún sitio, explícame qué sentido tiene todo esto.

Mick se encogió de hombros.

—Te resultará difícil encontrarle sentido a todo lo que hacen ahora los cabrones. Cada vez hay menos sitio para lo que tú y yo hacemos, Dan. Admítelo. Somos como los tipos duros de los viejos tiempos. A ver, míranos. —Sonrió—. Estamos jodidos, ¿no, Dan? No hay sitio para nosotros en el mundo que estamos intentando crear.

Dan se le quedó mirando. Era el «nosotros» lo que le había atraído del ejército al principio y el «nosotros» lo que le hacía sentirse perdido en ese momento.

—¿Conoces a su mujer, Mick?

—¿A la mujer de quién, de McCartland?

—Sí.

—No íntimamente, si te refieres a eso. He oído comentarios sobre el tema antes y no me hacen gracia.

—Tiene un solo ojo, ¿no? ¿O me mintió cuando me dijo eso?

—No, no te mintió. Es una mujer que se merece más.

Dicho eso, Mick se dio la vuelta. Dan lo observó meter monedas en la máquina tragaperras. El olor a sudor y cerveza rancia resultaba asfixiante, los ceniceros rebosaban.

Estar en un lugar limpio: eso es lo que necesitaba. Una celebración. Distracción. Desconocidos. No más charlas sobre conspiraciones. Y entonces se le ocurrió: el hotel. Un hotel en el que había estado dos meses atrás, una noche en la que a Dawson le apetecía alardear de su dinero.

Llegó a Cathedral Corner. Dejó atrás Sugarhouse Entry. Vio el Commercial Building. En una década pasada y enterrada, allí había habido casas de campo con techos de paja. Una de las casas había sido una mercería. Supuestamente, uno de sus antepasados había trabajado allí. Pasó por la sede central del Ulster Bank. El edificio le recordó al Grand. Estilo victoriano. Una de esas fachadas altas e intimidantes que a los chicos les gustaba apuntar con sus rifles de aire comprimido. Desde la cúspide,

unas estatuas miraban fijamente hacia abajo en la oscuridad. Esculturas que representaban el Comercio, la Justicia, Britania. Máscaras y relieves. Universales. En sus pequeños nichos, aquellas criaturas míticas resistían con las narices y las barbillas desgastadas por el tiempo.

Caminó hacia St Anne's, una iglesia teñida de gris del amor del viejo mundo; el ambiente estaba cargado de neblina segmentada por los conos de luz procedentes de las farolas. Pensó en la iglesia de Brighton por la que había pasado el último día de su estancia, de camino a la estación, a la libertad.

Esa noche, había taxis aparcados a la puerta del hotel. Al entrar, varios pares de ojos se posaron en él. Se dirigía al bar, nadie le impediría que fuera al bar, quería tomarse una copa en el bar. Estaba hasta arriba de cerveza y de sueños de noches en las que probablemente se había sentido menos solo.

Se le acercó un hombre vestido con traje oscuro y corbata. Tenía la cara llena de fruncidos y pliegues, la piel del cuello picada, la boca apretada y torcida. En sus ojos se veían las señales de una larga adolescencia dedicada a la amarga lucha contra el acné.

—¿Qué haces?

—Soy electricista.

El hombre negó con la cabeza.

—Despierta, hijo. Qué haces aquí, qué te trae al bar.

—El alcohol.

—¿Vendes?

—Bebo.

El hombre dijo «arriba». Dan levantó los brazos como el niño que era. El hombre le palpó las axilas y las costillas, sus manos descendieron hasta sus tobillos. Con una mirada reticente, el hombre lo dejó pasar.

Se sentó en la barra, pescó frutos secos de un bol y se pidió un whisky solo. Glenmorangie no, dijo.

La camarera no creía que tuvieran Tullamore.

—Ah, no, miento —dijo después.

Nada de tapetes de goma para la cerveza. Las superficies se limpiaban y se secaban. Lámparas que colgaban de cables de metal a lo largo de la barra, gotitas de oro esperando a caer. Toda una llamada de atención que obligaba a posar la vista en la riqueza y sus ventajas. Dawson no estaba allí.

En una mesa, sola, una mujer con un vestido azul claro. Guapa pero no arrebatadora. Piel suave, pelo de televisión. Bebía una copa de vino amarillo.

Se terminó el Tullamore en dos rápidos tragos. Recordó una vieja conversación: gimnasios, piscinas, la agenda de Margaret Thatcher. Debía detener el recuerdo.

Se acercó a la mujer del vestido azul antes de que la reflexión asesinara al impulso. Sin el apoyo del taburete se sintió borracho. Últimamente, vivía gran parte de su vida en su cabeza. Arbustos que golpeaban ventanas bajas, el viento que se iba levantando en la calle. Puso una mano en la silla que la mujer tenía enfrente.

—Hola —le dijo ella. En voz baja, suave.

—Hola —respondió él—. Hola. ¿Puedo...?

—Por qué no —dijo ella, así que se sentó.

—¿No interrumpo tu lectura?

—Qué va, hace un rato que me he rendido. —Cogió el periódico y leyó la primera página—. «Un borracho prende fuego a una bolsa de cacahuets e intenta mantener relaciones sexuales con una farola, informa el tribunal de primera instancia de Belfast.»

Dan se inclinó hacia adelante, feliz.

—Suena prometedor —dijo.

—Veo que te gusta una buena farola.

—Últimamente, no me he topado con ninguna.

—Pero es ese tipo de noche, ¿no?

—Puede ser —comentó él.

Le sonrió y volvió a suavizar la voz. Hablaron del whisky. Le dijo que se llamaba Lena. La conversación se estancó al termi-

narse la copa y tuvo que llamar al camarero con la mano dos veces para que le pusieran otro y otra ronda de lo que ella... Chardonnay, sí. Había un reloj en la pared con las manillas onduladas y sin números. Con dificultad, distinguió que era medianoche. Se había dejado el libro sobre la *Fallopia japonica* en el bar de Falls. Se lo imaginaba entre la pared y la máquina tragaperras.

¿De qué parte de la ciudad era?

Ah, de por aquí.

—¿Tienes familia por aquí?

—No mucha.

Hacía un año, tal vez, desde que se había acostado con una mujer por última vez. Últimamente todo parecía fluir hacia su trabajo. El ejército desarrollaba ciertos aspectos de tu carácter y aplastaba otros. Le parecía que, de todas las dificultades que planteaba su compromiso con el IRA, era el elemento del azar lo que le carcomía. La diferencia entre la vida y la muerte era tan mínima como elegir volver caminando a casa después de la cuarta copa o de la quinta, como girar una esquina en lugar de otra, como olvidarte de mirar debajo de un coche.

Se recostó en la silla y decidió emborracharse.

—Lena no es un nombre muy común por aquí, ¿verdad?

—No —respondió ella—. ¿Decepcionado?

VII

En el salón, el fuego ardía por primera vez desde febrero. Tumbada en el sofá, se llevó las piernas al pecho. Su padre estaba en el sillón, roncando. Entre cada inhalación había un largo intervalo de silencio: sus pulmones siempre tardaban en darse cuenta de que necesitaban aire. Esos silencios encerraban un momento en el que pensaba que él estaba bien, un momento en el que pensaba que probablemente estaba bien, un momento en el que pensaba que se iba a morir, un momento en el que se daba cuenta de que efectivamente estaba bien y un momento durante el cual esperaba volver a pasar miedo. Luego se ponía a pensar en su propia respiración, y también le sonaba mal, como una palabra repetida mentalmente tantas veces que al final pierde su sentido.

Una manta le cubría las rodillas. Una siesta de hombre mayor antes de la gran recepción. Los parlamentarios. La señora T. La leña brillaba en tonos azules. Las llamas más finas se contoneaban en primer plano. Un poco más atrás, el balanceo de las llamas más gruesas. La madera cantaba, crepitaba. La luz tocaba la moqueta, se vertía sobre los marcos de fotos. Le había contado cosas a John, le había entregado pequeñas partes de sí misma. Él había considerado que esas cosas eran innecesarias.

—No te olvides de despertarme a las cinco, Frey.

Eso era lo que le había dicho su padre. Eran las cinco y cinco.

Cogió del suelo la postal más reciente de su madre. Se quedó mirando fijamente el fuego y, al parpadear, vio colores brillantes. Una gran llama hinchó el pecho y tomó aire. Se inclinó hacia adelante. Se oyó un siseo más fuerte. Los puntos de color se destiñeron tras sus párpados. Gritos de los chicos desaliñados de la casa de al lado. El runrún del terco tráfico. Las peleas y la estructura que le aportaba un nuevo trimestre, las miradas entrecruzadas y los comentarios ingeniosos, las deprimentes clases dobles, las discusiones, los rumores de mierda, las bromas constantes y los ocurrentes comentarios a mala leche; y aun así era posible echar de menos todo eso. A las plantas aromáticas que cultivaba sobre el alféizar de la ventana se les caían las hojas. Menta. Albahaca. Cilantro.

La primera frase de la postal de su madre era «espero que estés bien», la última frase era «espero que tu padre disfrute de su trabajo», y entre esas palabras la postal contenía una única frase: «nosotros por aquí sin muchas novedades, pero todo va bien». Ese era el bocadillo de información: Esperanza-bien-esperanza. La palabra «bien» estaba encajada, apretada contra el borde, tan poco atractiva como el «nosotros». En algún momento del año pasado, su madre había perdido un pronombre personal. ¿Había vuelto el famoso Bob o se trataba de una persona nueva? ¿Leía su padre las postales cuando aparecían sobre el felpudo? Estaba segura de que su madre pretendía que así fuera.

A veces, cuando era más joven, se había preguntado si era adoptada. Probablemente, muchos niños se lo preguntaban. Lo pensaba cada vez que sus padres hacían algo cutre. Se imaginaba que tal vez no eran sus verdaderos padres, que no pertenecían a la misma familia. «Provengo de otro lugar, porque parezco un poco más especial que ellos. No es que sea un genio ni nada por el estilo, ni siquiera soy tan interesante, solo tengo más sentimientos, soy más tridimensional. Ellos son padres, nada más,

que no es lo mismo que simplemente gente, y no puedo ver el mundo a través de sus ojos.»

Era una mocosa de mierda, ¿verdad?

Había llamado a la puerta de su madre para pedirle que le subiera la falda del colegio porque nadie la llevaba tan larga, ¿es que quería humillarla o qué? Y, al ver el rímel corrido, se dio cuenta de que su madre había estado llorando. Lloraba a menudo, no paraba. De haberse tratado de una persona normal se habría quedado seca. «Necesito intimidad», le había dicho Vivienne, o algo así, y a partir de esos humildes orígenes los insultos fueron creciendo. No se había dado cuenta de que los padres necesitaban intimidad. No le parecía razonable que la quisieran o que la consiguieran, y no se le había ocurrido que su madre pudiera tener cosas más importantes en la cabeza que el largo de la falda de su hija. «Egocéntrica.» «Egoísta.» «Eres una mocosa de mierda, ¿no?» «Igualita que su padre, el mundo gira a su alrededor.» Así que Freya se secó sus lágrimas recién derramadas, calientes, y se lanzó al ataque. «Por lo menos no soy una puta triste e inútil. Por lo menos no voy por ahí follándome a viejos feos solo porque están forrados de dinero.» Muy buena. Tenía ritmo. Y después de la pataleta se hizo el silencio, muchas horas de silencio, y después su madre le preguntó cómo se había enterado, así que se lo dijo: «Te vi besando al hombre ese en el bar, en Nochevieja. Te vi a través de la ventana. Bob o Rob o como se llame, y estabais bebiendo champán. Me dio mucha vergüenza. La mayoría del tiempo desearía que no fueses mi madre».

«El cinismo es un pecado.» Es lo que le había dicho el cura en la iglesia la única vez que había ido, y solo había ido porque pensaba que Dios, en el caso improbable de que existiera, tal vez considerara oportuno hacer que su madre fuera a visitarla, que se preocupara de verdad por ella. Su intención no había sido alejarla para siempre. Solo había querido que sus palabras actuaran como un empujoncito, no como un fuerte empujón.

Un ligero codazo, una forma de contacto, un gesto de intimidad que invitaba a ser correspondido. Y, de haber querido, su padre también podía haber actuado y haber traído a su madre de vuelta. Podía haber recuperado el control en un montón de ocasiones. Podía haberse comportado como un adulto. Podía haberla localizado y haberle dicho: «Escucha, qué estás haciendo, pasa tiempo con tu hija y no dejes que el agujero se haga cada vez más grande», o podía haberle dicho lo mismo a Freya. Pero a su padre no le gustaban las confrontaciones.

La madre de Sarah había muerto de cáncer hacía seis años. Todo el mundo sabía lo terrible que era esa situación y eso le garantizaba el privilegio especial del dolor. Pero si tu madre se largaba con alguien con un nombre de tres letras, un nombre que resultaba ser el palíndromo más estúpido del mundo, entonces tu madre era una zorra y tu vida era una película digna de la serie *Carry On*. La gente se presta a oír tus quejas durante una semana como mucho, un rápido resumen de los detalles más escabrosos. Después de eso, algo cambia en su voz y te das cuenta de que te has convertido en un lastre. Has perdido a tu madre, pero nadie trata la situación como una pérdida. En una escala que va desde las contrariedades del día a día hasta la muerte, el suceso queda más cerca del malestar que sientes al perder las llaves de casa que del cáncer. Y el tiempo pasa y el viernes es sábado, y el sábado es domingo, y el domingo por la noche te toca prepararte sola el bocadillo para el almuerzo. Y entonces basta con mirar tu pequeña asignación de problemas, tan diminuta en comparación con la de los demás, y decir: «Vale, no pasa nada. Yo me ocupo, es cosa mía.» Tienes que reconocer que no se parece ni por asomo a la muerte, aunque tu madre se haya marchado para siempre. Y recuerdas lo que te solía decir cuando eras pequeña y pensaba que estabas dormida, con la habitación completamente a oscuras, empezaba a hablar y hablar, su aliento contra tu pelo, y seguía y seguía, charlando en voz baja durante minutos y más minutos, y te encantaba, sentías que

su vida pasaba a formar parte de la tuya, el subidón de azúcar de sus sentimientos y pensamientos. Existía para susurrarte al oído.

En Columbia, había observado a las animadoras en los partidos de fútbol, cómo brillaban, qué gloriosamente irreales parecían. Animando y siendo animadas. Dirigiendo y dirigidas. Sexis, daban la impresión de practicar sexo a todas horas. Se lanzaban al aire haciendo grandes piruetas insinuantes y descendían al suelo con una gracia temeraria. Las arrugas de sus faldas, el plisado. El silencio entre los ronquidos de su padre. El espacio entre las sonoras exhalaciones y las grandes inhalaciones. Estaba bien, probablemente, y si... Una hija que nunca respondía a esas solitarias postales.

«Puedes contactar conmigo en este teléfono si quieres.» Una frase que a veces incluía en sus postales y que ella siempre ignoraba. Porque ¿cómo iría la conversación? En plan «Hola, ¿qué has desayunado hoy, mamá? ¿Qué tal los últimos diez años?». En las últimas semanas, la pregunta que se hacía más a menudo era cómo podía estar segura de cuándo era ella la que elegía algo en lugar de que lo eligieran por ella.

El fuego crepitó y bufó y su padre movió la cabeza hacia delante. Se frotó la cara, miró el reloj y dijo en un tono muy sentido: «joder». Freya fingió estar dormida.

VIII

Le preguntó a Lena qué creía que hacía el camarero en su tiempo libre.

La respuesta fue rápida:

—Asesina niños, probablemente.

Dan parpadeó.

—O colecciona modelos de aviones —añadió ella—. Pequeños B-52, por ejemplo. O quizá, si de verdad te interesa, te diré que colecciona Harriers. Todos colocados en la mesa del comedor, junto a su colección de sellos pegajosos.

—Todos los sellos son pegajosos, diría yo.

—Los suyos en particular —dijo ella.

—Harriers, pues.

Se dio cuenta de que estaba mirando el encaje azul de la tira de su sujetador. Sintió que su cara acumulaba calor y apartó la mirada. Tras una pausa, ella se recolocó el vestido y le contó que su padre había sido militar. Un pastor que había pasado un tiempo en el ejército británico. La familia había vivido en la zona norte de Devon.

—Un hombre de la iglesia —comentó Dan, aunque la palabra que resonaba en su cabeza era anglicano.

—Creo que probablemente habría preferido el ejército. Su

pasión eran los aviones, pero su vista no era lo suficientemente buena. Murió el año pasado. No me preguntes si estábamos unidos.

—No te lo voy a preguntar.

—Es que me lo pregunta todo el mundo, nada más. La idea de que su muerte me dolería más si hubiéramos estado unidos.

—¿Y no es cierto?

Se encogió de hombros.

—Duele lo mismo en cualquiera de los dos casos. Duele lo que tiene que doler. —Miró la pared y dio un buen trago de vino—. Por cierto, no soy de fuertes convicciones.

—¿Tu madre aún vive?

—Siempre tiene respuesta para todo —dijo Lena—. Aunque rara vez te responde a lo que le has preguntado, como si fuera sorda.

Se rio.

—Conozco la sensación.

—Es polaca. Era la limpiadora de mi padre, la limpiadora del vicario.

—Un escándalo.

—No muy grande, en comparación con los otros escándalos de la iglesia.

—Cierto —dijo él.

Bebieron y miraron a su alrededor.

—Sabes —dijo él—, yo me había imaginado al camarero latino más como bailarín de tango que como asesino de niños.

—¿En serio?

—Un bailarín de tango cuyo padre tiene acciones en una empresa de gomina para el pelo. Así es como consiguió el billete a Irlanda. Su padre liquidó algunos de sus...

—Dividendos.

—Así que sabes de finanzas.

—Y seguro que tú sabes hacer punto —respondió ella—. Casi parece que vivimos en el siglo xx.

—No pretendía...

—Que te jodan.

—Que te jodan a ti también, Lena.

Ella le sonrió y bebió.

Las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor le resultaban tremendamente banales. Una de las características de la mayoría de las zonas buenas de la ciudad era que la gente se pasaba mucho tiempo discutiendo el hecho de que las zonas buenas de la ciudad no eran tan buenas como antes. Los demás bebedores emanaban un aire de negatividad, esnob, de hipoteca pagada y —aunque no podía decir que ninguno tuviera un aspecto especialmente antipático—, Lena era la única que importaba.

¿Qué aspecto de su vida sondear? Se miraron. Se imaginó su pasado. Incluía un año o dos recorriendo Europa a lo loco, haciendo de modelo para catálogos de venta por correo, acorralada en un rincón por un capullo en una buhardilla luminosa de París, durmiendo en las calles de Roma antes de llegar aquí y construirse una coraza. En cierto modo, le parecía una pena descubrir la verdad.

—Un rey gitano llega a ser rey autodenominándose rey.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Lo siento. El pensamiento aleatorio de la noche. Me he cruzado con unos viajeros antes y me he acordado de haber leído que el rey gitano de un grupo se convierte en rey al anunciar que lo es.

—Y después tiene que demostrar que lo merece, ¿no?

—Tal vez. Pero principalmente es un asunto de confianza, ese es el tema. —Sintió la polla dura contra su muslo—. Antes nadaba —dijo—. ¿Tú nada?

Negó con la cabeza y él intentó que no se le notara la decepción.

—Eres un tipo pensativo, ¿verdad?

—Puedo callarme cuando quieras. Mis amigos siempre me

dicen: Jack, ¿por qué no te callas la puta boca un rato?

—¿En serio?

—Bueno, no. Mis amigos nunca me dicen eso.

—¿Porque eres fascinante?

—Porque no me llamo Jack.

Ella se rio y se tocó el pelo, dio un trago lento. Sé atrevido, pensó Dan. Haz algo atrevido.

—Tengo dinero para una habitación —le dijo—. Me imagino que tú tampoco te alojas aquí. ¿Te apetece tomarte una copa conmigo en una buena habitación? Dudo que este sitio esté lleno con los precios que tiene.

Una pausa.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para tomarte una buena copa.

—Tengo una copa aquí mismo. Y resulta que también es buena.

—¿Cómo de buena?

—¿Algún otro motivo?

—¿Para qué?

—Para querer acompañarte a una habitación.

—Estoy indignado —dijo él—. Ofendido, eso es.

—Me falta una gran cantidad de información presexo.

—¿Hay información presexo? ¿Eso existe?

—Ya lo creo: nombre, fecha de nacimiento, origen de ese acento.

—Mi acento es de Falls de pura raza, como ya habrás notado. Una vez arriba, podemos ayudar en las negociaciones de paz.

—La peor frase para ligar que he escuchado nunca —dijo ella—. Creo que hasta me ha parecido escuchar un ligero acento inglés.

—Y una mierda. Eres tú la que tiene acento inglés.

—Igual no te lo has notado.

—Aye, y una mierda.

—Así que ahora es el turno del *aye*. Es la manera en que dices

ciertas cosas, el lenguaje te falla.

—Deberías repartir un formulario cada vez que conoces a alguien —dijo él—. Para obtener la información del cliente.

Ella entrecerró los ojos. No estaba seguro de por qué había dicho eso. Era una sensación que tenía en el estómago.

—El tema es que no me van los racistas —dijo ella.

—¿Perdón?

—Te has metido con mi guapo argentino. El que nos ha traído las copas. Muy mal.

—Creo recordar que tú lo has acusado de ser un asesino de niños.

—Pero eso no tiene nada que ver con la nacionalidad. Por otro lado, el comentario del pelo grasiento... Estereotipos.

Se miraron durante un largo rato. Ella era más rápida que él. Seguía sonriendo. O al menos él creía que era una sonrisa. En la mesa de al lado, un hombre animaba a su mujer en la conversación, murmurando palabras afirmativas y corroborando hechos. Deseaba poder cambiar su Tullamore por un vodka con agua. Se había cansado de la sensación que el whisky le dejaba en la nariz. Una bandeja de fruta pasó junto a ellos, y algo en su complejidad molecular, en su puro exceso decorativo, hizo que su estómago diera un vuelco. Sin duda estaba borracho. Borracho.

—Si crees que soy racista estás completamente equivocada. No tienes ni idea de quién es Dan.

—¿Quién es Dan?

—El tipo con el que llevas un rato hablando. ¿Te suena?

—Din, don —respondió ella.

—Muy graciosa, Lena.

—Oh. —Se mordió su delicioso labio inferior—. Pensaba que igual era amigo de Jack.

—¿Jack?

—Jack, al que sus amigos mandan callar.

—Oh... Jack.

Intentó sonreír, pero no lo consiguió. Sabía que le estaba to-

mando el pelo, pero no podía aceptarlo. Sintió el latigazo de la vieja vergüenza que había vivido en la escuela, cuando sabía que algo que había dicho estaba mal, o cuando se reía en la parte equivocada de una historia picante. Últimamente, se miraba en el espejo y pensaba que podía ver cómo el tono de sus músculos emocionales se iba volviendo fofo y era reemplazado por pequeños retorcimientos y tics y, cuando sonreía, la sonrisa brillaba con una alegría mecánica, como el Papá Noel de los McCluskey. Y ahora, ahí sentado, mirando a aquella mujer hermosa (ahora era hermosa, había pasado de guapa a hermosa por ser difícil de conseguir), pensó otra vez en Dawson y escuchó a un perro ladrar y volvió a sentir el creciente enfado en su interior. No sabía qué hacer con él.

—No podría ser menos racista —comentó él—. Y mucho menos con los argentinos. ¿Las Malvinas? ¿Estás enterada de lo de las Malvinas? Espero que no te creas la propaganda oficial.

—Me aburro —comentó ella, y dejó que la última gota de vino le traspasara los labios.

Él sintió la cara tensa, caliente.

—No, no es aburrido. No tenían derecho a estar allí.

—Querrás no «teníamos», nosotros.

—Los británicos. Ningún derecho.

A Lena le brillaron los ojos cuando le trajeron más vino. El camarero llevaba una servilleta blanca sobre el brazo. Le llenó la copa a Lena y acto seguido le sirvió otra a Dan, que no había pedido nada.

—Todo el mundo tiene derecho a recuperar lo que es suyo —dijo ella—. ¿No estás de acuerdo? En general, ¿no te gusta recibir lo que te mereces?

Si había alguna connotación sexual en esas palabras, una invitación a redirigir la conversación hacia lo personal, no disponía de los recursos para aprovecharla.

—Es lo que hicieron los argentinos. Recuperaron lo que era suyo.

—Por la noche —respondió Lena—. Furtivamente.

—Habrías preferido que llegaran caminando o a la carga.

—Tomaron los aeródromos y los barracones de la noche a la mañana, sin previo aviso, según mi hermano.

Bien, un hermano. Dio un trago al vino e intentó sonar sobrio.

—Hablas de avisos previos, de ultimátums. Pero ¿por qué crees que Thatcher no le ofreció ningún ultimátum a Buenos Aires? ¿Por qué crees que dio orden de hundir el *Belgrano* sin previo aviso? El barco navegaba hacia el oeste, alejándose del centro del conflicto.

—Por lo que se ve no siempre hay avisos.

—¿En los atentados?

—En la guerra.

Él mencionó las Naciones Unidas. Ella parpadeó. No lo sabía. Su ignorancia le dio nuevos bríos.

—En Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas, se discutió sobre si se debía alquilar las islas o no sé qué. ¿No lo leíste, Lena? ¿No? Es importante, lo más importante. Hubo discusiones sobre si los argentinos las recuperaban o no. ¿Y qué pasó? Thatcher hizo algunas llamadas para que las negociaciones se vinieran abajo, eso es lo que creo yo y lo que cree mucha gente. Por eso la junta, como último recurso, recurrió al viejo plan de la invasión. Porque ese es el contexto. La responsabilidad, ¿sabes? Más contexto: Thatcher lo está pasando mal en casa, humillada, se burlan de ella por débil. Se ríen de ella en la Cámara, así que ¿qué hace? ¿Lo justo, lo razonable? ¿O hace lo que le ayudará a ganar puntos frente a la opinión pública a costa de lo que sea? Lo único que digo es que las luchas no solo tratan de la lucha. Siempre hay algo más. El pasado. Egos y flaquezas. Se trata de silenciar otras consideraciones, de fingir que existe una historia única.

Dan se recostó en su silla. Sintió que necesitaba agua urgentemente. ¿Cuánto tiempo llevaba hablando? Sentía que había pronunciado el discurso más largo de su vida.

—Pienses lo que pienses de ella, recuperó las islas de manera decidida.

—¿Qué, Lena? Por favor. ¿Hablas en serio? ¿Los *tories*? ¿Maneras?

Se inclinó sobre la mesa de al lado, que ahora estaba vacía, y robó un puñado de frutos secos de un bol.

—Vale —respondió ella—. Tal vez no sea una autoridad en el tema.

—Ni yo tampoco. No digo que estés equivocada. Deberías... Deberías leer esto. —Dio un golpecito al periódico—. O uno mejor. ¿Quieres cacahuètes? Lo único que digo... Lo que digo es que deberías... interesarte un poco.

Notaba que arrastraba las palabras, percibía el exceso de volumen.

—Tengo bastantes cosas de las que preocuparme.

—Venga ya.

—Es la verdad.

—No me jodas.

—¿Qué has dicho?

—Eres una mujer inteligente. Puede que estés aburrida, pero estamos hablando de vidas.

Le estaba dando un sermón sobre el valor de las vidas humanas. La ironía no le pasó desapercibida. Sus propias palabras le habían propinado un duro golpe en la cabeza. Ella apartó la mirada y se puso a toquetearse el collar. Un abejorro dorado zumbando en una fina cadena de oro. Se había sonrojado. El rubor había doblado o triplicado su belleza. Pero la había perdido. Lo sabía. Debería haberse tragado su cháchara.

Lena se frotó la frente. El camarero se acercó a comprobar que todo iba bien. Les dijo que pronto dejarían de servir.

—Oye, ¿de qué parte de Argentina eres? —le preguntó Dan.

—Soy de Uruguay —respondió el camarero—. Bueno, nací en Uruguay, pero vivo aquí desde hace diez años.

La información sobre la nacionalidad del camarero dejó a Dan

sin palabras. Se esforzó por encontrar algo que decir. Su elección de tema no fue la más acertada.

—Oye —repitió. ¿Por qué decía «oye» de repente?—. Una última pregunta. Quizá puedas ayudarnos. Tenemos una pregunta sobre terrorismo.

¿Por qué estaba diciendo todo aquello?

—Tenemos una pregunta que hacerte sobre Maggie.

—¿Maggie? —preguntó el camarero.

—Aye, exacto. Maggie.

El camarero frunció los labios.

—¿Thatcher?

—La misma. La que ha dejado que Irlanda se pudra bajo la lluvia.

—Gracias —respondió el camarero—, pero tengo mucho trabajo.

—Dinos, señor Mucho Trabajo, cuéntanos. ¿Maggie es una terrorista?

Sonaba sarcástico. Enfadado. Se odiaba cuando sonaba como si se estuviera quedando con alguien. Pero si el camarero no le escuchaba como debía, lo cogería de la garganta. Le estrujaría la vida de su cuello engreído.

—Ya sabes, me refiero a si es como Jomo, Jomo Kenyatta. O como Menachem, ya sabes, Menachem no sé qué. Te pregunto, ¿cuál es la diferencia entre un terrorista y un líder? ¿Se trata solo de esperar a que los tiempos cambien?

El camarero se llevó la mano al cuello y la deslizó por la corbata. La suprema elegancia de aquel gesto dejó a Dan sin habla.

Lena había decidido que la situación la divertía. Observó al camarero pasearse por la sala anunciando que iban a dejar de servir. Giró las piernas a un lado de la mesa.

—Así que nos hemos tomado unas cuantas de más esta noche.

—Solo digo que es complicado.

—Todo es complicado.

—No, no todo es complicado. La mayoría de las cosas son

jodidamente fáciles.

Despertarse. Unirse a un ejército. Sentir la aterradora escala del mundo.

Lena cogió su bolso y casi se estranguló con la correa.

—Tengo que irme —le dijo.

—¿Qué?

—Tengo que irme.

—Te he ofendido.

—Qué va. Encantada de conocerte. Me he excedido un poco esta noche y soy una chica sencilla.

Se levantó y le tendió la mano, como si solo se hubiera tratado de una reunión de negocios, una transacción prometedora que se había venido abajo.

La miró. ¿Qué decir?

—Vale. Ha sido divertido conocerte.

Los dedos de Lena se deslizaron por los de él.

Todo en el bar le parecía de repente extrañamente plano. El camarero argentino que no era argentino se movió tenso, como un borracho con experiencia, junto a una fila de botellas bidimensionales con extrañas bocas de metal. La luz natural y el tiempo se habían drenado del techo y las paredes. Todo era insípido y artificial, libre de los efectos perturbadores de los sucesos. El cristal oscurecido de la ventana ahora solo le ofrecía su reflejo. Ahí estaba él, en un lugar de seguridad provisional. Pronto sabría si su cableado había funcionado. ¿Qué coño estaba haciendo?

Dejó dinero suficiente para pagar la cuenta y añadió una generosa propina. Se apresuró a salir a la calle. Ella estaba allí. Primero vio el vestido, después el pelo que se movía con el viento; intentaba parar un taxi. La fragilidad del gesto de su mano le hizo pensar en el abrazo de su madre antes de salir para Brighton, aferrándose a sus hombros como un escalador sin cuerda a una pared de roca, a punto de caerse, sin saber nada, sabiendo algo, pero ¿cuánto había entendido su madre?

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que lo escuchara, le dijo:

—Llevo despierto desde las cuatro menos cuarto, no puedo dormir. Lo siento. La fatiga me vuelve más capullo de lo normal. Me llamo Dan... Perdona por lo de antes.

No se dio la vuelta. No reaccionó. Nada parecía sorprenderla. Quizá eso fuera la felicidad real, pensó: la incapacidad de sorprenderse. Pero también podía encajar con la definición de tristeza.

La calle estaba perfectamente iluminada. Las farolas se sucedían colina arriba. Podía abarcarlo todo con una rápida mirada: las tiendas cerradas, las barandillas, los barrotes metálicos que protegían las ventanas.

—Voy a caminar hasta que encuentre un taxi —le dijo ella.

—Deja que te acompañe, te ayudaré a parar uno.

—No. Sí. Si quieres.

Caminaron uno al lado del otro. La acera estaba tranquila. El único movimiento era el aleteo de la basura en el suelo. Una lata de Lilt traqueteó hasta el bordillo.

La lista de cosas de las que no hablaron era larga. Hijos, relaciones, esperanzas, lamentaciones, comida favorita, ideas sobre el sexo, amigos vivos, amigos muertos, rupturas, enfermedades, hambre, amor, todos los tipos de despedidas que conformaban una vida. Intercambiaron tal vez un centenar de palabras, pero los silencios que las enmarcaban parecían especiales. Intentó ponerle una mano por encima del hombro, pero ella se apartó. La piel fría y granulada; había esperado que fuera cálida. Miró el brillo de sus ojos y notó que no había nada que pudiera hacer.

Igual debería preguntarle y ya está, pensó. ¿Puedo besarte? ¿Te parecería bien? No estaba seguro de cómo sonaría aquello. Como la súplica enmarcada por el acné de un chico de catorce años, probablemente.

Estaban quietos, cara a cara. Dan miró su reloj, vio la hora. Una parada de autobús. Ella decidió coger el autobús. El auto-

bús llegó y ella se acercó a sus puertas silbantes.

Él le dedicó una media sonrisa cuando se separaron. Que hubiera conseguido medio sonreír demostraba sus dotes para fingir. No era nada. No importaba. En unas horas, llegaría la mañana, luminosa, leería el periódico, vería las noticias sobre la explosión y aceptaría que aquel momento en aquella calle con aquella desconocida nunca había formado parte de la historia. No le gustas. Pasa página.

En el camino de vuelta se rio de sí mismo. De la idea de que una persona salvaje y fría como él, un boxeador, necesitara la calidez de una buena mujer. Esa era la historia edulcorada que te vendían en Hollywood y él no era ningún boxeador, ¿o sí? Era un electricista y lo que necesitaba era dormir.

Eso era lo que haría, se metería en la cama. Volvería a casa y dormiría profundamente. Esa noche, no se despertaría con el sonido del buzón. Si querían dejarle algo, adelante. No se despertaría en mitad de la noche ni pensaría en el ruido que hacían las sábanas, como el rugido del mar a su alrededor. No se despertaría, como llevaba haciendo durante las últimas tres semanas, con la absurda idea del océano en su mente, con la boca seca por el miedo, con la mano aferrando un vaso de agua. sencillamente, no se despertaría.

IX

Moose se sintió rebosante de adrenalina. Cien por cien vivo por primera vez desde hacía semanas. Al fin estaba ocurriendo: risas relajadas, pausas en las charlas. La música clásica suavizaba el silencio. Habían comprado el viejo gramófono pensando en acontecimientos como aquel. Deambulaba por la zona del bar con una bandeja de plata en equilibrio sobre las yemas de sus dedos. Las chicas más competentes del personal de verano hacían lo mismo, zigzagueando con gracia entre los huecos que dejaban los asistentes. Veinte hombres y mujeres vestidos con elegancia. Treinta. Cuarenta. El espacio se iba llenando. *Tories*, lords. Había enviado a los empleados más propensos a causar accidentes a trabajar entre bastidores: rellenando las neveras, animando al personal de seguridad con cafés.

La tarea de Freya antes de la llegada de la primera ministra era asegurarse de que no faltara champán. Tenía los ojos llorosos y no estaba resultando muy útil. Ya se le habían caído dos copas de flauta. La primera salpicó de champán las piernas de Sasha. Él necesitaba que diera lo mejor de sí. Tras barrer los pedazos rotos de la segunda copa, le preguntó qué le pasaba.

—¿Tú qué crees? —le dijo ella.

—¿Debería saberlo?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Es porque te he metido prisa mientras te preparabas?

—No.

—¿Intentas cabrearme contestando a todo que no?

Al escuchar aquello, Freya arqueó una ceja.

—¿Qué pasa exactamente? O al menos en líneas generales...

—Nada —respondió ella.

Desde ese momento, había intentado de manera intermitente que su hija hablara con él, pero la única reacción que ella le concedió fue quitarle un bol de frutos secos de la mano: después de varios bocados de prueba, le habían dejado motas brillantes en los dedos. En su lugar, Freya le dio un plato con bastones de zanahoria, extendidos radialmente desde el centro lleno de taramasalata. Estaba enfadado con ella por ser una mancha en su felicidad, y se odiaba a sí mismo por pensar en su propia hija como una mancha. La envió al mostrador de recepción. Freya se quedó allí detrás, hombro con hombro con John el surfero, en silencio. Le recordó a una Navidad, cuando Viv y él la enviaron a su habitación para que pensara por qué estaba mal fastidiar a su abuelo.

—Caroline —dijo.

—¿Sí, señor Finch?

—Ve a ayudar a Elena a rellenar las copas de champán.

—Claro, sin problema.

Si todos fueran como Caroline, su trabajo sería fácil.

¿Necesitaban los blinis de salmón un toque de algo? ¿No habría sido mejor servirlos con pequeñas y precisas rodajas de limón? Estaba seguro de haber pedido limones. Se preguntaba si el volumen del gramófono estaba ligeramente alto.

Se movió entre distintos grupos con la esperanza de que las personas más importantes se fijaran en su nombre. Estaba metido en harina, era un jefe al que no le daba miedo mancharse las manos. Servía pequeñas tartaletas de pescado con aire de auto-

suficiencia, una sonrisa de «hace años que no hago este tipo de trabajo», pero era nerviosamente consciente de que el objetivo de aquella actitud era que otros la notaran y se lo agradecieran, equilibrando así la balanza entre la modestia y los elogios a su persona. Los ministros habían recibido sus folletos informativos y una nota escrita y firmada a mano por Moose. Impreso en la parte inferior estaba su nombre completo y su título, pero nunca se podía estar seguro de qué leía la gente y qué se saltaba. Aquel era su espectáculo y debía tener fe.

Algunos hombres y mujeres empezaban a armar escándalo mientras otros susurraban en algún rincón de la sala, intercambiando comentarios en voz baja sobre la primera ministra, colocando el acento en sílabas que no lo llevaban. «Solo creo que, a menos que la Dama se saque algo excepcional de la manga, algo fuera de lo normal, puede que lo que veamos mañana sea, ya sabes... ¿no crees? Si somos *absolutamente* sinceros...» ¿Cuántos eran ya? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

Marina estaba con una mujer de relaciones públicas. Ambas cargaban unas pesadas agendas de anillas. Maggie tenía que hacer una llamada a Scargill. Aquella noche, desde aquel hotel: una llamada que podía cambiar el curso de la historia. Le encantaba escuchar chismes como aquel. En el hospital, había sentido a su alrededor la presión de la vida en suspenso. Aquella noche le devolvía al mundo.

Una mujer con un fular de lentejuelas contemplaba la selección de quesos cremosos.

—¡Hay que conseguir la paridad de salarios! —exclamó alguien.

Junto al cuadro de Harold Wilson, un galés le estaba contando a Jorge que la política era un asunto que consistía en dar y llevarse («les damos a los ingleses nuestro carbón y los ingleses se llevan nuestra agua») y Jorge le respondía con el tipo de sonrisa que expresa de manera concisa una total y absoluta incompreensión.

John Redwood estaba sentado junto a uno de los varios y carísimos arreglos florales. Redwood se tocaba la barbilla y asentía mientras un joven con una pajarita de lunares le hablaba sobre «una pequeña idea que se me ha ocurrido». Redwood lucía una expresión de preocupación divertida.

—La opinión de la Dama... —dijo por fin Redwood. Moose se perdió algunas palabras, porque justo en ese momento alguien le dio las gracias por un canapé—. No necesita esas cosas para ayudarles a encontrar trabajo. ¡Un gran mito!

Cuando Redwood estaba contento, se parecía a Spock, de *Star Trek*. En otros estados de ánimo, se parecía a Liza Minnelli.

Conversaciones que se mezclaban con otras conversaciones.

—Problema secundario.

—Bueno, en eso estoy de acuerdo.

—Causa probable.

—Más o menos, eso es.

—Aunque doscientos mil no es suficiente por desacato al tribunal.

—Pásame el...

—No consigo emocionarme con Durham.

—¿Podrías...?

Se escuchaba el tintineo del frágil cristal. Pendientes tan elegantes como las lámparas de araña del techo. Nubes de asfixiante humo de puro junto a las que Moose contenía la respiración. Intentaba no toser, porque, cuando tosía, aún sentía explosiones de dolor: sacudidas agónicas que se solapaban y se abalanzaban sobre él. Estaba rodeado de personas con diversas habilidades bien afiladas. Numerosos y firmes estrechamientos de manos y besos al aire. Sonrisas demasiado amplias para ser falsas, demasiado radiantes para ser sinceras, así que, ¿qué eran? Labios carnosos. Ojos vacíos. Intentó ignorar la sensación momentánea de que todo aquello era una pantomima despiadada.

En un extremo de la barra, cinco hombres importantes llevaban al menos una hora enfrascados en una conversación.

Geoffrey Howe, ministro de Relaciones Exteriores y de la Commonwealth, se encontraba entre ellos. Parecía estar hablando de las diferencias entre personas y animales. Hizo una pausa para zamparse una tartaleta de pescado.

Chaquetas de esmoquin idénticas excepto por la anchura de las solapas. Camisas blancas con corchetes en lugar de botones. Uno o dos fajines granates y zapatos de brillo uniforme.

De la bandeja de Moose desapareció más comida; algunas servilletas de su mano. Un miembro del grupo le dijo al señor Howe que la diferencia entre las personas y los animales era nuestra habilidad para pensar fríamente.

—No, no —dijo otro—. Es nuestra profunda capacidad para sentir.

—Tienes razón —comentó Howe.

A un joven ayudante que Moose había visto antes sudando en el restaurante, ahora se le había caído un canapé.

—Lo si... siento mucho —dijo.

Moose se acercó a John y a Freya. Freya aún optaba por el silencio. Vale, sigue con eso. Cogió a John del hombro, todo músculo.

—Cuando llegue la personalidad ilustre, John, avísame inmediatamente.

—¿La personalidad ilustre?

—MT.

—¿MT?

—Dios, John, ¿tienes algo ahí dentro? —Le dio un golpecito en la frente con el dedo. Utilizó más fuerza de la que pretendía—. La primera ministra.

John bostezó y le dijo que no había problema.

Balbuces en los confines de un sueño. Dolor en el pecho. Tendría que mantener la calma, cuidar su corazón. El cansancio ya había venido a buscarle, intentaba robarle las oportunidades de la noche.

Sir Anthony Berry estaba hablando con un ayudante. Moose

les interrumpió educadamente y preguntó si estaba todo bien con su habitación. Berry debía alojarse en el Metropole, pero Marina lo había conseguido colar tras una cancelación de última hora.

—Todo perfecto —dijo Berry. Era el huésped ideal, educado en exceso, con el pelo minuciosamente peinado—. Me alegro de que al final haya una habitación disponible. Gracias por su ayuda.

Un simple gracias podía significar tanto... Los actos de gratitud más pequeños se multiplicaban por diez aquella noche.

El personal pendiente de que le asignaran nuevas tareas debía esperar de pie con las manos detrás de la espalda, pero, desde su nueva ubicación, con una visibilidad privilegiada, vio que uno o dos de sus empleados tenían las manos metidas en los bolsillos. Los más dejados solían juntarse. El club de la mala postura. Al dirigir a un gran grupo, no había que perder de vista a ninguna de las facciones; no podías dejar que los sectores de la periferia se sintieran contrariados. Los cuellos de la camisa de algunos camareros estaban arrugados, lo que le resultaba irritante. Les había facilitado a todos un pequeño bote de spray de almidón que había comprado de su propio bolsillo en la lavandería Blue Door.

Miembros de la unidad especial vestidos de paisano permanecían de pie, sin moverse, rodeando la sala. Mirada rápida y autoritaria. Cuando hablaban, Moose pensaba en ángulos rectos. Tan altos y de aspecto tan sólido que daba la sensación de que ni cien puñetazos en la tripa conseguirían moverlos. Se había dado cuenta de que otros ocho o nueve de ellos estaban asignados en la zona del aparcamiento. El resto estaban colocados en los rellanos de la primera, segunda y tercera planta. Le parecía un despliegue de seguridad vergonzosamente amplio, dado que la única amenaza visible era la presencia, en los alrededores de la entrada principal, de seis o siete estudiantes vestidos con ropa que tenía pinta de picar. ¿Una de ellos era Susie, la amiga

de Freya? ¿Era ese el motivo por el que Freya estaba de un humor de perros? Al otro lado de la ventana, aquellos estudiantes delgados y probablemente veganos se balanceaban sobre las puntas de los pies mientras cantaban «Hay que acabar con la putrefacción»,* sin especificar qué se estaba pudriendo ni cómo acabar con ello. Se preguntó cómo sería ser uno de ellos, una persona que dedicaba sus días a conseguir un cambio sustancial. Entonces se le ocurrió que había dedicado su vida a todo lo contrario: a tratar de moldear la arbitrariedad y convertirla en algo firme y respetable. Se comió un blinis.

Llegó una pareja de periodistas de renombre, un tipo de la BBC y alguien con una columna en el *Telegraph*, y Moose encontró en sus caras el reflejo más próximo a su propia emoción contenida y tensa. Se mezclaron con varios grupos, se ponían de puntillas y estiraban el cuello cada vez que se movía la puerta giratoria. A la cena del día siguiente en la suite emperatriz no asistirían periodistas. Necesitaba comprobar con la encargada de eventos que todo iba según lo planeado. No la veía. En su lugar, buscó a Marina. Marina solía tener las respuestas.

Se había agachado para recoger la servilleta que se le había caído a alguien detrás de una de las sillas de respaldo alto. Las servilletas eran azul conferencia, pedidas especialmente a un proveedor que parecía entender la obsesión de Moose por los tonos y las texturas, cosa que su propio personal nunca había logrado. Cuando Marina se levantó, él se colocó a su lado y ella le dijo:

—Es precioso cuando está lleno, ¿verdad?

Había algo ligeramente triste en su voz. Observaron los vaivenes de la fiesta, a mujeres que echaban la cabeza hacia atrás mientras se reían, con perlas rodeándoles los elegantes cuellos.

—¿El bar? —preguntó él.

* En las elecciones de 1979, el Partido Conservador instó a los votantes a «Vote Tory this time. It's the only way to stop the rot» («Esta vez vota tory. Es la única manera de acabar con la putrefacción»). (*N. de la T.*)

Ella se encogió de hombros.

—El hotel.

—No me digas que tú también.

Marina frunció el ceño.

—Freya —comentó él—. La gente que... que me importa está deprimida. Nuestro trabajo consiste en acomodar a la gente, Mari.

—¿Siempre has sido un hombre tan práctico, Moose?

Práctico. La palabra conjuró la imagen del enorme y triste archivador de su oficina.

—Que algo cumpla con su objetivo no tiene nada de malo, si es eso a lo que te refieres.

Los ojos de Marina se iluminaron. Parecía que estaba a punto de reírse. ¿Había algo malicioso en ella de lo que no se había dado cuenta antes?

—¿Y cuál crees que es tu objetivo? —le preguntó.

—¿Mi objetivo?

—Tengo curiosidad.

—Bueno, hoy se trata de que Thatcher esté feliz, ¿no?

—¿Y Freya?

—¿Qué pasa con Freya?

—Me has dicho que parecía triste. Estoy de acuerdo.

—No sé qué le pasa. Si tú lo sabes, te agradecería que me lo contaras.

Marina retorció la servilleta que había cogido del suelo. Había varias manchas de vino tinto en los bordes. De haber sido Viv, la habría sujetado entre el índice y el pulgar con el brazo estirado, alejándola de ella.

—Si sabes algo... —repitió.

—No. No sé lo que siente.

Detrás de ella, al otro lado de la ventana, la noche de color verdoso iba tomando forma.

—Igual tiene novio —dijo Moose—. Últimamente sale mucho. Puede que tenga problemas con su novio. Hay un chico llamado

Tom que pasaba mucho tiempo con ella.

—¿Le has preguntado?

Negó con la cabeza.

—Si tuvieras una hija, sabrías que ese tipo de preguntas nunca se contestan. Se te queda mirando de una forma que insinúa que eres un marciano pirado y que la solución más amable sería borrarte del mapa con un láser. *Pow. Bzzzzz.*

Esperaba que le dedicara otra sonrisa, una más cálida, pero sus labios no se movieron. ¿Había hecho un comentario insensible? ¿Tal vez el hecho de que no tuviera hijos era una fuente de dolor? Su comportamiento cariñoso con Engelbert sugería que sería una buena madre. No tenía por qué ser demasiado tarde.

—¿Cómo está Engel? —le preguntó.

—Bien. En tu oficina.

—Bien.

—Espero que no te importe.

—Por supuesto que no.

—Tiene a Emma de niñera. Espero que se duerma pronto.

—¿Monta guardia en el cuarto contiguo?

Marina asintió.

—Está intentando cansarlo. La última vez que he ido a verlos, estaban haciendo un castillo de papel de aluminio. Mi hermana me mataría si supiera que no está durmiendo ya.

—¿Han encontrado mis rollos de celo para la construcción?

Ahora le dedicó la sonrisa.

—Dime, ¿para qué necesitas tanto celo?

—Lo compro al por mayor —respondió él—. El hotel se ahorra dinero.

—¿Y sus amigos? —preguntó Marina—. ¿Quiénes son sus amigos?

—¿De Emma?

—Freya.

Alguien se bebió una copa de champán de un trago y dijo «Ahhhh». Habían empezado a colocar las chaquetas en el res-

paldo de las sillas. Una mujer tenía una pajarita alrededor del cuello. Thatcher llegaba tarde.

—Pues —dijo Moose—, está una tal Tracy. La que tiene, como decirlo... ¿ojo para la moda? Y por supuesto, Susie no sé qué, que creo que ahora mismo está fuera del hotel protestando contra la primera ministra, lo que resulta interesante. ¿Te has dado cuenta de que el discurso de la primera ministra de mañana ha levantado bastante revuelo? Parece que, si no va bien, puede que la...

—Pensaba que Freya y Susie no se veían demasiado últimamente.

—Sí, sí. ¿Sabía yo eso?

—Se pelearon hace una o dos semanas.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—La gente me cuenta cosas.

—Eso es lo que yo siempre he pensado de mí, que la gente me cuenta cosas.

—Tal vez no escuchas lo que te están contando.

—Es un comentario un poco duro.

—También lo es el silencio —dijo Marina.

—¿Cómo dices?

—Si te quedas en silencio, la gente habla.

Se hizo el silencio. Moose se propuso no hablar.

—Ha vuelto a nadar, ¿no? —dijo Marina.

—Sí, sí. Ha vuelto a nadar. Hasta hemos ido juntos un día.

—Eso fue hace semanas.

—Pero fue bien.

—Te dio un ataque al corazón, Moose.

—Vale... Cierto.

—Me refería a últimamente.

—Vale.

—¿Con quién va a nadar últimamente?

—¿Con quién? Con algunos compañeros de su antiguo equi-

po, supongo. Ya es mayorcita, Mari.

—¿Por ejemplo?

—¿Cómo?

—¿Qué compañeros?

Hundió el puño en el bolsillo con solapa de la chaqueta. Lo había vaciado de todas las monedas. Normalmente, toquetear las monedas lo reconfortaba, la rápida respuesta del frío metal en la mano.

—Mari, ¿esto es un interrogatorio o qué? ¿Se supone que debería ser capaz de hacerte un listado con los nombres? ¿Estás sugiriendo... —Alguien lo empujó al pasar, maleducado, desconsiderado— ... que soy un mal padre? Porque estoy intentando hacerlo lo mejor posible dadas las circunstancias. Su madre está desaparecida del mapa, su madre no me ayuda una mierda. Ya sé que soy un padre mediocre. —Se rindió ante un ataque de tos patéticamente doloroso—. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—¿Dónde están los hojaldres de salchicha? —gritó alguien.

Estalló otra oleada de risas. Durante un segundo, Moose sintió la necesidad incandescente de apuntar a todo el mundo con un arma.

—No sé muy bien cuáles son los términos del divorcio aquí —dijo Marina.

—¿Qué?

—No sé qué obligaciones tiene tu ex.

¿Le estaba tomando el pelo?

—Me he pasado años esforzándome para nada. Lo que necesito es...

—Una fotografía en el periódico con Margaret y un buen ascenso. Ya lo sé, y no creo que seas un padre mediocre.

Fotografía. La palabra le evocó un recuerdo.

—Tu exposición, Mari. La foto del cerdo y las islas. No me digas que me la he perdido.

—No, todavía no. No te preocupes.

—Menos mal. Quiero saber la fecha. Y no se trata de egos, Mari. Se trata de querer avanzar en mi carrera. ¿Por qué? Para que Freya pueda ir a la universidad sin tener que preocuparse de trabajar reponiendo estanterías, para que pueda tener una educación y tener una buena vida. Cursi pero cierto.

—¿Pero ella quiere ir a la universidad? ¿Es esa su idea de una buena vida?

—Al final acabará yendo. Es más inteligente que todos nosotros juntos.

—Tan inteligente que hará lo que se espera de ella, como deben hacer las mujeres, ¿no?

—Escucha, Mari, no espero que lo entiendas. Si yo hubiera tenido alguna de las oportunidades que Freya tiene... Si me hubieran apoyado a mí...

—Estoy escuchando un montón de «yos» —dijo Marina, y al decirlo sonó tan aterradoramente parecida a su madre que Moose se preguntó, brevemente, si alguna vez podría volver a fantasear con revolcarse con ella en el césped bajo el sol de... ¿Somerset? ¿Dorset? ¿En cuál de los dos hacía mejor tiempo? Vale: podía, podía.

Se sentía un poco mareado, lamentaba ese último vaso de Coca Cola. Los médicos no le habían dicho nada sobre la Coca Cola. Solo le habían aconsejado que evitara los cigarrillos y «la comida con mucha azúcar y grasa». ¿Cuánta azúcar podía contener un vaso de Coca Cola? En esta época, sin duda muy poca.

—Mari —le dijo—, admito que en parte es algo personal. Siento que... Solo siento que... Siento que, si pudiera hacer una sola cosa perfecta, sería feliz.

Como respuesta, Marina empezó a decir algo sobre las hijas, pero en ese momento Moose vio, en el otro extremo de la habitación, la familiar chaqueta roja del Capitán. Dios, parecía estar hablando con el ministro de Educación y Ciencia. ¿Cómo había pasado el control de seguridad?

—Tengo que ir a lidiar con eso, Mari. Lo siento. Ha arrinconado a sir Keith.

Se abrió un hueco entre Patrick Jenkin y Kenneth Baker. Decían que Baker llegaría lejos; tendría que hablar con él en algún momento, más tarde. Aprovechó el hueco y se acercó a la chaqueta roja. La subida de ritmo le dejó sin aliento.

—Su Excelencia —le dijo a sir Keith, aunque era sin duda la fórmula de tratamiento incorrecta.

Keith Joseph lo miró fijamente, la cara llena de atormentada intensidad. Sus rasgos se estrecharon en una mueca de dolor y se limpió la mueca de dolor con una servilleta azul conferencia.

El Capitán le susurró algo a sir Keith y sir Keith respondió:

—Volveremos a ese punto. ¿Se conocen?

—Por supuesto —comentó Moose—. Por supuesto.

Rodeó con un brazo los hombros del Capitán, en un gesto amable, y se sorprendió de que sus dedos parecieran poder presionar entre los huesos. Dijo:

—Sir Keith, no quiero interrumpir, pero ¿le gustaría que...? Bueno, si lo desea, podría presentarle al señor Jenkin o al señor Baker.

Sin soltar los frágiles hombros del Capitán intentó guiñarle el ojo, aunque más bien parpadeó. De hecho, lo que hizo fue orientar al Capitán en dirección al bar. Probablemente podría sobornarlo con una copa o dos para que guardara silencio. Si lo echaba del hotel corría el riesgo de montar un escándalo. Era un buen hombre, Moose no le deseaba ningún mal, pero estaba fuera de lugar. Aquello era un evento privado.

La mirada de sir Keith se posó en la placa identificativa de Moose.

—Le aseguro, señor Finch, que no necesito que me presenten a ninguno de los dos caballeros que ha mencionado.

—Por supuesto, nada de presentaciones. Me refería a que...

Señaló ligeramente con la cabeza en dirección al Capitán. ¡Le estoy salvando! ¡Le estoy salvando de él! ¡Es divertido, pero está un poco loco!

—De hecho —continuó sir Keith—, diría que probables-

te hablo con esos caballeros tan a menudo como con mi propia esposa. Además, el ¿Capitán? Sí. Resulta que el Capitán y yo estábamos en mitad de una conversación sobre problemas medioambientales.

—Claro —dijo Moose—. Como si el medioambiente fuera una prioridad. —Tragó y estudió la expresión de sir Keith, que cada vez se ensombrecía más. La estaba cagando pero bien. En serio—. En los tiempos que corren, quiero decir. —Cállate ya, cállate ya—. Ya sabe, con la división entre ricos y pobres y...

La cosa iba fatal. Se estaba cavando su propia tumba. Moose en un volcán con una pala, murmullos desde abajo. Desastre natural con extra de lava. Esperó en silencio a que sir Keith hablara.

—El medioambiente es uno de nuestros problemas más importantes —dijo sir Keith—. Lo que usted tal vez considere simplemente un bonito paisaje es... Hola, James, ¿qué tal?... lo que nos mantiene con vida.

—Me recuerda a esos versos de Auden —dijo el Capitán.

—¿Sí? No los conozco —respondió sir Keith.

El Capitán recitó algunos versos, algo sobre rostros en espacios públicos.

—Ah, tomo nota —dijo sir Keith. Parecía incomprensiblemente feliz, con la mirada suave y húmeda.

—Siempre prefiero estar al aire libre —comentó el Capitán—, ¿no le parece? El medioambiente. Los elementos. El mar. Mientras que acontecimientos como este... Organizado estupendísimamente, todo hay que decirlo, pero hombres del ámbito público como usted encerrados en pequeñas salas, los rostros en los espacios privados...

—Absolutamente —dijo sir Keith—. Un soplo de aire fresco y sinceridad. No me ofende. De hecho —se acercó un poco más a él, riéndose (¡riéndose!)—, no podría estar más de acuerdo, si le digo la verdad.

Moose seguía observándolos, pasmado, mientras se desarro-

llaba la conversación. El Capitán se sacudió unas migas de pan de la chaqueta. Su pelo presentaba un tono extrablancos y sus mejillas bullían con un color extraño.

— Aunque me gustaría hablarle de otro tema en algún momento —dijo el Capitán—. Tiene que ver con la educación y la salud. ¿Creo que tiene contactos en la industria farmacéutica? Me gustaría comentar lo que podemos hacer para tratar con un problema creciente, un problema global sobre el que ya le he escrito al señor Peter Tatchell. Tiene que ver con prejuicios y, sinceramente, con prevenir muchas muertes. Pero tal vez le estoy robando demasiado de su precioso tiempo.

— En absoluto —dijo sir Keith—. Soy todo oídos.

¿Precioso tiempo? ¿Qué quería decir? Moose negó con la cabeza y se alejó. Malinterpretabas a la gente y malinterpretabas a la gente y la volvías a malinterpretar.

Marina seguía junto a las cortinas, con los brazos desnudos y cruzados, la espalda recta. El pelo y los tacones reflejaban la luz de la farola.

— Parece que el Capitán sigue aquí —comentó ella.

— Sí. Ciertos. Se está integrando muy bien.

Sasha pasó junto a ellos, bostezando. Un ministro tocó la muñeca de Karen y le preguntó por la tarta o le pidió su abrigo.

— Freya ha estado yendo mucho allí, ¿no? Al museo del Capitán.

— ¿Dónde? Oh. Eso.

Los *paparazzi* empezaban a acumularse en la calle, una masa de chaquetas vaqueras y cámaras de fotos, lo que significaba...

— Creo que ha ido dos veces esta semana.

— ¿Por qué?

Marina se encogió de hombros.

— ¿Porque lo encuentra interesante? O porque se siente algo sola.

Hubo un estallido de actividad en el vestíbulo. Voces. Flashes. Marina le dijo:

—Mantén la calma, Moose. No te aceleres. Tu salud.

«Calma» fue el equivalente a «Preparados». «Aceleres» fue el equivalente a «listos». Apenas escuchó la palabra «salud». Se abalanzó entre la multitud, con los codos hacia fuera, utilizando la bandeja de plata como escudo. Maggie había llegado, Maggie había llegado, era lo que le faltaba a aquella fiesta.

Algunos fotógrafos se habían colado en el hotel. Decían «Primera ministra, ¿algún comentario sobre...?», «Primera ministra, ¿qué tiene que decir sobre...?», «Primera ministra, ¿tiene planeado...?». Alguien le pisó un pie. Un agente de policía gritaba. Muchísimos brazos y piernas. Consiguió apretujarse contra un cuadro de Napoleón. Le dolía el pecho, le dolía el pie. Esmóquines borrosos a su alrededor. La cabeza de John sobresalía sobre el resto, cerca de la puerta. Parecía confundido, desesperado. No paraba de decir «Disculpe, hola». Freya los podía poner a todos en su sitio, pero Freya... ¿Dónde estaba Freya?

En las escaleras apareció un hombre con un *walkie talkie*. ¿Quién era? ¿De dónde había salido? Con unas cuantas palabras autoritarias, aquel hombre consiguió reestablecer algo parecido al orden, pero todavía había demasiado trajín de gente como para que Moose pudiera ver a Margaret Thatcher. El plan de alinear al personal a lo largo de las escaleras ya no parecía posible. John no lo estaba poniendo en práctica. Y el plan B era... ¿Por qué no tenía un plan B? ¿Es que no había aprendido nada? La luz de las lámparas de araña caía en esquivas, iluminando la caspa de sus hombros.

Se coló entre los espectadores menos entusiasmados. Entonces la multitud se agolpó a su alrededor. Se agachó y, entre medias y pantalones, vio un par de zapatos que podían ser los suyos. Zapatos marrones, rayados por el uso, como los que su madre se ponía a veces; no eran muy de primera ministra. La redondez de los tobillos le sorprendió.

Se abrió un pequeño espacio en zigzag. Ese era su momento. Levantó la mirada, saboreando cada segundo que pasaba hasta

verle la cara. Vio el dobladillo de la falda de tweed, vio la doblez arrugada de una cinturilla, y fue en aquel momento —el momento en el que empezaba a estirar la espalda para erguirse— cuando un miembro de la Rama Especial le empujó hacia las sombras.

Eran las cuatro y pico de la mañana; la suave muestra de emoción de la luna, el brillo de la noche contra las ventanas cerradas. La larga caminata de vuelta a casa tocaba a su fin. Dan tenía la mente ocupada con la *Fallopia japonica*, el libro de la biblioteca que había perdido, la cara perfecta de la chica de recepción, la mano de una mujer que se separaba de la suya. Tendría que pagarle a un profesional una pasta. Tendría que echar glifosato en el jardín. Un herbicida no selectivo. Lo mata todo y envenena la tierra. ¿Debería darle una dosis a Dawson? ¿Y si se lo quedaba todo él? Se imaginaba la resaca llorosa del día siguiente. Se imaginaba el día de después, despertándose sin dolor de cabeza, la pequeña alegría de ver la salud recuperada. Se imaginaba el sonido de los Saracens al ralentizar la marcha y a un grupo de hombres arrasando su casa, dejándolo todo destrozado. Veía el libro sobre la *Fallopia japonica* en medio de un charco de cerveza, con un grupo de borrachuzos alrededor, la tierra del humo viejo y la ciudad de los mitos. No existía la vida real. Allí no, ya no. Todo era fingido. Estaba borracho.

Le regaló un eructo al frío aire nocturno. Llevaba un abrigo de alcohol, se sentía protegido, con la mente nublada. Le pareció escuchar un mosquito histérico quejándose por la pérdida del

verano. Intentó matarlo de un manotazo. La chica del vestido azul se había subido al autobús. Solo sentía el frío en los labios, en la punta de la nariz. Le dolían las orejas. Le dolían con nada. Según sus cálculos, vomitaría muy pronto. Sentía cómo su peso se balanceaba descontroladamente de un lado al otro al caminar. La cabeza como una cama de agua, un puto sueño. Adoraba Irlanda, adoraba Belfast. Lo adoraba con toda su nada.

No se escuchaban gritos ni jaleo en la calle. Por lo que podía ver, ninguna redada en ninguna casa. Había explotado y las noticias todavía no habían dado cuenta de ello. No había explotado y no había noticias. La habían encontrado y desactivado, habían redactado el comunicado de prensa, asignado claramente los papeles y olvidado el pasado: héroes, villanos, supervivientes; todo el mundo tenía asignado su papel, siempre pensando en grupos de tres. Intentó consolarse pensando que lo que había pasado o no había pasado, para entonces ya había pasado o no. La gente quería amor, creía que los completaba, pero el hecho de que te importaran los demás era exactamente lo que te partía en dos. A él le importaban y no le importaban. Ahora se sentía partido en dos. Hasta que no lo pensaba, no lo sentía. Era el pensamiento el que daba forma a su destino. Estaba roto.

A medida que se acercaba a casa, notó un cambio en la atmósfera. Su mente lo registró en etapas. Primero, el olor de las hojas quemadas. Respiró profundamente con la esperanza de que eso lo calmara. Le gustaba el olor especiado de la madera al arder. Después percibió una masa oscura de aire desplazándose sobre una farola parpadeante. Contenía motas brillantes. ¿Pavesas?

Por un momento, se preguntó estúpidamente quién habría encendido una hoguera a esas horas. Poco a poco, la niebla de su mente se fue disipando y sintió cómo se le aguzaban los sentidos: los ruidos de las sirenas se escuchaban cada vez con más fuerza; la gente se movía en la calle. Se dio cuenta de que durante todo ese tiempo había sido consciente de un brillo naranja que se aferraba a la esquina de la calle. El fuego ardía más

cerca de lo que se había imaginado.

Bajó de la acera, se colocó sobre la línea blanca discontinua. En las casas, a izquierda y derecha, las luces de las ventanas y los porches cobraron vida. Las puertas principales se abrieron; más gente se despertaba. Andaban dando pequeños tumbos y se frotaban los ojos. Sentía como si estuviera abriéndose camino en mitad de un sueño complejo.

El fuerte olor químico se espesó. Dan escupió. El brillo naranja dejaba paso a lenguas de fuego más definidas. Por encima, solo el gancho de la luna. Ceniza que caía lentamente sobre los tejados. Nubes como algodón de acero se expandían en el cielo. Corría; se quemaba, se quemaba.

Podía ser el número 12. Podía ser el 42. Pies que golpeaban el cemento. Piernas que absorbían el impacto. En su cerebro, nada estaba correctamente conectado. Sentía el suelo más duro que antes. Corrió hasta que la calle se volvió recta.

De nuevo, la verdad se iba revelando poco a poco: la propiedad en llamas era la número 17; el número 17 era donde él vivía; vivía con su madre, y su madre estaría en casa.

Se paró en seco en la calle que llamaba su hogar. Ahora, la noche que lo rodeaba se movía a toda velocidad. Veía el barrio como si fuera la primera vez. Las pequeñas casas apiñadas, los jardines como hechos con retales. La sensación de deterioro y la cantidad mínima de amor. Le dolían los ojos en las órbitas. Lo empapó una calidez tropical. Era una calidez que indicaba que aquello no podía ser Irlanda. A continuación vio a los espectadores alineados, los ricos penachos de humo que se elevaban de la casa en llamas, escuchó el derrape de una rueda, los gritos de órdenes, las oraciones en silencio recitadas al borde de las llamas; todos esos elementos le contaban lo que pasaba.

La parte derecha de su casa se derretía. Las llamas se inclinaban y se extendían, regodeándose. Diez o veinte hombres se esmeraban lanzando cubos de agua. El tejado. La valla. A medida que el líquido salía despedido de los cubos, los hombres

se giraban y gruñían, corrían para rellenarlos, con las mangas empapadas de sudor. La figura encorvada del viejo Jones se encontraba entre los que ayudaban, prácticamente iba agotando su vida con cada lanzamiento de agua.

Sin fuerzas, Dan observaba el esfuerzo colectivo: buenos católicos y buenos protestantes intentando salvar su casa. Entre aquella mezcla de civiles, sintió la necesidad aplastante de dormir. «Está borracho», dijo alguien. La gente le señaló. «¿Es...?»

Los hombres exhortaron a las mujeres a que se apartaran, pero algunas mujeres lanzaron agua de todas formas. Conocía a una o dos del club. Tenían esa valentía especial, esa chispa desafiante, esa extraordinaria negativa a rendirse de la gente castigada durante demasiado tiempo: los negros, los judíos, los niños que dormían en la calle. Lo que sintió en aquel momento fue algo parecido a la felicidad. O podía llamarse aceptación, aquiescencia. Lo sintió incluso antes de ver a su madre sentada en el bordillo, ilesa. El pensamiento «tengo lo que me merezco» le llegó incluso antes de darse cuenta de que su casa no era la única que ardía. Veinte puertas más allá, vio algunas llamas que surgían de la casa de la siguiente familia católica.

Tengo lo que me merezco. Después de todo, hay un orden. La bomba ha explotado. La venganza ha comenzado. Han sido los hombres de los grupos lealistas pasando lista. Es la correcta reciprocidad, que cada vez se produce antes. Tenía lágrimas en los ojos. Ceniza en el ambiente. Amor en su corazón. La ira había desaparecido. Parpadeó y se secó la cara. Buscó rumores de luz en el cielo. Menudo momento para ponerse sentimental, pensó, y maldijo sus años malgastados.

Observó el bucle oscuro en el tejado: una antena de televisión de tres metros que había ayudado a instalar con catorce años, derriitiéndose. La primera cosa que había montado en su vida y que había funcionado. Al mirarla, pensó en su radio CB. Había utilizado esa radio para pasarse media noche hablando con gente de toda la provincia. Católicos, protestantes. Una de las

chicas de la radio tenía un apodo, un sobrenombre, que le llamó la atención en seguida: «Beso Perfecto de Shankill». Hablaron varias noches. Quedaron en persona frente a una farmacia de la ciudad. Era allí donde todos los radioaficionados pasaban el rato apoyados contra una farola. Ella le dijo que, si tenía algo que mereciera la pena cambiar, se lo cambiaría por un beso. Por aquel entonces, había contenedores en la acera. De encima de uno de ellos cogió un ejemplar casi intacto de la revista *Rushlight*. Se lo dio. Había un chicle pegado en la esquina de la portada. Se besaron. Ella se quejó de que sus besos eran demasiado húmedos. Fueron meses felices; iban juntos a la piscina. Resultaba ridículo aferrarse a un romance como ese. Cuando se le rompió la radio, la desmontó bajo la supervisión de su tío. La volvieron a montar y funcionó. La utilizaba cada vez menos. Arreglarla era más divertido que usarla. Beso Perfecto de Shankill empezó a besar a otro.

Su madre estaba sentada en el bordillo, rodeada de otras mujeres. Fumaban. No se podía creer que estuvieran fumando. A través de la suave neblina del humo del cigarro mezclado con el humo de las pertenencias quemadas, atisbó bajo la falda de una de esas mujeres mayores los misterios beige de su ropa interior.

XI

Tuvo que levantarse él mismo. Nadie lo ayudó. Quizá había demasiada gente como para que alguien se sintiera responsable. ¿Tal vez no lo habían visto?

Todo era demasiado frenético. Un banquete de boda multiplicado por cinco. Le suplicó a Marina que tomara el control de la situación, que usara sus encantos femeninos, y ella le dedicó una mirada que indicaba que se había expresado fatal. Fue al baño para respirar profundamente y estar solo. Los sencillos aromas del jabón y la lejía. El maravilloso tintineo de la orina en la taza. Se tomó una aspirina. Le dejó un sabor amargo en la boca. Conversaciones imaginadas se filtraban en su mente.

¿En serio, Margaret? ¿Yo?

Tú.

¿Yo? ¿Quieres que *pronuncie el discurso del estado de la nación*? ¿Yo?

Necesito a alguien en quien pueda confiar, Moose. Creo que eres el hombre perfecto para hacerlo.

¿Y el ministro de educación?

No.

¿Ni tampoco... *el encargado de prisiones*?

No, te lo estoy pidiendo a ti, a ti, quiero que seas el hombre

que pronuncie el discurso.

¿Aunque en teoría se pueda decir que me falta chispa?

No digas tonterías, eres un genio. La idea aquella de los cubitos de hielo de cerveza para poder mantenerla fría sin diluirla.

¿Viste aquello?

Lo veo todo.

Se despertó de un salto, con la sensación de que lo estaban observando. Los pantalones alrededor de los tobillos.

Para cuando se los hubo abrochado y se hubo recolocado la corbata y reconoció que dormir en el baño suponía un nuevo mínimo, la multitud de la zona del bar se había reducido a un tamaño manejable. Bien: tendría tiempo para tratar con la primera ministra.

Se puso de puntillas y miró a su alrededor. ¿Era...? No, no era. ¿Tal vez...? No, no. El carraspeo de una garganta al aclararse. Un hombre con un bastón que decía «una vez cogí el autobús». Fuera cual fuera la historia que seguía, nunca podría alcanzar el nivel de osadía de esa frase introductoria.

Un hombre joven con cara alargada estaba delante de él; el hombre que había llamado al orden desde las escaleras cuando la primera ministra había entrado en el vestíbulo. Moose lo había visto algunas veces durante los últimos días sin saber exactamente quién era. Tenía una barbilla puntiaguda que le precedía en las confrontaciones con personas a las que uno suponía que odiaba.

—Hola —dijo Moose—. No creo que nos hayan...

—Edward Peterson —lo interrumpió el hombre—. Logística.

—Claro. Del equipo de la primera ministra.

La sonrisa de Peterson era pura higiene, la expresión de un tipo a punto de usar el hilo dental. Tenía los dientes grandes. Su boca apenas conseguía contenerlos. Era un milagro que los labios no le sangraran. La saliva se le acumulaba en las encías y sobre el labio inferior, que le brillaba. Cuando cerraba la boca para tragar, se escuchaba un ligero y chirriante sonido de suc-

ción, como un trapo sacando brillo a la cubertería.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Peterson?

—La señora está arriba —anunció.

—Oh, ¿ya?

—Cambios en el discurso. Llamadas de última hora. Son momentos de mucho trabajo. ¿Hay café?

—Por supuesto.

—¿Torrefacto...?

—Bueno, tenemos una selección.

—¿Francés?

—Le enseñaré algunas de las opciones, señor Peterson.

Edward Peterson parecía algo decepcionado ante aquella respuesta. Una nueva decisión que tomar.

—¿Quién la ha acompañado a su habitación, señor Peterson?

—Su colega —dijo Peterson, señalando.

John se acercó a ellos.

—¿Qué pasa? —dijo.

—¿*Qué pasa*? —preguntó Moose.

—Es un saludo —explicó John.

Moose no podía dejar que la decepción se apoderara de él. Intentó sonreír. Suspiró. Mañana, pensó. Hablaré con él mañana.

—¿La has lavado tú arriba, John?

—A tanto no he llegado.

—Llevado, quería decir llevado. —Aún tenía la lengua dormida—. ¿Qué le ha parecido la habitación a la primera ministra?

—Parecía contenta.

—¿Quién iba contigo cuando la has acompañado? ¿Freya?

John cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Creo que Freya tenía otra cosa que hacer. La he acompañado con el jefe y su secretaria. ¿Cynthia?

Edward Peterson asintió, su pronunciada barbilla descendió como la azada de un pigmeo, o algo parecido que tuviera sentido. Moose se frotó de nuevo los ojos para volver a la realidad.

—Ha sido divertido —dijo John.

—¿Divertido?

—Sí, resulta que es... —John dudó, miró brevemente a Peterson—. Es muy guay, señor Finch. He hablado con ella de trajes de neopreno.

—Trajes de neopreno.

John abrió la boca. Moose levantó la mano para indicarle que no tenía ningún interés en escucharle hablar de trajes de neopreno ni de baño ni de ningún otro tipo.

—Y el jefe es... —dijo—. ¿Nuestro director general está aquí, John? ¿A eso te refieres?

—Sí. El tal Baker.

—¿Baker? ¿Un panadero?*

—Es su apellido —dijo John, sonriendo—. Sí, es el que se va a hacer cargo, ¿verdad?

Moose negó con la cabeza.

—El nuevo director general —dijo John, sin más—. Richard Baker.

Silencio.

—Sí —dijo John, ahora con cierta inseguridad en la voz—. Le conoce, ¿verdad? O, bueno, él le conoce. También vino el otro día. Dijo que es él quien va a ser el nuevo director general. Vino con el señor Price, de la oficina central. Lo van a anunciar antes de Navidad, ¿verdad?

Tras pronunciar aquello, John se quedó allí plantado. Parecía cada vez más incómodo por el silencio que lo rodeaba.

—¡Su nuevo jefe! —añadió alegremente, y después volvió a fruncir el ceño cuando su último esfuerzo fracasó—. Sabía que el director general se retiraba, ¿verdad?

—Bueno, sobre la cena de mañana por la noche —dijo Peterson—. He de informarles de que es el cumpleaños de la señora, ¿lo sabían? Así que hay un cambio de planes, con toda probabilidad no acudirá.

* *Baker*, «panadero» en inglés. (*N. de la T.*)

—No... —Moose tragó saliva para controlar su voz. ¿Baker? ¿Price?—. ¿Ha dicho que no va a acudir?

—Hay otra cosa organizada en el Metropole. Y nos decantamos por el comedor de allí.

Detrás de Edward Peterson se servía champán. Ascendía hasta el borde de cada copa, lleno de burbujas arrogantes, para después reducirse a un triste trago.

Se dio cuenta de que alguien le había cogido de la mano. Freya había aparecido a su lado y sostenía su mano. Calidez. No se encontraba bien.

—¿La cena? —le dijo Freya a Peterson—. ¿Está diciendo que ella no va a acudir a la gran cena de cumpleaños en su honor?

Peterson chasqueó la lengua, trago más saliva.

—Si con «ella» se refiere a la señora, entonces la respuesta es no, no va a acudir. ¿Quién está al mando aquí?

—Está diciendo que la primera ministra no va a acudir —dijo Freya.

—Lo he repetido varias veces, sí. Parece que aquí la gente tiene un gran talento para la repetición.

—Así sin más. No puede venir.

—¿Perdón? —preguntó Peterson.

Miró a su alrededor como preguntando si alguien había registrado aquella nueva atrocidad. La respuesta era sí. Una cámara de seguridad tenía su mirada cuadrada fijada en ellos.

—¿Sabe cuánto trabajo supone organizar todo esto? —le preguntó Freya.

—¿Cómo dice?

—Hace semanas que se está planeando todo —continuó Freya—. La gente ha trabajado mucho. Hay un montón de comida. Esto lo cambia todo, así que habría estado bien, habría sido un gesto de buena educación, que nos hubieran avisado antes.

—Por desgracia —dijo Peterson—, existen asuntos importantes a nivel nacional e internacional. Cosas que van más allá de nuestros planes.

Se tocó la punta de la barbilla.

—Ni siquiera lo siente.

—Extraordinario —dijo Edward Peterson, riéndose—. Tal vez debería hablar con el nuevo director.

—¿Con quién?

—El señor Baker. El nuevo...

—Nos lo podría haber comunicado de otra forma —dijo Freya.

—Me parece que no sé quién eres. —Parpadeó—. Ahora, señor Finch, segundo problema. Nos vendría bien contar con la presencia de ese tipo de Kalle Infotec, el de los tatuajes, para que instale tres faxes más en la oficina temporal, y mi recomendación sería que, veamos, empecemos por...

Edward Peterson hablaba y hablaba. Si lo que Moose estaba viviendo no era una experiencia extracorporal, se le parecía mucho. El puesto de director general había recaído en otra persona. ¿Podía ser cierto? Sabía que lo era. Todo había terminado.

Sobre la mesa plegable que había colocado contra la pared varias horas antes aún quedaban algunas tarjetas identificativas plastificadas. Estaban colocadas en tres filas y los espacios entre las filas eran precisos.

—Señor Peterson —dijo, apretándole la mano a su hija—, nos encargaremos de todo. No tiene de qué preocuparse.

—Bien —respondió Peterson—. Me alegro de que nos hayamos entendido. Quedo a la espera de ver su selección de cafés.

Antes de alejarse de aquel intercambio, Moose miró por última vez a Edward Peterson. Había algo en su expresión taimada. Algo en su insistente petición de cafeína. Algo en la mueca afilada, húmeda y satisfecha que tan poco esfuerzo parecía requerirle. Algo en sus complacidos ojos marrones, que se movían de él a Freya, de Freya a él, como si intentara decidir de cuál de los dos prefería burlarse. Había algo en aquella situación que provocaba que el sentido de la profesionalidad de Moose chirriara y se retorciera, y en su mente empezaron a florecer pensamientos asesinos.

Pensó en el Capitán hablando con sir Keith y pensó en su hija, que tenía que soportar la mala educación de aquel hombre. Pensó en el ascenso imposible al que había dedicado tanta energía, y en la posibilidad de que aquella promesa de ascenso no hubiera sido más que un incentivo falso, una manera de conseguir que las cosas siguieran adelante mientras el director general renunciaba a su puesto. Pensó en todo eso y en la cena cancelada del día siguiente y en la posibilidad de que tal vez lo hubieran dejado a un lado por su salud, o bien podía ser que la posibilidad de convertirse en director general nunca hubiera sido real; sentía que necesitaba decir algo, transformar algunos de sus pensamientos en palabras, no solo por él mismo, sino por su visión del mundo; una visión en la que, y de eso se daba cuenta ahora, no había cabida para personas despreocupadas como Edward Peterson. Tras varios largos segundos en los que consideró y descartó algunos insultos semiinteligentes, dijo:

—¿Señor Peterson?

—¿Sí?

—Pensándolo mejor, váyase a tomar por culo.

Estuvo a punto de rubricar sus palabras con un puñetazo, pero le preocupaba hacerse daño en la mano.

XII

Freya estaba en el lavabo de señoras, llorando y maquillándose, con la vista fija en el espejo. Se abrió la puerta. Marina.

—¿Que estás haciendo, cariño?

—Estoy llorando y maquillándome —respondió.

Marina se quedó en la puerta, asimilando el comentario. Después, parpadeó y dijo:

—Es mejor dividir el proceso en dos etapas. De lo contrario, parecerás un panda derretido.

Freya suspiró. La piedra gris sobre la que estaban colocados los lavabos brillaba con un toque melodramático. Dejó el lápiz de ojos. A principios de aquella semana, alguien con las cejas demasiado depiladas se había quejado de que las luces de los lavabos eran insuficientes para depilarse las cejas como era debido. Colocaron bombillas de mayor voltaje sobre los espejos. Cada detalle natural de la mampostería había cobrado vida: relieves y árboles y nubes ligeras y espesas.

—Puedes hablar conmigo —dijo Marina.

—Estoy bien. No es nada.

—La nada no necesita esconderse.

Freya se sonó la nariz con un pañuelo rosa.

—Últimamente, he estado viendo a un shakespeariano —dijo

Marina—. Ya lo hemos dejado. Me arañaba en la cama con las uñas de los pies. Tiene éxito en todo, pero esas uñas... Arañazo, arañazo, arañazo, arañazo, arañazo. También es muy aburrido estar con alguien que se quiere tanto. —Se miró en el espejo—. ¿Mal de amores, Freya?

Colocó su bolso junto a un lavabo. Sacó un cepillo.

—¿Puedo? —le preguntó.

Hubo un momento incómodo, era una oferta un tanto extraña, pero Freya no tenía la energía necesaria para rechazarla. Había una única silla contra la pared. La persona que contrataban en las ocasiones especiales para que ayudara en el baño ya se había marchado.

—Ven —dijo Marina.

Giró la silla y la puso de cara al espejo. Freya se sentó y Marina se colocó detrás de ella.

—Sé que me viste salir de la habitación el otro día —comentó Freya.

Marina pasó el cepillo por el pelo de Freya en pasadas largas y uniformes. Separó varios mechones. Deshizo los nudos con cuidado. El cepillo producía unos chasquidos eléctricos llegados directamente de la niñez.

—Soy un puro cliché.

Marina levantó la mirada.

—Un pedazo de cliché. Ahora está con Sasha.

Marina se rio.

—¿John?

—Sí.

—Cariño, yo diría que no puedes estar más lejos de ser un cliché. Sasha es el cliché. Igual que John.

Freya se quedó mirando su reflejo y la cara de Marina flotando sobre él, y por un momento pensó que podía oler el perfume demasiado fuerte de Wendy Hoyt, peluquera *ordinaire*.

—No te vendría mal ser un poco más quejica —le dijo Marina. Posó una mano en la cabeza de Freya—. A ver, quiero decir que

ahora das un poco de lástima, sí, pero, en general, no te vendría mal mostrarte más sentimental. Te parecen más a la versión de cómo debería ser un hombre, aunque nunca son así.

Freya abrió la boca y la cerró.

—No pasa nada por estar triste alguna vez, Freya. Casi pierdes a tu padre. Y has perdido a tu madre. Tus amigos se han ido a la universidad. Pensabas que te ibas a quedar sola.

Algo en la sencillez de aquel resumen pilló a Freya desprevenida. Entró una mujer descalza con un vestido sedoso, tarareando una canción, con los tacones colgando de la mano izquierda.

—Use los baños del restaurante —le dijo Freya.

El canturreo cesó. La puerta se cerró. Fácil.

—Ese es el espíritu —dijo Marina. Dejó el cepillo y colocó las manos sobre los hombros de Freya—. Te hace pensar, ¿verdad?

—¿El qué?

—La enfermedad de tu padre. Te hace pensar en tu madre.

—Un poco.

—Te hace pensar en cómo sería si no la vuelves a ver, si las cosas se quedan como están. Si mañana te enteraras de que ha muerto, si fuera ella la que hubiera sufrido un ataque al corazón. O si lleva muerta semanas y te has perdido el entierro. Meses, tal vez más tiempo.

A Freya le parecía que Marina le estaba cogiendo el tranquilo a aquello con demasiada facilidad.

—Eres un encanto de chica, Freya. Pero cada vez que haces o piensas algo que no es encantador, no deberías sentir que es culpa tuya.

—No lo hago. No creo que sea culpa mía.

—Muy bien —dijo Marina.

—Tú... —¿Por qué no decirlo?—. Todo el mundo está enamorado de ti, Marina. Mi padre, todo el mundo. Ojalá pudiera ser un poco más como tú.

—Cuando me quito el maquillaje, no todo es tan bonito —respondió Marina—. Mi cara es como una pasa animada, Freya.

Ojalá alguien me hubiera avisado de los efectos del sol. Algún día, trabajarás haciendo documentales.

—¿Yo?

—Vas a trabajar para David Attenborough. Viajarás a lugares increíbles. África. Te llenarás los calcetines de barro y te pagarán poco, pero serás feliz, y conocerás a un cámara bajito que te hará reír.

Entró otra invitada. Freya estaba pensando que la mayoría de cámaras seguramente serían altos. La invitada utilizó el baño y le dio a Marina una moneda de cincuenta peniques. Se marchó sin lavarse las manos.

—Supongo que, pase lo que pase, aunque se ponga otra vez enfermo, me las arreglaré —dijo Freya.

—Bah —dijo Marina. Se levantó y aclaró la moneda bajo el grifo; después se la metió en el bolsillo de la camisa—. Arreglárselas. ¿Quién quiere arreglárselas? Que le den a eso. —Se volvió a mirar en el espejo—. He perdido a alguien a quien quería. Mi marido. Hago bromas sobre él. Me invento cosas. Finjo que no estábamos enamorados, y es divertido. La gente prefiere las cosas divertidas, ¿verdad? Pero él era... No es algo de lo que me apetezca hablar. Pero le quería. Y cuando consigues superar los sentimientos del principio, la depresión, tampoco es que mejores. Simplemente te sientes diferente, ¿sí? Y esos pensamientos pueden volver en cualquier momento. Igual hay que conformarse con algo así, con algo tipo: «Mi madre no es perfecta, mi padre tampoco y yo tampoco». Si no quieres machacarte todo el rato, esa es una opción. Es una posibilidad. A ver, sé que sigue siendo un poco... ¿Cómo lo dirías?

—Triste.

Los labios de Marina amenazaron con una sonrisa.

—Triste. Pero tal vez de todas formas siga mereciendo la pena pensarlo así. No quiero decir que todos los padres se merezcan que nos preocupemos por ellos. Algunos sin duda no se lo merecen. Algunos son tristes. Es mucho más sencillo y egoísta que

eso. Si vuelves a ponerte en contacto con tu madre y le das otra oportunidad, pueden pasar dos cosas. Que volváis a tener algún tipo de relación o no. De cualquier forma, habrás hecho todo lo que puedes hacer. Siempre es mejor airear las cosas, aunque a menudo el aire apeste.

—¿Es un dicho argentino?

—No —respondió Marina.

Las luces sobre el espejo no parpadearon.

—Esto se te da bastante bien, Marina.

—Me he gastado un dinero en sabiduría barata. Pero ¿lo mejor que he escuchado? Fue gratis. Tenía que ver con una de esas fiestas a las que invitan a todo el mundo, y cuando llega la noche de la fiesta, no te apetece ir, y quieres inventarte una excusa y quedarte en casa viendo una película. Ya sabes de qué tipo de fiestas hablo. Ir solo un rato no estaría bien, no es lo correcto. Estás cansada o algo parecido. Tienes resaca. O estás resfriada. Pero para la persona que ha organizado la fiesta significaría mucho que fueras. Y hablando de eso, lo que me dijo una de mis amigas fue que, para la mayoría de nosotros, para la gente decente, las decisiones diarias no consisten en elegir entre hacer algo bueno y hacer algo malo. La elección está entre hacer algo bueno o no hacer nada. Así que este es mi consejo, si es que lo quieres: ve siempre a la fiesta.

Se hizo el silencio durante un rato. Marina le dio un beso a Freya en la cabeza.

—¿Vale? —le preguntó.

—Vale.

Ve siempre a la fiesta. Tal vez hubiera peores normas por las que guiarse. No parecía que aquella sirviera para todo, pero tal vez con el tiempo sirviera.

—Dime si te apetece ir a la piscina algún día —le dijo Marina—. Soy muy buena nadadora.

—¿Sí?

—Soy muy buena en muchas cosas —admitió.

—Mi padre le ha dicho a un tipo importante que se fuera a tomar por culo. A un miembro del equipo de la primera ministra.

Marina inclinó la cabeza y dijo:

—Apoyo su decisión.

Después, se marchó sin decir nada más.

Freya salió del baño. Había retrasado lo inevitable durante demasiado tiempo.

—Hola, Sooz.

Susie asintió.

—¿Qué tal ha ido la protesta?

—Bueno, todavía sigue, así que... —respondió Susie.

Llevaba un jersey rojo holgado. Se metió un chicle en la boca. Masticaba con determinación y, al hacerlo, el músculo de la mandíbula se le marcaba de forma intermitente. Había un toque de decepción ensayada en sus ojos. Un pequeño grupo de manifestantes andaba cerca, cada uno de ellos armado con una pancarta. Freya no reconocía a ninguno del día en que se los había encontrado fuera de la cafetería Amadeo's. Caras redondas sobre cuellos estrechos; algunos de los cuellos estaban envueltos en bufandas, un frío viento de octubre soplaba desde el mar.

—Es difícil conseguir que la gente se preocupe —dijo Susie—. No me refiero a ti, no me estoy metiendo contigo. Me refiero a la gente que ha mostrado interés. Todo el mundo parece querer que escuchen su voz, pero después, a la hora de la verdad, están demasiado ocupados viendo la tele, arreglándose las uñas, follando sin parar o lo que sea.

—Lanzando pelotas de pimpón en sus vasos de cerveza —dijo Freya.

—Sí, ya lo he visto.

—¿En serio?

—Si pegas la cara al cristal, puedes ver casi todo lo que pasa dentro. Uno de los tíos de seguridad le ha confiscado la mochila a Sebastian.

—Oh.

Susie tembló.

—Sí. Estaba esperando junto a la entrada de los cocineros un poco antes de las diez, como habíamos planeado contigo. —Parpadeó—. Pero parece ser que apareció el de seguridad, le quitó la mochila y le dijo...

—¿Sí?

—«Lárgate.»

Por extraño que pareciera, Susie sonreía.

—Así que...

—Así que quiere ser abogado —dijo Susie—. Sebastian. Su padre quiere que trabaje para su bufete, que está Londres y se llama Hangers, así que no puede arriesgarse a hacer nada más durante un tiempo, para no acabar con antecedentes. —Se sacó un paquete de chicles Hubba del bolsillo—. ¿Quieres uno?

Masticaron y se miraron los zapatos. Siete policías con la piel enrojecida en diversos tonos estaban junto a la entrada del hotel, bebiendo café humeante, uno en la taza brillante del termo y los demás en vasos de cartón.

—He intentado verte —dijo Susie—. Llevo tiempo intentando hablar contigo. Para preguntarte cómo está tu padre. Me he enterado y eso.

—Sí.

—¿No has recibido mis mensajes? ¿Los mensajes que te he dejado preguntándote si te apetecía quedar o algo?

—He estado ocupada. Distraída.

—Tu padre —comentó Susie.

—Por eso y por otras cosas, sí.

—¿Está bien?

—Sí, creo que está bien. Gracias por preguntar.

Era chicle de sabor Coca-Cola. Nunca antes había probado un chicle con sabor a Coca-Cola. No sabía que existieran.

Estar juntas en la oscuridad le recordaba a las noches en las que se quedaban a dormir en casa de la otra, a las acampadas. Los ojos escudriñando en la oscuridad, a la espera de encontrar

alguna sombra extraña, los oídos afinados y atentos a los sonidos del exterior, algunos reales, algunos imaginados. Al mirar a Susie ahora, sintió algo. No era una oleada de amor, pero sin duda sí un ligero goteo. Tal vez, el comienzo de una corriente de caudal razonable. De sus bocas no salían nada más que pompas. Todo en sincronía, en silencio. Con un par de miradas de reojo, decidieron qué policía era el más guapo del grupo. Con una sonrisa, localizaron al más feo. Freya quería decirle que sentía haber ignorado sus mensajes, haberse chivado al guardia de seguridad sobre Sebastian, pero esperaba que solo con pensarlo, con sentirlo, fuera suficiente.

Acercó a Susie hacia ella y la abrazó, un cuerpo huesudo presionado contra el suyo. Era curioso lo bien que podías sentirte con un simple abrazo. El pelo de Susie olía a hierbas.

—Mi padre acaba de enterarse de que no lo van a ascender a director general.

—¿Qué? Oh.

—Sí.

A Susie le brillaban los ojos.

—Quería ese ascenso, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Qué mal —comentó.

—Sí.

—Mi madre dice que es una semana de malas noticias. ¿Te has enterado de lo de Wendy?

—¿Wendy la peluquera?

—Sí. Está muy enferma.

Freya se rio.

—Como siempre.

—No, en serio. Le hicieron un escáner de la cabeza y encontraron algo. Va a necesitar tratamiento. Una operación.

—¿Wendy Hoyt?

—Sí. Un tumor. Parece ser que lleva un montón de tiempo con dolores de cabeza. No lo habían encontrado antes. Mi madre

conocía a su marido.

—Qué mal. Es... horrible.

—Sí, lo sé.

¿Podía ser cierto? ¿Wendy?

Durante unos minutos, comentaron lo terrible de la situación y, entonces, con el ceño fruncido y negando con la cabeza, se rindieron ante la evidencia de que se les habían acabado las maneras de hablar del tema. Le comprarían flores al día siguiente, las llevarían a la peluquería, le preguntarían si había algo que pudieran hacer.

—¿Sigues saliendo con el chico ese, Frey-Hey? Me he enterado de que estás saliendo con alguien. El primo de Stephanie, el pecosito, trabaja de socorrista en la piscina.

—Ya no salgo con él...

—¿Estás mal? —le preguntó Susie.

—Nah.

—Era un poco asqueroso, ¿no?

Masticó.

—No, no era asqueroso. Era John el surfero.

—Noooooooooooo.

—Síiiiiiiiiiii.

—¿Cómo tenía los pezones?

—¿Los pezones?

Susie se encogió de hombros.

—Siempre he pensado que tendría unos buenos pezones. No te has acostado con él, ¿verdad?

—Claro que no.

—Bien.

Susie levantó su pancarta. Llevaba el eslogan «Solo las máquinas deberían estar hechas de hierro». Era una pancarta barata. El mango parecía hecho con palitos de helado atados, seguramente eran palitos de Mini Milk. Era un esfuerzo tan desesperado que resultaba inevitable sentirse un poco orgullosa de Susie, del compromiso improvisado que demostraba.

—Es un juego de palabras con una canción de uno de los grupos del movimiento Red Wedge.

—Muy bueno —dijo Freya.

—Sí. Ayer, había más gente, mucha más. Sobre todo, miembros del movimiento de liberación irlandesa. Estábamos allí arriba, en la costa. Protestamos en una reunión de una organización de derechas llamada Monday Club. Nos lanzaron monedas. Besé a un tío casado, y mola. Todo este rollo está muy bien para conocer tíos. Obviamente, no era un miembro del Monday Club, era otro de los manifestantes. Era el encargado de lanzar nuestra bomba fétida, pero se le cayó y explotó antes de tiempo, cuando aún estábamos en la sala. Todo apestaba a huevos podridos.

—Un bajón.

—Sí.

—Y su pobre mujer.

—¿Cómo?

—Entonces, ¿no vais a tirar la bomba fétida aquí dentro, mientras Thatcher está en la cama? ¿Nadie se va a encargar del trabajo de Sebastian?

—Nah —dijo Susie—. Les he dicho que tengo una amiga que trabaja en el hotel y que estaría fatal hacerle eso a la gente que trabaja aquí así que...

—¿En serio?

—Bueno, eso es lo que sugerí, sí. Se toman muy en serio mi opinión.

Voces elevadas, una risa. Dos de los policías discutían sobre cuánto tiempo tardarían en llegar caminando desde allí hasta Upper Beeding. Uno de ellos —barriga cervecera, los botones de la camisa soportando mucha presión— decía que tardarían al menos dos horas y media. El más delgado decía que solo se tardaban dos. Posiblemente, los dos tuvieran razón: con una barriga así, era fácil que se tardaran treinta minutos más. A veces le daba la sensación de que, en Brighton, y tal vez en el Reino Unido en general, a la gente solo le importaban las distancias: a

qué distancia estaba un lugar de otro, cuánto tiempo se tardaba en recorrer la distancia entre dos puntos dados. El tiempo. La calidad de las carreteras. La estrechez de los carriles y el cupo de tractores lentos. Escuchó el mar, la encantadora coherencia de las olas: llegaban y se marchaban, llegaban y se marchaban.

—¿Tu padre sigue intentando liarse con Marina sin éxito?
—preguntó Susie.

—Pues la verdad...

—No me lo creo.

—Igual son solo imaginaciones mías. Quién sabe. Todo el rollo del hospital parece haberles acercado, y creo que ella lo acaba de dejar con alguien. Un tipo que se parece sospechosamente al señor Barry, el de inglés.

—¿Barry Come Globos?

—Sí.

—Brutal. No sé cómo lo hace el Bazza. ¿Qué te parecería a ti que tu padre y Marina se liaran? Bien, ¿no?

—Ella me cae muy bien.

—¿En serio? No lo parece.

—No, es buena gente. Siempre dice lo que piensa.

—Igual que yo —dijo Susie—. Bueno, o eso es lo que la gente dice de mí.

—Sí.

—¿La has visto? ¿A la señora T.?

—No. ¿Y tú?

—Solo unos segundos —respondió Susie—. Le he tirado un huevo.

—¿Una bomba fétida?

—No, un huevo ecológico.

—¿Tres puntos?

—Le di al guardaespaldas.

—Ah, dos puntos, entonces.

—Uno como máximo.

—¿Salpicó?

—Era cocido.

—Ah.

—No sabía cuánto tiempo tenía que dejarlo —comentó Susie. Señaló con la cabeza a un par de manifestantes que se preparaban para marcharse—. Podríamos ir a dar uno de nuestros paseos por la playa, ¿eh, Frey-Hey?

—¿Ahora? Está bastante oscuro.

—Solo si quieres. Es solo una idea.

Echó a andar lentamente en dirección al mar y pensó que ojalá hubiera cogido su chaqueta. Era el tipo de paseo estúpido que Moose solía organizar para divertirla cuando era pequeña y estaba enferma, asustada, cubierta de mocos o con fiebre. Mientras tanto, su madre iba a buscar una toalla y la empapaba en agua fría.

Se paró para darle tiempo a Susie a ponerse la mochila. Se quedó mirando la oscuridad. Hojas marrones salpicaban la acera. Debían haber volado un largo trecho, porque en aquella parte de King's Road no había árboles. Captó el olor de la tierra removida y...

Por alguna razón, estaba en mitad de la calle, bocabajo. Le escocían las manos, las tenía sucias. Estaba bocabajo, en el suelo.

Había ruido a su alrededor. No se parecía a un fuerte estruendo, tampoco a un chasquido demoledor. Era más bien como un sonido profundo, con la fuerza de una orden, que se iba extendiendo cada vez más hasta diluirse en un quejido despiadado, y Susie, increíble, Susie estaba tirada al otro lado de la calle, contra la valla de hierro.

Le brillaban los brazos. Había algo brillante en el suave vello de sus brazos. Tenía barro en la boca; escupió. Todo se iba llenando de humo. Escuchó los quejidos de la gente. El polvo se asentaba y lo cubría todo a su alrededor.

XIII

Moose estaba en su oficina cuando el techo se vino abajo. Al caer al suelo se vio en un coche, en la carretera, las ruedas girando a medida que avanzaba por el carril central hacia ningún sitio, los demás vehículos rugiendo a izquierda y derecha. Una carrera, un sueño. Después abrió los ojos pegajosos y vio que la habitación se había convertido en una nube, notaba una viscosidad palúdica en el ambiente. La pared se había derrumbado por varios sitios mientras él buscaba una carta, ¿no? La correspondencia que contenía la promesa de un ascenso. Tenía la pierna atrapada bajo un bloque de cemento.

Tosió y un lodo negro y espeso aterrizó en su mano. El dolor despertó en su pecho, peleó por respirar. La puerta de su despacho colgaba de las bisagras. Haces de luz eléctrica se colaban a través de la pared destrozada. Su pierna. Su cara. Escuchó a alguien gritar «¡Por favor!» y se dio cuenta de que era él.

Se tocó la mejilla. Se desprendió una tira de algo viscoso. Se le pegó a los dedos. No entendía nada. El polvo de escayola caía en ráfagas, como una lluvia desordenada de pelusas. Todo estaba sumido en un silencio espeluznante. Tenía la pierna atrapada. El sombrerero destrozado, los ladrillos cubiertos de polvo. El cuadro roto en su marco. No podía mover la pierna. Respiraba con

dificultad. El mundo le presionaba el pecho. Trozos de lámpara y trozos de mesa a su alrededor. Un estallido de mobiliario hecho pedazos. La atmósfera estaba engrasada con un polvo increíble y nada había quedado intacto. Respiraba inhalando rápidamente, *ah, ah, ah*. Tosió. Vomitó. La luz se colaba por la puerta. Durante un momento fue una polilla en el interior de una linterna. A su alrededor, montones de escombros tan ricos en texturas diferentes de mugre gris y negra que habían alcanzado cierta cualidad abstracta. Un mal sabor en la boca. *Ah, ah, ah*. Lo asimiló todo, aquella pequeña sala destrozada, la increíble realidad de su situación.

Abofeteó a Susie. Susie dijo «Gurghh» y abrió los ojos. Tenía sangre en la barbilla y su boca era enorme. Freya vio que tenía el pie apuntando en la dirección equivocada. Susie miró y gritó. La señora Cooke estaba cerca de ellas con el vestido manchado de sangre, suplicándole agua a la noche. Sujetaba su estola de zorro en una mano.

El hotel Grand. El edificio parecido a una tarta de boda que su padre la había animado a admirar más de mil veces. Pensaba en esa frase hecha: no te puedes creer lo que estás viendo. El cielo nocturno se había comido la línea de tejados. La herida en el edificio se extendía por tres plantas. Manaba humo del espacio oscuro donde debía haber habitaciones. Las barandillas de los balcones trazaban un arco hacia abajo, hacia la nada. Caían escombros a izquierda y derecha. No sabía qué había pasado con las normas que regían el mundo. Se quedó allí pensando en todo lo que había aprendido. Que equivalía a nada.

Un hombre salió dando tumbos por la puerta del hotel, cubierto de polvo. Se colocó a cuatro patas y se arrastró sobre los escombros con una expresión de diversión recelosa en la cara, como si no estuviese seguro de si todo aquello era una tomadura de pelo. Se puso de pie y miró el edificio. Negó con la cabeza como si el Grand le hubiera decepcionado. Trozos retorcidos de

balcón a los pies de Freya. Pedazos de ladrillo y cristal destrozado. Parecía que Susie también analizaba los daños. Después se acordó de que tenía el pie roto. Volvió a gritar.

Freya se tumbó junto a su amiga y la abrazó, pegada a ella, no sabía qué otra cosa podía hacer.

—Todo va a salir bien, Sooz. Todo va a salir bien.

Todo envuelto en silencio. ¿Qué haces con un pie que apunta al lado equivocado? Varias personas tambaleándose con vestidos y trajes destrozados, indecentes y avergonzados, con el pelo teñido de gris, ¿por qué ninguno gritaba?

—¿Hola? —dijo Susie—. ¿Hola?

Estaba temblando.

Freya la abrazó.

—Será mejor que esperemos aquí a que vengan a ayudarnos.

Otro hombre que salía por la puerta. Llevaba un vaso de cerveza en la mano. El líquido era gris, el mismo polvo gris que le cubría los hombros y los zapatos, como una capa sobre los hombros y punteras en los zapatos, dio un trago que se convirtió en un escupitajo y después en vómito. Una mujer salió corriendo en ropa interior. Gritó: «¡Bomba!» (bien, alguien más debería gritar, bien). Después, de una forma totalmente irreal, emergió de detrás de una pila de ladrillos un hombre mayor, desnudo excepto por un calcetín y un zapato. Jirones de piel rosa se desprendían de un lado de su cuerpo. Estaba claro que todavía no sabía que estaba herido. La ignorancia le daba cierto poder. Freya cerró los ojos y abrazó a Susie con más fuerza.

El estruendo del edificio. Conversaciones amortiguadas. Susie maullaba y se balanceaba adelante y atrás. Una nube gris salió del hotel y se tragó la luna en silencio. Freya observó cómo la nube avanzaba hacia ellas. Lo hizo con una falta de velocidad digna de un sueño. Era polvo, no humo, polvo procedente de miles de superficies y espacios diferentes. Polvo asqueroso expulsado de golpe. Por un momento, le pareció que la nube las recogería y las dejaría en algún lugar limpio y a salvo.

Estaba de cara al agua, tosiendo y escupiendo, y la nube se dirigía hacia el mar. Algunos pensamientos tomaron forma y el primero fue: «Mi padre está ahí dentro. Dios. Mi padre está ahí dentro, ¿verdad?».

El techo gruñó y las paredes tosieron escombros. Moose puso cara de dolor y se tapó la cabeza con las manos diciendo «Por favor». Trozos calientes de escayola cayeron a través del polvo a diferentes velocidades. Les siguieron ladrillos pesados. Tuberías y baldosas que retumbaban. Trozos de piedra que caían perezosamente a su alrededor y levantaban más polvo, creando una música cruel. Algo afilado y caliente le rasgó la oreja y aumentó el caudal de humedad en esa zona. Gritó «¡No!» cuando una fuerza leve le golpeó en la garganta y «¡No!» de nuevo mientras más música le seguía consumiendo.

La sala se oscurecía y volvía a faltarle el aire. No era más que un perro sollozante. Mientras jadeaba, escuchó un grito procedente de una planta superior que se desvaneció en el pitido incesante de sus oídos. Le latía la pierna. También el ojo. Pensó en la sustancia viscosa que tenía en su interior y que parecía desesperada por salir, y sintió que flojeaba, de vuelta a la oscuridad, un perro.

Se despertó con un desagradable olor a aguas residuales. A través del espeso hedor gris vio la herida de su pierna. Temblaba. ¿Por qué? ¿Por qué había ocurrido aquello allí? ¿Quién? Las convulsiones de su cuerpo parecían haber cedido un poco. Sus jadeos se ralentizaron, sus vías respiratorias se iban ajustando.

El papel bailaba. Con el peso de su cuerpo sobre el codo, cogió unos pedazos de papel (estaba caliente, era suyo, era bueno) y los metió en la herida de la pierna, papel en la carne y carne convirtiéndose en papel. La herida parecía borbotear menos. Había sido una buena idea.

Divídelo. Divídelo en varios pasos.

Una grieta prometedora cruzaba el bloque de cemento motea-

do que le había atrapado la pierna. No podía mover un bloque grande como aquel, pero tal vez podría mover dos más pequeños. Tenía que agrandar la grieta. Por favor, Dios, ya sé que llevo años ignorándote. No te llesves la vida de mi hija. Te dejo que te llesves a cualquier otro. Sé que es una petición retorcida, pero te dejo que te los llesves.

Freya estaba fuera, ¿verdad? Estaba un noventa por cien seguro de que estaba fuera. No era un porcentaje suficiente.

Le escocía al parpadear. A través del picor de los ojos volvió a mirar al caos que lo rodeaba. Debía haber muchas otras personas heridas en el edificio, gente muriendo o muerta o atrapada en las diferentes plantas, sola. Personas, criaturas sufriendo. Aquel pensamiento intensificó su dolor. Se puso a llorar. No pudo evitarlo. El regalo de la vida que desaparecía. El llanto le calmó los ojos. Sintió una brisa encantadora, sin olor a azufre.

Venga, idiota. Venga.

Giró el cuerpo hacia la izquierda. Pausa. Intentó utilizar el codo como una especie de gato; se arrastraría hacia atrás, liberaría la pierna. No funcionó.

Freya estaba fuera, sin duda. Estaría en la calle, al aire libre. Su hija estaba bien, estaba fuera, al aire libre. Por favor, que esté en la calle. Estaba en la calle. Tosió. Tal vez con Marina, en la calle. Había visto salir a Freya. Si se encontraba sana y salva en la calle, todo lo demás iría bien. Bien. Ah, ah, ah.

Se le volvió a nublar la vista, levantó el brazo bueno. Palpó el bloque de cemento en busca de la grieta. Clavó los dedos. Se paró a coger aire. Metió los dedos, apretó. Intentó hurgar. No funcionó.

La oscuridad ahora tenía un tono más marrón rojizo que gris, y algo negro cayó, un pájaro o un murciélago; retumbó delante de él y vio lo que era: una puta cámara de seguridad, un fantasma del futuro.

En esa ocasión, se dio diez segundos antes de estirar el brazo derecho. Su plan consistía en coger el otro bloque de cemento.

El que tenía detrás, del tamaño de un planeta y que no le molestaba en absoluto. Nada de todo aquello era culpa del viejo hotel, no dejaría que nadie le echara la culpa. Puso la palma sobre el bloque y agarró el borde superior, en un ángulo incómodo para la mano. Todo requería cálculo: cada respiración, cada movimiento. Sabía calcular. Calcular era lo suyo. Contó hasta cinco, jadeando, a la espera de la siguiente oleada de dolor. Le cayó encima otra explosión de escombros, el estornudo más cruel del edificio hasta el momento. Cuando se recuperó, contó hasta cinco y se concedió dos segundos más. Intentó sujetar la superficie suave, tirar de su cuerpo con las puntas de los dedos, desatascar la pierna. Gritó «Dame una oportunidad». Tenía la barbilla mojada. Se alegraba de que se le hubiera entumecido la pierna. Se le soltó la mano y la nuca chocó contra el cemento. Un alarido. No funcionaba. Entonces se dio cuenta de que su vida había terminado, de que la muerte era la única constante, el destino al que se había dirigido durante aquellas últimas semanas o años. Gimió y golpeó aquella injusticia desnuda, se tiró de la ropa, desesperado.

Entonces pensó: «No». Simplemente: No. Perdió el control y arremetió contra el bloque de cemento. Se volvió completamente loco. Arañó, golpeó, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Se imaginó a gente invisible animándole. A gente que le decía, «Venga, Moose, venga, Moose, venga, Moose». A gente que pensaba, «Moose, Moose, nunca me has caído muy bien». «Moose, tienes un nombre estúpido y una historia insulsa y eres un poco cenizo, Moose; eres algo extraño y tienes poca sangre y no nos sirves, Moose, pero venga ya, despierta.»

Cuando se cansó después de su ataque frenético, vio que la grieta del bloque se había abierto. Los dos lados de la piedra se habían relajado y formaban un tejado sobre su rodilla. Sintió un cambio de presión sobre la pierna. Una extraordinaria felicidad le llenó el corazón.

Comenzó a retorcerse, respirando, *ah, ah, ah*. Vio los primeros

indicios de la mitad inferior de su pierna, pálida e hinchada, los pantalones destrozados. Era una visión horrible, pero ¿dónde estaba el dolor? Hola, dolor, ¿dónde estás? No le quedaba nada con lo que atacarle. Gritó al arrastrarse hacia atrás, vio la carne pálida aplastada moverse y emerger bajo el cemento. ¡Bienvenida de nuevo, pierna! Un subidón de adrenalina. La sensación de lo que debía significar la supervivencia. Tirar, retorcer. Se mordió el labio. Se imaginó a Papá Noel diciendo *ho, ho, ho*. El sonido de su zapato de cuero al desprenderse. El pie estaba pegado a la pierna. Gracias por aquel regalo, gracias.

Se dio la vuelta. Vio el triángulo de luz al otro lado de la habitación. Se puso a planear la ruta a través de los escombros. Contaba los segundos como cocodrilos. Se permitió tres cocodrilos con los ojos aún fuertemente cerrados. Un cocodrilo, dos cocodrilos, tres. ¿A quién le importaba que nunca hubiera hecho nada digno de salir en las noticias? Tenía a su hija, día tras día. Tenía un hogar. Su hija estaría fuera, en la calle, sana y salva. Hizo una pausa para advertirle al cielo que no toleraría menos que eso. Volvió a llorar mientras reptaba.

Habían llegado los bomberos. Sirenas. Luces rojas, luces azules, una confusión de sonidos. La policía gritando «¡Aléjense del edificio! ¡Atrás!». Mujeres con vestidos hechos harapos, hombres con la boca abierta en la noche. El castañeteo de dientes y una ambulancia.

Le tiró de la manga a un bombero, lo necesitaba.

—Mi padre.

—¡Respira!

—¡Ya estoy respirando! Mi padre está ahí dentro.

—Vale, vale.

El bombero se quitó el casco. El bombero era una mujer. Tenía el pelo rubio recogido en un moño en la nuca y las cejas perfiladas con un lápiz. «Dame más información», le dijo la mujer.

«Cómo se llama, qué aspecto tiene, en qué zona del hotel estaba.»

—Finch —dijo—. Philip. Moose.

La mujer negó con la cabeza. Se le soltó un mechón de pelo. Tomó nota en un trozo doblado de papel amarillo y le dijo: «Hacemos lo que podemos, lo siento. Si crees que estaba en la planta baja, es una buena noticia». Tras pronunciar aquellas palabras se volvió a poner el enorme casco amarillo, le dio a un policía el trozo de papel, señaló a Freya y susurró unas palabras. Se marchó.

Un hombre moreno con un jersey holgado y pantalones cortos deportivos estaba agachado junto a Susie. Tenía las piernas como ramitas. Lo único que dijo de sí mismo fueron las palabras «Fuera de servicio» y «No duermo muy bien». Tocaba el tobillo de Susie como si pudiera curarlo mediante el poder de su mente y todo aquello fuera el escenario de un milagro. En un minuto, lo arreglaría todo. «Esto te va a...», dijo. «Lo siento. Esto te va a...» Susie gimoteó hasta que le metió un pañuelo en la boca. Abrió los ojos de par en par por el miedo. Freya no pudo intervenir. El hombre cogió el pie de Susie firmemente con las dos manos y lo giró con fuerza, un crujido horrible. El grito ahogado de Susie; sus dientes mordiendo el pañuelo, los ojos que se le hincharon mientras ocurría. Le sacó el pañuelo de la boca e hilos de saliva se le pegaron a la mano. Susie luchó por respirar. Se mordió el labio. Sangró. Su cuerpo se convulsionaba. «Ahora te vas a encontrar mejor. No hay que dejar estas cosas así durante demasiado tiempo», le dijo. El pie apuntaba en la dirección correcta. Con tranquilidad, el hombre llamó con la mano a un sanitario.

—Necesito ayuda, cuando puedas.

Freya encontró a una mujer con aspecto oficial. La mujer negaba con la cabeza y murmuraba, negaba con la cabeza y murmuraba y agitaba sus papeles como si los papeles pudieran ayudar, pero al levantar la vista algo cambió en sus ojos y rodeó a Freya con los brazos. Freya nunca había recibido un abrazo así,

con tanta calidez y tanta necesidad. De hecho, sintió que hasta entonces solo la habían sujetado por los bordes de la persona que era. También se sintió atrapada. Le dio un beso a la mujer en la nariz, sin saber muy bien por qué, y la mujer la soltó y Freya volvió a ser libre. Echó a correr. Se tropezó con algunos escombros. Había motas tristes y naranjas en el aire. Intentó entrar en el hotel.

—¡Atrás!

Una larga fila de camiones de bomberos se perdía por la curva de la calle. Un olor a barbacoa y ráfagas de algo tóxico. Escombros que caían en grupos de dos o tres, como cubitos de una cubitera. La imagen de un hombre en chancas, vomitando. Una mujer mayor vigilante, con el pelo plateado, que se inclinaba hacia adelante, destacando entre la multitud, dando golpecitos a la lente de una cámara con la punta de goma de su bastón. Polvo y varias personas tosiendo. Un bombero que decía: «Atrás, atrás».

Se le acercó un hombre mayor.

—¿Puedes ayudarme a encontrar a mi mujer?

—Yo...

—¿Por favor? Llevamos treinta años casados.

—Dios. ¡Skipper! ¿Has visto a mi perro? ¡Skipper! —dijo una mujer.

—Lo siento —comentó el anciano.

—¿Está seguro? ¡Skipper! Es un dachshund. ¡Skipper!

—Lo siento —dijo Freya.

—¡Skipper! ¡Skip!

—Lo siento mucho —añadió el hombre—. Estoy buscando a mi mujer. Llevamos treinta años casados.

John el surfista la encontró. Estaba sucio de la cabeza a los pies. Freya le dijo que no quería más abrazos, nunca.

—Estás en *shock* —le dijo él.

—Da igual —respondió ella—. Tienes que ayudarme a encontrar a mi padre.

Él se quedó allí plantado, con aspecto estúpido y amable. No era bobo, pero sin duda lo parecía.

Se formaron grupos. Un ministro y su mujer caminaban de un lado a otro por la acera, la mujer llevaba un collar de perlas intacto. Un albornoz, un par de zapatillas.

—No me voy a poner nerviosa —repetía.

Otra persona dijo:

—La dama está a salvo. La dama está a salvo.

Se elevó un ligero clamor hacia el neutro cielo nocturno. Varias personas en pijama. Bomberos que gritaban «atrás, atrás, atrás». Daba la sensación de que todos los vehículos de emergencia del Reino Unido se encontraban allí reunidos. Escaleras que se extendían desde los camiones de bomberos. Hombres con ropa enorme que subían a los balcones y desaparecían en el interior del edificio. ¿Quién lo había hecho? ¿Dónde estaba su padre?

John Redwood, el de la unidad esa, la unidad de policía, el que aparecía en la esquina inferior derecha del documento de «Perfiles» de Moose; John Redwood caminaba de un lado para otro repitiendo: «Al final me he dejado el maldito discurso dentro». Otro tipo decía: «Tenemos que cortar la parte de Kinnock. ¿Dónde está Ronnie? Tenemos que reestructurarlo por si...». Se podía dividir a la gente en dos grupos, los asustados y los que simplemente parecían molestos.

Salió un bombero con una caja llena de tazas de té, la puso en el suelo y volvió a entrar corriendo. Un sanitario dijo: «Agua de la manguera. Para aclarar los ojos». La gente se tambaleaba, ciega, frotándose los ojos. Los vio, vio cómo formaban una fila en silencio. Agradecía mucho aquella pequeña muestra de orden. Se secó las lágrimas de los ojos.

Sir Keith Joseph vestía un pijama de seda y una bata con un estampado delicado. Parecía milagrosamente limpio. Estaba sentado sobre una caja roja llena de papeles del gobierno. Tarareaba y se balanceaba muy ligeramente de un lado a otro.

—¿Has visto a Daniel? ¿Dormía aquí?
 —¿Has visto a Amy? ¿Dormía aquí?
 —Hay café y vino en el Metropole, bar abierto, el espíritu del Blitz.

—Metropole evacuado, otra bomba.

—Llevadla de vuelta a Downing Street.

—No hay otra bomba.

—No se va a ir.

—Joder.

—¡Skipper!

—Comisarías de policía.

—Está a salvo.

—¿Has visto a mi mujer?

—Segundo dispositivo.

—Hospital.

—¿Qué podemos hacer?

—Llevamos treinta años casados.

Nadie quería ayudarla a encontrar a su padre. John el surfero hablaba con la policía. Querían los nombres del personal, un plano del edificio.

Un gato cruzó la calle dando varios saltos delicados, con las orejas hacia atrás. Estiró el cuerpo y se agachó al meterse debajo de un coche; Barbara. La cola desapareció, solo se veían los brillantes ojos amarillos.

Sonido de cristal al romperse.

—¡Atrás!

Voces y linternas, polvo, chaquetas reflectoras, cinta amarilla, batas, polvo, policía, cámaras, luces, polvo. Un helicóptero había aparecido sobre ellos.

La señora Whelan se había llevado a la madre de Dan: chocolate caliente y un baño. Cuando entró en el salón, se la encontró sentada en el sofá. Los libros de la estantería estaban organi-

zados por color, amarillos que se transformaban en verdes, el trastorno obsesivo compulsivo de los Whelan. Fuera, su casa seguía echando humo.

Se colocó delante de ella.

—Ma —le dijo. Ella se quejó y se inclinó hacia la izquierda. La tele estaba en un rincón, murmurando en blanco y negro. Le dijo que estaba intentando verla.

Se sentó a su lado y subió el volumen. Minutos y minutos de basura absurda antes de que el presentador confirmara que Thatcher había sobrevivido. Las noticias vaciaron la mente de Dan. Solo sintió alivio. Su lugar estaría en las notas al pie de la historia, se convertiría en uno de sus fracasos inadvertidos. La siguiente revelación del presentador: Alistair McAlpine estaba en conversaciones con Marks & Spencer para que abrieran pronto, para venderles ropa limpia a los «afectados». Corte y plano de Thatcher diciendo que la conferencia seguiría adelante según lo previsto, sin retrasos en los discursos. Corte y plano de Marks & Spencer. ¡Marks & Spencer! Se estaba fraguando una gran historia de éxito británico. Sintió náuseas y se le revolvió el estómago. Corte y plano del hotel Grand todavía en pie, con un pedazo arrancado. Corte y plano de un médico de pelo gris y rizado a las puertas del hospital Royal Sussex. Según decía aún no se podía confirmar el número de muertos, la operación de rescate continuaba, al igual que el tratamiento de los heridos. La palabra «heridos» reptaba en el interior de Dan. La palabra «muertos» no le provocó ninguna sensación. Bajó el volumen, miró a su alrededor. A través de la ventana, vio el color negro uniforme del cielo y le pareció algo que se debería poder tocar, como una pizarra o un trozo de loza.

Intentó rodear a su madre con el brazo. Ella se apartó. Ni siquiera separó la barbilla de las manos.

—Ven aquí —le dijo—. Ven aquí.

Su madre negó con la cabeza. Tres o cuatro mujeres que estaban en la cocina entraron en el salón. Una, sin esconder el

entusiasmo de su voz, dijo:

—Lo ha perdido todo, Dan. Dale tiempo.

Dan se levantó y dijo que no.

—Han salvado la mitad del edificio.

—¿Qué? —dijo su madre.

—Ma, han apagado el fuego, solo queda humo. Podemos reconstruir la casa.

—Venga ya, Dan.

—Se puede. Algunas de las cosas, de las cosas de papá, se podrán salvar. Y la casa de Jones está prácticamente intacta. No te equivoques, esa gente va a pagar por esto.

Negó con la cabeza y se pellizcó la piel del antebrazo.

—Esa gente —repitió ella.

—Solo estoy diciendo que podíamos haber perdido más cosas. Su madre se rio.

—¿De quién estás hablando, Dan? ¿A quién llamas «esa gente»? Esa gente es la única gente que hay.

Él se puso a explicarle pero ella negó con la cabeza, no quería saberlo. Aún le picaba la piel de toda la ceniza que le había caído encima. Su ropa apestaba a humo.

—Algunas cosas se pueden limpiar y volverán a estar como antes —le dijo—. Podemos quedarnos algunas cosas. La situación no es tan mala como piensas, Ma.

Piel flácida, manchas, ojos más grises que antes. Parecía haber envejecido diez años en las últimas dos horas. Las demás mujeres susurraban a su alrededor.

—¿La situación no es tan mala como piensas, Dan? Ciertamente. La situación es peor de lo que piensas. En general, es mucho mucho peor.

—No.

—Despierta, Dan. Ya no pareces mi hijo.

Intentó no prestar atención a esas palabras.

—El seguro —dijo una de las mujeres, como si el seguro cubriera a familias como la suya, en barrios como aquel.

La amable señora Whelan llegó con una tetera y varias tazas. Colocó la bandeja sobre la mesa y la tocó dos veces.

Su madre habló de nuevo.

—No sabía lo que estaba pasando, Catty. —Un apodo que hacía años que no usaba—. Lanzaron un ladrillo contra la ventana de la habitación. Estaba viendo lo de la bomba en la televisión pequeña de mi cuarto y entonces el ladrillo... Un ladrillo, ¿sabes? Me esperaba algo pero... El ladrillo atravesó la habitación. Eché un vistazo a la parte de atrás. El ladrillo quiere decir que lo saben. El jardín estaba ardiendo. Cogí un par de libros de cocina medio decentes y salí por la puerta con lo puesto.

—No pasa nada —dijo él.

—¿Por qué no estabas aquí, Dan?

—Estaba con unos amigos.

—Amigos. Nunca llegas tan tarde.

—Esta vez, sí.

—¿Dónde están mis libros de cocina? Están ahí fuera. No he encontrado el palo de golf. Esperas que me lo crea.

—¿El qué?

—El momento en el que ha pasado todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Una coincidencia. —Empezó a llorar, a temblar.

—Déjalo ya —le dijo él. Pidió a las mujeres que los dejaran solos. No se marcharon—. Ma, no pasa nada.

—Las noticias —dijo, despiadada—. Míralas. ¡Recibí una llamada! Una hora antes del ladrillo. Me lo dijeron. Y los del IRA, los chicos esos con las bufandas, estaban por aquí una hora antes y escuché que...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué has escuchado?

Seguía llorando.

—Para ya —dijo—. No llores. Lo que dices no tiene ningún sentido.

—Las noticias —repitió—. Las noticias.

Volvió a echarse a llorar y Dan se desesperó. Se quedó sin aire

en el cuerpo. Tenía las manos sobre las rodillas otra vez. Otra vez volvía a apartar la mirada intentando respirar. La pelea por ganar espacio, aire, siempre, sin fin.

—O los lealistas. Lealistas. Han quemado casas por todas partes, Dan. Ya han empezado las represalias. A unas calles de aquí, casas ardiendo. Siempre son muy rápidos cuando hay algún ataque en la isla grande, es como si tuvieran una lista, una lista.

—Tranquilízate, Ma. Cálmate.

—Thatcher ha sobrevivido, Dan.

—¿Crees que no lo he oído?

—Ahora la van a convertir en mártir, Dan.

—No.

—Sí.

—No tiene nada que ver con nosotros.

—Nada de lo que haga a partir de ahora tendrá importancia. Siempre será la mujer a la que intentaron matar con una bomba y ni siquiera pestañeó.

—¿Y a nosotros qué más nos da? No importa. ¿Por qué dices...?

Miró a las mujeres, colocadas en un semicírculo. Sus ojos se movieron hacia la televisión.

—Están diciendo que ni siquiera va a retrasar su discurso.

—Para ya.

—Ni siquiera lo va a retrasar, Dan. Y ha muerto gente.

—Quien quiera que sea quien nos ha hecho esto, va a pagar por ello. Me encargaré de que lo sepan, sabrán lo que han hecho.

—¡Ya lo saben! Claro que lo saben. Todos los heridos que han salido en la tele, Dan, ellos no han hecho nada. Son como tu padre.

—Hablo de aquí.

—Allí, aquí. Es lo mismo, Dan. Los están sacando de ahí medio muertos.

Su madre lloriqueaba; él susurraba.

—Déjalo ya, por favor —le dijo—. Estamos haciendo el ridículo, Ma.

Mocos transparentes le resbalaban hasta la boca. Seguía sentada en el sofá, temblando, dejando que lo sucedido la destrazara. Vergüenza era la palabra y ni siquiera sabía por qué. ¿Por qué no conseguía dejar de lado la vergüenza?

—Nunca debería haber permitido que Dawson McCartland entrara en mi jardín.

—Baja la voz. Calla.

—Están diciendo que es probable que no haya muerto ningún ministro. ¡Ninguno! Pero en las noticias están sacando cadáveres, mujeres que no eran ministras que se alojaban allí, mujeres y esposas, y ahora Belfast está en llamas, mira.

—Para, Ma. Contrólate. Tenemos las cartas.

—¡Las cartas!

—Lo que ha pasado en Inglaterra nos importa una mierda. Es solo una extraña casualidad, es...

Volvió a pensar en lo que había dicho sobre los hombres del IRA que había visto cerca de la casa. Pensó «No, ellos no harían esto». ¿Utilizarme para luego deshacerse de mí? ¿Dawson? No.

—Mi vida ha terminado —dijo ella—. Se ha acabado. Toda mi vida en llamas por tu culpa, por culpa de los tuyos. Tu padre murió por nada. ¿Qué diría tu padre ahora, Daniel? Qué diría, Daniel, si te viera...

No. No podía escuchar aquello. No quería. Se dio la vuelta, con la mente deliciosamente vacía, profundamente impresionado por el asco que sentía, y la golpeó en la cara con el dorso de la mano. Le cayó saliva de la comisura de los labios. Le escocían los nudillos. Se quedó ahí parado un momento, sorprendido de sí mismo, mientras las mujeres se tocaban el pelo y apartaban la mirada.

Dawson apareció al día siguiente con dinero y un plan. Le dijo a Dan que tendría que pasar una temporada en el extranjero. Le dijo que el ejército cuidaba de los suyos. Tenía fotos de los lealistas que habían prendido fuego a su casa.

—Ha llegado el momento de empezar una nueva vida, Dan —le informó.

Le dijo que había estado de permiso.

—¿Asuntos personales?

—Vacaciones.

—Joder, Dawson...

—Todos necesitamos un descanso —dijo Dawson.

Habló de Thatcher, de su falta de empatía, de su incapacidad para ponerse en la piel de los demás: los mineros, los católicos, los que tenían otro punto de vista. Habló de la distancia que había creado a su alrededor, la distancia necesaria para hacer su trabajo.

Dawson no mencionó a las víctimas del Grand. No habló de los perros, que habían muerto en el incendio. Sus cuerpos calcinados estaban en el garaje de Dan. No habló del odio que sin duda sentía.

Dawson le dijo que tenía entradas para el partido de los Celtic Rangers y que no le importaba dárselas.

Moose agarró su cinturón. Sentía una euforia renovada más allá de los límites del dolor, una sensación parecida a la tensión que sentía antaño en el gimnasio. Se quitó el cinturón de un tirón, un gesto que no había aprendido en ningún sitio. Un movimiento un tanto al estilo de Harrison Ford que no era típico de él. Se lo puso en la pierna herida, apretó y lo dejó ahí.

En su cabeza, se había convertido totalmente en Harrison. Los Beatles tocaban «Hard Day's Night». Se dirigía hacia el triángulo de luz eléctrica. Era la única imagen clara en el caos de la habitación. Escuchó agua gotear en un lugar que no veía.

¿Qué vas a hacer? Lo mejor que puedas, lo mejor de lo que te creas capaz, que es todo. Hizo una insólita abdominal. El dolor vivía entre sus costillas. El movimiento le dio impulso para los siguientes pasos desesperados. Se lamió el labio partido; respiraba deprisa y se arrastraba despacio, se detenía cada poco para decir «no».

Veía su progreso paso a paso. Alcanza la pata de la silla rota. Respira. Llega hasta el rollo de celo. Respira. Atraviesa la espesa niebla hasta el castillo de papel de aluminio aplastado, arrastrando la pierna herida tras de ti. Escuchó el crujido del vulnerable papel de aluminio bajo su mano. Sentía fuego en las venas, humo en la piel.

—Ah —dijo—. Ah, ah, ah.

No lo iba a conseguir. No podía seguir avanzando. Tenía los pulmones llenos de polvo. Pero se movía, ¿no? Lo estaba haciendo. Lo intentaba. Cada centímetro recorrido en medio de toses que le hacían expectorar algo oscuro era casi un progreso. Sentía una extraña confianza en sí mismo. Si hubiera tenido una bandera, la hubiera colocado en mitad del castillo de papel de aluminio de Engelbert. No tenía ninguna bandera. No importaba. Adelante. Más allá del castillo había una montaña humeante de madera. La curva de una tubería. Una cisterna. Y más allá...

El pensamiento que acababa de cobrar forma en su mente: Marina le había dicho que Engelbert estaba dormido en la habitación contigua. ¿Dónde estaba la habitación contigua ahora?

Miró tras de sí. La planta de yuca seguía allí, pero la puerta no. Solo escombros y polvo. En algún lugar de su mente escuchó la palabra héroe. La idea era irresistible. Aquella agonía podía cobrar forma. Quería refutar la lección de aquella noche: que nada tenía sentido.

Escuchó voces detrás de él. Pasos. Toses. Un revoltijo de sonidos humanos bien intencionados. Conos de luz. Linternas. La cálida luz de una linterna sobre su piel durante un leve instante eléctrico; desapareció. La linterna no iluminó nada. Solo le

mostró el alcance de la oscuridad. Emitió un sonido, un grito, ruido, no palabras. Cayó un ladrillo y le llenó de polvo la cara. Podía llegar hasta la yuca, hasta la puerta desaparecida. Cabía la posibilidad de que encontrara al niño detrás. Tosió y escupió. Gimió y aulló. Se apretó la pierna para hacer daño al dolor.

Se arrastró hacia la planta. Evita el montón de escombros a la izquierda. Ve a la derecha. Oh, oh, oh. Toma el camino más transitado. «No.» El camino menos accidentado. «No.» Vuelve a pasar por encima del castillo de papel de aluminio, pronunciando solo la palabra «no». Encuentra el siguiente montón de escombros. No lo pierdas de vista. ¡Tienes que hacerlo para salir de esta! Para salir de esta.

—Lo siento —dijo, pero no estaba seguro de qué era lo que sentía.

Tragó sangre. Se arrastró hasta la zona donde debería haber estado la puerta. Se irguió sobre la rodilla izquierda. Se agarró con el brazo al cemento. Intentó incorporarse, se cayó hacia atrás. Escupió y volvió a colocar el peso de su cuerpo sobre la rodilla izquierda. Trató de levantarse de nuevo apoyándose en otra piedra, pensando en Engelbert al otro lado, y al cuarto o quinto intento lo consiguió y se incorporó a media altura, escupió, y vio, con los ojos ardiendo, puro escozor, un espacio y... un niño, más allá, muy quieto.

La piel y la ropa del niño estaban negras de suciedad. Los párpados subidos como persianas. Esos ojos llenos de vida. Una boca rosa que empezó a parpadear.

—¿Engel?

El niño escaló. Subió por los escombros, avanzando hacia Moose a cuatro patas, algo entre real y no. La zona en la que se movía ya no era una habitación. Era un espacio tomado por los huecos improvisados, los montones de piedra y metal retorcido. Lágrimas diminutas se deslizaban a toda velocidad por las mejillas de Engel. Dejaban rastros limpios a su paso. El tiempo se ralentizó. El progreso era lento. Apareció la luz de una linterna

detrás de la cabeza de Engel. Más allá, un bombero cruzó una pared medio derrumbada.

—Engel —le dijo—. No vengas hacia mí. Ve hacia allá.

El niño no obedeció. Se había fijado un objetivo y, con la estupidéz ciega de la juventud, escalaba como un pequeño cabrón. Subía, subía, subía la montaña de escombros. Y entonces se detuvo, tal vez confundido por la luz que ahora brillaba cerca de él. Tal vez porque por fin lo había entendido.

—Linterna —dijo Moose—. Detrás de ti, linterna.

Su voz ahora era un susurro áspero, demasiado bajo y espeso para ser su voz; sabía que se estaba apagando.

El bombero que estaba detrás de Engel se iba acercando a ellos. Los escombros crujían bajo sus botas. Engel esperó. Vio sombras vigorosas cerniéndose sobre ellos. Otra nube de niebla expulsando al aire sus fantasmas. «No nos ha visto, el bombero no sabe que estamos aquí», pensó.

Sus dedos no querían sujetar una piedra. Su fuerza iba cediendo, abriéndose al mundo. Tenía que obligarse a luchar por última vez. Cogió una piedra y la tiró. No vio dónde aterrizó. Solo escuchó el sonido y luego la ausencia de él. El bombero se giró. La luz de la linterna iluminó a Engel. Nadie dijo una palabra.

Moose vio cómo el bombero levantaba en brazos a Engel. Sintió una oleada de pura felicidad, azúcar sobre su lengua agotada. El bombero notaría ahora la calidez de su cuerpo. Era increíble la cantidad de calor que emanaba del cuerpo de un niño. Monstruos del calor, eso eran; el potencial de una vida acumulado en un cuerpo tan pequeño. Pensó en Freya cuando era así de pequeña y él la abrazaba, dándole un beso en la mejilla.

Abrió la boca para gritar y llamar la atención del bombero, la formalidad de decir «Yo también estoy aquí, ayúdame», pero lo único que le quedaba era un graznido. Graznó como lo hacía de niño en la cama, despertado en mitad de la noche por un sobresalto, cuando el miedo se llevaba su voz y la escondía. Tiró otra piedra y no pasó nada.

El bombero se llevó a Engelbert sobre el hombro, con los brazos colgando como si lo hubieran atrapado en mitad de un salto de trampolín. Pero pronto levantaría la vista para mirarle, ¿no? Y entonces el bombero se daría la vuelta y vería que él, Moose, estaba ahí tumbado: un subdirector general maltrecho. Pero el bombero siguió caminando con Engelbert, en silencio.

Los supervivientes se dispersaron alrededor del hotel herido. Algunos se encontraban en la zona acordonada de King's Road. Otros estaban más lejos, contra las vallas. Freya estaba sentada entre un montón de desconocidos, esperando, con las piernas cruzadas, como en una asamblea del colegio. Había perdido la noción del tiempo. Llevaba semanas ahí fuera, en la oscuridad. Se encontraba tan cerca de la entrada del Grand como le permitían. Los bomberos sacaban a hombros a algunos de los heridos. Otros iban en camilla. Uno era un ministro con la cara larga y triste, con aspecto flojo y extraño en su ropa de cama. ¿Su padre todavía seguía dentro? ¿Lo habían sacado ya? ¿No lo había visto? ¿Estaba desaparecido? ¿Se había acabado? A todo el mundo le importaba, pero nadie lo sabía.

Los uniformes y los *walkie talkies*, la cinta de la policía que encogía los espacios y gritaba al despegarse del rollo. ¿Cómo terminaban esas situaciones? ¿En qué punto se acababan? No tenía ni idea, las sombras que proyectaban ese tipo de sucesos bien podían propagarse para siempre.

Se sentó e intentó que sus pensamientos fueran coherentes. La adrenalina se había esfumado y la inundaba una lenta desesperación. Había un cartel de NO MOLESTAR en el suelo. Quería que el poder de la noche se diluyera en lo mundano. Quería que lo extraordinario volviera a ser ordinario, por favor. Vomitó. La gente se movió. Por favor, no molestar.

Los primeros hilos del amanecer aparecieron en el horizonte como yema de huevo. Parpadeó y le pareció otra cosa. La luz se

fue extendiendo lentamente sobre los tejados, calentando largas porciones de piedra derruida. Sintió que su juventud se alejaba, se esfumaba, como un trozo de papel doblado una y otra vez, primero la mitad de un pensamiento, luego un cuarto de pensamiento, luego nada.

Se dijo a sí misma que debía ser positiva. Se dijo que Brighton estaba construido sobre los restos de sí mismo. Eso decía en el folleto de información que tenía detrás del mostrador y que entregaba a los huéspedes más curiosos. Quema Brighton y se alzarán sobre las llamas como ese pájaro de fuego, el cuello arqueado, las plumas rosáceas. Los franceses quemaron Brighton en mil quinientos algo. Sobrevivió. La gran tormenta lo golpeó en 1703. Sobrevivió. Molinos derrumbados. Casas derruidas. Barcos hundidos. Sobrevivió. Sobrevivió a Hitler. Sobrevivió a cada golpe de la historia. Floreció en el siglo xx. Prosperó. Sobrevivió. Uno podía creer que estaba acabado, pero se equivocaba. Los habitantes de Brighton eran supervivientes. Muchos eran tristes y viejos y vestían fatal, como una maldición, pero eran supervivientes. Los ingleses eran supervivientes. Los irlandeses. Los escoceses. Los galeses. Si hacías un chiste en clase sobre follarse a ovejas, Lowri «The Look» Morgan te podía destrozar. No necesitaba palabras. Solo necesitaba una mirada enmarcada por una gruesa raya de ojos. La mirada decía que tenías suerte de seguir vivo.

Su padre saldría de ese hotel de ensueño, ¿verdad? Tenía las manos sucias. Se secó los ojos. Quería que su padre volviera ya.

Al día siguiente el agua se deslizaría lentamente en Brighton Beach. Ya podía relajarse, dejar de pelear. Podía dejar que el hotel se encargara de él.

En su oficina destrozada, Moose vio tonos verde lima y amarillos. El tiempo se ralentizó y entre los colores se formó una imagen. Rodó para tumbarse de espaldas, miró el techo destrozado

y la vio, vio una imagen de sí mismo. Estaba en un trampolín de tres metros, empujando hacia abajo con todo su peso para iniciar el salto. El día estaba despejado; era un día luminoso. El trampolín hizo lo que le pidió. Lo lanzó alto, su cuerpo suspendido en la nada, girando con gracia perfecta.

Esperó para verse caer al agua. Entonces la imagen desapareció. Intentó volver a imaginárselo, pero no funcionó. Parpadeó. No estaba en el aire. Estaba en mitad de los escombros de aquel hotel situado en la superficie de la tierra. La tierra era el lugar adecuado para la gracia. Aquello fue lo último que supo. Su humanidad estaba enredada con la humanidad de las personas atrapadas en el resto de habitaciones. Eran más reales que él. Existía por ellos. Nunca había tenido tanto miedo. Todas las personas que no podría ser, todas las historias que no podría escuchar, en eso consistía la vida. Se aferró a las últimas semanas al dejarse ir y morir. Se aferró a las batallas diarias con su hija, a la belleza corriente de una alfombra, a los momentos particulares que la historia rara vez refleja pero que son los que componen los minutos de las horas. «Por favor», dijo, pero no le ayudó. Alguien había considerado que aquello era justo.

El día que Roy Walsh se marchó del Grand, ella estaba en recepción para decirle adiós. Pensaba que llegaría a conocerlo. La distancia no se había acortado. Lo que sea que une a las personas había desaparecido o nunca había existido. La saludó con la mano. Le dijo «Cuídate». La puerta giratoria empujaba ráfagas de aire salado dentro del vestíbulo. Las alas de cristal de la puerta siguieron moviéndose mucho después de que se hubiera marchado. Sintió una ligera tristeza. Una ausencia más vívida que una presencia. Se sentó detrás del mostrador de recepción y se terminó el libro. Aquel lugar nunca se quedaba realmente en silencio. A veces, se sentía agradecida por eso. Silencio y paz no eran lo mismo. Escuchaba fragmentos de conversaciones de la

calle, risas y gritos, voces que cruzaban fronteras, gaviotas que se peleaban al borde de la arena, el exterior que entraba. En la penumbra de la zona del bar, un desconocido se levantó y se chocó contra una mesa, después contra una silla.

Nota del autor

Cinco personas perdieron la vida en el atentado del hotel Grand. Muchas más sufrieron heridas graves. Varios supervivientes quedaron inválidos a causa de la explosión.

En junio de 1986, Patrick Magee fue declarado culpable de colocar un artefacto explosivo en la habitación 629 que causó la muerte de cinco personas. Fue condenado a ocho cadenas perpetuas. En 1999, quedó en libertad en cumplimiento del Acuerdo de Viernes Santo.

Durante el juicio a Patrick Magee, se presentaron pruebas de que una segunda persona podría haberle ayudado a colocar el artefacto en la habitación. Entre las pruebas, se incluían registros del servicio de habitaciones y el testimonio de un testigo ocular, miembro del personal del hotel. Las especulaciones sobre un segundo implicado se avivaron después de que Magee y su abogado sugirieran que las huellas encontradas en la tarjeta de registro del hotel (prueba utilizada para identificarle como «Roy Walsh», el hombre que se registró en el hotel) no podían ser suyas. Varios miembros del IRA fueron condenados por su relación con el atentado del hotel Grand, pero el segundo terrorista de la habitación 629, si es que existió, nunca fue encontrado.

Este libro es una obra de ficción. Los tres personajes principa-

les, Dan, Freya y Moose no son reales. Muchos de los hechos del libro también son completamente ficticios. Falta mucha información sobre el atentado del hotel Grand, y durante los últimos años he intentado imaginarme esas lagunas. Para los que buscan información fiable sobre la situación en Irlanda del Norte, pasada y presente, existen muchos y excelentes libros de no ficción. Uno de los más extraordinarios es *Lost Lives*, una obra de David McKittrick, Seamus Kelters, Brian Feeney, Chris Thornton y David McVea. Su objetivo es documentar cada muerte ocurrida durante los más de treinta años de conflicto.

En 2009, Jo Berry, cuyo padre fue una de las víctimas mortales de la explosión del hotel Grand, fundó la organización Building Bridges for Peace. En cumplimiento de la misión de la organización, trabaja codo con codo con Patrick Magee para promover la resolución pacífica de conflictos en todo el mundo (www.buildingbridgesforpeace.org).

Agradecimientos

Mi agradecimiento a:

Jason Arthur, Diana Miller, Laura Deacon, Emma Finnigan, Rebecca Ikin, Vincent Kelleher, Laurie Ip Fung Chun, Anna-Sophia Watts, Suzanne Dean, Tom Avery y a todos los miembros de William Heinemann and Knopf que han trabajado en esta novela.

A Clare Alexander y su equipo en Aitken Alexander Associates.

A Gillian Stern, Dwyer Murphy, Anjali Joseph y Dan Sheehan.

A The Society of Authors y K. Blundell Trust.

A Brigid Hughes, Rob Spillman y Michael Archer.

A Amy y la familia.

Durante los últimos años, varios fragmentos de los primeros borradores de *El gran salto* han aparecido en *A Public Space*, *Tin House* y *Narrative*. Otros trabajos que han alimentado la novela han sido publicados por *Guernica* y *Granta*. Sin el apoyo de estas revistas literarias, ni de todas las personas mencionadas anteriormente, no habría terminado este libro.

«El estilo no es algo neutral, el estilo marca la orientación moral.»

MARTIN AMIS

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo
que ha dedicado a la lectura de *El gran salto*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos
a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle
otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite
en www.librosdelasteroide.com y en www.facebook.com/librosdelasteroide,
donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras
publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros
para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.





«El texto es hermoso y rezuma coherencia, empapado con los colores, los perfumes, la imaginería del espíritu irlandés y la belleza de sus paisajes incluso cuando no aparecen en los encuadres. (...) O'Farrell es buena, sí.»

Robert Saladrigas (La Vanguardia)

«La prosa de Maggie O'Farrell es elegante y segura, destila conocimiento psicológico y arroja una mirada dura pero simpática sobre el amor y el dolor, con una épica por momentos deslumbrante.»

Luis M. Alonso (La Nueva España)

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS POR
LIBROS DEL ASTEROIDE:

- 1 En busca del barón Corvo, **A.J.A. Symons**
- 2 A la caza del amor, **Nancy Mitford**
- 3 Dos inglesas y el amor, **Henri Pierre Roché**
- 4 Los inquilinos de Moonbloom, **Edward L. Wallant**
- 5 Suaves caen las palabras, **Lalla Romano**
- 6 Historias de Pekín, **David Kidd**
- 7 El quinto en discordia, **Robertson Davies**
- 8 Memoria del miedo, **Andrew Graham-Yooll**
- 9 Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin,
Vladímir Voinóvich
- 10 Las diez mil cosas, **Maria Dermoût**
- 11 Amor en clima frío, **Nancy Mitford**
- 12 Vinieron como golondrinas, **William Maxwell**
- 13 De Profundis, **José Cardoso Pires**
- 14 Hogueras en la llanura, **Shohei Ooka**
- 15 Mantícora, **Robertson Davies**
- 16 El mercader de alfombras, **Phillip Lopate**
- 17 El maestro Juan Martínez que estaba allí,
Manuel Chaves Nogales
- 18 La mesilla de noche, **Edgar Telles Ribeiro**
- 19 El mundo de los prodigios, **Robertson Davies**
- 20 Los vagabundos de la cosecha, **John Steinbeck**
- 21 Una educación incompleta, **Evelyn Waugh**
- 22 La hierba amarga, **Marga Minco**
- 23 La hoja plegada, **William Maxwell**
- 24 El hombre perro, **Yoram Kaniuk**
- 25 Lluvia negra, **Masuji Ibuse**
- 26 El delator, **Liam O'Flaherty**
- 27 La educación de Oscar Fairfax, **Louis Auchincloss**
- 28 Personajes secundarios, **Joyce Johnson**
- 29 El vaso de plata, **Antoni Marí**
- 30 Ángeles rebeldes, **Robertson Davies**
- 31 La bendición, **Nancy Mitford**
- 32 Vientos amargos, **Harry Wu**
- 33 Río Fugitivo, **Edmundo Paz Soldán**
- 34 El Pentateuco de Isaac, **Angel Wagenstein**
- 35 Postales de invierno, **Ann Beattie**
- 36 El tiempo de las cabras, **Luan Starova**
- 37 Adiós, hasta mañana, **William Maxwell**
- 38 Vida de Manolo, **Josep Pla**
- 39 En lugar seguro, **Wallace Stegner**
- 40 Me voy con vosotros para siempre, **Fred Chappell**
- 41 Niebla en el puente de Tolbiac, **Léo Malet**
- 42 Lo que arraiga en el hueso, **Robertson Davies**
- 43 Chico de barrio, **Ermanno Olmi**
- 44 Juan Belmonte, matador de toros, **Manuel Chaves Nogales**
- 45 Adiós, Shanghai, **Angel Wagenstein**
- 46 Segundo matrimonio, **Phillip Lopate**
- 47 El hombre del traje gris, **Sloan Wilson**
- 48 Los días contados, **Miklós Bánffy**
- 49 No se lo digas a Alfred, **Nancy Mitford**

- 50 Las grandes familias, **Maurice Druon**
51 Todos los colores del sol y de la noche, **Lenka Reinerová**
52 La lira de Orfeo, **Robertson Davies**
53 Cuatro hermanas, **Jetta Carleton**
54 Retratos de Will, **Ann Beattie**
55 Ángulo de reposo, **Wallace Stegner**
56 El hombre, un lobo para el hombre, **Janusz Bardach**
57 Trilogía de Deptford, **Robertson Davies**
58 Calle de la Estación, 120, **Léo Malet**
59 Las almas juzgadas, **Miklós Bánffy**
60 El gran mundo, **David Malouf**
61 Lejos de Toledo, **Angel Wagenstein**
62 Jernigan, **David Gates**
63 La agonía de Francia, **Manuel Chaves Nogales**
64 Diario de un ama de casa desquiciada, **Sue Kaufman**
65 Un año en el altiplano, **Emilio Lussu**
66 La caída de los cuerpos, **Maurice Druon**
67 El río de la vida, **Norman Maclean**
68 El reino dividido, **Miklós Bánffy**
69 El rector de Justin, **Louis Auchincloss**
70 El infierno de los jemeres rojos, **Denise Affonço**
71 Roscoe, negocios de amor y guerra, **William Kennedy**
72 El pájaro espectador, **Wallace Stegner**
73 La bandera invisible, **Peter Bamm**
74 Cita en los infiernos, **Maurice Druon**
75 Tren a Pakistán, **Khushwant Singh**
76 A merced de la tempestad, **Robertson Davies**
77 Ratas de Montsouris, **Léo Malet**
78 Un matrimonio feliz, **Rafael Yglesias**
79 El frente ruso, **Jean-Claude Lalumière**
80 Télex desde Cuba, **Rachel Kushner**
81 A sangre y fuego, **Manuel Chaves Nogales**
82 Una temporada para silbar, **Ivan Doig**
83 Mi abuelo llegó esquiando, **Daniel Katz**
84 Mi planta de naranja lima, **José Mauro de Vasconcelos**
85 Los amigos de Eddie Coyle, **George V. Higgins**
86 Martin Dressler. Historia de un soñador americano,
Steven Millhauser
87 Cristianos, **Jean Rolin**
88 Las crónicas de la señorita Hempel, **Sarah Shun-lien Bynum**
89 Canción de Rachel, **Miguel Barnet**
90 Levadura de malicia, **Robertson Davies**
91 Tallo de hierro, **William Kennedy**
92 Trifulca a la vista, **Nancy Mitford**
93 Rescate, **David Malouf**
94 Alí y Nino, **Kurban Said**
95 Todo, **Kevin Canty**
96 Un mundo aparte, **Gustaw Herling-Grudziński**
97 Al oeste con la noche, **Beryl Markham**
98 Algún día este dolor te será útil, **Peter Cameron**
99 La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia
roja, **Manuel Chaves Nogales**
100 Una mezcla de flaquezas, **Robertson Davies**
101 Ratas en el jardín, **Valentí Puig**

- 102 Mátalos suavemente, **George V. Higgins**
103 Pasando el rato en un país cálido, **Jose Dalisay**
104 1948, **Yoram Kaniuk**
105 El rapto de Britney Spears, **Jean Rolin**
106 A propósito de Abbott, **Chris Bachelder**
107 Jóvenes talentos, **Nikolai Grozni**
108 La jugada maestra de Billy Phelan, **William Kennedy**
109 El desbarajuste, **Ferran Planes**
110 Verano en English Creek, **Ivan Doig**
111 La estratagema, **Léa Cohen**
112 Bajo una estrella cruel, **Heda Margolius Kovály**
113 Un paraíso inalcanzable, **John Mortimer**
114 El pequeño guardia rojo, **Wenguang Huang**
115 El fiel Ruslán, **Gueorgui Vladímov**
116 Todo lo que una tarde murió con las bicicletas, **Llucia Ramis**
117 El prestamista, **Edward Lewis Wallant**
118 Coral Glynn, **Peter Cameron**
119 La rata en llamas, **George V. Higgins**
120 El rey de los tejones, **Philip Hensher**
121 El complot mongol, **Rafael Bernal**
122 Diario de una dama de provincias, **E. M. Delafield**
123 El estandarte, **Alexander Lernet-Holenia**
124 Espíritu festivo, **Robertson Davies**
125 El regreso de Titmuss, **John Mortimer**
126 De París a Monastir, **Gaziel**
127 ¡Melisande! ¿Qué son los sueños?, **Hillel Halkin**
128 Qué fue de Sophie Wilder, **Christopher R. Beha**
129 Vamos a calentar el sol, **José Mauro de Vasconcelos**
130 Familia, **Ba Jin**
131 La dama de provincias prospera, **E.M. Delafield**
132 Monasterio, **Eduardo Halfon**
133 Nobles y rebeldes, **Jessica Mitford**
134 El expreso de Tokio, **Seicho Matsumoto**
135 Canciones de amor a quemarropa, **Nickolas Butler**
136 K. L. Reich, **Joaquim Amat-Piniella**
137 Las dos señoras Grenville, **Dominick Dunne**
138 Big Time: la gran vida de Perico Vidal, **Marcos Ordóñez**
139 La quinta esquina, **Izraïl Métter**
140 Trilogía Las grandes familias, **Maurice Druon**
141 El libro de Jonah, **Joshua Max Feldman**
142 Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo, **Augusto Assía**
143 El padre infiel, **Antonio Scurati**
144 Una mujer de recursos, **Elizabeth Forsythe Hailey**
145 Vente a casa, **Jordi Nopca**
146 Memoria por correspondencia, **Emma Reyes**
147 Alguien, **Alice McDermott**
148 Comedia con fantasmas, **Marcos Ordóñez**
149 Tantos días felices, **Laurie Colwin**
150 Aquella tarde dorada, **Peter Cameron**
151 Signor Hoffman, **Eduardo Halfon**
152 Montecristo, **Martin Suter**
153 Asesinato y ánimas en pena, **Robertson Davies**
154 Pequeño fracaso, **Gary Shteyngart**
155 Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York, **Gail Parent**

- 156 Adiós en azul, **John D. MacDonald**
157 La vuelta del torno, **Henry James**
158 Juegos reunidos, **Marcos Ordóñez**
159 El hermano del famoso Jack, **Barbara Trapido**
160 Viaje a la aldea del crimen, **Ramón J. Sender**
161 Departamento de especulaciones, **Jenny Offill**
162 Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado, **Maya Angelou**
163 Qué pequeño es el mundo, **Martin Suter**
164 Muerte de un hombre feliz, **Giorgio Fontana**
165 Un hombre astuto, **Robertson Davies**
166 Cómo se hizo La guerra de los zombis, **Aleksandar Hemon**
167 Un amor que destruye ciudades, **Eileen Chang**
168 De noche, bajo el puente de piedra, **Leo Perutz**
169 Asamblea ordinaria, **Julio Fajardo Herrero**
170 A contraluz, **Rachel Cusk**
171 Años salvajes, **William Finnegan**
172 Pesadilla en rosa, **John D. MacDonald**
173 Morir en primavera, **Ralf Rothmann**
174 Una temporada en el purgatorio, **Dominick Dunne**
175 Felicidad familiar, **Laurie Colwin**
176 La uruguaya, **Pedro Mairal**
177 Yugoslavia, mi tierra, **Goran Vojnović**
178 Tiene que ser aquí, **Maggie O'Farrell**
179 El maestro del juicio final, **Leo Perutz**
180 Detrás del hielo, **Marcos Ordóñez**
181 El meteorólogo, **Olivier Rolin**
182 La chica de Kyushu, **Seicho Matsumoto**
183 La acusación, **Bandi**